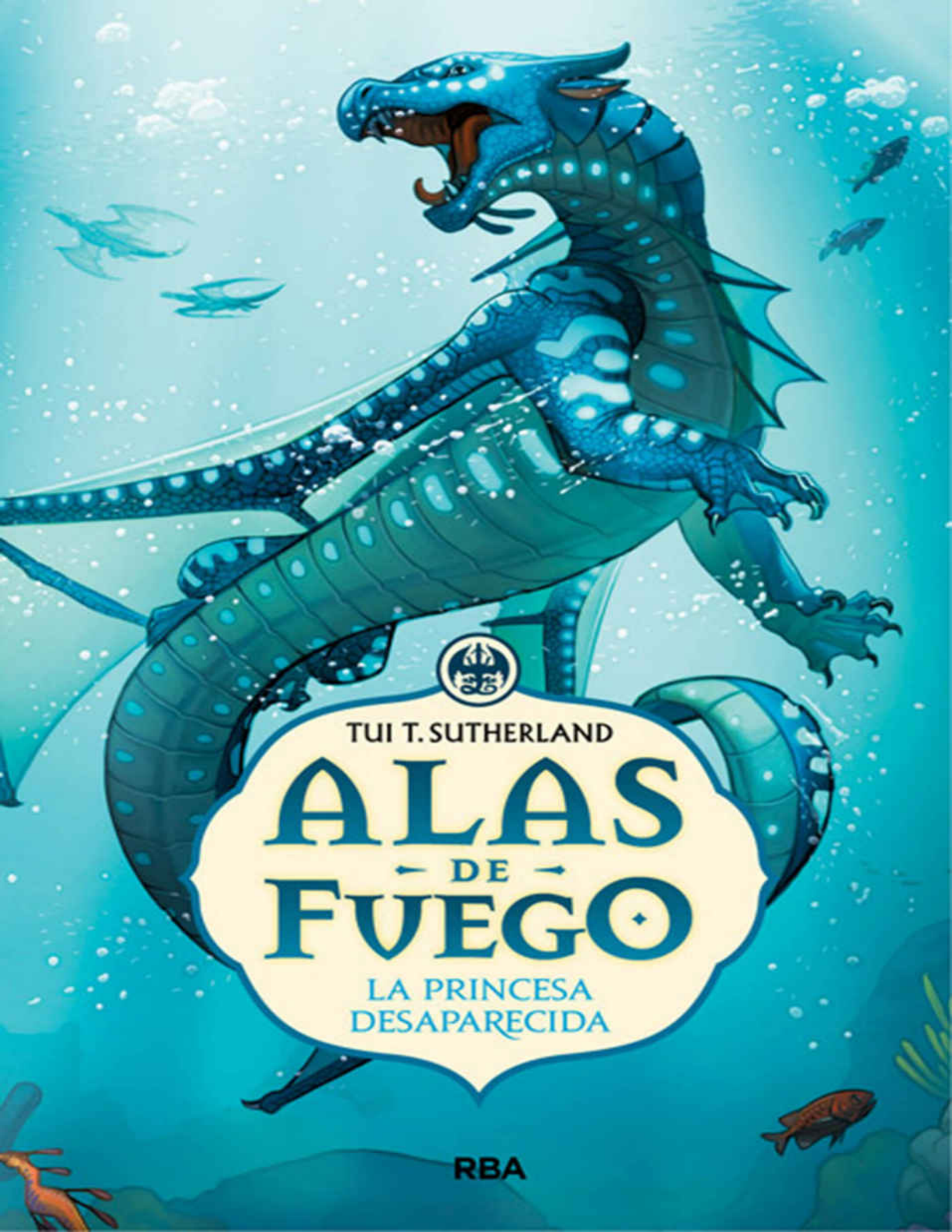

TUI T. SUTHERLAND
ALAS DE FUEGO
LA PRINCESA DESAPARECIDA
RBA

Título original: *Wings of Fire. The Lost Heir*

© Tui T. Sutherland, 2012.
© de la traducción: Leara Martell, 2015.
© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2017.
Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
www.rbalibros.com

REF.: ODBO069
ISBN: 9788427211957

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

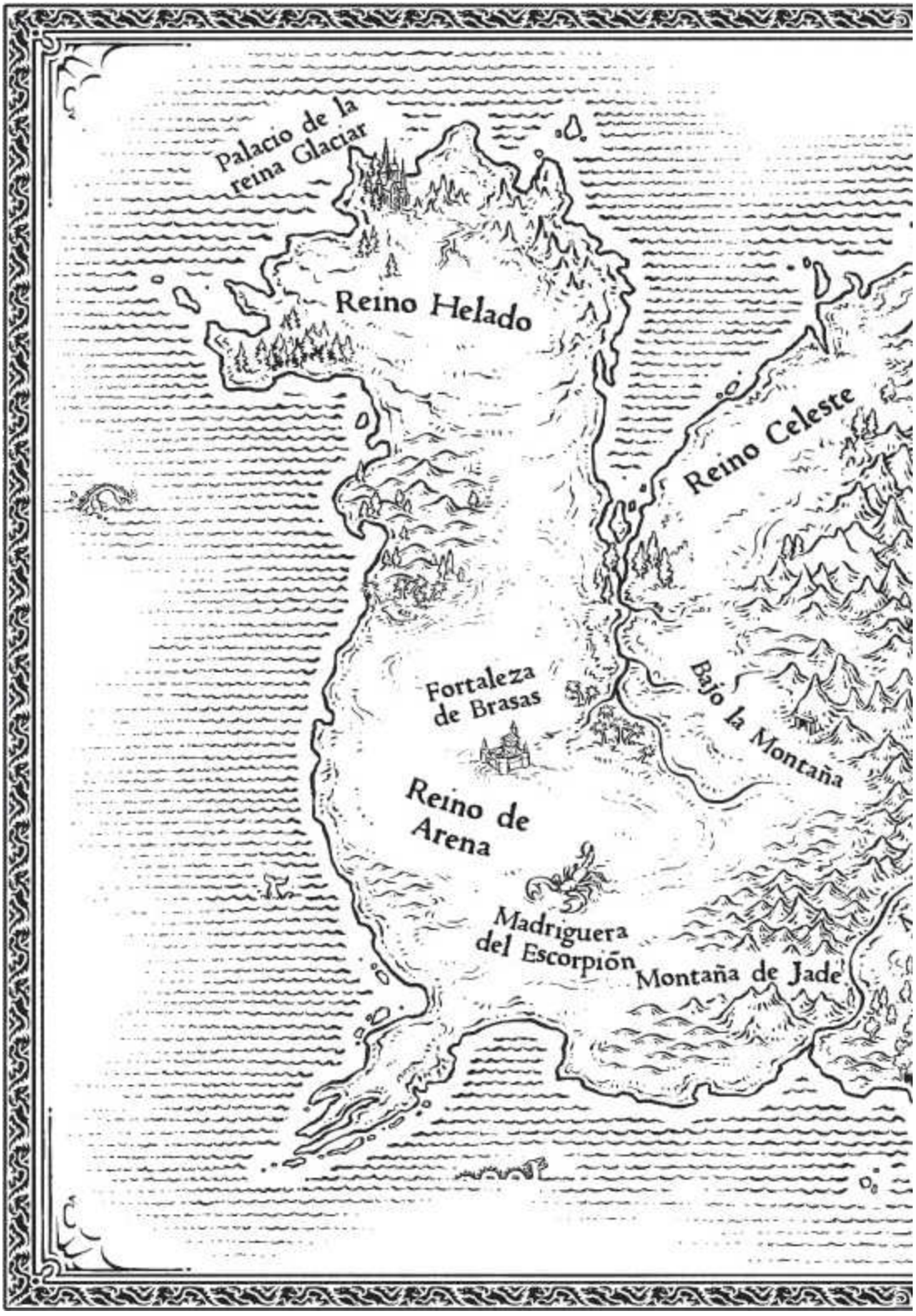
Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

GUÍA DE LOS ALAS NOCTURNAS SOBRE LOS DRAGONES DE PIRRIA
LA PROFECÍA DE LOS DRAGONETS
PRÓLOGO
PRIMERA PARTE. LOS CONFINES DEL OCÉANO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
SEGUNDA PARTE. EN LAS PROFUNDIDADES
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
TERCERA PARTE. FUERA DEL CASCARÓN
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
EPÍLOGO
EL MUNDO DE ALAS DE FUEGO

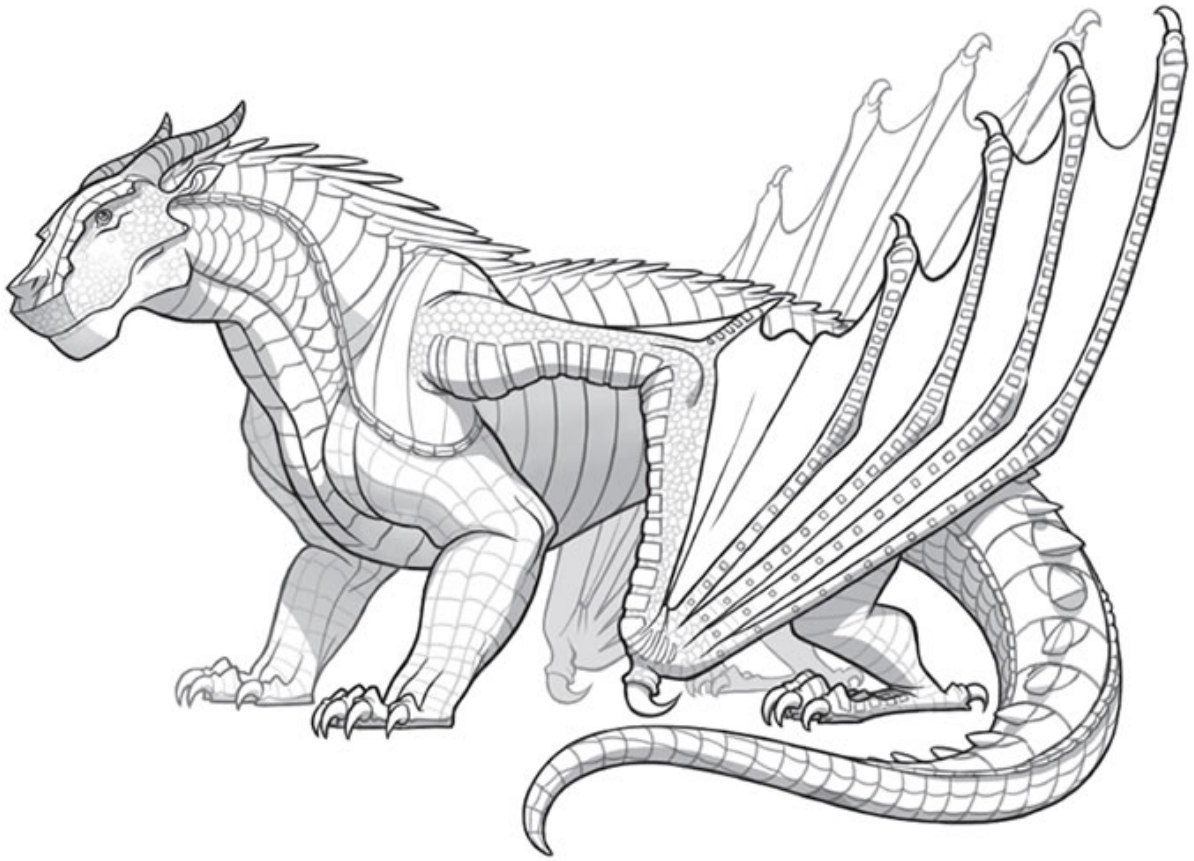
PARA JONATHAN Y SU MARAVILLOSO
DISFRAZ DE ALA MARINA


Palacio de la reina Glaciar
Reino Helado
Reino Celeste
Fortaleza de Brasas
Bajo la Montaña
Reino de Arena
Madriguera del Escorpión
Montaña de Jade

Palacio de la
reina Escarlata
Río de Espuma Diamantina
Reino del
Mar
Delta de Espuma
Diamantina
Reino Lodoso
Madriguera de
los Carroñeros
Madriguera de
los Carroñeros
Reino del Bosque Tropical
W
E

GUÍA DE LOS ALAS
NOCTURNAS SOBRE LOS

DRAGONES DE PIRRIA



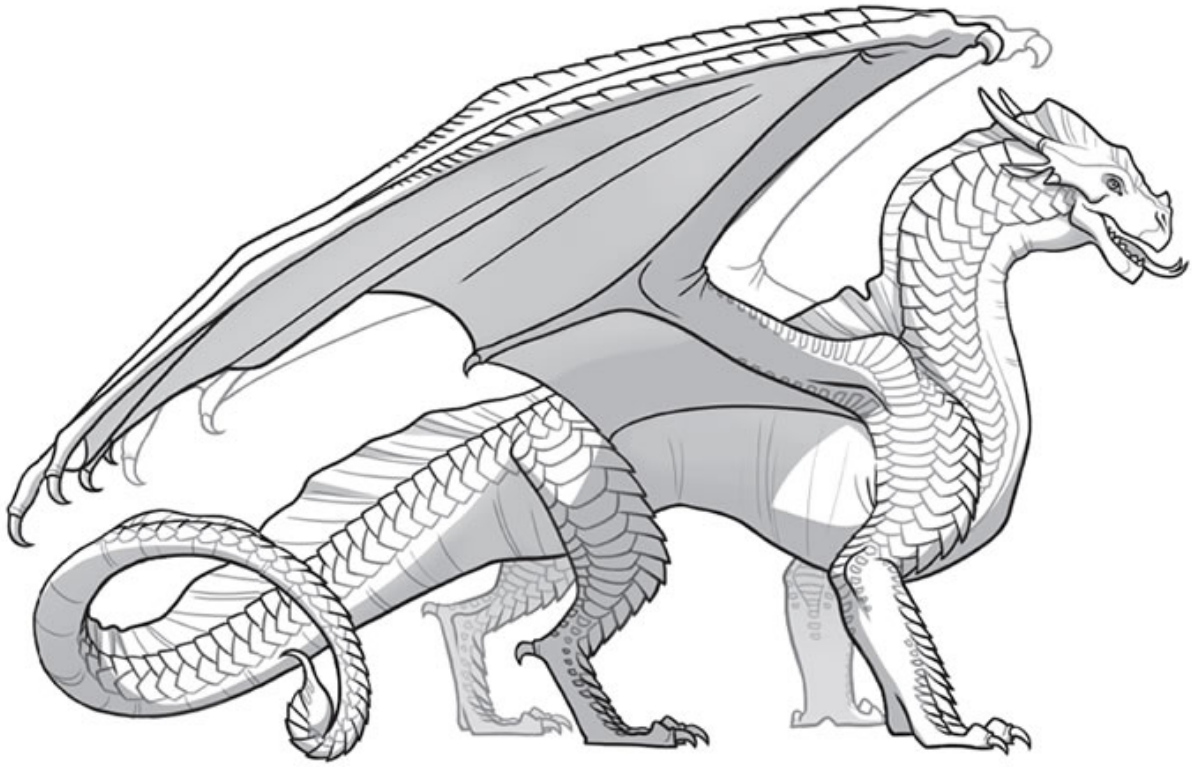
ALAS ARENOSAS

Descripción: escamas dorado claro o blancas, del color de la arena del desierto. Cola con púas venenosas. Lengua bífida negra.

Características: pueden sobrevivir largas temporadas sin agua. Envenenan a sus enemigos con la punta de la cola, como los escorpiones. Se entierran a sí mismos en las arenas del desierto para camuflarse. Respiran fuego.

Reina: desde la muerte de la reina Oasis, la tribu se dividió entre las tres rivales al trono: las hermanas Brasas, Ampolla y Llamas.

Alianzas: Brasas tiene de su parte a los Alas Celestes y a los Alas Lodosas, los aliados de Ampolla son los Alas Marinas y Llamas cuenta con el apoyo de la mayoría de los Alas Arenosas, además de haber formado una alianza con los Alas Heladas.



ALAS LODOSAS

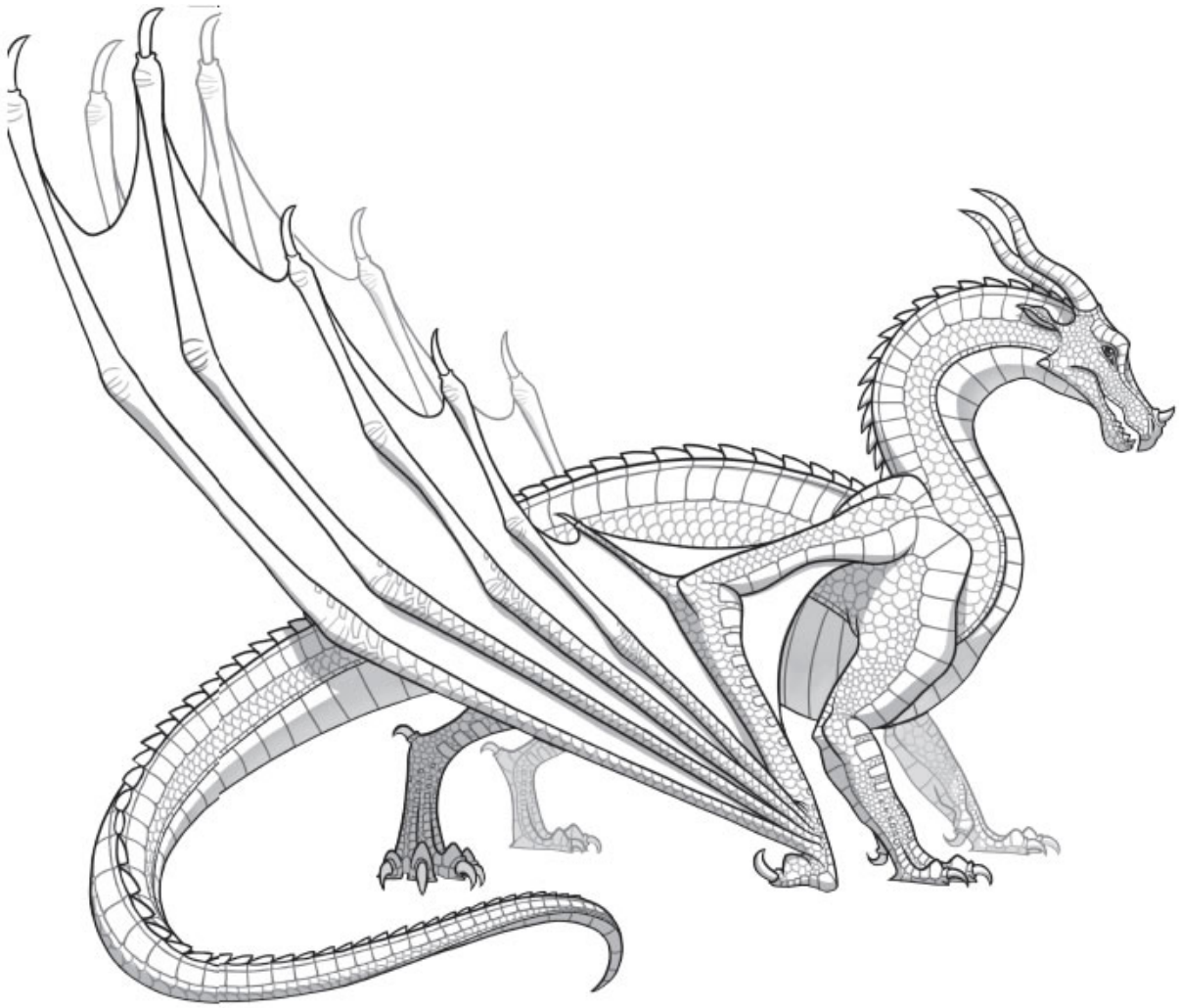
Descripción: dragones fuertes con escamas marrones reforzadas con algunos reflejos dorados y ámbar. Grandes, de cabeza chata y con los orificios nasales en la parte superior del hocico.

Características: pueden respirar fuego (si alcanzan una temperatura lo

bastante alta). Son capaces de aguantar la respiración casi una hora entera. Habitan en grandes charcos de lodo. Suelen ser muy fuertes.

Reina: la reina Gallareta.

Alianzas: actualmente, aliados de Brasas y los Alas Celestes en la gran guerra.



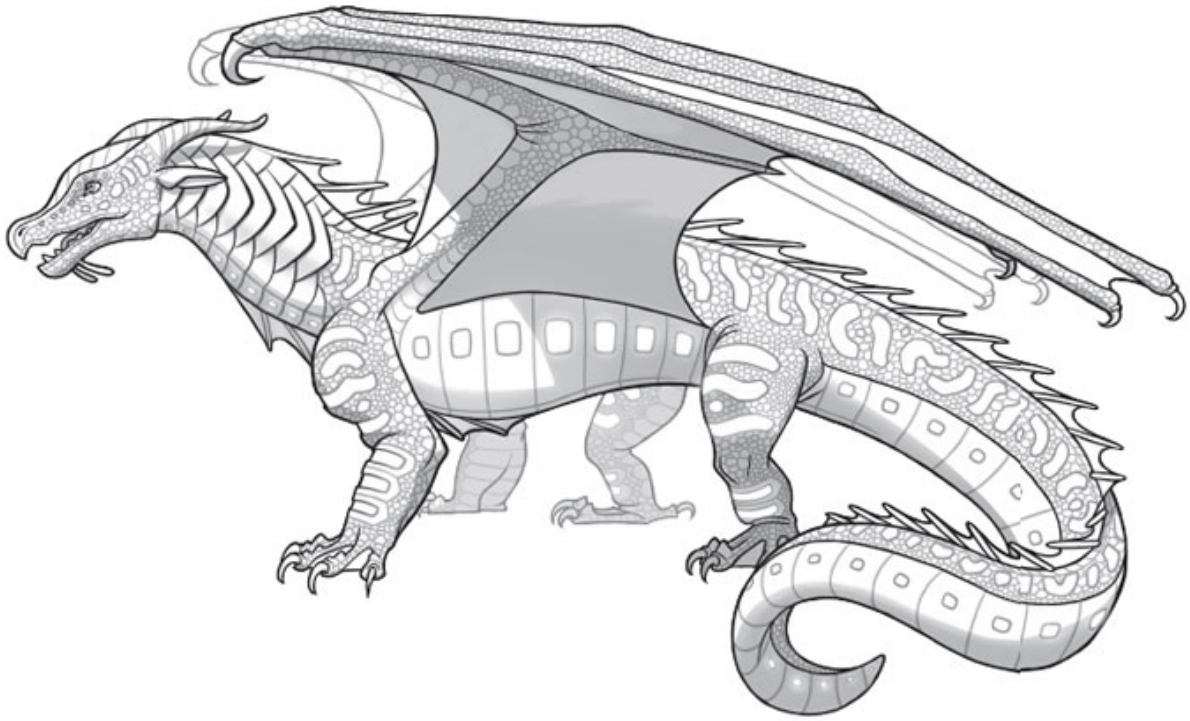
ALAS CELESTES

Descripción: escamas doradas, rojizas o naranjas. Alas enormes.

Características: poderosos luchadores y expertos voladores. Pueden respirar fuego.

Reina: la reina Escarlata.

Alianzas: actualmente, aliados de Brasas y los Alas Lodosas en la gran guerra.



ALAS MARINAS

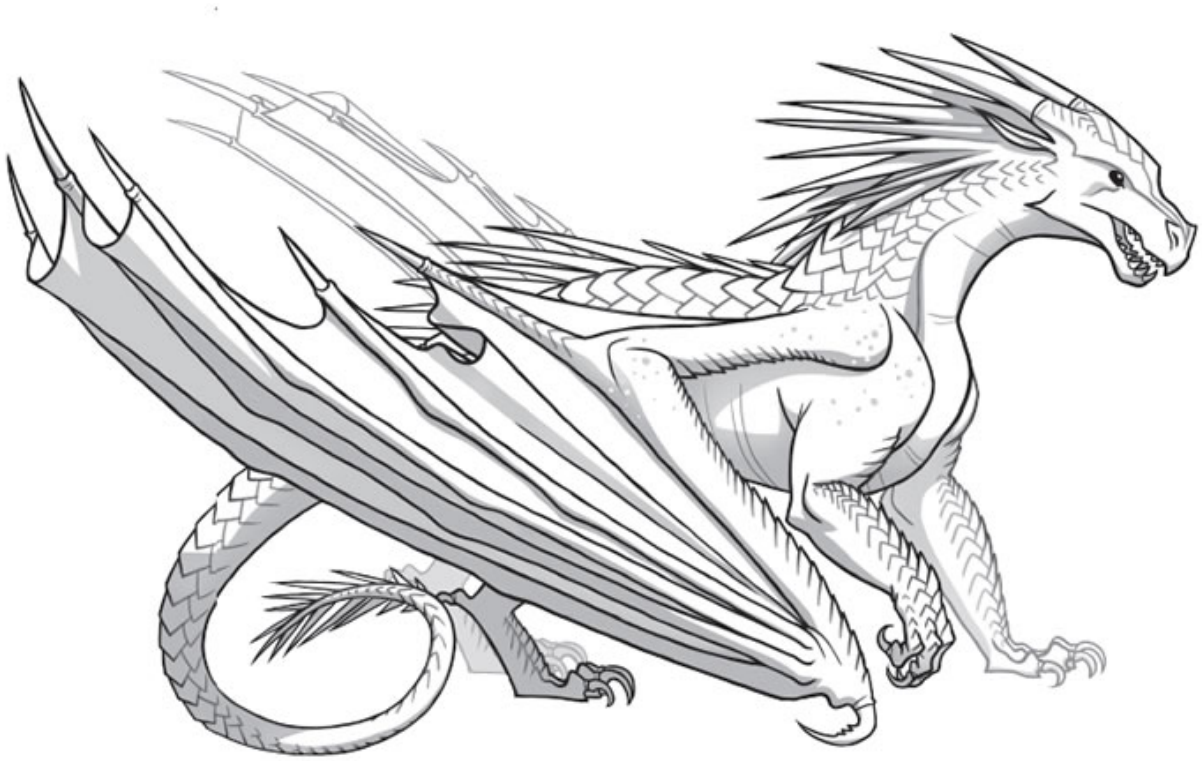
Descripción: escamas azules, verdes o aguamarina. Membranas entre las

garras. Agallas en el cuello. Rayas en la cola/hocico/ estómago que brillan en la oscuridad.

Características: pueden respirar bajo el agua, ver en la oscuridad, crear olas enormes con un solo golpe de su poderosa cola y son excelentes nadadores.

Reina: la reina Coral.

Alianzas: actualmente, aliados de Ampolla en la gran guerra.



ALAS HELADAS

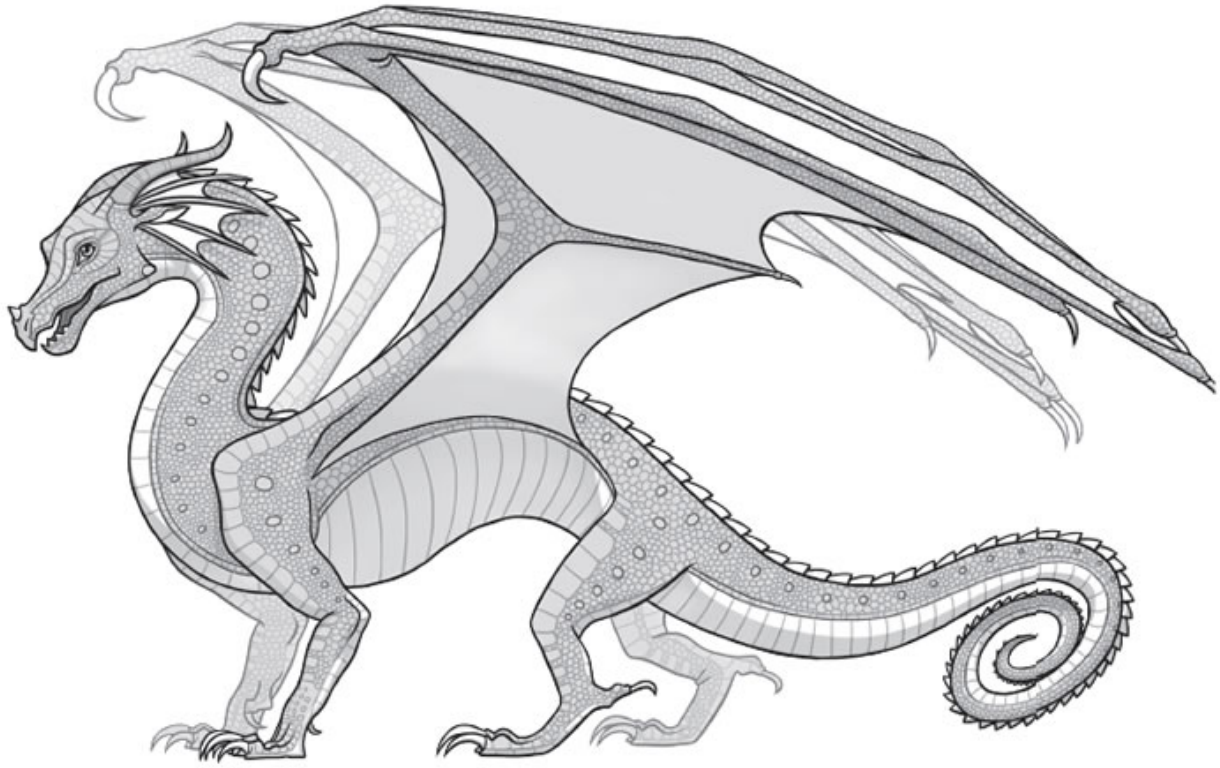
Descripción: escamas plateadas del color de la luna o azul claro como el

hielo. Garras rugosas para sujetarse a las superficies heladas. Lengua bífida azul. Cola estrecha acabada en forma de látigo.

Características: pueden soportar temperaturas bajo cero y la luz brillante. Exhalan un mortífero aliento helado.

Reina: la reina Glaciar.

Alianzas: actualmente aliados de Llamas y la mayoría de los Alas Arenosas en la gran guerra.



ALAS LLUVIOSAS

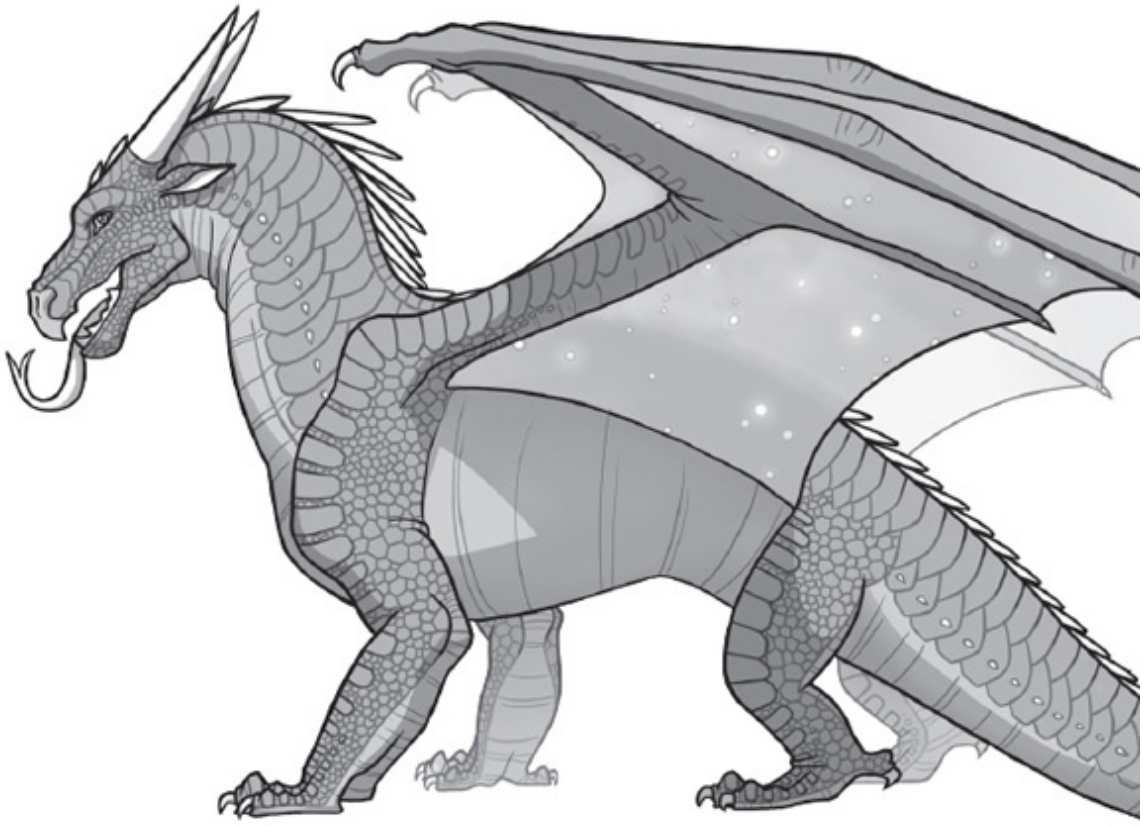
Descripción: sus escamas cambian constantemente de color. Suelen brillar

como las aves del paraíso. Cola prensil.

Características: pueden camuflarse adaptando el color de sus escamas a aquello que los rodea. Usan la cola prensil para escalar. No se les conoce ningún arma natural.

Reina: la reina Destello.

Alianzas: no participan en la gran guerra.



ALAS NOCTURNAS

Descripción: escamas negras violáceas y, bajo las alas, algunas escamas plateadas diseminadas, como un cielo nocturno salpicado de estrellas. Lengua bífida negra.

Características: pueden respirar fuego. Desaparecen en las sombras oscuras. Leen la mente. Ven el futuro.

Reina: es un secreto celosamente guardado.

Alianzas: demasiado misteriosos y poderosos como para formar parte de la gran guerra.

LA PROFECÍA DE LOS DRAGONETS

Cuando la guerra veinte años haya durado...
los dragonets se alzarán.
Cuando la tierra se empape de sangre y lágrimas...
los dragonets se alzarán.

Encuentra el huevo Ala Marina azul oscuro y las alas de la noche vendrán a tu encuentro.
El huevo más grande de la más alta montaña traerá consigo las alas del cielo.
Para unas alas de tierra, buscad en el lodo un huevo del color de la sangre de dragón.
Y escondido de los ojos de las rivales reinas, el huevo de Alas Arenosas aguarda a la espera.

De las tres reinas que hieren y queman y arden, dos morirán y la otra aprenderá el juego: si se inclina ante un destino poderoso e inabarcable, conseguirá el poder de las alas de fuego .

Cinco huevos que se abrirán en la noche más brillante, cinco dragones destinados a terminar la lucha.
La oscuridad se alzará para traer la luz.
Los dragonets se acercan...

PRÓLOGO

Bajo el agua, Membranas no podía oír los gritos de los dragones moribundos.

Bajo el agua, la batalla era tan lejana como las tres lunas. El fuego no podría alcanzarlo allí abajo. Las garras no podrían despedazarlo. La sangre de sus zarpas se borraría.

Bajo el agua, estaba a salvo.

A salvo a costa de ser un cobarde... lo cual, sin duda, seguía siendo mucho mejor que convertirse en un muerto valiente y leal.

Membranas se despertó temblando.

Un bagre lo miraba fijamente. Los bigotes se le movían sin parar por culpa de la corriente y la expresión de su rostro parecía gritar: «¿Por qué hay un dragón durmiendo en las rocas de mi río?».

El dragón se lo comió y se sintió un poco mejor.

«Los Garras de la Paz ya deben de saber lo que les ha ocurrido a los dragonets —pensó el guardián—. Tienen espías en el Palacio Celeste. No necesitan que yo se lo cuente».

Los otros Garras no necesitaban que se alzara ante ellos y les dijera que habían fallado.

Pero ¿adónde podría ir si no? Ya era un fugitivo de su propia tribu, los Alas Marinas. ¿A partir de ahora tendría que pasarse también el resto de su vida escondiéndose de los Garras de la Paz?

Membranas nadó hasta la superficie del río y, con cuidado, sacó la cabeza. Estaba oscuro y los Garras de las Montañas de las Nubes, como

unos fantasmagóricos dientes gigantes, bloqueaban la mayor parte de la luz de la luna. El Reino Celeste quedaba ya muy lejos de allí.

El Reino Celeste y los cinco dragonets que había jurado proteger.

Membranas arrastró su enorme y dolorido cuerpo fuera del agua y dio tres pasos hacia el interior del bosque antes de percatarse de las formas oscuras que lo estaban esperando.

Se giró rápidamente, pero un nuevo dragón salía en ese momento del río bloqueándole su ruta de escape. Un estampado de espirales negras decoraba sus escamas verdes y los dientes le brillaban bajo la luz de la luna.

—Membranas —dijo el otro Ala Marina con una voz sedosa—, pensaba que nunca te ibas a despertar.

Membranas clavó las garras en el lodo de la orilla del río.

—Nautilo —saludó el guardián, molesto al detectar el miedo en su propia voz—. Tengo noticias muy importantes para los Garras.

—No me digas —le contestó Nautilo—. Supongo que te has perdido mientras intentabas llegar a nuestro punto de reunión.

—Así que pensamos que lo mejor sería venir a buscarte —dijo otra de las figuras oscuras. Su voz era tan gélida como un témpano de hielo.

«Cirro», adivinó Membranas. Nunca era buena señal que se presentara Cirro el Ala Helada.

—Los Alas Celestes encontraron nuestra cueva —se explicó el guardián. «Limítate a decir la verdad. Nada de esto es culpa tuya»—. Y la reina Escarlata se llevó a los dragonets.

—Sí —le contestó Nautilo secamente—. Nos lo imaginamos cuando se subió a la montaña más alta de su maldito reino y empezó a gritar a los cuatro vientos que tenía a los dragonets del destino, que eran suyos.

—Cuéntanoslo todo —siseó Cirro—. ¿Cómo os encontraron?

—Bueno —comenzó el Ala Marina lentamente—. Todo empezó cuando

dos de los dragonets intentaron escapar.

«Quizás habían sido tres». No estaba seguro de dónde se había metido Gloria aquella noche cuando solo pudieron encontrar a Nocturno y a Sol en la cueva, pero sí sabía que no podía haber escapado por el río con Tsunami y Cieno.

—¿Por qué iban a querer escapar? —le preguntó Nautilo—. ¿Qué les hicisteis?

Membranas notó cómo se le inflaban las agallas.

—Mantenerlos con vida —le espetó.

«Además de tenerlos atrapados bajo tierra, encadenar a Tsunami y planear asesinar a Gloria porque no formaba parte de la profecía... Pero ¿qué otra opción tenían?».

—Supongo que pillasteis a los fugitivos y los trajisteis de vuelta —aseguró una voz en las sombras.

Membranas reconoció a Cocodrila, una Ala Lodosa recién llegada a los Garras de la Paz. Sus esperanzas se reavivaron. En los pocos encuentros que había tenido con ella, se había mostrado bastante receptiva. Quizá pudiera contar con ella para que fuera su aliada.

—Esto... no. No exactamente. Ellos volvieron solos... más o menos. Para rescatar a los otros —dijo Membranas, aclarándose la garganta—. Algo que jamás nos hubiéramos imaginado.

«Rapaz creyó que huirían en cuanto alzaran el vuelo».

—Lo dices como si se creyeran prisioneros —siseó Nautilo con un tono suave y peligroso.

—Vosotros nos ordenasteis que los mantuviéramos bajo tierra —protestó Membranas—. ¡Fue una decisión tomada por los Garras de la Paz! ¡No por nosotros!

—Pero queríamos que se sintieran a gusto, no que se rebelaran. Así es

como deberíais de haberlo hecho, ¿no crees?

Un murmullo se extendió entre el círculo de dragones. Por lo que Membranas podía intuir, allí debía de haber siete Garras, incluyendo a Nautilo. El Ala Marina se preguntó si podría abrirse paso a través de ellos luchando.

—No fue culpa nuestra —murmuró—. Puede que no sean tan perfectos como se supone que deben ser.

—¿Y qué tiene todo esto que ver con los Alas Celestes? —siseó Cirro.

—Los Alas Celestes siguieron a Cieno y a Tsunami cuando volvían a la cueva —les explicó el guardián—. Así fue como nos encontró la reina Escarlata. Intentamos luchar contra ellos, pero la reina mató a Desierto y se llevó a Rapaz y a los dragonets.

—¿Los hará luchar en su arena? —preguntó Cocodrila—. ¿Podrían ganar si lo hicieran?

—Solo son unos dragonets. Son demasiado jóvenes —rugió Cirro—. Por supuesto que no sobrevivirán a la arena.

—Bueno, por lo menos Escarlata le perdonará la vida al Ala Celeste —agregó Cocodrila.

Membranas sintió un escalofrío. Nunca había sido lo suficientemente valiente como para confesarle a los Garras de la Paz que habían perdido al dragonet Ala Celeste y que lo habían reemplazado por una Ala Lluviosa. Pero ahora que los dragonets eran libres, no pasaría mucho tiempo antes de que todo el mundo lo supiera.

—Ya sabéis lo que la reina Escarlata le hizo a todos los dragonets Alas Celestes que eclosionaron durante la noche más brillante —siseó Cirro—. La misericordia no forma parte de su naturaleza.

Membranas alzó la cabeza y miró a su alrededor, hacia los ojos que brillaban en la oscuridad.

—¿No podríamos ir a rescatarlos? —preguntó—. Quizá, si todos los Garras atacáramos a la vez...

Le flaqueó la voz. ¿A quién pretendía engañar? Ni siquiera él estaba dispuesto a ir corriendo al Palacio Celeste para morir por un dragonet. Y eso que estaba mucho más unido a esos dragonets después de tantos años cuidándolos que cualquiera de los Garras, que no los habían visto ni una sola vez.

—¿Todos los Garras? —siseó Cirro—. ¿Cuarenta dragones contra los cientos de guardias Alas Celestes del palacio? Brillante. No me extraña que dejáramos la vida de los dragonets del destino en tus competentes garras.

El Ala Helada alzó la cabeza en forma de diamante y atrapó a un murciélago con la boca. Los diminutos huesos crujieron entre sus dientes.

—No creo que sea necesario que llevemos a cabo una misión suicida —dijo Nautilo—. Algo ocurrió ayer en el Palacio Celeste. Aún no nos ha llegado ningún informe exacto de la situación, pero un espía nos dijo que creía que la reina Escarlata estaba muerta... y que la habían matado los dragonets.

Membranas desplegó las alas, sorprendido.

—¿Mis dragonets? —preguntó.

—Puede que tengan un talento oculto para huir del peligro —sugirió Nautilo—. Aunque otro espía estaba seguro de que habían muerto cuando intentaban escapar.

Membranas sintió que el estómago se le llenaba de medusas venenosas. Los dragonets no podían estar muertos. No después de todo aquello a lo que había renunciado en nombre de la profecía. «Y para salvarte las escamas», le susurró una voz dentro de él.

—Si están perdidos en Pirria, ¿cómo se supone que vamos a encontrarlos? —preguntó Nautilo—. Solo se admiten sugerencias en las que

podamos salir con vida, por favor. Al menos nosotros. Tú puedes embarcarte en un viaje suicida en cuanto quieras.

—No lo sé —admitió Membranas.

No tenía ni idea de adónde podían haber ido los dragonets. No entendía por qué iban a querer estar solos, sin la protección de sus guardianes. Los diez peores días de su vida habían sido los días que habían transcurrido entre la batalla en la que había abandonado a su reina y el día en el que los Garras lo habían encontrado. Solos, sin tribu que los apoyaran ni Garras que los protegieran... ¿cómo sobrevivirían los dragonets?

—Si no podemos hacer que vuelvan —meditó Nautilo—, supongo que tendremos que recurrir al plan B.

El dragón se rascó las agallas, pensativo.

—¿Qué plan B? —preguntó Membranas.

—Ese del que tú no sabes nada —lo cortó Cirro.

—Pero... pero tenemos que ir a por ellos y traerlos de vuelta. Ellos son los dragonets del destino. Los únicos que pueden parar esta guerra.

—Ten un poco de fe en la profecía, Membranas —le aconsejó Nautilo.

—Sí, tú no te preocupes —añadió Cocodrila—. Los Garras de la Paz no pondrían todos sus huevos en el mismo nido. Tenemos un buen plan B.

Membranas observó todas y cada una de las caras que se escondían entre las sombras. Exceptuando a Cocodrila, nadie le devolvió la mirada con amabilidad.

—No lo entiendo —dijo.

¿Acaso había otra profecía de la que no sabía nada?

—Lógicamente —contestó Nautilo con seguridad—, eso quiere decir que a partir de ahora tú serás un problema.

Membranas apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de notar a Cirro sobre la espalda y verse aplastado contra el suelo. Sintió un intenso dolor en

las heridas que le habían infligido los soldados Alas Celestes. Cirro le retorció un ala sobre la espalda y el Ala Marina notó las garras de su agresor clavadas en las escamas.

—¿Qué estás haciendo? —gritó—. ¡Soy uno de los vuestros! ¡Llevo más de siete años formando parte de los Garras de la Paz!

—Y nos has fallado —susurró Cirro.

—Espera, espera... —intervino Nautilo. Luego se calló—. No. Creo que es bastante justo.

—Voy a arrancarte el corazón para dárselo de comer a los peces —gruñó el Ala Helada.

«Resultaría bastante irónico». Membranas no podía dejar de pensar en el pez que acababa de comerse.

—Pero... somos los dragones que luchamos por la paz —dijo, apretando los dientes a causa del dolor—. Si nos matamos los unos a los otros... ¿no seremos peores que Brasas, Ampolla y Llamas?

—Lo siento, Membranas —se disculpó Nautilo—. La paz es mucho más importante que un simple dragón y sabemos que te interpondrías en nuestro plan B. Lo hacemos por tu propio bien. Por la profecía. Por la paz.

Membranas reconoció en aquellas palabras el eco de su propia voz. Era lo mismo que él solía decirle a los dragonets cuando se quejaban de su encierro bajo la montaña. «Es por vuestro propio bien. La paz es lo más importante». Y todas las veces que había pronunciado aquellas palabras, se las había creído. Estaba seguro de que Nautilo también se las creía.

El Ala Marina lo señaló con la garra.

—Cirro, arráncale el corazón.

El Ala Helada abrió las mandíbulas, mientras aplastaba de nuevo la espalda de Membranas contra el suelo. Curvó sus garras de témpano, listo para desgarrarle el estómago al Ala Marina.

De repente, Cocodrila se lanzó hacia ellos, golpeó a Cirro en un costado y lo arrojó al suelo.

Membranas no lo dudó ni un momento. El guardián se irguió y salió disparado hacia el cielo tan rápido como le permitían las alas. Escuchó los gritos que venían del bosque, mientras Cocodrila golpeaba al resto de los dragones. De repente, a Membranas le invadió la culpa. ¿Debería haberse quedado y ayudarla a luchar contra el resto de los dragones?

Pero ¿por qué empeñarse en morir, cuando se le había ofrecido una oportunidad de vivir?

Escuchó el ruido de unas alas tras él y aceleró el vuelo. Se imaginó a Cirro escupiendo hielo en su cola o a Nautilo siseándole cada vez más cerca de la oreja. Pero fue la voz de Cocodrila la que lo llamó.

—¡Vuela, Membranas! —gritó—. Los he dejado fuera de combate... jamás se lo hubieran esperado. ¡Toma ya!

—Gracias —le dijo Membranas, girándose para ver el enorme cuerpo marrón que volaba tras él.

—¿Dónde vas a esconderte? —preguntó ella.

Membranas sacudió la cabeza.

—No tengo ni idea. He oído decir que hay un dragón en la Montaña de Jade que quizás...

—Deberías volver a casa —le interrumpió Cocodrila, moviendo las alas para colocarse debajo de él—. Por lo que he oído, la reina Coral se siente bastante misericordiosa últimamente.

Membranas casi se quedó sin aliento por la emoción que lo embargó en aquellos momentos. «¿A casa? De vuelta al mar, ¿después de todos estos años? ¿Podría hacerlo?».

—Nunca me perdonará. No después de todo lo que le hice —dijo—. No

solo la abandoné durante una batalla. Ya debe de saber que fui yo el que le robó el huevo de la profecía.

—Puede que te sorprenda —le contestó Cocodrila—. ¿No se supone que tiene que ser una de las reinas más grandes de toda la historia? Eso es lo que dicen todos los pergaminos de los Alas Marinas. Puede que te perdone. ¿Por qué no arriesgarse si eso significa volver a casa?

Membranas guardó silencio. Una de las lunas ya estaba alzándose en el cielo, brillando sobre sus escamas verde azulado. Desde allí arriba, podía ver el océano a lo lejos, pero parecía tan inalcanzable como la propia luna.

—Depende de ti —le dijo Cocodrila, interrumpiendo sus pensamientos y alejándose de él—. Solo te digo lo que he oído. Hagas lo que hagas, buena suerte.

—Buena suerte para ti también —le gritó Membranas.

Cocodrila desapareció entre los árboles y el Ala Marina se preguntó adónde iría.

Membranas echaba de menos el mar con cada mísera escama de su cuerpo. Extrañaba los palacios, las corrientes, las canciones de las ballenas, los festines, los jardines... y a los otros Alas Marinas.

«Si los Garras ya no me quieren entre ellos... Si le prometo a la reina que esta vez seré lo suficientemente valiente... Tal vez pueda volver a casa».

PRIMERA PARTE

LOS CONFINES DEL OCÉANO

CAPÍTULO 1

Una ola rugió en la orilla de la playa y rompió contra las garras de Tsunami. La dragona clavó las zarpas membranosas en la arena húmeda y el viento hinchó sus alas azules.

Levantó la cabeza para respirar el salvaje aire marino.

Ese era el lugar donde se suponía que debía estar. Aquel era su océano.

—Déjame adivinar —dijo Gloria tras ella en tono burlón, cambiando la voz para imitar la de su compañera—. Chicos, respirad profundamente el olor de la libertad.

— La libertad huele mucho a pescado —observó Nocturno—. Y, siendo sincero, es tan horrible que no puedo dejar de arrugar la nariz...

—Me encanta —respondió la Ala Marina.

Por fin podría recuperar todo lo que los Garras de la Paz le habían robado. La habían mantenido presa toda su vida en aquella montaña rancia y deprimente, cuando se suponía que ella debía estar allí fuera, volando, nadando y viviendo como una Ala Marina de verdad.

Nocturno alzó la mirada al cielo y luego la dirigió hacia el follaje oscuro que silueteaba la playa.

—¿No deberíamos quedarnos bajo los árboles? ¿Y si una patrulla nos descubre? Es decir... —Guardó silencio un momento y respiró hondo—. Debemos quedarnos bajo la protección de los árboles. Venga. Sí. Está bien. Todo el mundo de vuelta a los árboles ahora mismo.

Los demás le ignoraron, aunque Sol le lanzó una mirada de pena.

Tsunami agachó la cabeza para estudiar la manera en la que las olas le bañaban las garras. En la superficie flotaban pequeñas formas plateadas, verdes y amarillas. El océano olía mucho más a vida que el río de la cueva.

¿Solo había pasado una semana desde que habían huido de sus guardianes? Era difícil llevar la cuenta del tiempo que habían estado atrapados en la prisión de los Alas Celestes, pero sí había algo que Tsunami recordaba con claridad: el sonido de los huesos al romperse entre sus garras.

La dragonet hizo un agujero en la arena con la zarpa.

«Tenía que matar a ese Ala Marina. La reina Escarlata nos obligó a luchar. No tenía otra forma de salir de la arena. Además estaba loco. Era él o yo» .

No podía quitarse de la cabeza aquellos pensamientos. Sacudió la cabeza y extendió las alas. Todo aquello era ridículo. ¿Era una dragona o una carroñera? Se suponía que los dragones debían ser fieros guerreros. Una muerte de nada no debería afectarla tanto.

Además, Gloria y su veneno mortífero habían matado a más dragones que ella y su amiga no parecía demasiado afectada por ello.

—¿Sabes lo que me encanta a mí? —le preguntó Cieno, triste—. Los peces. Muchos peces. Grandes peces que me pueda comer. No estas cositas enanas que no paran de retorcerse en el agua.

El Ala Lodosa se sentó en la arena al lado de Tsunami. En ese momento, le rugió el estómago tan fuerte que todos los demás pudieron oírlo.

Sol dejó escapar una risita.

—Cieno, solo ha pasado un día desde que cazaste aquel cerdo enorme para que todos comiéramos.

—No era tan enorme —suspiró el dragonet, mientras dejaba caer las alas —. Era el cerdo más pequeño del mundo entero.

—Deberías haberte comido mis zanahorias —dijo Sol, al tiempo que trepaba a su espalda y alzaba la cabeza para ver el océano.

El sol estaba saliendo por un cielo pálido de color melocotón, enviando pequeños rayos de luz sobre el agua. Las dos lunas apenas eran ya dos sombras plateadas que desaparecían tras las montañas.

—Os lo digo en serio, chicos —repitió Nocturno—. No estamos seguros aquí en la playa con todos los Alas Lodosas y Alas Celestes buscándonos.

Nocturno se mantenía bien lejos de las olas, intentando quitarse la arena de las zarpas.

Por lo que Tsunami sabía, habían perdido un día entero volando hacia el sur del Delta de Espuma Diamantina y todo porque Nocturno no había parado de quejarse hasta que los demás habían accedido a hacer lo que él quería. Sí, los Alas Celestes los perseguían. Sí, seguramente estaban enfadados por la huida de los dragonets de la prisión del Palacio Celeste. Y sí, sin duda, estaban muy enfadados con Gloria por haber asesinado a su reina mientras escapaban de allí.

Pero Tsunami estaba harta de huir. Lo que quería era encontrar a su familia. Una vez que supieran quién era, estaba segura de que todos los Alas Marinas la protegerían a ella y a sus amigos. Pero, por encima de todo, lo que quería era que Nocturno dejara de preocuparse, de quejarse y de actuar como un líder mandón. Su actitud hacía que los demás se pusieran nerviosos, lo que dificultaba la organización de los dragonets. Casi deseaba que los Alas Nocturnas no lo hubieran devuelto al grupo.

—¿Por qué estás tan preocupado? —le preguntó Tsunami—. Si nos

volvieran a capturar, ¿no volverían tus amiguitos Alas Nocturnas a aparecer de la nada para rescatarte?

Nocturno extendió las alas, indignado.

—No estoy preocupado por mí —dijo—. Solo intento que todos estemos a salvo.

El dragonet miró a Sol antes de apartar la mirada.

—¡Yo os estoy manteniendo a salvo! —protestó Tsunami—. ¿Cuándo os he fallado?

—Bueno —señaló Gloria—, hubo aquella ocasión en concreto en la que nos capturaron los Alas Celestes y su reina casi nos mata...

Tsunami golpeó el agua con la cola y salpicó a Gloria. La Ala Lluviosa siseó y se apartó de un salto.

—¡Parad! —se interpuso Sol—. Dejad de pelearos. ¡Todos vosotros! Cieno, haz que paren —añadió, golpeando en la cabeza a su amigo para llamar de nuevo su atención y hacer que se olvidara de los pececillos que nadaban entre sus patas.

—Oh, sí. Escuchemos a alasgrandes —se mofó Gloria.

Aquella mañana, sus escamas eran doradas como las de Sol, pero con retazos azules como el océano. Se sentó y bostezó en dirección a Tsunami, enseñando sus dientes venenosos.

—Eh —Cieno le acarició el ala a Tsunami—. No es malo que Nocturno se preocupe. Ni siquiera sabemos si la reina Escarlata está viva o muerta. Pero —añadió rápidamente— sé que quieres reunirte con los Alas Marinas tan pronto como sea posible. Así que, en vez de pelearnos, vamos a buscarlos. Así podremos estar antes a salvo.

Tsunami le lanzó otra mirada punzante a Nocturno, para luego volver a ponerse de cara al océano. Cieno tenía razón. Lo más importante era encontrar a su familia y un lugar seguro donde poder esconderse.

—¡Oooh! —dijo Gloria, rompiendo el silencio—. ¡Tan sabio y tan grande!

—Eso mismo pienso yo —le contestó Sol, rodeándole a Cieno el cuello con los brazos.

Nocturno se sentó sobre la arena envolviendo con la cola las garras traseras, con un aire bastante melancólico.

Gloria replegó sus alas doradas.

—¿Y ahora qué? ¿Deberíamos empezar a gritar «Eh, Alas Marinas, tenemos a vuestra princesa perdida», y esperar a que los dragones salgan en tropel del agua?

—¡Con un montón de comida! —gritó Cieno, asustando a una gaviota que volaba por encima de él—. ¡Había un banquete al final de la historia! Cuando la princesa volvía a casa, sus padres estaban tan contentos que le organizaron un banquete. Se comieron una ballena entera. Sería genial. Me apuesto lo que queráis a que podría comerme una ballena entera yo solo. ¿Creéis que nos organizarán un banquete?

—*La princesa desaparecida* es solo un cuento escrito en un pergamino —señaló Nocturno—. No tenemos ni idea de lo que nos vamos a encontrar en el Reino del Mar.

—Eso es verdad —dijo Cieno, mientras dejaba caer las alas sobre la arena, mustias—. Puede que al final no resulte como nos imaginamos, Tsunami. Como cuando descubrimos que mi madre me vendió por una vaca.

—Oye —saltó Gloria—. Por lo menos fueron dos vacas.

—Mmmmm... Ahora me siento mucho mejor —le contestó Cieno sin mucho entusiasmo.

A Tsunami no le pasaría lo mismo. Lo sabía. Quizá los sueños que Cieno tenía sobre su familia habían resultado ser equivocados, pero los suyos

serían perfectos. Y más ahora que sabía que su huevo había sido robado del Nido Real.

Ella era la hija de la reina Ala Celeste.

No solo eso, sino que, según le había contado Nocturno, ninguno de los dragonets hembra de la reina había sobrevivido hasta la edad adulta. Tsunami era la única heredera al trono marino que seguía con vida. Un día, ella misma sería la reina de los Alas Marinas. Algún día tendría que luchar con su propia madre hasta la muerte para conseguir el trono. Pero aquel día podía estar tan lejano como ella quisiera. No era algo de lo que debiera preocuparse en aquellos momentos.

Extendió las alas y respiró el aire salado que traía la espuma del mar. Por el rabillo del ojo, seguía viendo a las diminutas criaturas que saltaban sobre la arena mojada y desaparecían de nuevo.

—Podría bucear y buscar el palacio de los Alas Marinas —sugirió.

—¿Ahí fuera?

Nocturno pareció alarmarse. Extendió las alas y se sacudió la arena, pestañeando con aire inquieto.

—¿Dónde si no crees que podría encontrar a los Alas Marinas? —le preguntó la dragonet.

—Nadar en el océano no será lo mismo que nadar en el río subterráneo de una cueva —la reprendió Nocturno—. Hay corrientes mucho más fuertes y olas impredecibles y cosas enormes con dientes...

—Yo soy una cosa enorme con dientes —sonrió Tsunami, dirigiéndose a él.

A él no le hizo gracia.

—No es seguro. ¿Y si te perdemos?

En ese momento, Tsunami deseó borrarle de un zarpazo la expresión preocupada del hocico.

—Nocturno, no seas tan aguafiestas —intervino Sol—. Tsunami puede lograr cualquier cosa. ¿Cómo se supone que va a volver a casa con su familia si no se adentra en el mar?

—¡Oh, no!

Cieno se puso en pie de un salto, salpicó arena en todas las direcciones e hizo que Sol casi se le escurriera de la espalda. Por suerte, la dragonet fue más rápida y se agarró a su cuello lanzando un grito. Un montón de arena, conchas y cangrejos asustados salieron disparados cuando Cieno sacudió la cola.

—¡Para! —le pidió Gloria mientras se cubría los ojos.

—¿Qué pasará con nosotros? —dijo Cieno, batiendo sus grandes alas marrones—. ¡No lo había pensado! No podemos ir contigo al Palacio Marino, Tsunami. ¡No podemos respirar allí abajo! ¿Cómo vamos a mantenernos juntos si tú estás bajo el agua? —dijo, señalando el océano—. ¿Qué se supone que vamos a hacer nosotros?

Tsunami adoraba a Cieno cuando lo veía tan preocupado. También le encantaba darse cuenta de que había tardado todo un día en llegar a la conclusión de que el Reino del Mar estaría bajo el agua.

—¿En serio? —le preguntó Gloria al Ala Lodosa—. ¿Después de todas esas lecciones de geografía ni una sola se te ha quedado grabada en tu dura mollera?

Cieno se giró, trazando un círculo, confuso. Los cangrejos se le escurrían entre las enormes garras.

—¿Qué?

—Los Alas Marinas también tienen un palacio fuera del agua —les explicó Nocturno con su voz de «¿veis cómo tendríais que haber estudiado más?»—. Para poder recibir a sus invitados, como a su aliada Ala Arenosa, Ampolla. Está situado en una isla en medio de la Bahía de las Mil Escamas.

Cieno se volvió a sentar con un suspiro de alivio y Sol le apretó afectuosamente el hombro.

—Yo tampoco me acordaba de eso —lo animó—. Entonces nos dirigimos allí, ¿verdad?

—No tan rápido —la cortó el dragonet Ala Nocturna—. Ambos palacios, tanto el que está bajo el agua como el que no, están escondidos. Así es como han conseguido durar tanto en esta guerra, incluso sin tener un aliento de fuego como el de las otras tribus. Nadie puede encontrarlos y atacar sus hogares.

—En eso se parecen a los Alas Nocturnas —siseó Gloria.

—¡No se parecen en nada a los Alas Nocturnas! —gritó Tsunami—. Los Alas Marinas no pretenden hacerse los misteriosos ni los interesantes. Solo son sensatos y no dejan que nadie sepa dónde está su hogar.

—Hay cerca de mil islas donde buscar, pero aún así, probablemente... —dijo Nocturno, pero se calló en mitad de la frase y volvió a mirar al cielo—. ¿Alguno de vosotros huele a fuego?

—Benditas lunas, Nocturno. No pienso esconderme entre los árboles cada vez que una tontería te asuste —lo reprendió Tsunami.

—Esperad... creo que tiene razón —dijo Sol, que también levantó la cabeza—. Oigo el batir de muchas alas.

—Yo también —exclamó Nocturno, enderezando la cresta de la espalda, señal inequívoca de lo asustado que estaba.

El Ala Nocturna se giró hacia los árboles y empezó a correr tan rápido como pudo.

—¿Desde tan lejos? —preguntó Tsunami en voz alta, escéptica—. Yo no veo nada ahí arriba.

No había terminado de decirlo cuando vislumbró un grupo de manchitas

rojas en el cielo, como salpicaduras de sangre, que bajaban de las montañas en dirección noroeste.

Una patrulla de Alas Celestes se acercaba hacia ellos.

CAPÍTULO 2

—¡Rápido! Meteos en el agua —ordenó Tsunami.

El agua estaba mucho más cerca que los árboles y los ocultaría igual de bien.

—Ni de broma —estalló Gloria, que se tiró en la arena, extendió las alas y cambió el color de sus escamas.

La dragonet se volvió del mismo tono que las pequeñas rocas y los granos de arena, lo que la hacía imposible de detectar. Y mucho menos desde el aire.

Todo ocurrió tan rápido que Tsunami casi no vio dónde se había escondido su amiga. Gloria se superaba cada día con este truco del camuflaje.

—Vale. Vamos, Sol —dijo Tsunami, mientras agarraba a la pequeña Ala Arenosa.

—Prefiero no hacerlo —gritó Sol—. Puedo conseguir llegar hasta los árboles. Volaré muy, muy rápido. Ya verás —dijo, y seguidamente saltó desde la espalda de Cieno y se lanzó tras Nocturno.

Tsunami dio una patada, enfadada, salpicando agua del océano por toda

la arena. Gloria bufó desde su escondite, molesta.

—Estaremos mucho más seguros en el agua —resopló la Ala Marina, lanzando una mirada preocupada al cielo.

Los dragones se acercaban muy rápido... quizá llegarían antes de que Sol se escondiera en los árboles. Pero ya era demasiado tarde para alcanzarla. Tsunami se giró y se sumergió en el océano.

Cieno estaba excavando un agujero en el lodo de la orilla, espantando a varios lenguados asustados y lanzando nubes de salmonetes por todas partes. Los Alas Lodosas no tenían ningún tipo de problema con el agua, al contrario que los otros, ya que podían aguantar la respiración durante casi una hora.

Tsunami respiró profundamente y notó el agua salada que se le colaba por las agallas. Le sorprendió lo extraña que le resultaba aquella sensación, como si respirara humo en vez de agua. No se parecía en nada al agua cristalina de la cueva. Y por si aquello no fuera suficiente, la corriente no paraba de empujarla a la orilla para, acto seguido, arrastrarla de nuevo al interior del océano.

Aun así, la dragonet consiguió desplegar las alas y luchar contra la fuerza del océano, dejando atrás a Cieno. Batió las alas y se adentró cada vez más en las profundidades. Pequeños bancos de diminutos peces morados se alejaron de ella como una preciosa explosión de estrellas. El suelo de arena desapareció para dar paso a un fondo marino lleno de algas verde oscuro que le acariciaron el vientre.

Miró al cielo que se abría sobre su cabeza y comprobó que no había aún rastro de los dragones que habían visto, así que decidió arriesgarse a sacar un momento la cabeza fuera del agua y echar un vistazo. Tenía que asegurarse de que Sol había conseguido ponerse a salvo bajo los árboles.

El ruido atronador de un montón de alas resonó en sus oídos mientras

sacaba la cabeza del agua y se giraba hacia la playa. La pequeña Ala Arenosa casi había llegado al refugio de los árboles. Tsunami vio a Nocturno que, escondido entre las hojas, le tendía las garras para ayudarla a llegar.

Por encima de ella, una mancha naranja pasó volando a una velocidad impresionante. Los Alas Celestes podían volar más rápido que cualquier otra tribu. Pasó a toda velocidad un dragón rojo, seguido por otros tres. Sus enormes alas taparon el sol casi por completo cuando sobrevolaron las cabezas de los dragonets.

Tsunami se hundió un poco más en el agua, pero estaba segura de que la patrulla iba demasiado rápido como para percatarse de la presencia de un Ala Marina en el agua. Puede que aquellos soldados no estuvieran buscando a los prisioneros fugados.

Entonces observó más detenidamente al último dragón... Era de un tono naranja claro, le salían llamas de la nariz y tenía una herida en el ala izquierda. Volaba más despacio que los otros, vigilando la retaguardia y moviendo la cabeza de un lado a otro sin parar, mientras inspeccionaba el terreno con sus ojos oscuros.

De repente, Tsunami se dio cuenta de que llevaba todo aquel tiempo aguantando la respiración. El Ala Celeste giró el hocico hacia los árboles justo en el mismo momento en el que la cola de Sol desaparecía entre la maleza.

Frenó, moviendo las alas para mantenerse quieto en el aire un momento.

¿Estaba mirando los árboles?

¿Y si llamaba a los otros para que volvieran? La patrulla ya se había alejado bastante de allí, pero con un simple grito podría hacer que volvieran a la velocidad del rayo. Ni Sol ni Nocturno eran rivales para una patrulla de seis Alas Celestes adultos.

De hecho, no serían rivales ni siquiera para un soldado Ala Celeste. Seguramente, hasta tendrían problemas para ganarle una pelea a un murciélago adormilado.

El Ala Celeste expulsó una bocanada de humo por los orificios de la nariz y abrió la boca. Si quería tener una oportunidad de salvar a sus amigos, Tsunami debía hacerlo callar.

Salió del agua trazando un arco perfecto, impulsada por la cola. Las alas la lanzaron con fuerza hacia el Ala Celeste y se estrelló contra su estómago.

El dragón tosió y expulsó una gran bocanada de humo al tiempo que se doblaba por la mitad, sin aliento. Tsunami tuvo unos minutos antes de que el desconocido se recuperara para pedir ayuda. Lo rodeó, le golpeó la cabeza con la cola y aterrizó sobre su espalda con todas sus fuerzas.

El Ala Celeste estuvo a punto de caerse al agua, pero consiguió luchar y recuperar el equilibrio en el aire. Tsunami le golpeó las alas con las garras y se deslizó hasta su cola, intentando desequilibrarlo con su peso y arrastrarlo con ella hacia abajo. Era demasiado grande y fuerte para ganarle en el aire, solo el factor sorpresa le había concedido cierta ventaja. Tsunami necesitaba arrastrarlo al océano para poder tener alguna oportunidad contra él.

El dragón naranja rugió y se revolvió, lanzando una bocanada de fuego por el hocico que casi alcanzó de pleno a la dragonet. Tsunami lo estaba arrastrando hacia el agua, pero él no dejaba de batir con fuerza sus enormes alas. Tsunami se sentía como si tuviera un huracán en torno a la cabeza. Se dio cuenta de que el dragón le estaba ganando terreno y de que en cualquier momento conseguiría llamar a los otros.

«¡No vas a llevarte a mis amigos!», pensó Tsunami con fiereza. Encontró el punto débil de su cola y le clavó con fuerza los dientes. El dragón empezó a retorcerse, presa del dolor, y a punto estuvo de hacer caer a la dragonet. Luego le lanzó otra llamarada por debajo del ala.

Al principio Tsunami creyó que había fallado, pero enseguida sintió un ramalazo de agonía que se le extendía por el cuello. Era como si alguien intentara serrarle las escamas con un cable al rojo vivo.

Cerró fuertemente los ojos y apretó aún más los dientes, decidida a aguantar en aquella posición aunque empezara a ver puntitos de colores danzando por delante de sus ojos a causa del dolor.

De repente, el dragón se precipitó hacia el mar y Tsunami abrió los ojos de golpe. Cieno había volado hasta ellos y se había interpuesto con sus alas a prueba de fuego entre la llamarada del Ala Celeste y ella. Luego hundió las garras en la espalda del desconocido y el peso extra hizo que el soldado cayera definitivamente al mar.

Juntos, Tsunami y Cieno consiguieron arrastrar al Ala Celeste hacia el océano. El soldado luchó ferozmente, pero su fuego no podía dañar a Cieno y sus enormes alas no le sirvieron de nada una vez que cayó al agua y no pudo seguir respirando.

En cuanto impactaron contra el agua, Tsunami nadó hacia el dragón y le sujetó la cabeza bajo la superficie hasta que este dejó de moverse. Entonces lo soltó y se apartó. Cieno la imitó.

El cuerpo inconsciente del dragón empezó a hundirse lentamente hacia el fondo.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de la dragonet. «Era él o yo».

Aquello no podía ser lo correcto.

¿Por qué no podía ser peligrosa y feroz y, al mismo tiempo, que no le importaran las consecuencias?

Nadó tras el dragón y lo agarró de un ala, luego alzó la cabeza y miró a Cieno. Él le devolvió la mirada y, para alivio de Tsunami, el dragonet no dudó en nadar hacia ella y agarrar la otra ala del dragón.

Arrastraron al Ala Celeste hasta la playa. La corriente los había alejado

más de lo que Tsunami se había imaginado y les costó bastante llegar hasta allí, sobre todo con el peso de un dragón adulto complicándoles el avance.

Tsunami apretó los dientes con fuerza, ignorando lo exhausta que estaba y el dolor de la quemadura del cuello. Ella era un Ala Marina. Aquel se suponía que era su elemento. Era la reina del océano o, al menos, algún día lo sería. No podía olvidarlo.

Cuando llegaron a la playa, ya no quedaba ni rastro del resto de la patrulla. Tsunami se preguntó cuánto tardarían en darse cuenta de que faltaba uno de los suyos y en dar la vuelta para buscarlo.

Cayó rendida sobre la arena al lado del Ala Celeste. Cieno se acercó al hocico del dragón, le insufló aire y luego empezó a masajearle el pecho.

—¿Qué leches te pasa? —le espetó la voz de Gloria. La Ala Lluviosa se materializó en medio de la arena, tiñendo sus escamas de un marrón más oscuro para que sus amigos pudieran verla sin problemas—. ¿Por qué has hecho eso? —dijo, dirigiéndose a Tsunami.

—Vaya, de nada —le contestó esta—. Solo acabo de salvaros la vida, como de costumbre.

—¿Cómo? ¿Atacando a dragones al azar? —gritó Gloria—. ¡Un poco más y se hubieran ido! ¿Y qué es lo que estás haciendo tú? —le increpó a Cieno, golpeándolo con una de sus alas.

—¿Eh? —murmuró Cieno—. Despertándolo.

El Ala Lodosa siguió masajeándole el pecho al Ala Celeste.

—¿Qué? —gritó Gloria—. ¡No puedes dejarlo vivir!

La dragonet intentó agarrar a Cieno por una de las patas, pero Tsunami se lo impidió.

—No tenemos que matarlo —le explicó—. Lo ataremos y lo dejaremos aquí.

—Genial. ¿Qué me decís de dejar un rastro de trozos de vaca para que

nos encuentren? ¿Y qué tal un mapa del lugar al que nos dirigimos? O quizá deberíamos prenderle fuego a esta parte del bosque para asegurarnos de que todo el mundo nos encuentra. ¿Queréis que escriba en rocas enormes «LOS DRAGONETS EZTUBIERON AQUÍ» para dejar más pistas?

—¡Vale! —dijo Tsunami, dedicándole una mirada larga y furiosa—. Ahí lo tienes. Mátalo tú.

Gloria bajó la mirada hacia el dragón inconsciente y dudó.

—Yo no mato a dragones que no pueden defenderse —dijo finalmente.

—¿Por qué no? —quiso saber la Ala Marina—. Limítate a escupirle un poco de veneno en la cara y que se le derrita. Se supone que para ti es muy fácil hacerlo.

Gloria clavó las garras en la arena, rugiendo. Unas burbujas de un color morado oscuro se le empezaron a extender por las escamas.

Sol y Nocturno aterrizaron en la arena a su lado. Sol le lanzó al Ala Celeste una mirada de terror y entonces Tsunami recordó que ella había estado presa en otra parte del palacio durante las peleas en la arena. Nunca había visto a sus amigos luchar contra otros dragones.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó la pequeña dragonet dorada a Cieno.

—Inténtalo con esto —se ofreció Nocturno, acercándose para ayudar.

Cieno se hizo a un lado y, entre los dos, giraron al dragón hasta que quedó boca abajo.

—¿Por qué lo atacaste? —le espetó Sol a Tsunami.

La Ala Arenosa no paraba de mover de un lado a otro su pequeña e inofensiva cola, mostrando así su ansiedad.

—¡Para salvarte! —le contestó Tsunami, enfadada.

—Pero si no estaba haciendo nada —protestó la dragonet—. Solo estaba volando.

Los cuatro dragonets miraron a Tsunami como si fuera la clase de dragona que se escondía entre las rocas y mordía a dragones inocentes solo por diversión. Ella arqueó el cuello con indignación.

—Creía que te había visto —gruñó—. Estaba a punto de llamar a los otros. ¡Lo vi abrir la boca!

—Sí, yo también —intervino Gloria—. Estoy bastante segura de que estaba bostezando.

—¿Bastante segura? —le contestó Tsunami—. ¿Estarías dispuesta a arriesgar nuestras vidas por ese «bastante segura»?

«¿Estaba bostezando? ¿Lo he atacado por nada? Esto no está bien. Vi el peligro y reaccioné como debía hacerlo, ¿no?».

—Si antes de actuar te pararas un momento y pensaras dos segundos en lo que estás a punto de hacer... —le dijo Nocturno.

—¿O me parara a pensarlo durante mil años como haces tú? Pensar, pensar, pensar y preocuparse un poco más para acabar no haciendo nunca nada —gritó la Ala Marina.

El Ala Celeste tosió de repente y expulsó agua salada por el hocico. Cieno suspiró, con una expresión feliz en el rostro.

—Oh, maravilloso. Nuestro enemigo sobrevivirá. Bien hecho. Tenemos que largarnos de aquí —les dijo Gloria a todos, mientras daba un paso atrás y miraba al cielo, hacia donde habían desaparecido los demás—. ¿Qué hacemos con él ahora, oh gran líder?

Tsunami no tenía ni idea. Miró a su alrededor, nerviosa. Quizá si pudieran encontrar alguna enredadera para atarlo...

—Ahí hay un árbol —dijo Nocturno poniéndose en pie—. En el bosque.

—No me lo puedo creer —se mofó Gloria—. ¿Un árbol? ¿En el bosque?

—¡El sarcasmo no nos ayudará en un momento como este! —la regañó Tsunami.

—Me refiero a un árbol caído —aclaró el Ala Nocturna—. Podemos usarlo. Gloria, tú quédate aquí y vigílalo. Cieno y Tsunami, venid conmigo. Rápido.

Cieno empezó a correr y rápidamente dejó la playa tras de sí. Tsunami se quedó parada un momento... no le gustaba la idea de dejar al soldado allí, aunque no estuviera despierto del todo. Tampoco le gustaba demasiado aceptar órdenes de Nocturno.

—¡Vamos, rápido! —la urgió Sol, empujándola con un ala.

Tras adentrarse un poco en el bosque, encontraron un enorme árbol caído, con la mayoría de las ramas enterradas en la arena. Cieno y Tsunami lo desenterraron y lo arrastraron hasta la playa donde habían dejado al Ala Celeste, mientras Nocturno no paraba de dar vueltas a su alrededor gritando órdenes. «Como si necesitáramos que nos dijeran cómo mover un árbol», pensó la dragonet bastante enfadada.

Justo en el momento en el que llegaron hasta él, el soldado parpadeó varias veces y se despertó. Tosió una y otra vez, y a continuación levantó la cabeza para mirar desconcertado a los dragonets.

—¿De qué nos va a servir un árbol? —preguntó Tsunami.

—Se lo pondremos encima —le respondió el Ala Nocturna—. Así estará atrapado sin poder moverse el tiempo suficiente para que podamos escapar.

Tsunami odiaba tener que admitirlo, pero era una buena idea. Ayudó a Cieno a levantar el tronco y lo dejaron caer sobre la espalda y las alas naranja del Ala Celeste. El dragón intentó ponerse de pie, pero el árbol se lo impidió.

—¿Y si se queda aquí atrapado para siempre? —preguntó Sol, que parecía preocupada. Se acercó y le quitó un poco de arena del hocico al prisionero. Él expulsó una bocanada de humo, y Cieno tiró de ella para apartarla de su lado—. Quizá debamos dejarlo marchar.

—No podemos hacer eso —le dijo Tsunami.

—Ojalá no lo hubieras atacado —dijo Sol, hundiendo la cabeza entre los hombros.

—Sí, ojalá —la apoyó Gloria.

—No ha sido tu movimiento más inteligente, Tsunami —corroboró Nocturno.

La dragonet infló las agallas, furiosa, y extendió las alas.

—¡Vosotros qué sabéis! —gritó—. ¡Quizás os he salvado a todos! ¡Una vez más! —exclamó.

Miró a Cieno, pero él se limitó a encogerse de hombros como si no estuviera muy convencido.

«Gracias por el apoyo, chicos —pensó enfadada—. Sabéis que lo único que intento es que nos mantengamos con vida».

—No te preocupes, Sol. —Cieno le dio un par de golpecitos cariñosos en la cabeza a la Ala Arenosa—. Sus amigos vendrán a buscarlo tarde o temprano.

—Puede que más temprano que tarde —volvió a interrumpirlo Gloria—. Así que, como ya os he dicho, tenemos que largarnos de aquí.

—Esperad —dijo el Ala Celeste con una especie de graznido. Su voz era ronca y profunda. Se retorció y golpeó la arena con la cola—. No me dejéis así.

Nocturno dio un paso para ponerse en su línea de visión y agachó la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Recuerda que pudimos haberte matado —dijo—. Recuerda que los dragonets del destino fueron misericordiosos contigo. Queremos la paz, no más muertes. Hemos venido para salvar a Pirria de esta guerra.

—Dios mío —soltó Tsunami, mientras Gloria hacía un gesto de impaciencia—. Nada de volver a salir por ahí con los Alas Nocturnas.

—Yo creo que ha sido genial —lo apoyó Sol.

Nocturno le dedicó una mirada agradecida.

—Sol, no lo animes.

Con cuidado, Nocturno le colocó unas cuantas hojas al dragón sobre la cabeza para que no pudiera ver hacia dónde se dirigían. El dragonet señaló al bosque y, moviendo los labios pero sin emitir sonido alguno, dijo:

—Solo para asegurarnos.

Tsunami suspiró. Volverían a volar en la dirección equivocada. Ella quería ir ya a casa, en ese mismo momento. A casa, al océano y de vuelta con sus padres de una vez, pero no podía ponerse a discutir con su compañero allí en medio. No mientras el Ala Celeste estuviera escuchando. Además, los otros ya habían accedido a seguir las órdenes de Nocturno. Todos estaban deseosos de volver a seguir las directrices del Ala Nocturna. Ninguno creía que ella hubiera hecho lo correcto al atacar al Ala Celeste. Ni siquiera aunque lo hubiera hecho por salvar sus estúpidas escamas.

Mientras se elevaban hacia el cielo, Tsunami le lanzó una mirada de añoranza al océano por encima del hombro.

«Pronto —pensó—. Pronto me reuniré con mi propia tribu».

CAPÍTULO 3

La Bahía de las Mil Escamas estaba más lejos de lo que Tsunami pensaba. Había estado estudiando el mapa de Pirria desde que era una pequeña larva, pero era difícil imaginárselo cuando tenía un mundo tan enorme bajo sus alas. Por mucho que supiera que era una estupidez, aún seguía esperando encontrar pequeñas espirales de islas que le cupieran en la palma de la garra. En vez de eso, se encontró volando sobre vastas extensiones de océano vacío, salpicado aquí y allá por solitarios afloramientos de roca.

Después de estar dando vueltas tierra adentro para convencer al Ala Celeste de que se habían ido en dirección contraria, giraron hacia el sur y volaron sobre mar abierto. Consiguieron llegar a una pequeña isla de roca poco después de que cayera la noche, aunque, según Nocturno, aún estaban muy lejos de la Bahía de las Mil Escamas. El Ala Nocturna había calculado la distancia basándose en la velocidad a la que volaban e intentó soltarles una aburrida lección para explicar todos sus cálculos. Los demás dragonets se quedaron dormidos a mitad de la explicación y Nocturno se pasó el día siguiente enfurruñado.

Aun así, Tsunami tenía que admitir, aunque solo fuera para sí misma, que

era útil tener cerca a alguien que supiera tanto de geografía y planes de vuelo. Durante los días siguientes, paraban cada vez que veían una isla, se comían una gaviota o algún pez si podían atraparlo, y luego seguían volando. Tsunami intentó bucear varias veces, pero se sintió muy decepcionada al darse cuenta de que no podía nadar tan rápido como volaba. La única buena noticia era que el agua del mar le ayudaba a sanar la quemadura que tenía en el cuello.

Tuvieron que pasar cuatro días más para que Tsunami pudiera despertarse por fin en una isla que formara parte oficialmente de la Bahía de las Mil Escamas.

Se despertó sobresaltada por una pesadilla en la que moría atrapada bajo los restos de una cueva que se le había derrumbado encima, solo para descubrir que era Cieno quien se le había echado encima durante la noche. Gruñendo, consiguió salir de debajo del enorme Ala Lodosa dejando que la cola de este cayera sobre la cabeza de Nocturno.

Los cinco dragonets dormían apretujados en una cueva situada a mitad de camino de un acantilado muy alto. Era húmeda y muy incómoda. Y encima olía a cagarrutas de gaviota. Cieno apenas había conseguido apretujar las alas lo suficiente para entrar por la puerta de la cueva.

¿Y por qué estaban durmiendo en aquel horrible lugar en vez de hacerlo en la arena blanca y calentita de la playa de abajo?

Tsunami se sentó en la entrada de la cueva y fulminó a Nocturno con la mirada, lo cual tampoco le resultó muy satisfactorio porque todos roncaban plácidamente. Cieno dormía aplastado contra la pared del fondo, con Sol acomodada entre sus garras delanteras y Nocturno hecho un ovillo delante de ellos. Incluso Gloria había enroscado su cola con la de Cieno. Las escamas de la dragonet despedían un brillo naranja y dorado bajo la luz matinal, con destellos rojos cuando resoplaba en sueños.

Nocturno había estado actuando de un modo muy extraño desde que los Alas Nocturnas lo habían traído de vuelta. De repente, parecía como si quisiera discutir con ella por cualquier motivo. Si ella decía «¡Durmamos en la playa! ¡Será divertido!», él contestaba con un «No, no, tenemos que dormir en una cueva escondida. Eso será mucho más seguro». ¡Más seguro! Como si hubiera algo de lo que tuvieran que preocuparse en plena noche.

Pero todos los demás aún seguían enfadados con ella por haber atacado al soldado Ala Celeste, así que se ponían siempre de parte de Nocturno.

A Tsunami no le gustaba el rumbo que estaban tomando las cosas.

La dragonet los observó dormir unos segundos más. Era muy complicado liderar un grupo cuando no paraban de cuestionar cada cosa que hacía y de quejarse por todo. Solo quería lo mejor para ellos. ¿Es que acaso no lo sabían? Si tuviera que hacerlo, Tsunami se enfrentaría a un centenar de Alas Celestes para protegerlos.

«Aunque puede que no deba hacerlo. Puede que, después de todo, mis amigos no quieran mi protección».

Quizá preferían a Nocturno como líder en vez de a ella. Aunque él no hubiera arriesgado jamás ni una sola de sus escamas por sus amigos.

Tsunami bajó la mirada y observó cómo el mar brillaba a sus pies. En algún lugar en aquellas profundidades de color aguamarina, estaba su familia. Sus padres, su reino y todo lo que debería haber sido suyo si los Garras de la Paz no la hubieran secuestrado y le hubieran arruinado la vida.

Quizás el problema con sus amigos era que pertenecían a tribus diferentes, formadas por seres tercos y desequilibrados y no por dragones sensatos como los Alas Marinas. Quizá su propia gente la entendiera mejor. La apreciarían en vez de gritarle.

Aunque la verdad era que no tenía por qué quedarse allí esperando a que

todo el mundo se despertara. Tampoco es que fueran a resultar de mucha ayuda en su búsqueda.

Tsunami pegó las alas al cuerpo y luego se inclinó hacia el borde de la entrada de la cueva. El viento le acarició el rostro y jugueteó con su cola mientras ella se dejaba caer en picado desde el acantilado. En el último momento, abrió las alas y planeó sobre la superficie del agua, arañándola con las garras. Una alegría infantil le recorrió cada una de las escamas antes de hundirse por completo en el agua.

Allí el mar estaba más caliente y rebosaba vida. Su zambullida había ahuyentado a lo que le parecían miles de peces, muchos de los cuales se escondieron en una barrera de coral rosáceo que sobresalía de la arena como un bosque petrificado. Un pulpo la miraba a través de las ramas. Tsunami no dejaba de ver destellos plateados y amarillo brillante por el rabillo del ojo cuando los peces huían de sus garras membranosas.

Ni rastro de ningún comité de bienvenida de Alas Marinas contentos por su vuelta.

Ni rastro de medusas brillantes que le señalaran el camino hacia el castillo de la reina Coral. Nada de cabalgatas de caballitos de mar que se inclinaran ante ella ni de langostas enjoyadas que abrieran paso.

Tampoco es que estuviera imaginándose la escena de la bienvenida de *La princesa desaparecida* ni nada por el estilo.

Tsunami recorrió a nado el arrecife de coral, observando las criaturas que se escondían en sus agujeros y recovecos. Un bicho espantoso, que a Tsunami le pareció una anguila, le devolvió la mirada. Pececitos naranjas y blancos nadaban alegremente entre las anémonas de color lavanda.

Aún no estaba acostumbrada a nadar en el océano y eso la frustraba. Las corrientes inesperadas no paraban de desequilibrarla. El agua salada parecía golpearle ferozmente las agallas. ¿Dónde se habían metido sus instintos

naturales de Ala Marina? Se suponía que su hábitat la haría más fuerte, más rápida, más mortífera... no tan patética.

Luchando contra las corrientes, nadó hasta la siguiente isla. Había más arrecife de coral rosa en el fondo, salpicado de algas verdes y helechos de un tono morado oscuro. Notaba las alas cansadas y entumecidas, así que las abrió todo lo que pudo y flotó cerca de la superficie, no muy lejos de tierra firme.

Algo brilló debajo ella, entre las sombras del arrecife de coral. Algo muy grande.

Tsunami pensó durante un segundo en todas las cosas grandes y llenas de dientes que podían vivir en el océano, pero enseguida las descartó. Si era un tiburón, lo mataría y se lo llevaría a los otros para que se lo comieran. No podía esperar a ver la cara que pondría Nocturno.

Movió la cola para impulsarse y acercarse.

Era otro Ala Marina.

Un escalofrío le recorrió las escamas cuando lo vio. Una parte de ella solo deseaba dar media vuelta y volver con sus amigos para avisarlos.

«No seas una escupehumo —se reprendió a sí misma—. Esto es lo que has deseado siempre: encontrar a un dragón de tu propia tribu».

Respiró hondo. El extraño Ala Marina tenía los cuernos azul oscuro y las escamas de un azul cielo bastante más pálido que el de ella. Estaba nadando cerca del arrecife, moviendo ligeramente las garras y las alas para cambiar de dirección. De repente, giró la cabeza de lado a lado, alerta.

«Bueno... no creo que pase nada por seguirlo un poco», se dijo a sí misma. Se dejó arrastrar por la corriente por encima del coral, sin perder de vista al dragón. Iba clavando las garras en los pequeños huecos que encontraba en el arrecife. Sin querer, golpeó a una indignada langosta negra

que salió de su escondite con las pinzas en alto, lista para atacar. Solo le hizo falta mirar una vez a Tsunami para volver a esconderse a toda prisa.

En el lugar donde se encontraba la dragonet, el arrecife estaba cubierto por una capa de algas verdes parecidas al musgo. Tsunami pasó al lado de dos grandes tortugas marinas. Una cosa enorme y con tentáculos, parecida a una araña marina, mordisqueaba las algas. La punta de sus ocho patas de color morado oscuro eran de un tono amarillo anaranjado, como los ojos.

El Ala Marina al que perseguía dejó de nadar de repente y miró a su alrededor. Tsunami se arrimó aún más al arrecife. Algunos pedazos nudosos de caliza se le clavaron en el estómago. Echó un vistazo al otro dragón a través de uno de los agujeros.

Él avanzaba con lentitud, inspeccionando las profundidades del océano.

¿La habría oído?

Pero el Ala Marina no alzó la mirada en ningún momento. El dragón miró a su alrededor una vez más y a continuación iluminó las rayas de las alas.

Casi de inmediato, otro dragón salió nadando de una cueva del arrecife de coral.

«Mmmm —pensó Tsunami—. Ese no es tan guapo». Sus escamas verdes eran bonitas, pero a la dragonet no le gustaron los dibujos negros en espiral que lucía sobre ellas. Nunca había visto a un dragón con un dibujo como aquel. Su cara no era tan atractiva ni amigable como la del primer dragón, aunque quizás eso tenía algo que ver con la enorme cicatriz que le recorría el ojo izquierdo.

Se preguntó si serían guardias que estaban haciendo el cambio de turno. Si lo eran, se estaban comportando de una manera muy extraña.

Los dos dragones se quedaron flotando un momento en el lugar donde estaban, mirándose el uno al otro, durante lo que a Tsunami le pareció una

eternidad. De vez en cuando brillaban las rayas de uno, luego las del otro. Movieron las garras como si estuvieran espantando algún pez, aunque no hubiera ninguno a su alrededor.

Entonces, el dragón con las espirales negras desapareció en la cueva y el otro se alejó de allí nadando.

«¿Será alguna clase de ritual de los Alas Marinas durante sus patrullas? —se preguntó Tsunami—. Supongo que tendré que aprender todas estas cosas si espero convertirme en reina algún día».

Extendió las alas para seguir al primer dragón y un par de peces de rayas amarillas salieron de debajo de su estómago y huyeron de allí.

El dragón azul cielo regresó nadando por donde había llegado, a través del mar abierto entre aquella isla y la isla en la que estaban durmiendo sus amigos.

«Ahora o nunca», pensó la dragonet. Prefería darse a conocer a aquel dragón antes que al otro. También prefería hacerlo mientras estuviera solo, pues le parecía más fácil que tener que explicar su presencia a un montón de dragones a la vez.

Batió las alas para alcanzarlo, buceando sobre el arrecife, hasta que consiguió colocarse justo delante de él.

El Ala Marina empezó a retroceder entre un remolino de olas. Tenía los ojos de un azul tan oscuro que parecían negros.

Tsunami señaló la superficie. «Acompáñame fuera del agua para que podamos hablar», intentó decirle mediante signos. Con suerte, el desconocido entendería lo que trataba de decirle.

Para su sorpresa, el Ala Marina se dio la vuelta y salió pitando. Sacudió la cola tan fuerte que Tsunami recibió una ola de agua en plena cara.

«Bueno, eso no ha sido muy cortés», pensó la dragonet. La Ala Marina salió nadando tras él, moviendo la cola para impulsarse. Él lanzó una

mirada por encima del hombro, la vio persiguiéndolo y aumentó la velocidad.

¿Por qué huía? ¿Y cómo podía ir tan rápido?

—¡Para! —trató de gritar bajo el agua—. ¡Solo quiero hablar!

No funcionó. Ni siquiera redujo un poco la velocidad. Tras un par de minutos más nadando, el dragón se giró y miró a Tsunami, así que no vio la ballena que acababa de surgir de las profundidades marinas justo delante de él.

Tsunami sacudió las garras y la señaló.

—¡Cuidado! —gritó, expulsando una cascada de burbujas por la boca.

El Ala Marina chocó contra un costado de la ballena y salió disparado hacia atrás. La ballena solo era un poco más grande que el dragón, y tenía una cresta en la espalda y una cara chata y apacible. El animal dejó escapar un gruñido de sorpresa y parpadeó, mirando confusa al dragón.

El dragón seguía sacudiendo la cabeza, en un intento de reorientarse, cuando Tsunami lo alcanzó, lo agarró de la cola y tiró de él hacia abajo, hacia la arena.

La ballena volvió a parpadear y se alejó de allí, dejando a los dos dragones sumidos en los torbellinos de agua que provocó al marcharse.

«¿Y ahora qué hago? Tengo que conseguir llevarlo a la superficie para hablar con él, pero si lo suelto, puede que vuelva a intentar escapar».

Tsunami le dedicó otra mirada furiosa al desconocido, con el ceño fruncido, y volvió a señalar la superficie. La luz del sol brillaba por encima de sus cabezas, como fragmentos de cristal dorado pálido que flotaran en el agua.

El otro dragón inclinó la cabeza hacia un lado. Las rayas de sus alas brillaron de nuevo y lanzaron destellos rápidos, luego lentos.

«Está bien —pensó Tsunami—. Yo también sé hacer eso. Puede que esté

poniéndome a prueba».

Tsunami hizo que brillaran sus rayas, iluminando también las rayas que tenía en el hocico, después las de la cola y, para terminar, las de las alas. «¿Ves? Mis rayas también brillan. Soy una Ala Marina. Ahora vayamos arriba y hablemos».

Lentamente, Tsunami extendió las alas y empezó a ascender, lista para volver a agarrarlo si intentaba huir otra vez. Él se retorció entre sus brazos, pero se quedó a su lado. Animada por su comportamiento, Tsunami se acercó un poco más a la superficie. Él la siguió un trecho, pero después se paró y miró a su alrededor.

Las rayas de sus alas volvieron a brillar, esta vez hasta llegar al cuello y la cola.

Impaciente, Tsunami volvió a iluminar sus escamas una vez más, copiando los movimientos del desconocido.

El Ala Marina abrió las alas con un zumbido que asustó a los peces de alrededor, que fueron a refugiarse al arrecife. Se lanzó a por Tsunami, rápido como una anguila, y la sujetó con fuerza con sus garras delanteras.

Tsunami rugió, llenándole los ojos de burbujas, y le arañó el hocico con las zarpas. No sabía por qué la había atacado. Quizá fuera un traidor a su tribu. O quizás estuviera vigilando el reino o un tesoro. Quizá pensara que ella era la intrusa, aunque no debía de ser muy buen soldado si su primer impulso había sido huir de ella y el segundo atacarla sin ninguna razón.

«¡Lo va a lamentar cuando se entere de quién soy!».

Tsunami estaba enfadada.

Le golpeó violentamente el estómago con las patas traseras. El dragón tosió, expulsando un torrente de burbujas mientras caía hacia atrás. Tsunami abrió las alas, rugió una vez más y salió disparada hacia la superficie.

La dragonet por fin salió del agua, sin dejar de mover las alas para

elevarse más y más en el cielo. A lo lejos, podía ver la cueva en el lateral del acantilado y las caras preocupadas de sus amigos, que se habían asomado para buscarla.

Oyó un gran estruendo tras ella. El otro Ala Marina también surgió del océano y golpeó dos veces el agua con la cola mientras se elevaba en el aire, provocando enormes olas que se extendieron por todas partes.

En el aire parecía incluso más grande que bajo el agua. Sus afiladas zarpas relucieron bajo la luz del sol. Fijó sus ojos azul oscuro en las alas de la dragonet.

Aquel era el primer ciudadano de su reino que conocía y se lanzaba a por ella, dispuesto a matarla.

CAPÍTULO 4

Tsunami se lanzó hacia la isla donde la aguardaban sus amigos, con el Ala Marina pegado a la cola. La dragonet lo oyó rugir algo, pero el viento se llevó las palabras y le fue imposible entender lo que estaba diciendo.

Vio a Cieno, que en ese momento saltaba del acantilado y se elevaba en el aire. Eso era justamente lo que necesitaba... refuerzos. Con un rápido giro del ala, señaló la arena blanca de la playa en la que había querido dormir la noche anterior. Los otros tres podían permanecer en la cueva y estar a salvo. Cieno y ella podrían acabar con el Ala Marina en solitario.

O al menos eso era lo que esperaba.

—¡Espera! —le gritó su perseguidor—. ¿Adónde vas? ¿Qué pasa?

Tsunami dejó de mover las alas un segundo y a punto estuvo de caer al océano. Giró, planeando sobre el mar entre el acantilado y la playa. Por el rabillo del ojo, vio a Cieno que también giraba bruscamente, esperando para ver lo que ella hacía.

El otro Ala Marina también frenó en el aire, a dos dragones de distancia de ella. Le sangraban los arañazos del hocico.

—¿Que qué pasa? —gritó ella, indignada—. ¿No acabas de atacarme?

—¡Pues no, la verdad! —protestó el desconocido. Unas líneas le brillaron un poco en el hocico—. Pensé que tú... es lo normal... —dijo, aunque parecía más y más avergonzado a cada palabra que pronunciaba—. ¡Fuiste tú la que me dijiste que te gustaba! —soltó de sopetón.

—Yo no te he dicho tal cosa —le contestó ella, sorprendida.

El Ala Marina arqueó una ceja.

—Me dijiste muy claramente que te gustaba y me hiciste salir del agua solo para repetírmelo.

Tsunami casi se cayó de nuevo al océano.

—Eres un cerebro de calamar muy creído —gritó.

—Bueno... puede que no usaras esas palabras exactas —aclaró—. Vale. Fue un poco confuso. Puede que muy confuso. Pero el mensaje estaba claro. ¿Por qué si no ibas a estar persiguiéndome?

—¿Cuándo, exactamente, se supone que dije todo eso? —le exigió saber Tsunami—. ¿Quizá poco después de que me atacaras?

El otro dragón se tocó el hocico con cuidado e hizo un gesto de dolor.

—Aquí la única que ha atacado eres tú. Yo solo intentaba ser amable después de lo que me habías dicho.

—Para.

Quizá Tsunami sí que hubiera malinterpretado sus acciones. Puede que su acercamiento hubiera sido algún tipo de saludo típico de los Alas Marinas que ella no conocía. En cuyo caso... ¡pobrecito! Debía de dolerle mucho el hocico. La dragonet hizo un mohín. Se sentía terriblemente culpable por lo que había hecho. No debería haberse puesto a la defensiva tan rápidamente.

—Dime qué es lo que crees que dije exactamente —preguntó.

Él suspiró.

—Yo dije: «¿Qué es lo que estás haciendo aquí?» y tú me contestaste... —dijo, pero luego hizo una pausa, mientras se masajeaba la cabeza con las

garras delanteras—. Tú me contestaste: «Eh, dientes resplandecientes, me han vuelto loca tres de tus garras, pero no las otras. Ojalá tu nariz fuera un arenque para poder comérmelo. Además, tus alas hacen el mismo ruido que un montón de tiburones roncando».

Tsunami estalló en una carcajada.

—Vale, ya lo pillo —dijo, aunque la verdad es que no entendía nada. ¿Se suponía que todos los Alas Marinas tenían ese extraño sentido del humor? ¿Tendría que desarrollarlo ella también?—. Te lo estás inventando.

Él se la quedó mirando fijamente.

—¿De verdad vas a fingir que no dijiste nada de eso?

—Claro que no lo dije —le aseguró ella, firme. Quizás el dragón no estaba bromeando, sino que era un desequilibrado mental—. De hecho... en realidad no dije nada. Estábamos bajo el agua, ¿te acuerdas?

El dragón siguió planeando sobre el agua, mientras las rayas brillantes se le iban iluminando a través de las escamas azules. Su expresión cambió lentamente y pasó de confuso a enfadado en cuestión de segundos, al tiempo que la miraba con el ceño fruncido.

—¿Quién eres? —exigió.

—Soy una Ala Marina, como tú. Así que no hace falta que te pongas agresivo.

—¿Una Ala Marina que no sabe hablar acuático? —gruñó el desconocido —. No lo creo. ¿Qué eres? ¿Cómo has conseguido disfrazarte de Ala Marina tan bien?

A Tsunami le dio un vuelco el corazón.

«¿Acuático?».

«¿Los Alas Marinas tenían su propio lenguaje?».

«Claro que lo tienen». Tuvo la sensación de que la marea la revolvía por dentro y solo dejaba restos de arena. «Y nadie jamás se ha preocupado de

enseñármelo. Una manera más de arruinarme la vida. Gracias, Garras de las Paz. Gracias por todo».

¿Por qué no lo había pensado antes? Benditas lunas, era tan tonta como Cieno. Los dragones del mar tenían un palacio bajo el agua... claro que necesitaban una forma de comunicarse allá abajo. No podían estar saliendo a la superficie cada vez que querían decirse algo.

Se miró las membranas entre las garras y se acordó de los gestos que había visto hacer a los dos Alas Marinas mientras se les iluminaban las escamas. Signos con las garras y rayas que brillaban bajo el agua... debía de haber dicho todas aquellas tonterías con sus escamas sin darse cuenta.

«¿Cómo puedo ser su reina si ni siquiera hablo su idioma?».

«¿Y por qué nunca nadie me ha explicado todo esto?».

Cieno nunca había conocido a ningún dragón de su propia tribu. Por eso no sabía nada de los Alas Lodosas, pero Tsunami no tenía esa excusa. Uno de los guardianes que la habían criado era un Ala Marina.

Así que, ¿por qué? ¿Por qué Membranas nunca le había enseñado el idioma de los Alas Marinas? Si ni siquiera le había dicho que existiera nada parecido.

Todos esos pergaminos sobre los Alas Marinas... Ahora que lo pensaba, había muchísimo diálogo en las escenas bajo el agua, como cuando *La princesa desaparecida* encontraba a sus padres. Tsunami siempre había creído que aquello se debía simplemente a una técnica narrativa, no a que existiera un lenguaje especial.

Alzó la mirada y se encontró con los ojos azul oscuro del Ala Marina. Tenía la cabeza inclinada hacia un lado y un brillo de curiosidad en los ojos.

—No tienes cara de culpable —dijo—. Pareces triste y supongo que es muy difícil fingir algo así —dijo, señalándole las membranas entre las garras—. Así que ¿de dónde vienes y qué es lo que te ocurre?

Tsunami se enfureció.

—¡No me ocurre nada! —le espetó—. Lo único que pasa es que me crio un idiota...

De pronto, el dragón reparó con la mirada en algo que estaba detrás de Tsunami.

—¡Cuidado! —gritó, rodeando a Tsunami con la cola y lanzándola a un lado.

La dragonet cayó al agua, sorprendida y bastante desorientada. Extendió las alas y se elevó de nuevo en el aire.

El Ala Marina estaba luchando con Cieno en pleno vuelo.

Tsunami jadeó. El Ala Marina era un adulto, más grande que Cieno, y no dudaba en utilizar dientes, cola y garras. Pero desde donde estaba, Tsunami comprendió que Cieno se resistía a hacerle daño, preocupado por si hería a un posible aliado. Intentó alejarse del Ala Marina en cuanto vio la oportunidad, pero el dragón lo agarró de la cola y le clavó las garras con saña en las escamas. Cieno gritó de dolor.

El otro dragón intentó arrastrarlo al agua, donde tendría todas las ventajas que el océano otorgaba a los Alas Marinas. Si lo conseguía, Cieno acabaría ahogándose.

—¡Cieno! —gritó Sol, lanzándose por el acantilado.

Tsunami llegó primero. Golpeó al Ala Marina con la cola, lo agarró de una de las alas y lo alejó de Cieno cuando se dio la vuelta, sorprendido, para ver qué estaba ocurriendo. Intentó esquivarla para volver a luchar con Cieno, pero ella le bloqueó el camino abriendo las alas y golpeándole el hocico de nuevo. Él retrocedió, dolorido, lo que le dio tiempo a Cieno para ponerse a cubierto.

—¿Qué estás haciendo? —le gritó el Ala Marina a Tsunami—. ¡Te estoy salvando de ese Ala Lodosa!

—Bueno... ¡no lo hagas! —le gritó ella a su vez—. ¡Es mi amigo!

—Pero...

Sol aterrizó sobre la espalda del Ala Marina, entre sus alas, y le rodeó el cuello con las garras.

—¡Déjalo en paz! —jadeó.

El Ala Marina parecía más sorprendido que alarmado. Movió los hombros y giró el cuello, intentando ver qué era lo que le había aterrizado en el cuello. Sol le golpeó el ala y él gritó.

—Y esa es otra amiga mía —aclaró Tsunami—. Sol, intenta no hacerle mucho daño. Vamos a necesitar su ayuda.

—No creo que este mosquito me vaya a hacer mucho daño —gruñó el Ala Marina.

Sol volvió a golpearle.

—Prométeme que no vas a volver a atacar a Cieno —le dijo la Ala Arenosa.

El Ala Marina dirigió la mirada hacia el dragón marrón que no paraba de volar en círculos sobre ellos. Cieno se rascó la cabeza, preocupado.

—Los Alas Lodosas son nuestros enemigos —le espetó el desconocido a Tsunami—. Si no sabes eso, será mejor que te vayas de la Bahía de las Mil Escamas antes de que el ejército de la reina Coral os encuentre y os hagan lo que siempre les hacen a los traidores.

—No soy ninguna traidora —se ofendió Tsunami—. Y Cieno no es vuestro enemigo —dijo la dragonet. Alzó la mirada hacia su amigo y luego la volvió a dirigir al Ala Marina—. Y será mejor que muestres un poco de respeto, cerebro de calamar. Tienes ante ti a los dragonets del destino.

CAPÍTULO 5

—Abisal —repitió Sol—. ¡Qué nombre tan divertido!

—Me gusta —corroboró Tsunami—. Fiero y terrorífico, como el mío.

Abisal estaba dando vueltas por la playa, dejando una enorme marca en la arena con la cola. Sus escamas azul cielo relucían con un brillo metálico bajo la luz de la mañana. El Ala Marina tenía marcas de garras a lo largo del estómago y lo que parecía la vieja cicatriz de un mordisco en la cola. Tsunami estaba segura de que solo era un par de años mayor que ella. Los arañazos que le había provocado en el hocico por fin habían dejado de sangrar. Esperaba que aquello no le dejara marcas, pues tenía un hocico bastante atractivo cuando no estaba lleno de heridas.

—Está bien —soltó de pronto Abisal—. Así que los Garras de la Paz existen de verdad.

—Para nuestra desgracia —murmuró Gloria.

Abisal la miró y Tsunami sintió una extraña sacudida de envidia por todo el cuerpo, de la cola a la cabeza. Gloria había encontrado una roca enorme sobre la que tumbarse, con las alas extendidas al sol, y sus escamas brillaban en distintos tonos rosas y plateados.

—Creía que todo el mundo conocía a los Garras —dijo Sol.

—Para nosotros no son más que rumores y susurros —le aclaró el Ala Marina—. A ninguna de las reinas le gustaría encontrar un miembro del movimiento por la paz entre sus filas. ¿Conspirar con otras tribus? ¿Robar huevos? —Sacudió la cabeza—. La reina Coral mataría a cualquier dragón que trabajara para los Garras de la Paz.

Le lanzó a Tsunami una intensa mirada que ella no entendió.

Cieno estaba sentado en la arena con la cola en el agua. Se había puesto un emplaste de arena lodosa en la herida que Abisal le había causado. Sol estaba sentada a su lado, lanzándole miradas amenazadoras a Abisal cuando se acercaba demasiado a su compañero.

—Y vosotros sois los dragonets del destino. Los de verdad. Aquellos de los que habla la profecía. Sois reales. —Abisal dejó de caminar, cogió aire y empezó a hablar de nuevo—. Y estáis aquí. En el territorio de los Alas Marinas. Justo como en... —dijo, pero se interrumpió para mirar a Tsunami y entonces comenzó a deambular por la playa otra vez.

—Sé que es difícil de creer—intentó calmarlo Tsunami—, pero solo estamos buscando un sitio seguro al que ir. Los Garras de la Paz nos trataron fatal y me imaginé que los Alas Marinas nos darían la bienvenida y nos protegerían.

—Supongo —le contestó Abisal aunque no parecía estar demasiado seguro—. ¿Así que a todos os criaron en una cueva? —dijo, tras lo cual se paró frente a Tsunami—. ¿Sin océano? ¿Nada? ¿Jamás te habías bañado en él?

Aquello parecía ser lo que más le costaba creer.

—No hasta que nos escapamos —respondió ella escuetamente.

—Pero eso es horrible.

—Gracias. —Tsunami batió las alas—. Lo sé. Siempre he dicho que

nuestra vida era un asco, pero no paraban de tomarme por loca.

—Yo no —la apoyó Gloria.

—No me puedo creer que los Garras te hicieran eso —dijo Abisal clavando las garras en la arena.

—Dímelo a mí. Son lo peor.

—Incluso Membranas... ¿Él tampoco te llevó al océano? —le preguntó el Ala Marina.

—¿Conoces a Membranas? —le espetó Sol.

Abisal agachó la cabeza y frunció el ceño, mirándose las garras delanteras.

—No es un dragón muy querido en nuestra tribu. Todos sabemos que desertó durante una batalla y que después volvió y robó uno de los huevos de la reina. O al menos eso es lo que cree la reina Coral. Pero lo que nadie sabe es si lo robó para los Garras de la Paz o para sus propios planes. Se supone que tenemos prohibido hablar de los rumores sobre los Garras de la Paz.

—¿Y nadie cree que quizá robó el huevo porque formaba parte de la profecía? —preguntó Nocturno.

Abisal asintió.

—Algunos de nosotros sí. Pero nadie puede hablar de ello tampoco. A la reina Ampolla no le gusta oír hablar de la profecía, así que el tema está prohibido.

Tsunami arrugó el hocico.

—¿Ampolla decide de lo que hablan y de lo que no los Alas Marinas?

Abisal cambió el peso de pata, incómodo. Cogió la concha vacía de una caracola y se la estuvo pasando de garra en garra unos minutos antes de contestar.

—Te conviene llamarla «reina» Ampolla cuando la conozcas —dijo

finalmente.

—No hasta que nosotros decidamos que ella será la reina —le espetó Tsunami sin dejarle opción a réplica—. Nos corresponde a nosotros elegirla, ¿recuerdas?

Durante un momento, le pareció que Abisal trataba de ocultar una sonrisa.

—Bueno... —tartamudeó Nocturno—, ella es bastante buena opción... quiero decir que... es la más inteligente... creo que deberíamos...

Tsunami ladeó la cabeza hacia él. ¿Qué lo inquietaba tanto? El Ala Nocturna cerró la boca y volvió a su tarea de quitarse los granos de arena de las garras.

—¿Conociste a Membranas? —le preguntó Cieno a Abisal.

El Ala Marina bajó la mirada.

—En realidad no. Huyó de la batalla cuando yo solo tenía dos años, pero me he pasado toda la vida oyendo hablar de cómo traicionó a la tribu —suspiró—. No me puedo creer que Membranas nunca te llevara a bañarte en el océano en todo este tiempo.

—Pues es cierto —apuntó Tsunami—. Y, además, tampoco me enseñó nunca a hablar acuático. Ojalá tuviera delante a todos los Garras de la Paz... Les iba a dar un mordisco que se iban a enterar.

—Si somos totalmente justos —intervino Sol—, los Garras de la Paz solo intentaban mantenernos a salvo. Necesitaban que sobreviviéramos para completar la profecía.

Tsunami resopló, ganándose una de las miradas dolidas de Sol.

—Pero la profecía —continuó Abisal señalando a Gloria— habla de un Ala Celeste y ella no lo es.

—Es un tema complicado —aclaró Tsunami, mientras las escamas de Gloria relucían en un tono verdoso—. De todas formas, no estoy muy

segura de que nos importe la profecía. Lo que sí nos preocupa es encontrar a las familias de las que nos robaron.

—¡A mí sí me importa la profecía! —protestó Sol, golpeando a Cieno en un costado para que asintiera y le diera la razón.

Nocturno se aclaró la garganta, pero Tsunami se dio prisa en continuar con su discurso antes de que empezara otra vez con su estúpida retahíla de sabelotodo. El huevo de Nocturno no había sido robado, sino que los Alas Nocturnas lo habían entregado gustosamente. Así que, posiblemente, a él no le importara un boquerón volver a casa, pero a ella sí.

—Hace solo unos días que me enteré de que mi huevo había sido robado del Nido Real. Así que... así que pensé que quizá mis padres estaban buscándome como en el cuento de *La princesa desaparecida* . ¿Lo conoces?

Por fin Abisal esbozó una sonrisa.

—Lo conozco —dijo—. Nos obligan a leerlo en el colegio.

—El colegio —repitió Nocturno, con el mismo tono nostálgico que Cieno usaba para hablar de la comida.

—¿Os obligan a leerlo? —contestó Tsunami.

Aquello era muy extraño. *La princesa desaparecida* solo era un cuento de hadas, no un documento histórico. Y, sin duda, aunque fuera su favorito, no era el pergamino mejor escrito que hubiera leído.

—Pero no puedo llevaros al palacio —dijo Abisal en tono firme. Y, señalando a Cieno con la cabeza, añadió—: No si seguís con él.

—¿No me has oído? —Tsunami volvió a enfadarse—. No es un Ala Lodosa normal. Te aseguro que no es ningún aliado de Brasas ni de los Alas Celestes. Puedes confiar en él.

—Quizá deberíais quedaros aquí —sugirió Abisal— y yo traeré a la reina Coral.

El Ala Marina miró al otro lado del agua, hacia la isla donde se había encontrado con el dragón verde que lucía dibujos de espirales negras. Tsunami se preguntó si acudiría a él en busca de refuerzos.

—No —decidió—. Iremos todos contigo.

—Ya estoy metido en suficientes líos con la reina Coral —protestó el dragón—. Esa es la razón por la que me han mandado a patrullar tan lejos. Si llevo a un Ala Lodosa al palacio, más me valdría empezar a sacarme los dientes yo mismo.

—¡Puaj! —gritó Sol—. Eso no es un castigo real, ¿verdad?

Tsunami no quiso saber la respuesta. Lo único que quería era conocer a su madre sin tener la cabeza repleta de imágenes horribles.

—Piénsalo de esta manera —agregó la Ala Marina con rapidez—. ¿Qué pasaría si la reina Coral se enterara de que has encontrado a su hija desaparecida y no la has llevado directamente al palacio?

Abisal se retorció, nervioso, y arrugó el hocico.

—¿No puedo llevarte solo a ti y dejar aquí a los otros? —preguntó—. ¿Al menos hasta que la reina Coral nos dé su permiso?

—No —dijo ella con rotundidad—. Iremos todos juntos. Ella lo entenderá en cuanto sepa que somos los dragonets del destino.

Abisal suspiró.

—Está bien, pero tenemos que vendarle los ojos —dijo. Luego miró a los otros tres, frotándose la barbilla—. Será mejor que os vendemos los ojos a todos.

—¿Qué podría haceros yo? —se indignó Gloria—. ¿Traer a unos cuantos Alas Lluviosas terroríficos para que duerman en vuestros tejados? Creía que nadie temía a mi tribu.

—Y así es —afirmó Abisal—. No tememos a los Alas Lluviosas. Bah. Menuda tontería.

Tsunami se fijó en que las escamas de Gloria adquirían un tono verde pálido que enseguida desapareció.

—Maravilloso —dijo la Ala Lluviosa—. Entonces no tendrás que vendarme los ojos.

Apartó la mirada y se volvió hacia el océano.

Abisal miró a Sol y a Nocturno con un destello de duda en los ojos.

—Los Alas Nocturnas lo saben todo —dijo el dragonet con altivez—. No tiene ningún sentido intentar ocultarles nada. Quiero decir... ocultarnos. Podría usar mis poderes para adivinar dónde está vuestro palacio.

Tsunami puso los ojos en blanco. Que ellos supieran, Nocturno no tenía ningún tipo de poder. Pero si quería que los Alas Marinas pensaran que sí, quizás aquello acabara resultándoles útil.

—Por favor, no discutas con él —le advirtió Tsunami a Abisal—. Una vez que empieza a divagar sobre lo maravillosos que son los Alas Nocturnas, no hay quien lo calle.

Nocturno batió las alas, indignado. Abisal murmuró algo que solo él pudo escuchar y empezó a caminar entre las rocas que sobresalían de la superficie del agua.

—A mí puedes vendarme los ojos —se ofreció Sol—. No me importa.

—Si lo haces, yo puedo llevarla en la espalda —sugirió Tsunami.

Deseaba recuperar la confianza de la pequeña Ala Arenosa, pero Sol aún parecía inquieta y nerviosa cuando Tsunami se dirigía hacia ella. Habían pasado ya cuatro días enteros desde su pelea contra el soldado Ala Celeste y era como si Sol creyera que Tsunami podía atacarles en cualquier momento, sin razón alguna.

—O sobre mi espalda —se ofreció Nocturno dando un salto hacia delante.

Tsunami frunció el ceño. ¿De verdad estaba tan desesperado por quitarle

el puesto?

—¿Crees que eres lo suficientemente fuerte? —lo retó.

—Seguro que sí —lo animó Sol—. Volaré con él, así tú podrás guiar a Cieno.

«Muy bien. Si eso es lo que quieres... Supongo que ahora todo el mundo da órdenes».

Abisal volvió con varias tiras gruesas y oscuras de algas. En ese momento, Sol pareció lamentarse de su ofrecimiento, pero no opuso ninguna resistencia cuando el Ala Marina se acercó y le rodeó la cabeza con las algas, tapándole así los ojos cerrados.

—Puaj —dijo la pequeña dragonet, que estaba temblando—. Está húmeda y llena de barro.

—A mí me gustan las cosas húmedas y llenas de barro —dijo Cieno, bajando la cabeza para facilitarle el trabajo a Abisal.

—Vaya novedad, Cieno —dijo Gloria.

Abisal puso toda su atención en cubrirle la enorme cabeza al dragonet con las algas. Cuando terminó, más que una venda parecía un pulpo intentando comerse el cerebro de Cieno. Pero, por supuesto, el dragonet no se quejó. Él nunca se quejaba de nada que no fuera la falta de comida. Era una de las cosas que Tsunami más adoraba de él.

Tsunami ayudó a Sol a trepar a la espalda de Nocturno y a acomodarse entre el hueco de sus alas. La Ala Arenosa era pequeña, pero Nocturno no era tan voluminoso como Cieno ni como ella misma.

—Si no puedes con ella, dímelo y yo la llevaré —le dijo.

Nocturno asintió, respirando hondo. Abrió las alas y tembló cuando Sol se tumbó sobre él, apoyó la cabeza en su cuello y se lo rodeó con los brazos.

Tsunami se giró hacia Cieno y le acarició el ala con una de las suyas.

—¿Lo sientes? —le preguntó—. Si lo hago en el aire, ¿podrás seguirme?

—Creo que sí —le contestó él, dudoso.

—Volaré a tu otro lado —lo apoyó Gloria, saltando de su roca. Se acercó y le rozó la otra ala—. Así podremos guiarte las dos juntas.

Cieno sacudió ligeramente la cabeza y un trozo de alga le golpeó en el cuello.

—Esto es muy raro —dijo—. Está tan oscuro como el río subterráneo de la cueva. Solo que ahora puedo respirar... lo que mejora bastante la situación, claro. Estoy a favor de poder respirar. Definitivamente es mucho mejor que no respirar.

—Limítate a no ir demasiado deprisa. Y escúchame —ordenó la Ala Marina.

—A las dos —puntualizó Gloria—. Y nosotras te prometemos no dejar que te ahogues —añadió, al tiempo que miraba a Tsunami arqueando una ceja.

«Si decido ahogar a alguien, ya sé quién está la primera en mi lista», pensó la dragonet, devolviéndole la mirada.

—Venga, vámonos —ordenó Tsunami, dirigiéndose a Abisal.

El Ala Marina azul cielo movió las garras delante de la cara de Cieno para asegurarse de que no veía nada. Al final, alzó el vuelo seguido de cerca por los dragonets.

A Tsunami se le olvidó que estaba enfadada con Gloria y Nocturno en cuanto sobrevolaron la bahía. Decenas de islas verdes y blancas brillaban bajo ellos como trozos de joyas iluminadas por los rayos del sol. Algunas de ellas tenían forma de garras y parecían clavarse en el agua. Desde las nubes, podía ver parte del diseño en espiral del archipiélago. Y cuando planearon cerca del mar, vio un grupo de delfines rosas que surcaban las olas.

Gloria le habló a Cieno de los delfines y este levantó la cabeza, esperanzado.

—¿Nos los podemos comer? —preguntó.

—¡No! —le gritó Abisal por encima del hombro—. La reina Coral lo ha prohibido. Cree que pueden estar emparentados con nosotros. De una forma lejana, eso sí, pero emparentados al fin y al cabo.

Tsunami miró a los elegantes delfines. ¿Emparentados con los dragones? ¡Qué idea más rara! Así no era como se había imaginado a su madre.

«Dentro de poco podré dejar de imaginar para saber de verdad», pensó.

No tenía ni idea de cómo los Alas Marinas podían haber escondido un palacio en medio de todas aquellas islas. Desde el aire, daba la sensación de que se veía todo: la arena blanca bajo las aguas cristalinas, alrededor de las islas; cada agujero de cada roca; cada palmera, nido de cormorán y arbusto de cada acantilado... Había un montón de islas pequeñitas, pero después de ocho años de guerra, seguro que los enemigos habían registrado hasta la última de ellas.

—Ahí viene nuestro comité de bienvenida —anunció Abisal lo suficientemente alto como para que Tsunami pudiera oírlo.

La Ala Marina vio una formación de dragones azules y verdes que volaban hacia ellos. Quince o más, con alas enormes y dientes al descubierto. Podía oírlos sisear desde la distancia.

—Oh... oh... —murmuró Abisal.

—Cieno, frena y planea —le indicó Tsunami.

El dragonet frenó rápidamente en el aire, seguido muy de cerca por Gloria.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sol, levantando la cabeza del hombro de Nocturno cuando los alcanzaron.

Por primera vez en su vida, el Ala Nocturna no dijo absolutamente nada.

Tenía la mandíbula apretada, como si estuviera utilizando toda su energía para mantenerse en el aire con Sol encaramada a la espalda.

—La avanzadilla —les explicó Abisal. Giró describiendo un círculo alrededor del grupo y volvió a ocupar su lugar al frente de los dragonets, de cara a los soldados que se acercaban—. Se aseguran de que ningún invitado no deseado se acerque al Palacio de Verano.

Unos minutos después, ya estaban rodeados. El sonido del batir de alas les taponó los oídos y levantó fuertes corrientes de aire a su alrededor.

—Abisaaaaaaal —gruñó el dragón que estaba al frente de los soldados.

Sus escamas eran de un verde tan apagado que parecía gris, como una piedra en la que crece el moho desde hace siglos. Además tenía unos pequeñísimos ojos color hueso con los que no pestañeaba bajo una protuberante frente. Los cuernos se le retorcían de una forma extraña sobre la cabeza. Tsunami se fijó en que, a diferencia de Abisal, el nuevo dragón no tenía ni una sola cicatriz de guerra, lo que solo podía significar dos cosas: que se mantenía muy alejado del campo de batalla o que era un excelente luchador.

—¿Qué es lo que nos traes ahora a casa? —escupió.

Abisal lo miró directamente a los ojos.

—He encontrado a la princesa perdida.

«No es así exactamente como yo lo diría», pensó la Ala Marina. «De hecho, fui yo la que me encontré a mí misma y luego a él».

La sorpresa embargó a los dragones recién llegados. Cuando todos los guardias la miraron, Tsunami sintió un cosquilleo, como si tuviera miles de insectos arrastrándose bajo las escamas. Alzó el hocico, en un vago intento de parecer altiva y segura de sí misma.

—¿Ah, sí? —dijo el líder—. ¿Tú, Abisal, de entre todos los dragones? Qué coincidencia más extraña —dijo el Ala Marina.

Sus inquietantes ojos recorrieron a Tsunami desde la punta de las alas hasta las garras, como si fuera una anguila muerta que alguien hubiera dejado a medio comer en la playa.

Lo único que Tsunami deseaba en aquel momento era borrarle de la cara aquella estúpida mirada de suficiencia.

—¿Y quién eres tú? —preguntó.

Abisal se estremeció.

—Este es Tiburón —dijo—. Comandante de la defensa del palacio y hermano de la reina.

—¿Ah, de verdad? —le contestó ella, usando deliberadamente un tono de voz aún más insolente y cargante que el de Tiburón. No estaba dispuesta a empezar su vida con los Alas Marinas postrándose ante cada soldado dragón con el que se topara. Ni aunque se tratara de su tío.

Tiburón entrecerró los ojos hasta hacerlos casi desaparecer bajo las escamas.

—¿Qué es lo que te hace pensar que esta mocosa salió del huevo robado? —le preguntó a Abisal, ignorando por completo a Tsunami.

—¿Por qué? ¿Tenéis por costumbre perder muchos huevos? —saltó Tsunami—. Entonces, puede que el responsable de la defensa de la tribu no esté haciendo demasiado bien su trabajo. Ah, espera... ese eres tú, ¿no?

—Su historia tiene sentido —agregó Abisal a la desesperada—. Ella conocía a... a Membranas. Él la crio. Y mira el diseño brillante de sus escamas bajo las alas.

Todos los Alas Marinas giraron a la vez la cabeza para mirar las alas de Tsunami. La dragonet bufó a un par de Alas Marinas que habían tenido la osadía de acercarse demasiado y se giró para mirar lo que parecía llamarles tanto la atención.

Bajo sus alas, cuando las iluminaba, las rayas luminiscentes de sus

escamas formaban espirales en la parte exterior. Una explosión de color en forma de huellas membranosas de dragón que partían en todas direcciones desde el centro de las alas. ¿Aquello era raro? Miró a los otros Alas Marinas. La mayoría tenía formas más pequeñas, parecidas a estrellas, pero no espirales. Solo las marcas de Tiburón eran iguales que las suyas.

«Porque ambos pertenecemos a la familia real». Levantó la cabeza con un gesto triunfante en el rostro. «Pero algún día yo seré la reina y tú siempre serás un simple soldado».

Tiburón dejó escapar un largo siseo cargado de odio.

—Muy bien —sentenció—. Matad a los otros cuatro y traedla.

CAPÍTULO 6

—¡Ni se os ocurra ponerles una garra encima! —gritó Tsunami.

Se giró, llena de rabia, y golpeó a un Ala Marina mandándolo bien lejos de sus amigos mientras ella se acercaba a Cieno. Nocturno ya se había resguardado bajo las enormes alas del Ala Lodosa. Gloria estiró el cuello hacia atrás y mostró los colmillos.

—Soy la hija de la reina y os ordeno que dejéis en paz a estos dragonets —gritó Tsunami.

Los guardias no paraban de mirarla a ella y luego a Tiburón, sin saber muy bien qué hacer. Los ojos del comandante eran dos pozos pálidos cuyos pensamientos resultaba imposible adivinar. Lentamente, levantó una zarpa e hizo una extraña señal en forma de círculo... La dragonet supuso que se trataría de algún signo en el idioma de los Alas Marinas. Fuera lo que fuese, funcionó. Para gran alivio de Tsunami, los guardias retrocedieron.

Pero cuando miró a Abisal, se dio cuenta de que él aún parecía bastante tenso y nada contento con la situación. «Quizá solo le tiene miedo a Tiburón», pensó.

—Muy bien —dijo, ignorando sus temores e intentando aparentar que era

ella la que estaba al mando de la situación—. Ahora, llevadnos hasta mi madre.

—La reina está ocupada con algunos asuntos de vital importancia en el Palacio de las Profundidades —se limitó a decir Tiburón sin variar su tono de voz—. Os llevaremos hasta el Palacio de Verano, donde podréis esperarla —añadió, tras lo cual hizo otra señal con la garra y dos de los guardias se separaron del grupo, lanzándose al agua.

«Van a llevarle un mensaje a mi madre», pensó Tsunami mientras la alegría invadía todos los rincones de su cuerpo. Por fin estaba cerca de conseguir todo lo que siempre había soñado. «Hoy conoceré a mis padres».

Las islas se fueron sucediendo con rapidez bajo ellos, mientras volaban en dirección al palacio rodeados de una guardia real de Alas Marinas. Algunas islas eran pequeñas superficies de arena, apenas lo suficientemente grandes para que aterrizara un dragón en ellas, mientras que otras eran enormes torres de roca que sobresalían directamente del agua. Por delante de ellos, Tsunami vio una roca pálida que parecía un enorme esqueleto de dragón repleto de agujeros y recovecos.

La nariz de piedra del esqueleto señalaba hacia otra isla, esta rodeada de rocas de aspecto amenazante, cuyos lados eran de hecho acantilados cortados a pico. La parte de arriba era una selva salvaje, formada por una gran cantidad de lianas gruesas y verdes y de árboles tan juntos que no había ni un solo claro para poder aterrizar.

Tsunami se sorprendió cuando Tiburón giró de repente y planeó hasta la base del acantilado. Aterrizó entre dos grandes rocas afiladas en forma de espiral, que parecían los cuernos de un dragón, y desapareció en el agua cristalina.

Pestañeó. ¿Adónde había ido? El agua era tan clara que podía ver a dos enormes y gordas tortugas negras que paseaban por la arena en el fondo.

Entonces, uno a uno, la mitad de los guardias que los rodeaban siguieron a su comandante y desaparecieron por el mismo sitio. Todo rastro de ellos se esfumó mucho antes de que desaparecieran las burbujas que había provocado su amerizaje.

—Cieno, para —dijo, tirándole del ala—. ¿Abisal?

—Es la entrada al Palacio de Verano —le explicó el Ala Marina—. No hay otra manera de entrar. Tendréis que nadar.

Sol dejó escapar un pequeño gritito de disgusto.

—¿Cuánto? —le preguntó.

—Solo tendréis que estar bajo el agua durante cortos periodos de tiempo —le explicó—. Ha sido rediseñado para que la reina Ampolla pueda visitarnos.

—Y ella odia el agua —soltó Sol esperanzada—, ya que también es una Ala Arenosa.

—¿Está... está aquí ahora mismo? —preguntó Nocturno, que parecía nervioso.

Abisal negó con la cabeza.

—No le gusta demasiado nadar y, a pesar de todos los cambios que hemos hecho en su honor, apenas nos visita.

Tsunami se sintió secretamente aliviada al escuchar aquellas palabras. Después de conocer a Brasas, no tenía demasiadas ganas de otro encuentro con alguna de las otras dos Alas Arenosas rivales, las reinas Ampolla y Llamas. ¿Y si todas eran tan peligrosas, locas y controladoras?

Aun así, llegaría el día en el que los dragonets tendrían que elegir a una de las tres hermanas para acabar con la guerra. Y para que esa elección fuera justa, Tsunami sabía que tendrían que conocer también a Ampolla y Llamas.

Pensándolo bien, si a la madre de Tsunami le gustaba tanto Ampolla

como para alterar su palacio con el fin de complacerla... aquello era un punto a favor de Ampolla, ¿no? Quizá, después de todo, no tendrían que conocer a Llamas. Quizá lo más sensato fuera apoyar a los Alas Marinas y a Ampolla.

—No os separéis de mí —les indicó Abisal—. Iluminaré mis escamas para que podáis seguirme y os indicaré cuándo podéis salir a la superficie para coger aire.

—Vale —aceptó Cieno—. Así que... sobre la venda de mis ojos... esto... ¿hay alguna posibilidad de que...?

—Una vez que estemos en el túnel —le contestó Abisal antes de girarse y dirigirse a las rocas con forma de cuernos de dragón.

Tsunami enroscó la cola en las garras delanteras de Cieno y se sumergió en el agua tras Abisal, arrastrando a Cieno tras ella. Sintió un cosquilleo de emoción que le recorría las escamas.

—Coge aire, Cieno.

No estaba muy lejos de Abisal cuando él se hundió en el agua, pero incluso así, estuvo a punto de perderle el rastro en el torbellino de burbujas que le explotaron en la cara cuando lo siguió. Pestañeó varias veces, buscando un agujero o la entrada de un túnel.

Unas largas algas doradas crecían directamente en el suelo de arena y, bajo los rayos de luz que se colaban desde la superficie, despedían un resplandor anaranjado. Rodeaban la base del acantilado, meciéndose como un bosque de tentáculos tan largos como los cinco dragonets tendidos en fila.

La entrada del túnel debía de estar oculta entre las algas, pero ¿dónde?

Entonces Tsunami distinguió el brillo de la cola de Abisal, que separaba la cortina dorada de algas, y lo siguió. Era difícil nadar tan rápido como quería con Cieno agarrado a la cola. Lo notaba mover las alas en un intento

de impulsarse y ayudarla, pero no paraba de golpearse sin querer con las piedras que había bajo el agua y eso hacía que fueran más despacio.

Metió la cabeza en el bosque y notó las algas, que se mecían y le acariciaban el hocico. De cerca, pudo ver pequeñas gotas que crecían entre las hojas. Lo que la sorprendió fue que las gotitas fueran tan pegajosas, en contraste con la suavidad del resto del alga. Le pareció estar en mitad de un enjambre de enormes orugas doradas.

Tuvo que nadar por un trecho bastante oscuro, siguiendo el brillo de la cola de Abisal, antes de llegar a la pared del acantilado. De repente, las algas desaparecieron y se encontró en un túnel oscuro bajo el agua.

Lo cierto era que no estaba oscuro del todo... Abisal les esperaba justo delante, con sus escamas luminiscentes iluminadas. El Ala Marina la rodeó, guio a Cieno hasta el túnel y le quitó la venda de los ojos. El dragonet pestañeó y se restregó las garras contra los ojos, e inmediatamente se dio la vuelta, buscando a los otros.

Gloria fue la siguiente en llegar, abriéndose paso entre las algas con el hocico. Tsunami notó que sus escamas habían adquirido el color dorado anaranjado de las algas, en vez del plateado que tenían antes. Se preguntó si Gloria lo había hecho a propósito o si sus escamas automáticamente intentaban camuflarse en el entorno cuando estaba estresada.

Después de una pausa larga, Nocturno apareció tras ella. Tenía la cara tan colorada que parecía que estaba a punto de estallar. Sobre su espalda, Sol no paraba de temblar violentamente.

Abisal hizo brillar sus escamas con más fuerza y salió despedido hacia delante, pasando por un agujero en el techo no muy lejos de la entrada. Tsunami había imaginado que nadarían un poco más, así que se sorprendió al encontrarse con la cabeza fuera del agua.

Tampoco es que hubiera mucho aire fresco... Habían ido a parar a una

cueva enana iluminada por el destello distante de los rayos del sol que entraban por una estrecha chimenea. Los dragones aún tenían el cuerpo sumergido en el agua del túnel. Solo había hueco suficiente en aquella cueva para sus cabezas, las cuales mantenían muy juntas mientras cogían aire. Tsunami se dio cuenta de que no había ningún sitio por el que trepar. Aquel lugar era solo para pararse un momento a respirar, nada más.

Sol y Nocturno no paraban de jadear al tomar aire, como si no hubieran respirado durante meses. Cieno, mientras tanto, ayudaba a Sol a sacar la cabeza mientras le quitaba el alga que le hacía de venda.

—Me alegro de que este agujero esté aquí y podamos respirar —le indicó a Abisal—. Está muy cerca de la entrada.

Abisal inclinó la cabeza, asintiendo.

—La reina Ampolla insistió mucho en ello.

Tsunami oyó el zumbido de varios soldados Alas Marinas que en ese momento pasaban por debajo. Sabía que tendría que haber varios apostados en la puerta para asegurarse de que ninguno de los dragonets se escapara e hiciera correr la noticia de la localización secreta del Palacio de Verano.

Era incapaz de mantener sus alas quietas, que zumbaban como libélulas sedientas. ¡Estaba tan cerca! ¡Aquel era su palacio! ¡Los dragones de su tribu solo estaban a unos aleteos de distancia!

Después de seis años imaginando cómo sería, no creía poder aguantar ni un minuto más aquella incertidumbre.

—Vamos, vamos —apremió a los otros, salpicándoles con entusiasmo con la cola.

—¡Por favor! —le soltó Gloria, sacudiéndose—. Es como si estuvieras poseída por Sol o algo parecido.

—Vamos... ya casi hemos llegado —dijo Tsunami.

Iluminó sus escamas, feliz, mientras los otros dragonets se cubrían los

ojos.

—Puedo nadar yo sola a partir de ahora —le aseguró Sol a Nocturno—. Y si vais muy deprisa, me agarraré a Cieno.

Nocturno parecía decepcionado y aliviado, todo al mismo tiempo.

Abisal volvió a hundirse en el agua y Tsunami lo siguió. La dragonet estaba demasiado emocionada como para acordarse de que tenía que esperar a sus amigos.

Ahora sí que era fácil seguir las escamas brillantes de Abisal. El túnel serpenteaba, ascendiendo y descendiendo, con paradas frecuentes para que pudieran respirar. Demasiado frecuentes, en opinión de Tsunami. Cada vez que se paraban, sentía la necesidad de darse de cabezazos contra la pared del acantilado. Perdió la cuenta después de la cuarta vez que hicieron un alto, pero debían de haber sido por lo menos diez. ¿Cuánto más iba a durar aquel túnel?

De repente, la luz se hizo al otro lado del camino. Luz de verdad... no la que desprendían las escamas de los Alas Marinas. Un momento después, salieron del túnel y fueron a parar a un gran lago. Los dragonets sacaron la cabeza del agua y respiraron libremente. Una luz verdosa los cegó al principio, pero cuando se le acostumbró la vista, Tsunami divisó a los dragones.

A su alrededor, un centenar de dragones azules y verdes observaban a Tsunami con aire expectante.

Aquella era su tribu, sus dragones y sus futuros súbditos.

Por fin habían llegado al Palacio de Verano de los Alas Marinas, en el corazón del Reino del Mar.

SEGUNDA PARTE

EN LAS PROFUNDIDADES

CAPÍTULO 7

Abrumada por la situación, Tsunami extendió las alas para quedarse flotando en el agua y poder así mirar a su alrededor.

Estaban dentro de la isla, rodeados por todas partes por acantilados muy altos. Muy por encima de sus cabezas, la luz del sol se colaba a través de una gruesa capa de follaje... Tsunami comprendió que eran las lianas y las copas de los árboles que había visto antes desde el cielo, y que desde arriba se veían tan apretujadas que parecía una jungla. Como si fuera un paraguas esmeralda sobre la isla, el follaje protegía el Palacio de Verano de la vista de otros dragones y le daba a la luz un tono verdoso que le hizo pensar que aún seguían bajo el agua.

Había varias cascadas de agua que brotaban de algunos agujeros en los muros de los acantilados, como preciosas colas plateadas de dragón que se deshacían en una explosión de gotas y vida cuando chocaban contra el agua del lago.

Cuatro pilares de piedra blanca teñidos de azul salían del agua en forma de espiral, enroscándose entre sí hasta formar un pabellón alto y majestuoso en medio del lago. El pabellón tenía doce pisos circulares, cada uno de los

cuales era más pequeño que el anterior. Había pocos muros, la mayoría muy bajos, y la estructura entera estaba rodeada de rejas curvas, agujeros y estanques. No parecía que lo hubiera construido nadie, sino más bien que había surgido de forma natural. Aunque Tsunami estaba bastante segura de que eso último era prácticamente imposible.

Había dragones posados en todos los pisos del pabellón, en los filos de los acantilados, y por toda el agua. Nunca había visto tantas caras parecidas a la suya, tanto azul oscuro, tanto verde pálido y tantos ojos oscuros de mirada afilada que parecían poder leer hasta el alma.

Los únicos sonidos que reinaban en el lugar eran los que hacían las cascadas, el suave murmullo de la respiración de los dragones y el que hacían las olas al romper delicadamente contra las playas del lago.

Tras un momento de silencio, Nocturno divisó la playa más cercana y partió hacia ella con un chapoteo demasiado agudo y ruidoso que rompió la tranquilidad que los rodeaba. Sol, Cieno y Gloria lo imitaron.

Tsunami se quedó donde estaba, ignorando el cansancio que inundaba sus escamas. Quería causarles una buena primera impresión a los dragones de su tribu. Muchos de ellos parecían relajarse flotando en el agua, como hacía ella, pero otros muchos estaban asomados a las entradas de las cuevas repartidas por las paredes de los acantilados o sobre las rocas que salían del agua, y también los había en las playas. Tsunami se preguntó qué sería lo que habían estado haciendo antes de que ella apareciera e interrumpiera su calma.

Vio a Tiburón, encorvado sobre una de las espirales del pilar más cercano. Durante un segundo creyó que le daría alguna clase de discurso de bienvenida, pero se limitó a quedarse donde estaba, mirándola con sus pálidos ojos tan inquietantes.

En el cuento, los reyes habían recibido a su hija con un desfile y una

orquesta enorme. Pero sus padres ni siquiera estaban allí. Aunque, ahora que lo pensaba con más detenimiento, la verdad era que un grupo de delfines tocando el arpa sería un poco ridículo.

Bueno, era la futura reina y no se iba a dejar intimidar por un montón de dragones desconocidos que la miraban fijamente. Sacudió la cabeza y estiró el cuello hasta sacarlo del agua.

—Hola, compañeros Alas Marinas —gritó, y luego hizo una pausa dejando que su voz resonara hasta el último rincón del palacio. El eco le llegó mucho más fuerte de lo que esperaba—. Soy Tsunami y... ejem... Estoy muy feliz de haber vuelto a casa y... y estoy deseando conoceros a todos y a cada uno de vosotros.

¡Benditas lunas! Era el discurso más patético de la historia de Pirria. ¿Qué era lo que pensaban todas esas caras silenciosas? ¿Adivinarían desde su posición que ella formaba parte de la familia real? ¿Estaban emocionados porque quizás algún día llegaría a ser su reina?

Se acordó de los dibujos de sus escamas, que la distinguían como un miembro de la realeza, y sacó las alas fuera del agua, extendidas, para que todo el mundo pudiera verlas. Para asegurarse de que todos las veían, las iluminó y después, un poco avergonzada, se acordó de lo que le había dicho sin querer a Abisal. Esperaba con toda su alma no haberle dicho a sus futuros súbditos que tenían aliento de pez o algo parecido.

Empezó a extenderse un murmullo entre los dragones, pero desde donde estaba y con lo poco que oía, no sabía si era para bien o para mal. Se volvió hacia Abisal, que estaba observando a Tiburón con una mirada de odio.

—Creo que deberías llevarme a algún sitio donde pueda esperar a mi madre —le sugirió en voz baja, o eso creyó, porque sus palabras resonaron por todas partes.

El murmullo aumentó. Tsunami deseó tener los poderes de Nocturno para

poder leerles la mente.

—Ahí arriba —le dijo Abisal, señalando el pabellón. Volvió a mirar a Tiburón—. Deberías decirles a tus amigos que nos acompañen.

Los otros dragonets estaban desparramados sobre la arena de la playa, delante de la enorme entrada de una cueva a la altura del suelo. Tenían las alas extendidas y jadeaban de una manera muy poco digna. Todos excepto Gloria, que estaba sentada muy tiesa junto a la entrada de la cueva, mirándolo todo. Sus escamas plateadas estaban ahora salpicadas por otras azul oscuro. Los pocos Alas Marinas que no estaban mirando a Tsunami, la miraban a ella.

Tsunami removió el agua con su cola para llamar su atención. Cuando Cieno finalmente la miró, le señaló el pabellón. Él asintió y ella se elevó en el aire. Notó las alas más pesadas fuera del agua y le llevó un par de aleteos conseguir recobrar el equilibrio. Deseó que todos los Alas Marinas volvieran a lo que fuera que estaban haciendo antes de su llegada.

Abisal voló a su lado. Él también parecía bastante incómodo con el escrutinio al que los estaban sometiendo.

—Háblame del Palacio de Verano —le pidió Tsunami, intentando distraerse.

Él señaló los acantilados con la cola.

—Las habitaciones de los invitados están en las cuevas. La reina Ampolla normalmente suele quedarse en la que está más cerca del túnel. Solemos traer más arena y la extendemos por el suelo para que esté más cómoda. Es la única cueva en la que se permite el fuego —dijo, dirigiendo el hocico hacia el pabellón a medida que subían más y más—. Suele reunirse con la reina Coral en el segundo piso empezando desde arriba, que está reservado solo para visitas reales. Cada piso tiene un cometido. Por ejemplo, hay uno para las excursiones escolares de los dragonets, otro para

espectáculos y celebraciones, y otro para los planes de guerra. Cuando están aquí y no en el Palacio de las Profundidades, los miembros del Consejo se reúnen en ese piso, en medio del pabellón.

Guardó silencio un momento, batiendo las alas, para que Tsunami pudiera echarle un vistazo al piso del centro. Había doce piscinas del tamaño de un dragón repartidas en círculo y comunicadas unas con otras por pequeños canales de agua. Cada piscina estaba coronada con diferentes palabras formadas por pequeñas esmeraldas brillantes del tamaño de un huevo de pez. Tsunami vio que en una de ellas decía TESORO, en otra DEFENSA y en otra SECRETOS Y ESPÍAS. Antes de que pudiera seguir leyendo, Abisal se elevó aún más.

—¿Consejo? —le preguntó Tsunami cuando lo alcanzó.

—Prefieren el Palacio de las Profundidades, al igual que la reina. Solo Tiburón y Laguna están aquí ahora mismo.

Tsunami no tenía ni idea de lo que estaba hablando, pero tampoco quería mostrarle lo poco que sabía sobre la política de los Alas Marinas. Se preguntó si habría algo sobre el Consejo en los pergaminos que tanto adoraba Nocturno.

—Entonces, ¿qué piso está reservado para las princesas desaparecidas? —bromeó.

—Creo que el tejado del pabellón será el más indicado —le dijo el Ala Marina—. Está reservado para los nuevos visitantes y apenas tenemos de esos. Posiblemente la reina Ampolla fuera la última... ¡Ah!, no, fue aquel Ala Nocturna —dijo, al tiempo que aterrizaba elegantemente en el borde más alto del pabellón y se sujetaba con las garras a la piedra pulida.

—¿Qué Ala Nocturna? —preguntó Tsunami mientras aterrizaba a su lado.

Aquel piso era más grande de lo que había esperado. Grabada en el suelo,

se apreciaba una espiral con forma de garras membranosas, cuyo fondo —cubierto de agua reluciente— estaba sembrado de minúsculas perlas. Tsunami se dio cuenta de que el dibujo era el mismo que el de sus alas.

—No lo sé —le respondió Abisal—. Habló únicamente con Su Majestad y con la reina Ampolla. Lo único que pude oír es que prefería salir a través del follaje en vez de por el túnel, pero no le dejaron que lo hiciera, por supuesto. Era muy grande y parecía enfadado.

—Me suena a Oráculo —murmuró Tsunami, aunque no es que conociera a demasiados Alas Nocturnas como para tener con quién compararlo. Oráculo parecía más entrometido que los otros.

Mientras que la mayoría de Alas Nocturnas se escondían en su lugar secreto y se mostraban tan misteriosos como inútilmente poderosos, Oráculo no paraba de dar vueltas por ahí, actuando como portavoz de la profecía, inspeccionando a los dragonets, intentando hacer que mataran a Gloria, salvando a Nocturno (pero a nadie más) de los Alas Celestes y devolviéndolo finalmente al grupo cuando habían conseguido escapar ellos solos. Tsunami se lo podía imaginar perfectamente metiendo sus narices en el Reino del Mar... aunque no estaba muy segura de por qué iba a querer hacer tal cosa.

Abisal miró a los dragones que tenía debajo y a Tiburón, que no se había movido de su lugar en el pilar.

—No me puedo creer que le hablaras así a Tiburón —le susurró—. Nunca he conocido a nadie que se atreviera a hacerlo, excepto la reina Coral y la reina Ampolla.

—Se lo merecía —dijo Tsunami, encogiéndose de hombros—. Es un arrogante cabeza de pez. Cuando sea reina, lo mandaré al lago a cultivar algas.

Abisal tosió con fuerza para ocultar una risa.

—¡No hables así! —susurró—. ¿Acaso no conoces la diferencia entre ser valiente y ser una insensata? Tiburón os devoraría a ti y a tus amigos para almorzar si creyera que representáis alguna clase de amenaza para él.

—¡Bah! Puede intentarlo si quiere —exclamó Tsunami, desechando el inquietante recuerdo de los ojos oscuros de Tiburón.

—Por las tres lunas, me pones nervioso.

Un extremo del último piso estaba ligeramente elevado y esculpido en forma de magnífico trono de dragón, decorado con centenares de esmeraldas, zafiros e hilos de oro que imitaban las ondas de las olas. Al lado, pero algo más bajo, había otro trono a juego, decorado exactamente igual aunque con gemas más pequeñas.

Tsunami inclinó la cabeza hacia el segundo trono. Parecía demasiado pequeño para pertenecer a un rey. ¿Sería para ella? ¿Habría preparado la reina Coral aquel trono para su hija desaparecida y luego había esperado todos estos años a que regresara y lo ocupara?

Dio un paso hacia él, con el corazón desbocado en el pecho por la emoción. ¡Un trono para ella sola! ¡Al fin!

La llegada de sus amigos le impidió seguir avanzando, ya que los cuatro dragonets chocaron al llegar a la cornisa. Sol aterrizó suavemente, evitando los canales de agua, pero Cieno se resbaló al posar las garras sobre el suelo de piedra y a punto estuvo de caerse por el otro lado. Gloria se lanzó a por él y lo ayudó a mantener el equilibrio, luego sobrevoló de nuevo el piso y aterrizó al lado del trono. Clavó en él sus ojos verdes para estudiarlo con detenimiento. Parecía estar a punto de sentarse en él.

Nocturno llegó el último, resoplando, como si sus alas no fueran lo suficientemente fuertes como para sostenerlo mucho tiempo en el aire. Se quedó allí tumbado un momento, como un triste charco negro, jadeando y

respirando con dificultad. Sol lo salpicó con un poco de agua para ayudarlo a recuperarse.

Tsunami reprimió un gesto de impaciencia. ¿No podía ninguno de sus amigos intentar parecer, al menos, un poquito más impresionante?

—¡Qué guay! —les dijo Cieno a Abisal y a ella. Golpeó a Gloria sin querer con la cola, pero la Ala Lluviosa estaba demasiado ocupada inspeccionando el trono como para darse cuenta—. Quiero decir... que esta cosa sobre la que estamos subidos... ¿cómo la llamáis? Es muy alta. Más alta que nuestra prisión en el Reino Celeste, creo.

Cieno echó un vistazo por el borde de la plataforma, sin reparar en la mirada desconfiada que le lanzaba Abisal. Tsunami se dio cuenta entonces de que no le habían contado que los había capturado la reina Escarlata, ni tampoco que habían pasado unos días en su arena, en el Reino Celeste.

—Me gusta —continuó el dragonet, sentándose y golpeando a Gloria de nuevo—. Por supuesto que es más placentero estar tan alto cuando tienes las alas libres. Pero si algo tengo que reconocerles a esos Alas Celestes es que al menos nos daban un cerdo de vez en cuando. ¿Tenéis cerdos? Un pulpo también estaría bien, si no tenéis cerdos. O un calamar. O un manatí. Podría comerme un manatí yo solo ahora mismo. O una ballena. No soy quisquilloso. Cuéntanos... ¿cómo construisteis esta cosa tan grande? ¿Tardasteis una eternidad en hacerlo?

Abisal pestañeó, incapaz de seguir el ritmo de los pensamientos de Cieno.

—¿El pabellón? Un Ala Marina animus lo diseñó hace muchas generaciones y embrujó a las rocas para que crecieran así. Tardaron casi diez años en tener este aspecto.

—Vaya —murmuró Cieno.

Tsunami no pudo evitar sentirse igual de impresionada. No sabía que los

dragones animus tuvieran aquella clase de poder. En sus clases, Membranas les había contado que los dragones animus podían encantar piezas de ajedrez para que jugaran ellas solas. Algunas veces maldecían sus tesoros para envenenar a cualquiera que intentara robarlos, pero hacer que creciera un pabellón así embrujando las rocas... Aquello parecía magia de verdad. Mucho más poderosa que cualquier cosa que hicieran los Alas Nocturnas.

Sin duda, Nocturno estaba pensando lo mismo, a juzgar por su hocico fruncido. Tsunami lo interrumpió antes de que empezara con su retahíla.

—Aquí es donde la reina Coral recibe a los nuevos visitantes, como nosotros —explicó, dándose importancia delante de sus amigos—. Así que, cuando llegue, por favor, actuad como unos verdaderos dragonets del destino, no como gaviotas medio ahogadas. Por el amor de Dios.

Sol parecía dolida y Nocturno cogió aire haciendo mucho ruido, mientras Gloria giraba el hocico dando a entender que ella no recibía órdenes de la Ala Marina. Cieno asomó la cabeza por el borde de la cornisa y observó las gradas más bajas del pabellón.

—¿En qué piso tendrá lugar el banquete? —preguntó—. Organizáis banquetes, ¿verdad? —añadió, dirigiendo sus enormes ojos castaños hacia Abisal—. Por nada en especial. Solo curiosidad.

—Sí, algunas veces tenemos banquetes. Especialmente cuando la reina Ampolla está...

Un alboroto en los pisos de abajo lo interrumpió. Tsunami corrió hacia el borde y observó el lago.

Una enorme Ala Marina azul, del mismo color que Tsunami, salió del túnel. Se había adornado los cuernos, el cuello y las alas con hilos de perlas. En la punta de la cola lucía, además, un cuerno blanco con punta de malvado aspecto. Tenía también unas extrañas manchas negras en las garras, pero era la dragona más hermosa que Tsunami había visto jamás.

Por todo el palacio, los dragones se inclinaron en una respetuosa reverencia.

Aquella tenía que ser su madre... la reina de los Alas Marinas. Tsunami le agarró el brazo a Abisal, mareada de repente por la emoción.

Pero cuando la reina Coral salió del agua, Tsunami vio que llevaba un fino arnés en torno al cuerpo, provisto de un cordel que la unía al arnés de otra dragona que volaba muy cerca de ella.

La segunda dragona era mucho más pequeña. Una dragonet de solo un año de edad. Movía las alas, desesperada, intentando mantenerse en el aire. Con sorpresa, Tsunami vio el dibujo real que lucía en las escamas, bajo las alas.

—¿Quién es esa? —le siseó a Abisal.

El Ala Marina se estaba apartando hacia el borde de la cornisa, que era el lugar más alejado del trono.

—Anémona —dijo. Tsunami percibió la sorpresa en su tono—. Tu hermana.

CAPÍTULO 8

«Una enemiga».

«Anemóniga».

«Anémona».

A Tsunami le costó unos momentos comprender lo que Abisal había dicho. Notaba un cosquilleo en la piel y no paraba de pensar en que había oído —«una enemiga, una enemiga»—, hasta que la palabra correcta se abrió paso a su subconsciente.

Anémona. La hermana de Tsunami. Otra heredera al trono.

Y pensar que hasta hacía unos segundos creía ser la única heredera de la reina Coral... Era demasiado bueno para ser verdad. Al parecer, ya no podía estar segura de que algún día acabaría heredando el reino.

—Oh... oh —murmuró Gloria, dándole voz a los pensamientos de Tsunami—. Parece ser que te ha salido una competidora. Puede que, después de todo, no estés destinada a ser la reina.

Tsunami se revolvió hacia Nocturno, con las agallas a punto de estallar.

—Dijiste que era la única —le gritó—. Me dijiste que ninguna de las otras había sobrevivido.

—Eso es lo que leí —protestó el dragonet, estirando sus garras negras—. Échale la culpa a los Garras, no a mí. Nuestros pergaminos eran viejos y estaban bastante desfasados. *El linaje real de los Alas Marinas, desde el Ardor hasta el presente* debieron de escribirlo antes de que ella saliera del cascarón —añadió, señalando a la dragoncita que no paraba de revolotear detrás de la reina.

Anémona tenía las escamas azules tan pálidas que eran casi blancas, parecidas a las de un Ala Helada, con pinceladas de rosa a lo largo de alas, orejas y cuernos. Se parecía un poco a los delfines que habían visto antes y Tsunami se preguntó, con cierto malestar, si aquella era la razón por la que la reina había prohibido que sus súbditos se los comieran. Seguramente alguno podría confundir a Anémona con un delfín y comérsela por error. Los ojos de su hermana eran enormes y azules. Una sarta de pequeñas perlas le adornaban el cuello y la cola, haciendo juego con las de su madre.

«Esa podría haber sido yo —pensó—. Yo podría haber sido la que tuviera las perlas y el trono a juego y una madre que me amara. Los Garras de la Paz me arrebataron todo esto».

La dragonet no tuvo tiempo de pensar nada más porque, de pronto, la reina Coral ya había aterrizado sobre la plataforma y corría hacia ella.

—¡Mi niña! —gritó.

Rodeó a Tsunami con sus enormes alas azules, envolviéndola en un abrazo que olía a playa y a estrella de mar. Las perlas se le clavaron en la cara cuando la reina la apretujó con más fuerza. Tenía las escamas calientes y unas garras suaves con las que le acarició la cabeza y las alas a Tsunami.

—Sabía que volverías —dijo—. Sabía que estabas ahí fuera, intentando encontrar tu camino de vuelta a casa. Nunca he parado de buscarte.

Aquello era exactamente lo que Tsunami siempre había querido oír.

De hecho, era palabra por palabra lo que la reina le había dicho a su hija

en *La princesa desaparecida* , aunque Tsunami desechó ese pensamiento.

Se dejó abrazar por su madre, sintiendo cómo la euforia la bañaba desde los cuernos hasta las garras. «Alguien me quiere. He encontrado mi lugar en el mundo».

—Madre —gimoteó una vocecita a sus espaldas—. Jo. Has ido demasiado rápido. Creo que me he hecho daño en las garritas.

La reina Coral soltó a Tsunami, se giró y acercó a Anémona tirando del cordel que las unía. La pequeña dragonet se arrebujó bajo su ala y le mostró sus garras delanteras con una expresión de pena en el rostro.

—Lo siento, cariño —le dijo Coral examinando sus garras y lamiéndoselas rápidamente con su lengua bífida—. ¿Te sientes mejor?

—Supongo... —le contestó la dragoncita flexionando las garras con aire triste.

—Mira, amor, esta es tu hermana. Ya te he hablado de ella. La que secuestraron hace seis años —dijo Coral, al tiempo que extendía la pata y le acariciaba el hocico a Tsunami con una de sus garras membranosas—. ¿No es preciosa?

Anémona miró a Tsunami. Era muy pequeña, casi tanto como un carroñero y no parecía demasiado fuerte. «Puede que no tenga que preocuparme por ella —pensó la dragonet—. Sería fácil de vencer en una pelea y, obviamente, yo sería mejor reina que ella».

Nada más pensar eso, sintió cómo la culpa le aguijoneaba el corazón. ¿Cómo podía pensar algo así nada más conocer a su familia? Estiró una pata hacia Anémona, mostrándole la garra, y después de una pequeña pausa, la dragoncita se la agarró.

—Hola. Me llamo Tsunami.

—Vaya —exclamó la reina Coral—. Un buen nombre. Al menos

Membranas hizo algo bien —dijo, entornando los ojos—. ¿Dónde está? Llevo años planeando su castigo.

La reina echó un vistazo por encima del hombro de Tsunami, pero cuando la dragonet se giró, solo vio a Abisal. El Ala Marina tenía la cabeza gacha y las alas tan recogidas como le era posible.

—Siempre supe que era un cobarde y un desertor —continuó Coral—, pero encima volvió y me robó mi huevo... No va a ser una muerte rápida, eso os lo aseguro.

—¡No! —chilló Sol—. No le hagáis daño, por favor. Él fue el único que nos trató bien.

—De todas formas, no sabemos dónde está —agregó Tsunami mientras la reina se giraba para mirar a Sol—. Escapó de allí cuando...

—¿Qué se supone que eres tú? —le preguntó la reina a Sol, ignorando lo que Tsunami acababa de decir. De repente reparó en los otros dragonets y empezó a agitar peligrosamente la cola—. ¿POR QUÉ HAY UN ALA LODOSA EN MI PALACIO DE VERANO?

Dio un paso hacia Cieno, con las agallas palpitando con fuerza en el cuello.

—Son mis amigos —gritó Tsunami, interponiéndose entre ella y Cieno —. Puedes confiar en ellos, te lo prometo. A todos nosotros nos robaron de nuestras casas cuando aún estábamos en el huevo. Somos los dragonets del destino. Los de la profecía.

—Ja —susurró una voz y Tsunami se dio cuenta de que Tiburón había abandonado su puesto en las rocas de abajo, para colocarse en el borde de la cornisa con otros nueve dragones enormes.

—¡Oh! —soltó la reina, despacio—. Ya veo.

Observó a Cieno con mucha atención y luego escudriñó a Nocturno, Sol y Gloria.

—Sí, he oído los rumores. Aunque para tenerlos en cuenta hay que creer en las profecías, claro. Los dragonets del destino. A la reina Ampolla le encantará conoceros. Será mejor que nos aseguremos de que no vais a ningún lado —dijo, mientras hacía relucir los reales dibujos de las alas y daba una palmada con las garras delanteras.

Siete Alas Marinas enormes alzaron el vuelo tras los dragonets, con las zarpas listas para atacar.

—Poned a esos cuatro en la cueva de Ampolla —les ordenó la reina— y aseguraos de que hay un guardia en su puerta las veinticuatro horas para que no puedan salir de allí.

—¿Qué? —gritó Sol, indignada—. ¡Si hemos venido aquí para estar a salvo! ¡No para volver a ser prisioneros!

La Ala Arenosa gritó de terror cuando un guardia la alzó en el aire. Nocturno la miró fijamente con las garras medio extendidas, paralizado por el terror.

—A mí nadie me toca —le espetó Gloria a un Ala Marina que se dirigía hacia ella.

Unas nubes negras se le empezaron a formar en las escamas.

—No le hagáis daño a Sol... ¡ay! —dijo Cieno, gritando de dolor cuando tres Alas Marinas aterrizaron sobre su espalda y lo arrojaron al suelo—. ¡Ay! ¡Ay!

Uno de ellos empezó a envolverle las alas, las garras y el hocico con cuerdas hechas de algas.

—Esperad —pidió Tsunami. Unió las garras por delante de la cabeza en un gesto de súplica—. Majestad... Madre —la palabra le sonó extraña al salir de sus labios, por mucho que se hubiera imaginado diciéndola mil veces—. No tienes por qué hacer esto. Son mis amigos y los he traído hasta aquí para que pudieras protegernos. Te juro que son de fiar.

—También es por su propio bien, querida —le dijo Coral, acariciándole la cabeza—. No les haremos daño, tranquila. Has venido al lugar indicado para que os protejamos. Pero no deberían vagar por el palacio sin protección... la mayoría de mis dragones atacarían a un Ala Lodosa y a una Ala Arenosa que no conocieran.

—A una Ala Arenosa o a lo que sea eso —murmuró Tiburón despreciando a Sol.

Nocturno le dedicó una mirada de odio y luego miró rápidamente hacia otro lado cuando el Ala Marina se volvió hacia él.

—¿Supongo que esto significa que no tendremos nuestro banquete? —preguntó Cieno con pena, apoyando el hocico en el suelo de piedra con un suspiro.

—Lo de la comida puede solucionarse —le dijo la reina—. Laguna, asegúrate de que alimentan a los invitados —ordenó a una dragona turquesa y regordeta, que alzó el vuelo y desapareció bajo la cornisa—. ¿Ves, cariño? Nosotros cuidaremos de vosotros. Por favor, dile a esa que deje de mirarnos tan amenazadoramente —le pidió, señalando con la garra a Gloria, que seguía mirando al guardia y lo empezaba a poner muy nervioso.

Tsunami pensó en el arma secreta de Gloria. En el palacio de los Alas Celestes habían descubierto que Gloria podía escupir veneno por los colmillos, lo que parecía ser una característica de los Alas Lluviosas desconocida para el resto de los dragones. De hecho, los pergaminos no decían nada al respecto, aunque tampoco es que mencionaran demasiado a los Alas Lluviosas.

Pero Tsunami deseó que Gloria decidiera no revelar todavía su arma secreta. Derretirle la cara a uno de los guardias de la reina seguramente no era la mejor carta de presentación de los dragonets del destino ante los Alas Marinas.

—No tenéis que atarlos. Irán con vosotros encantados.

—Habla por ti —gruñó la Ala Lluviosa.

—Cálmate Gloria —le ordenó Tsunami. Esperaba que su madre y los otros dragones la consideraran el líder del grupo—. Ya has oído a la reina. Es por vuestra propia seguridad. Estaréis bien.

«Por favor, no me discutas delante de mi madre», le pidió con la mirada.

Gloria se quedó mirando al guardia un momento más.

—Está bien —concedió—. Iré con vosotros, pero aun así, a mí nadie me toca.

—Me parece justo —dijo la reina Coral, mientras hacía otro gesto con las garras y con sus escamas luminosas—. Bueno, ya podéis iros entonces. Tsunami, querida, ven a sentarte conmigo y hablemos.

La reina se dirigió al trono, arrastrando a Anémona tras ella. La pequeña dragonet se sentó en su trono diminuto, moviendo sin parar sus alitas llenas de perlas y sin quitarle la vista de encima a los amigos de Tsunami.

—Estaréis bien —le aseguró la Ala Marina a Cieno cuando los guardias lo alzaron en el aire—. Iré a veros muy pronto.

Él asintió, aunque aún parecía bastante ansioso. Otro guardia intentó espantar a Nocturno para que echara a volar desde la cornisa, pero el Ala Nocturna se alejó de él, le dio la espalda y luego salió volando tras el guardia que se había llevado a Sol.

Tsunami observó a sus amigos, que descendían en espiral hasta la cueva que había al lado de la entrada del palacio. Marrón y dorado, negro y plateado... todos parecían estar muy fuera de lugar. Los vio desaparecer dentro de un oscuro agujero. También se fijó en que los guardias que los habían llevado hasta allí eran los mismos que se habían apostado en su puerta. Aquella no parecía una manera muy correcta de tratar a unos invitados.

«Al menos es mejor que el trato que recibimos en el Palacio Celeste —pensó la dragonet—. Por lo menos no nos van a obligar a que luchemos hasta la muerte. Mi madre nos está manteniendo a salvo. Está siendo muy hospitalaria... a su manera. —Alzó la mirada y se encontró con los cálidos ojos de su madre—. Especialmente conmigo».

Su madre estiró las garras hacia ella, sonriendo. Era tan perfecta... Justo lo que Tsunami siempre había imaginado.

Sus amigos estarían bien, Tsunami lo sabía. Ahora estaban en el palacio de los Alas Marinas. Estaba en casa con su familia. Aquel era su sueño hecho realidad.

«No hay nada de lo que preocuparse. Nada en absoluto».

CAPÍTULO 9

—Toma —le dijo la reina Coral, cogiendo un hilo de perlas de sus propios cuernos—. No tienes ningún adorno, mi preciosa dragonet. Tengo que empezar a ponerme al día con todos los regalos que no he podido hacerte.

Se inclinó hacia delante y le colocó las perlas alrededor del cuello. Tsunami las notó suaves y pesadas al contacto con las escamas.

«Mi primer tesoro».

Tener por fin algo propio se le antojó una sensación maravillosa y muy extraña. A todos los dragones les encantaban los tesoros... eso era lo único que tenían en común con los carroñeros. Pero aquello era mucho más que algo brillante y precioso. Aquello ahora le pertenecía. A ella y a nadie más. Además, la hacía parecerse aún más a su propia madre.

Tsunami acarició las perlas con las garras y se enroscó la cola entre las patas traseras. Deseaba que Anémona dejara de mirarla tan fijamente. «Debe de odiarme —pensó—. Yo lo haría si fuera ella. Debe de saber que quiero el trono que siempre ha creído que sería para ella».

Pero eso aún no iba a pasar. Ahora era el momento de empezar a conocer a su madre.

—¿Podemos hablar a solas? —le preguntó.

Los diez dragones seguían fijos en sus puestos, como espeluznantes centinelas. Tiburón era el más escalofriante de todos ellos.

—Claro. Consejo, podéis retiraros. Morena, mándale un mensaje a la reina Ampolla y averigua cuánto tardaría en llegar hasta aquí. Y tú, criatura, vuelve a tu puesto de vigilancia y quédate allí hasta que alguien requiera tu presencia.

Abisal retrocedió un par de pasos, asintiendo, y salió volando por la cornisa. Tsunami se inclinó para verlo desaparecer por el túnel bajo el agua.

—¿Qué le pasa a Abisal? —preguntó cuando los otros diez dragones salieron volando en una tormenta de alas—. Creía que era un buen dragón.

—Oh, no. —La reina se encogió de hombros—. No se puede confiar en él. Es el hijo de Membranas. Su sangre está manchada por la traición.

De pronto, Tsunami se sintió como si una ola enorme la hubiera sacudido de arriba abajo.

—¿Membranas era su padre? —dijo.

Le había caído bien Abisal durante todo este tiempo, y resulta que era el hijo de su secuestrador. Algo que, por otro lado, no se le había ocurrido mencionar en ningún momento. ¿Qué más no le habría contado?

—Una familia horrible —continuó Coral. Movió la cola y estuvo a punto de golpear a Anémona en la cabeza—. No es una compañía demasiado adecuada para las personas de la realeza. Lo mantenemos lo más alejado posible de nosotros.

«Pobre Abisal», pensó Tsunami. No era culpa suya que su padre se hubiera convertido en un traidor, pero aun así tenía que sufrirlo.

A pesar de eso, le había ocultado la verdad, cosa que no le gustaba en absoluto.

¿Tendría la reina Coral razón sobre él? Lo que sí era seguro era que la

reina conocía mejor a sus súbditos que ella. Sin embargo, Tsunami aún deseaba volver a verlo alguna vez.

La Ala Marina le echó una mirada a Anémona.

—Esto... ¿a solas?

—Oh, no... Nunca pierdo a Anémona de vista —dijo, mientras extendía una pata y le acariciaba con cariño la cabeza a su dragonet—. Al fin tengo una hija con vida y planeo que siga siendo así.

—Vigilándome cada segundo —dijo la pequeña.

Abrió mucho los ojos cuando volvió a girarse hacia Tsunami y esta se preguntó si se había imaginado el ligero toque de sarcasmo que había percibido en las palabras de su hermana.

—¡Y ahora tengo dos hijas! —exclamó la reina orgullosa—. Posiblemente cuatro, si Tortuga hace bien su trabajo —dijo, al tiempo que le dedicaba a Tsunami una mirada preocupada—. Posiblemente también deberíamos hacerte un arnés, querida.

—No, así estoy bien —se apresuró a decir Tsunami, observando el cordel que unía a las otras dos dragonas—. He conseguido mantenerme con vida hasta ahora, gracias. Te prometo que seguirá siendo así.

Por mucho que amara a su madre, no podía imaginarse pasando cada miserable segundo del resto de sus días pegada a alguien.

—Ajá. Bueno, ya lo discutiremos.

Miró fijamente los hombros de Tsunami, como si estuviera tomando nota mental de sus medidas.

—Tengo algo que decirte —dijo Tsunami, en un intento de cambiar el tema de conversación—. Yo... yo no sé hablar acuático. Membranas nunca me enseñó.

La reina Coral la miró fijamente.

—¿Qué hocicos le pasa a ese dragón? —gruñó—. Está bien, mi vida. Le

diremos a Remolino que te enseñe... Es un profesor maravilloso. ¿Verdad, Anémona?

Anémona se encogió de hombros.

—¿Y qué es lo que sabes? —le preguntó la reina—. ¿Te enseñaron algo?

—¡Por supuesto! —dijo Tsunami, pues no quería que su madre pensara que no estaba preparada para ser reina—. Nos entrenaron en el arte de la guerra y Membranas nos enseñó la historia de Pirria. Aprendimos todo lo necesario sobre el Ardor, cómo se formaron las tribus y cómo casi acabamos con los carroñeros. Esto... también nos enseñaba geografía. Desierto nos enseñó a cazar y se suponía que Rapaz nos tenía que enseñar las tácticas de las diferentes tribus, así como sus debilidades. Aunque lo único que hacía era gritarnos e intentar incendiarnos.

En los ojos de Anémona apareció un destello de interés.

—¿Y por qué no aprendo yo todas esas cosas, madre?

—Lo harás algún día, querida. Cuando considere que estás preparada.

—¿Qué estudias tú? —le preguntó Tsunami.

Anémona miró a su madre.

—Cómo funciona el Consejo —contestó—. Y acuático, por supuesto. Cómo interpretar informes de batallas y reagrupar nuestras defensas. Y también cómo gestionar nuestras reservas y el tesoro. Aunque es el Consejo el que en realidad se ocupa de todo eso.

—Aun así es importante saber lo que ocurre en la guerra —ronroneó la reina—. Los dragones trabajan mejor si se les vigila de cerca.

—Pero normalmente estoy en las sesiones de entrenamiento con Remolino —aclaró Anémona con las alas desinfladas, cansada.

—¿De qué? —le preguntó Tsunami—. ¿Acuático?

—No te preocupes, querida —les interrumpió la reina Coral—. Dentro de

poco lo comprobarás tú misma. ¿Fueron los Garras de la Paz muy crueles contigo?

—¡Terriblemente crueles! —se quejó Tsunami. Aquel era uno de sus temas favoritos—. ¡Nunca nos dejaban salir de la cueva! ¡Nos trataban como si fuéramos caracoles sin cerebro! Nadie me escuchaba. Además, no nos hablaron nunca de nuestra familia ni de dónde veníamos. Solo hace un par de días que sé que soy tu hija.

—Mi pobre, pobrecita pequeñina —dijo la reina abrazándola de nuevo.

Exacto. Aquel era el cariño y la atención que siempre había deseado. Aunque no le gustaba demasiado la desconfianza que reflejaba la cara de Anémona.

—¿Qué es eso? —preguntó Tsunami, mientras tocaba las manchas negras que su madre tenía en las garras.

Parecían demasiado oscuras para ser manchas de sangre. No tenía ni idea de lo que podían ser.

—¡Gajes del oficio! —dijo la reina, soltando una carcajada—. Bueno, de mi pasatiempo. Mi arte, si quieres llamarlo así. Debería enseñártelo —añadió. Se puso en pie y arrastró a Anémona en el proceso—. Luego podrás conocer a Remolino. Te encantará. Es un joven dragón brillante y maravilloso.

Tsunami estaba casi segura de que había pillado a Anémona haciendo un gesto de impaciencia. Las siguió por cuatro pisos distintos hasta una planta de muros bajos y varios objetos, en forma de enormes calderos, moldeados en la piedra. Había huellas azules y negras con membranas entre las garras dibujadas por todo el suelo. Vio, además, un podio elevado en uno de los extremos de la planta, con espacio suficiente como para albergar treinta dragones delante de él.

Al otro lado, había una mesa enorme de piedra gris con varios

pergaminos encima, sujetos en ambos extremos por caballitos de mar tallados en madera oscura. Tsunami le echó un vistazo a los pergaminos, que parecían solo a medio escribir.

—Ese es mi trabajo sin terminar —dijo la reina con orgullo—. ¡Remolino, ven aquí!

Se inclinó sobre uno de los calderos y Tsunami se dio cuenta en ese momento de que estaban llenos de pergaminos.

—Es bonito —dijo, cogiendo entre sus garras uno de los caballitos de mar tallados.

Pesaban bastante y eran muy ricos en detalles. En su rostro se adivinaba una mirada de curiosidad.

—Los hizo Orca —dijo la reina, en un tono que de repente era triste—. Mi primogénita. Era una escultora muy talentosa.

«¿Su primogénita? ¿Qué le habrá ocurrido?».

Tsunami no había pensado en que hubieran vivido lo suficiente como para convertirse en artistas. Le lanzó a Anémona una mirada interrogativa, pero su hermana estaba mirando a la reina fijamente. «Después le preguntaré a Nocturno. Seguro que el pergamino del que hablaba antes mencionaba a Orca».

Un dragón verde oscuro con ojos de color verde pálido llegó volando desde el piso del Consejo. Tenía un aro de oro bastante grande colgando de una oreja y escamas moteadas, de color verde claro, que le decoraban la espalda en forma de olas. Tenía en las garras las mismas manchas que la reina.

—Majestad —dijo, haciendo una gran reverencia—. Y Sus Pequeñas Majestades —añadió, con una voz sedosa y lenta que a Tsunami se le coló por los oídos como si fuera un calamar arrastrándose.

Supuso que aquel era Remolino, aunque la verdad es que no le pareció ni

muy «maravilloso» ni muy «brillante».

El recién llegado se inclinó ante Anémona y Tsunami, mientras se sentaba en el suelo junto a la mesa de piedra. Desvió de inmediato los ojos hacia los pergaminos que tenía delante y bajó la cabeza, esperanzado. Pasados unos segundos, se inclinó hacia delante y mojó una garra en uno de los pequeños cuencos llenos de tinta negra que había sobre la mesa. Con la tinta, escribió unas pocas palabras más allí donde el pergamino seguía en blanco.

—Ah —suspiró Tsunami mirando las garras de su madre—. Es tinta.

—Sí, querida. —La reina sacó un montón de pergaminos del caldero—. Es una fórmula especial hecha a partir de tinta de calamar y un poco de sangre de ballena, de esa forma es imborrable. La inmortalidad bien merece unas garras manchadas, ¿no crees? Remolino inventó la fórmula. Es tan inteligente —dijo, al tiempo que echaba un vistazo a las palabras que él acababa de escribir—. ¡Justo lo que yo estaba pensando! Es emocionante, ¿verdad?

—Seguramente ganaréis todos los premios del reino, Majestad —corroboró Remolino.

La reina Coral le pasó cuatro pergaminos a Tsunami.

—Estos son mis preferidos. Puedes leerlos todos esta noche y mañana te daré otros cuatro de mis favoritos.

—¿Que los lea todos esta noche? —repitió Tsunami, incrédula.

La lectura era el punto fuerte de Nocturno. A ella le gustaba lo justo y solo si se trataba de emocionantes historias sobre guerreras dragonas. Tsunami no leía demasiado rápido. Además, sin duda prefería luchar contra algo que leer un pergamino.

—Empieza con este —continuó la reina sin reparar en la expresión abatida de su recién descubierta hija.

¡Era *La princesa desaparecida* ! Una gran ola de alivio la invadió.

—¡Ya lo he leído! —exclamó—. Es mi cuento favorito.

—¿De verdad? —dijo la reina. Parecía complacida y Tsunami estaba segura de que Anémona había vuelto a hacer un gesto de impaciencia—. ¡Lo escribí para ti!

—Tú... —empezó a decir Tsunami. Miró a la reina Coral, luego a Remolino y, finalmente, se fijó en el pergamino que había sobre la mesa—. ¿Tú escribiste *La princesa desaparecida* ?

—Yo he escrito todos esos de ahí —dijo, señalando los calderos—. Soy bastante prolífica. Remolino se asegura de que haya centenares de copias al instante y de que se distribuyan por el territorio de los Alas Marinas... y también a cualquier punto de Pirria donde los podamos mandar. Mi responsable de comunicación, Morena, está a cargo de los dragones copistas, que hacen las copias bajo el agua. También se asegura de que lleguen a todas las escuelas. Pero es Remolino quien organiza mis lecturas aquí. ¿No es maravilloso? —Bajó la voz y le guiñó un ojo a Tsunami—. ¿No crees que es guapísimo?

Remolino alzó la mirada y le dedicó a Tsunami una sonrisa dentuda que no le llegó a los ojos. Tenía unos dientes extrañamente pequeños y unos ojos demasiado claros y saltones, como los de una rana. Tsunami no pudo evitar acordarse de Abisal, que era mucho más guapo que el dragón que tenía delante, al menos para ella... aunque eso era algo que ni por todos los tesoros del mundo le confesaría a Coral.

—Será un rey maravilloso algún día —agregó la reina en un susurro.

«Dios mío». Tsunami reprimió un escalofrío. «¿Acaso me lo está ofreciendo?».

Miró a Anémona y vio que a la pequeña dragonet se le borraba una expresión esperanzada de su rostro. «Ajá». Estaba segura de que Anémona

podría resolver muchos de los misterios que ahora tenía si se quedaba unos minutos a solas con ella. Qué pena que eso fuera imposible.

—Majestad —dijo alguien. Todos se giraron y se toparon cara a cara con otra dragona del Consejo, que volaba hacia la reina acompañada de un dragón más pequeño—. Siento interrumpiros, pero Erizo acaba de llegar con extrañas noticias. Estoy segura de que querréis conocerlas.

—Claro, Morena. Siempre sabes lo que es mejor para mí.

Las escamas de Morena eran del mismo verde grisáceo apagado que las de Tiburón, y sus ojos eran tan pequeños y descoloridos como los de él. Tsunami se preguntó si serían familia.

Morena contrajo el hocico en una mueca petulante.

—Eso es porque me han entrenado al lado de la mejor reina de toda Pirria —dijo.

«¡Por mis escamas!». Esa vez sí fue capaz de pillar la expresión de asco de Anémona a espaldas de la reina. Su cara decía claramente que no creía nada de lo que dijera aquella dragona. Entonces la pequeña dragona miró a Tsunami con otra cara que parecía decir: «Puede ser peor, créeme».

Morena siguió hablando.

—Por lo que parece, acaba de encontrarse el cuerpo de un dragón a unas pocas islas de distancia del Palacio de Verano.

—¡Oh, qué pena! —dijo la reina con un bostezo. Miró los pergaminos como si estuviera deseosa de volver a ponerse con ellos—. ¿Qué le ha pasado a ese dragón?

—Dragona —le corrigió Morena—. Y aún no lo sabemos. Pero lo más extraño es que no es una Ala Marina, sino una Ala Celeste.

—¡¿QUÉ?! —dijo Coral, poniéndose en pie—. ¿Tan cerca del palacio? —Extendió bruscamente sus enormes alas—. Llama a Tiburón y a Piraña y llevadme hasta el cuerpo. Ahora.

La reina se alzó en el aire y Anémona empezó a batir desesperadamente sus pequeñas alas tras ella. Tsunami soltó los pergaminos y las siguió, descendiendo por una estrecha espiral hasta el agua. ¡Aquella era su oportunidad para ver a la reina en acción!

Creyó haber oído a alguien gritar su nombre cuando se hundió en el agua. ¿Sol o tal vez Cieno? El agua le inundó los oídos, amortiguando el chillido. No tenían de qué preocuparse, no tardaría en volver. Estarían a salvo allí.

Tiburón pasó nadando a su lado, removiendo el agua mientras se internaba en el túnel que tenían delante. Ahora se encontraba entre ella y la reina, pero Tsunami no dejaría que eso la frenara ni un momento. Nadó tras ellos todo lo rápido que pudo. Notó a otro dragón muy cerca de su cola, pero ni se volvió a mirar quién era ni aminoró la marcha.

Parecía que solo habían pasado unos segundos cuando Tsunami asomó el hocico entre la cortina de algas doradas. Siguió hacia la izquierda la estela que dejaban los dragones que la precedían y se dio cuenta de que no se dirigían a la superficie.

Así que no iban a llegar hasta el cuerpo volando, sino nadando. Lo que tenía mucho más sentido. Después de todo, ahora estaba entre los Alas Marinas.

«Está bien. Puedo hacerlo». Tsunami ignoró el cansancio de sus alas y las movió con más fuerza, dispuesta a mantener el ritmo de los otros. Aun así, los dos dragones que tenía detrás —Morena y otro miembro del Consejo que, supuso, se trataría de Piraña— no tardaron en adelantarla.

Vio a los dos dragones hundirse aún más en el agua y acelerar. Desesperada, intentó hacer lo mismo, moviendo las alas para bajar hasta donde los otros se encontraban. Una corriente de agua fortísima la arrastró y la lanzó tras sus recién conocidos compañeros de tribu.

Hubo un instante en el que Tsunami intentó luchar contra la corriente. No

le gustaba ser arrastrada por algo más fuerte que ella. Pero entonces se dio cuenta de que los otros dragones usaban las corrientes para viajar más deprisa. Tendría que tomar ejemplo de sus compañeros si quería ir con ellos.

Despacio, se relajó y dejó que la corriente la arrastrara. Aquello le dio la oportunidad de echar un vistazo a su alrededor. Un banco de peces negros con rayas plateadas pasó a toda velocidad por encima de su cabeza, como una bandada de cuervos o de Alas Nocturnas, girando y mezclándose para formar distintos dibujos en el agua. Había unos enormes champiñones relucientes en el suelo del océano, con pececitos naranjas nadando a su alrededor.

Un pulpo rosáceo pasó junto a ella y Tsunami no pudo evitar preguntarse a qué sabría exactamente. Desde luego, eran lo bastante lentos como para poder atraparlos.

Por el rabillo del ojo, vio a una medusa que flotaba tras ella. Se giró y se dio cuenta de que en realidad era Abisal, que la seguía desde la distancia. La dragonet levantó una de las alas y lo saludó. Él le devolvió el saludo con timidez.

No sabía lo que se suponía que tendría que estar haciendo Abisal en ese momento, pero estaba segura de que, fuera lo que fuese, no era estar allí siguiéndolos.

Aun así, le gustaba tenerlo cerca, así que no se chivaría de él a la reina. No hasta que tuviera tiempo de descubrir si estaba enfadada con él por no haberle contado el secretillo de que era «el hijo de Membranas».

Nadaron lo que le pareció kilómetros interminables, por encima de grandes arrecifes de coral y antiguas ruinas de palacios y templos que habían perecido hacía muchos años. De vez en cuando, un enorme pez verde aparecía como por arte de magia y nadaba a su lado un momento;

luego se daba cuenta de a quién tenía a su lado y desaparecía muerto de miedo. Tsunami tenía hambre, pero estaba demasiado cansada como para intentar comérselos.

Incluso con la ayuda de la corriente, Tsunami creía que iba a desmayarse. Por fin, delante de ella, vio a Morena y a Piraña salir a la superficie. Aliviada, se salió de la corriente y nadó fuera del agua.

La reina Coral estaba subida a una piedra enorme que sobresalía del mar en la base del enorme acantilado. Anémona estaba excavando en la arena, a su lado. No muy lejos de allí, una foca se lanzaba al mar nerviosa, intentando no llamar demasiado su atención.

Las olas chocaban contra las rocas, rugiendo como dragones hambrientos y salpicando agua salada a todos los que estaban posados sobre las rocas más pequeñas, alrededor de la reina.

Tsunami encontró una roca negra lo suficientemente grande para ella y se subió. Durante unos instantes, se limitó a coger aire, feliz de no estar moviéndose. No tenía ni idea de cómo iba a volver al Palacio de Verano. «Preocúpate de eso luego», se dijo. Más lejos, al norte, vio un banco de nubarrones negros que se acercaban por el horizonte, rugiendo y centelleando.

—Lleva muerta un día o dos —observó Tiburón con su espeluznante voz —. La asesinaron de una manera muy violenta, por lo que se puede apreciar.

Tsunami bajó la mirada hacia el cuerpo rojo destrozado entre las rocas. Tiburón estaba inclinado sobre el cadáver, inspeccionando los profundos cortes de su garganta. Negó con la cabeza y retrocedió.

Tsunami notó un escalofrío de sorpresa y terror.

Conocía a aquella Ala Celeste.

Era Rapaz, la dragona que los había criado.

Rapaz estaba muerta. Y era obvio que alguien la había asesinado.

CAPÍTULO 10

«Se lo digo».

«No se lo digo».

«Madre necesita saber quién es».

«¿Pero y si cree que la hemos matado nosotros?».

Tsunami no sabía qué hacer. Aquello era demasiado extraño para ser una coincidencia. ¿Que apareciera el cadáver de Rapaz no muy lejos del Palacio de Verano justo cuando aparecen los dragonets del destino? Si Tsunami admitía que la conocía, ¿el primer pensamiento de su madre no sería que los dragonets la habían matado?

Después de la forma en la que sus amigos habían estado mirándola todo este tiempo... no quería ver la misma expresión de miedo y desconfianza en los bellos rasgos de su madre. Esas miradas de «¿qué clase de dragón eres?» o «¿se puede confiar en ti?» y también la de «¿a quién más vas a atacar ahora?»... No podría soportarlo.

Estuvo preocupada dándole vueltas a lo mismo durante todo el camino de regreso al palacio. Por suerte regresaron volando, así que pudo descansar los músculos. Pero entre la gran cantidad de dragones que los rodeaban y

los mensajeros yendo de un lado para otro, no tuvo ni un solo segundo para hablar a solas con la reina.

De vuelta en el palacio, la reina Coral le pidió a Tsunami que la esperara, mientras se llevaba a la sala de guerra a varios de los dragones del Consejo. Tsunami se sentó en uno de los pilares del pabellón y observó a los dragones que entraban y salían de allí.

«¿Quién querría matar a Rapaz? Sin contarnos a Gloria y a mí, claro».

Echó un vistazo a la cueva donde retenían a sus amigos y a los guardias que vigilaban la entrada. Pensó que debería ir a comprobar si los otros dragonets estaban bien, pero... ¿qué pensarían cuando les contara lo que le había pasado a Rapaz?

¿Y si sus amigos decidían que no estaban seguros allí? Puede que Nocturno consiguiera convencer a los demás de que el asesino de Rapaz aún estaba allí cerca, esperando para matarlos a ellos también. Les convencería para largarse del Reino del Mar, y eso era algo para lo que Tsunami aún no estaba preparada.

Ahora mismo estaban demasiado enfadados con ella como para pensar con claridad. Además, seguramente, también estarían muy gruñones por haberse pasado toda la tarde encerrados en una cueva, como si volvieran a ser prisioneros.

Lo mejor era esperar a que se convencieran de lo maravilloso que era aquel lugar antes de contarles nada. Le pediría a su madre que al día siguiente los dejara salir para el banquete o algo parecido. Eso animaría, al menos, a dos de ellos.

«Sí. Es un buen plan. Evítalos hasta mañana y entonces se lo podrás contar todo».

Además, estaba tan cansada... Se había hecho de noche mientras volaban de regreso al Palacio de Verano y ahora el lugar solo estaba iluminado por

algunas medusas luminiscentes bajo el agua. Aquello no representaba ningún problema para los Alas Marinas, que eran capaces de ver en la oscuridad, pero seguramente no les haría ninguna gracia a sus amigos.

Otra pelea que podría esperar hasta mañana.

El alivio la invadió cuando la reina bajó del piso del Consejo y la guio a través del lago. Las habitaciones de la reina Coral en el Palacio de Verano estaban preparadas en una cueva enorme bajo el agua, justo debajo de una de las cascadas, rodeada de un bosque de algas verdes y brillantes anémonas doradas. Había un par de delfines esculpidos en piedra en la entrada. Las paredes estaban cubiertas de esmeraldas y perlas y, para satisfacción de Tsunami, las camas estaban hechas de suaves algas.

Había una cama preparada para Tsunami junto a la de Anémona. Con un suspiro, se dejó caer sobre ella. Dormir bajo el agua sobre un lecho de algas marinas y no sobre la dura roca del exterior era mucho más maravilloso de lo que nunca se hubiera imaginado.

Se quedó dormida con el sonido de la cascada sobre su cabeza y no se despertó hasta la mañana siguiente.

Cuando abrió los ojos, se encontró con la cabeza rosa y azul pálido de Anémona justo encima de la suya. Tsunami gritó, retrocedió y chocó con la pared de piedra, lanzó un grito de dolor y expulsó burbujas por la boca. Durante un momento, creyó que Anémona estaba ahí para matarla, pero entonces su hermana sacudió las garras delante de ella y le hizo un gesto para que se callara.

Anémona señaló con una zarpa a la reina Coral, que todavía estaba dormida. Dio una palmada con las garras delante de ella e iluminó algunas rayas de las escamas de las alas y de la cola.

«Lo siento, hermanita. —Tsunami abrió las patas y negó con la cabeza—.

Ojalá te entendiera».

Anémona volvió a iluminar algunas de sus escamas, para después negar ella también con la cabeza al recordar que Tsunami no sabía acuático. Frunció el ceño llena de frustración.

Tsunami se sentía igual. No podía salir a la superficie para hablar, ya que Anémona estaba atrapada por el cordel que la unía a la reina. Y Tsunami no se podía comunicar bajo el agua. Así nunca tendrían la oportunidad de hablar a solas.

Nadó hacia su hermana y revisó el arnés. Estaba hecho de un material transparente, elástico y pegajoso que parecía adherirse a las escamas de Anémona, como si creciera de su cuerpo. Tsunami se preguntó si la pobre dragonet tendría que llevarlo hasta que tuviera su edad o incluso más.

Cuando Tsunami tiró de él con fuerza, Anémona negó con la cabeza. Con gestos, fingió que intentaba salir del arnés y luego señaló a la reina. «Es imposible quitárselo sin despertarla», adivinó la dragonet.

Anémona se movió con cuidado hacia la salida, volviendo a mirar a la reina. El cordel que las unía se desenrolló. La pequeña dragonet se levantó del suelo y nadó hasta la parte superior de la puerta, estirando el cordel todo lo que pudo. Le hizo una seña a Tsunami para que se acercara.

Donde la cascada se unía con el lago, justo al lado de la entrada de la cueva, había una pequeña burbuja de aire. Anémona, que ya había estirado el cordel al máximo, apenas podía acceder a ella con el hocico estirado. Tsunami asomó la cabeza a su lado.

—Muy inteligente —la felicitó, mirando a su alrededor.

Si, por casualidad, a algún Ala Marina le había dado por madrugar aquella mañana y había decidido salir a dar un paseo, allí también estarían a salvo de miradas indiscretas.

—Espero que no se despierte —dijo Anémona. Miró a Tsunami un

momento y luego soltó—. ¡Oh, me alegro tanto de que estés aquí!

Le tendió una garra y Tsunami se la apretó como habían hecho el día anterior.

—¿De verdad? —dijo Tsunami, que estaba sorprendida.

¿No se suponía que eran rivales? Si ella estaba allí, ¿eso no amenazaba su posible ascenso al trono?

—Quizá tú consigas que no esté tan chiflada —le dijo su hermana en un susurro—. O puede que me libere ahora que te tiene a ti. Quizá podrías hablar con ella. Tengo que deshacerme de este arnés. Tsunami, no tienes ni idea de lo horrible que ha sido mi vida.

Tsunami la miró fijamente, escuchando el eco de su propia voz.

—¿Tu vida ha sido horrible? —preguntó, incrédula—. Ni siquiera entiendes el significado de la palabra horrible. Prueba a crecer bajo una montaña, sin el océano ni la luz del sol. Solo con un río subterráneo para nadar. Prueba a que te críen tres dragones que te odian y te tratan como si fueras un estúpido renacuajo.

—Me tratan como a un renacuajo —protestó Anémona—. Madre no cree que pueda hacer nada por mí misma.

—Solo tienes... ¿qué? ¿Un año? —aventuró Tsunami—. Estoy segura de que todo eso cambiará. —«Bueno, casi segura. Segura a medias»—. Al menos se preocupa por ti.

—Demasiado. Se preocupa por mí demasiado. Nunca puedo hacer nada que me apetezca. Solo lo que está haciendo ella. Al menos tú tienes amigos. Nunca veo a ninguno de los otros dragonets.

—Bueno... yo he vivido encerrada con esos cuatro. Y siempre me discuten todo o hacen que me enfade por cualquier cosa —dijo.

En ese momento se arrepintió de no haberlos visitado la noche anterior.

Seguramente estarían preguntándose dónde se había metido. «Puede que, si te echan de menos un tiempo, estén más contentos cuando vuelvan a verte».

—Parecen unos dragonets increíbles —le dijo la otra dragonet con tristeza—. Siempre he deseado tener hermanos y hermanas.

—¿No tienes hermanos?

Anémona soltó un bufido.

—Sí, pero madre cree que son muy brutos y no deja que se me acerquen. Para ella, todos mis primos son posibles sospechosos, excepto Morena, que es tan perfecta, aburrida y vieja que no podría hacerme ningún daño. Y los dragonets no pertenecientes a la familia real no son lo suficientemente especiales como para jugar conmigo.

Anémona suspiró, mandando burbujas a través del agua hasta Tsunami.

—Supongo que mis amigos están bastante bien cuando no se están quejando —admitió Tsunami—. Aunque se quejan mucho.

—Yo intenté quejarme una vez —dijo la dragonet. Tsunami pudo oír perfectamente el veneno en la voz de Anémona—, y madre casi hace que me fabriquen un bozal a juego con el arnés.

—Al menos alguien te quiere. Y estás con los de tu raza. Y hablas vuestro estúpido lenguaje.

—Ella también te quiere —la consoló Anémona. Calló un momento, mirando de nuevo a la cueva. La reina Coral seguía dormida—. Espero que te quedes tú con Remolino. ¡Benditas lunas! Creía que iba a tener que casarme con él. Pero ahora que estás aquí, te lo puedes quedar tú. Eso sería mucho mejor.

—¡Ni hablar! —dijo Tsunami, al tiempo que empezaba a mover la cola, nerviosa—. No, no y no. —La imagen de Abisal se formó ante sus ojos, cosa bastante ridícula, ya que apenas lo conocía—. De eso nada. Lo primero, no tengo tiempo para casarme. Tengo que parar la guerra y salvar

al mundo. —«Y/o aprender a ser la reina de los Alas Marinas»—. Lo segundo... ¿ese dragón? No, gracias. Preferiría que un montón de tortugas carnívoras me devoraran la cola.

Anémona soltó una risita.

—Es horrible, ¿verdad?

—Sus Pequeñas Majestades —se burló Tsunami, imitando su sonrisa falsa y su pequeña reverencia.

Anémona tuvo que hundir de nuevo la cabeza en el agua para que sus risitas no sacudieran el arnés y despertaran a su madre.

—De todas formas, madre no puede decidir con quién nos casaremos —dijo.

—¿De verdad? —respondió Anémona, que no parecía muy convencida —. Tiene poder de decisión sobre todo lo demás.

—Somos de la realeza —señaló la dragonet—. Eso significa que podemos hacer lo que queramos.

—¡Bah!... Eso no es lo que tengo entendido. Es más bien algo así como «por ser de la realeza, solo podemos hacer lo que aprobarían las reinas anteriores de los Alas Marinas, por el bien de nuestros súbditos, por el honor del trono y por el... BOSTEZO, CLÁVAME TUS GARRAS HASTA MORIR, POR FAVOR».

Tsunami se rio, pero notó las agallas entumecidas y le empezaron a picar las escamas. Nunca había pensado así de la realeza. ¿De verdad las reinas tenían que preocuparse por cosas como el honor y la aprobación de otros dragones?

«¿Qué pasaría si la reina de los Alas Marinas... o la reina potencial... decidía, digamos, casarse con alguien que el resto de la tribu no aprobaba? ¿O si elegía no casarse?».

Sería más difícil reinar sobre unos súbditos que no la respetaran. Tsunami

ya tenía demasiados problemas con sus cuatro amigos. Se imaginó a toda una tribu de Glorias y Nocturnos. Nadie se atrevería a discutir con la reina, ¿verdad? Quizá dependía del tipo de reina que fuera. Nadie le discutía nada a la reina Escarlata de los Alas Celestes, eso seguro.

«Pero Escarlata era una asesina y estaba loca. No es exactamente el tipo de dragona que yo quiero ser».

Extendió las alas para notar el agua que caía de la cascada. Más allá de su escondite, podía oír los silenciosos sonidos del Palacio de Verano al despertar. Alas de dragón que revoloteaban sobre sus cabezas. Burbujas que salían de las cuevas bajo el agua donde dormía la mayoría de los Alas Marinas. Ruido de cacharros en la cocina del pabellón, recordándole lo hambrienta que estaba.

—Oh, oh... —susurró Anémona mirando hacia abajo—. Creo que se está despertando. Será mejor que volvamos.

Tsunami dudó. ¿Debería ir ahora a visitar a sus amigos? ¿Pero qué pensaría su madre si se despertaba y descubría que Tsunami se había marchado?

—Está bien —dijo—, pero tengo una pregunta más. ¿Qué le ocurrió a Orca?

Si Anémona se lo decía, evitaría tener que preguntárselo a Nocturno.

Anémona movió bajo el agua sus alas rosas.

—Retó a madre por el trono cuando solo tenía siete años —susurró—. Todo el mundo dice que fue horrible. Casi ganó, pero madre la mató al final. —Volvió a mirar hacia abajo—. Es muy raro. Madre sigue adorándola y la echa de menos, pero muchos dragones siguen odiando a Orca por haber estado a punto de matar a su reina. Ni se te ocurra mencionar su nombre delante de Morena.

—Morena —repitió Tsunami—. Parece muy...

—¿Ñoña? ¿Idiota? ¿Tan interesante como un pepino de mar?

—Iba a decir rara —se rio Tsunami—. Pero sí, supongo que eso también me sirve.

—Oh... oh... —dijo Anémona, tras lo cual desapareció debajo del agua.

Tsunami la siguió y llegó a su cama solo unos pocos segundos antes de que la reina Coral abriera los ojos. La reina se sentó y agitó el agua con las alas mientras se estiraba. Miró a Tsunami y a Anémona, y acercó las garras para acariciarles la cabeza con cariño.

La reina cogió el hilo de perlas de la rama del coral donde lo había dejado antes de irse a dormir. Con cuidado, volvió a colocárselo alrededor del cuerpo y luego decoró a Anémona de la misma manera.

Tsunami no se había quitado el hilo que le había dado el día anterior. Su madre sonrió cuando se dio cuenta y se hizo con otro hilo más largo de perlas, estas de un reluciente tono morado pálido. En lugar de esféricas, sin embargo, eran de extrañas formas.

Con garras expertas, la reina Coral se lo colocó a Tsunami alrededor del pecho y de las alas. Eran muy hermosas, pero la sensación de tener algo alrededor del cuerpo que le pesara y la hundiera hacia abajo era muy extraña. Tsunami se sentía como si llevara un arnés hecho de tesoros. Pese a todo, no pensaba quejarse. Los Garras de la Paz nunca les habían dado cosas bonitas a los dragonets.

Al final, la reina les hizo señas para que la siguieran.

Tsunami no estaba muy segura de cómo le sentaba que la trataran igual que a Anémona, una dragonet de solo un año de edad. Pero lo que sí le gustaba era cómo la trataba su madre, el cariño que le daba y los abrazos que le prodigaba, como si quisiera asegurarse de que Tsunami era real.

Mientras volaban hacia el pabellón, Tsunami vio a varios guardias apostados en los pisos inferiores, la mitad de ellos durmiendo y la otra

mitad bebiendo algo que burbujeaba en los calderos. Notó que parecían muy bien alimentados, descansados y contentos, no delgados y gruñones como los guardias de la reina Escarlata en el Palacio Celeste. «Una prueba más de que mi madre es mejor reina que Escarlata», pensó la Ala Marina.

Cuando la reina Coral aterrizó en la planta del Consejo, el sonido de varios pares de alas que se batían en el aire inundó el palacio entero. Los miembros del Consejo llegaron volando de las cuevas o surgieron de debajo del agua. Coral se acomodó en la piscina más grande de todas, la indicada con la palabra REINA. Tiró de Anémona para sumergirla en el agua con ella, aunque era un poco pequeña para ambas ya que la dragonet tenía que apretujarse debajo del ala de su madre.

—Madre —protestó Anémona—, deja de aplastarme.

Se revolvió y empezó a dar vueltas hasta que consiguió un poco de espacio para ella.

Unos pequeños dragones turquesas irrumpieron en la estancia con bandejas de comida y las dejaron al lado de las piscinas mientras los miembros del Consejo se sumergían, cada uno en la suya. Tsunami se quedó a un lado, sintiéndose extraña allí en medio, como una recién llegada. Sentía como si sus alas y su cola no hicieran más que estorbar.

—Vaya —dijo la reina dándose cuenta al fin de lo que pasaba—. Tsunami, puedes sentarte allí. Tortuga está cuidando el nido en el Palacio de las Profundidades, así que hoy no asistirá a la reunión.

La reina le señaló una piscina a dos dragones de distancia en la que podía leerse, escrito con pequeñas esmeraldas, CUIDADOS DE LOS DRAGONETS. Tsunami notó la piedra húmeda y helada bajo las garras, así que se metió de un salto en el agua.

En las piscinas que estaban a los lados de la reina ponía DEFENSA y

COMUNICACIÓN. Tiburón se metió en la primera y, un segundo después, Morena saltó a la otra.

—Buenos días, Majestad —la saludó Morena, inclinándose y recogiendo sus alas tras ella—. Sé que ayer fue un día muy traumático, pero espero que hayáis dormido bien. He estado toda la noche preocupada por vos.

—Gracias, querida —dijo la reina.

Repasó con la mirada al resto del Consejo. Remolino voló hasta aterrizar al lado de Morena. En su piscina ponía MAGIA Y EDICIÓN. Tsunami inclinó la cabeza hacia él. ¿Cómo acababa uno convirtiéndose en un experto de esos temas? ¿En qué clase de magia era experto?

Tsunami miró a su alrededor, preguntándose si habría una piscina para el rey, pero no vio ninguna. La reina Coral no le había hablado en ningún momento de su padre y, por culpa de todo el jaleo con el cadáver de Rapaz, Tsunami no había tenido oportunidad de preguntar. Quizás estuviera en el Palacio de las Profundidades. Quizá pudiera conocerlo más tarde.

Recordaba a algunos miembros del Consejo del día anterior. La dragona regordeta, Laguna, a la que le habían ordenado que les llevara comida a sus amigos, se sentaba en la piscina ACUICULTURA. Piraña, la que había acompañado a Tiburón a inspeccionar el cuerpo de Rapaz, estaba en una con el rótulo de GUERRA. Tsunami no conocía el nombre de los otros dragones, pero desde donde estaba sentada podía leer las palabras TESORO, JUSTICIA y CAZA en otras piscinas.

No entendía la razón de ser de aquel Consejo. No estaba muy segura de lo que hacían los consejeros o por qué eran necesarios. ¿No era suficiente con tener una reina? ¿Acaso no podía decidir Coral todo por sí misma?

«Eso es lo que yo haría —pensó—. Me desharía de este Consejo y gobernaría la tribu como una reina de verdad». Quizá le funcionara a Coral, pero Tsunami no quería a once dragones siguiéndola a todos lados e

intentando darle consejos todo el tiempo. Le rugió el estómago e intentó recordar cuándo había sido la última vez que había comido algo. Las bandejas a su alrededor estaban llenas de pescado rojo crudo, sin espinas y cortado en lonchas enrolladas y envueltas en algas. Tenían una pinta deliciosa. Lo único que había comido en su vida era pescado crudo y entero, chamuscado algunas veces cuando sus amigos decidían pegarle fuego a la cena.

Unos cuantos calderos estaban a rebosar de pequeños cangrejos verdes. Tres cuencos enormes contenían una especie de ensalada de tentáculos de pulpo y hierbas que Tsunami no había visto en su vida.

Cogió uno de los tentáculos y se lo comió. Estaba chicloso, pero dulce, con un toque a limón y sal. Se dispuso a coger otro y se dio cuenta de que todo el Consejo la estaba mirando. Nadie había empezado a comer todavía.

«Uy».

Todos los ojos pasaron de mirarla a ella a mirar a la reina, que observaba fijamente el trocito de pulpo que Tsunami tenía en las garras. Coral sacudió la cabeza con un gesto dulce y sonrió.

—No pasa nada —dijo, dando una palmada con las garras—. Por supuesto que perdono a mi hija desaparecida cualquier error accidental. Como todos sabemos, la criaron unos bárbaros. Así que no sabe cómo debe comportarse. Os doy permiso a todos para que comáis.

Tsunami estrujó el tentáculo entre sus garras. «¡Criada por unos bárbaros!»... Quizá tuviera razón, pero aquello no era algo que debiera decir a sus futuros súbditos. La tomarían por la dragona que no sabía nada de las costumbres de los Alas Marinas. ¿Cómo se ganaría alguna vez su respeto con esa reputación?

¿Estaba Coral intentando deliberadamente hacerla parecer tonta delante de los otros dragones?

Tsunami estudió a su madre mientras se servía la pieza más grande de pescado y se llenaba las garras de cangrejos. La reina dejó caer unos cuantos bocados en la boca abierta de Anémona mientras comía.

Quizá no. Quizá Tsunami solo estaba viendo problemas donde no los había.

Aunque tampoco le iría mal tener un poco más de cuidado de ahora en adelante.

CAPÍTULO 11

—Perla, informa —ordenó la reina cuando los dragones terminaron de comer en silencio.

—Sin cambios —contestó la elegante dragona verde pálido que estaba en la piscina del TESORO—. Todas las joyas están a salvo, como siempre. Ningún carroñero puede llegar hasta ellas y ningún dragón se atrevería.

—Espléndido —dijo Coral. Se metió otro puñado de cangrejos en la boca —. Tiburón, informa.

—Me preocupan nuestras defensas —gruñó el dragón al que Tsunami ya conocía. Miró a la dragonet—. Los intrusos son un peligro para nosotros. No sabemos si guiarán a otros hasta nuestro palacio. Ni siquiera sabemos qué es lo que se proponen.

—Bueno, bueno... —le restó importancia la reina—. Son nuestros invitados, no intrusos. Si mi hija confía en ellos, yo también, por supuesto.

—Genial —añadió Tsunami con rapidez—, porque estaba pensando en que podrían desayunar con nosotros. Estoy segura de que tienen hambre. Y si ven que son bienvenidos aquí... —dejó de hablar a medida que la reina sacudía la cabeza.

—Solo los miembros del Consejo y la realeza pueden participar en estas reuniones, querida —le explicó la reina, recorriendo con una garra sus adornos de perlas—. Pero te garantizo que no pasarán hambre. Laguna, ¿te has asegurado de que les sirvan un copioso desayuno?

La dragona turquesa asintió.

—También pueden comerse lo que sobre aquí —dijo la reina, al tiempo que señalaba las sobras con las garras.

Los mismos dragones pequeñitos que antes habían subido desde la cocina con las bandejas llenas, las volvieron a recoger y salieron volando hasta la cueva con ellas. Tsunami echó un vistazo por el borde del pabellón. Ni uno solo de sus amigos se dignó a asomar la cabeza por la puerta. ¿Estarían enfadados ahí dentro? ¿Enfadados con ella?

Bueno, para ser justos, la verdad era que ella sola estaba haciendo un buen trabajo delante de su tribu. No necesitaba que sus amigos fueran hasta allí y la ayudaran más. Criada por bárbaros, amiga de otras tribus... así no era como se comportaban las reinas.

—Remolino, informa —dijo la reina, sonriéndole.

Remolino se tocó la punta de la oreja y extendió las alas.

—Las lecciones con Anémona están yendo de maravilla —dijo. Tsunami no sabía por qué su voz le resultaba tan irritante, pero oírlo era tan molesto como arañar una piedra con las garras—. Y vuestros pergaminos nunca han sido tan populares. Hasta el último miembro de la tribu de los Alas Marinas ha comprado el último que escribisteis.

—Mayoritariamente las ediciones submarinas —intervino Morena—. Suelen ser las que se venden mejor. Claro que he puesto toda mi energía en promocionarlas...

—Pero he organizado otra lectura —la interrumpió Remolino—. Todos

los dragones de alta alcurnia están deseando asistir. Esta vez vamos a cobrar una esmeralda a cada uno.

La reina Coral movió la cola pensativa.

—Quiero asegurarme de que también llego a las masas trabajadoras. No vamos a ignorarlas porque solo coman anguilas —dijo—. Lo que quiero decir es que mis historias deberían ser compartidas con todo el mundo, no solo con aquellos que se las puedan permitir.

—Claro —concedió Morena—. Esa es la razón por la que los colegios han vuelto a cambiar sus planes de estudios para asegurarse de que los dragonets pueden leer todo lo que habéis escrito. Es primordial en su educación.

—No puedes estar hablando en serio —estalló Tsunami—. ¿Más importante que aprender a luchar en una guerra?

Silencio helado.

La reina Coral se llevó una garra al pecho, dolida.

—Querida, yo escribo sobre todo. Como bien sabrías si hubieras terminado de leer todo lo que te di ayer. ¿Qué te parecieron mis historias?

Tsunami se sintió culpable al recordar los pergaminos que había tirado a un lado cuando salieron a buscar el cadáver de Rapaz. No había vuelto a la biblioteca para recuperarlos.

—Ejem —musitó—. *La princesa desaparecida* sigue siendo mi favorita.

Los dragones del Consejo soltaron una risilla ahogada. Tsunami se sintió avergonzada. ¡Los Consejos eran tan estúpidos! ¡Nunca jamás los permitiría cuando fuera reina!

—Eso me recuerda una cosa. Remolino, Tsunami necesita lecciones de acuático. ¿Te puedes creer que esta pobre criatura nunca ha aprendido nuestro idioma? —dijo, tamborileando con las garras en la piedra que tenía delante—. ¡Qué infancia tan triste!

Su expresión era amable, pero sus rayas no paraban de relampaguear. Tsunami se preguntó si no estaría diciéndole algo distinto al Consejo ya que, de esa forma, ella no podía entenderla.

—Por supuesto, Majestad —accedió Remolino, inclinando la cabeza hacia Tsunami—. Será un honor para mí enseñar a la princesa.

—Piraña, informa —dijo la reina, al tiempo que giraba la cabeza hacia la piscina de la GUERRA.

La comandante estaba tan llena de heridas, que parecía tener más cicatrices que escamas. Tenía un cuerno partido por la mitad y varios dientes rotos.

—Seguimos sin saber quién es la Ala Celeste muerta —gruñó Piraña.

Tsunami bajó la cabeza. Tarde o temprano tendría que decirle a su madre la verdad sobre quién era Rapaz y de qué la conocía. Pero no quería un arnés que la atara a la reina ni un guardia que estuviera todo el día pisándole los talones. Además, creía que debería decírselo antes a sus amigos.

«Se lo diré después. En serio».

—Un escuadrón de guerra ha regresado esta mañana temprano —continuó Piraña—. ¿Queréis escuchar su informe?

La reina Coral suspiró e hizo un gesto con las garras.

Piraña gritó unas órdenes y dos soldados Alas Marinas llegaron volando desde el nivel inferior. Uno estaba demasiado herido para volar, así que el otro lo ayudaba y lo sostenía para llegar hasta allí. Giraron bruscamente y aterrizaron con fuerza en el centro de la reunión del Consejo.

El Ala Marina que no podía volar tenía grandes quemaduras en un costado y un ala tan achicharrada que parecía completamente negra. Tenía marcas de garras en el estómago de las cuales aún manaba sangre, que goteó sobre los cristalinos canales entre las piscinas de los dragones del

Consejo y tiñó el agua de rojo. Tsunami vio a la reina contemplar su suelo decorado con una mirada de preocupación.

El otro Ala Marina tenía una quemadura en mitad de la cola y un tajo en el cuello. Respiraba con dificultad y le salían de las agallas pálidas burbujas de sangre roja.

—Oigámosles —ordenó la reina.

—Pasa algo muy raro en el Reino Celeste, Majestad —dijo el que no podía volar—. Los batallones... es como si nadie supiera quién está al mando. Estábamos patrullando las islas exteriores y nos atacaron desde tres flancos distintos. El primer escuadrón era mitad Alas Celestes y mitad Alas Arenosas. Durante el segundo ataque, oímos a los Alas Celestes gritar «¡Por Rubí!» y, durante el tercero, al menos un dragón gritó «¡La reina no está muerta! ¡Larga vida a la reina!».

La reina se sentó muy tiesa, salpicando agua fuera de su piscina y arrinconando a Anémona en una esquina.

—¿Por Rubí? —repitió.

—Una de las hijas de Escarlata —gruñó Piraña—. ¿Significa eso que la reina Escarlata ha muerto?

Tsunami abrió y cerró las garras, nerviosa. ¿Cuánto debía contar al Consejo? No quería, por nada del mundo, revelar el arma secreta de Gloria. No sabía cuándo podrían necesitarla. Además, ni siquiera estaba segura de que hubiera sido Gloria quien había matado a la reina Escarlata mientras escapaban.

—Lo sabríamos si alguien la hubiera retado —dijo Morena.

La reina Coral le lanzó una mirada preocupada al dragón azul que estaba en la piscina de SECRETOS Y ESPÍAS.

—¿Por qué no sabías nada de esto?

—Ninguno de mis espías me ha mandado informes en los últimos días —

protestó—. No tenía ni idea de que hubiera ocurrido algo en el Reino Celeste.

El soldado que no podía volar parecía cada vez más mareado y se apoyaba en su compañero. Tenía un charco de sangre entre las garras traseras.

—Madre —susurró Tsunami y señaló a los soldados—. ¿No debería venir alguien a verle las heridas?

Coral miró a los soldados de arriba abajo.

—¿Algo más que debamos saber?

—Doce bajas —graznó el soldado—. Todos los demás han sufrido graves heridas.

—¿Pero nadie os ha seguido hasta el palacio? —exigió saber Tiburón.

—Hemos sido muy cuidadosos —aseguró, haciendo un gesto de dolor—. Hemos vuelto por las rutas más largas.

—Muy bien —dijo la reina Coral, al tiempo que movía las garras con desdén—. Podéis retiraros.

La reina le hizo un gesto con la cola al miembro más pequeño del Consejo, que estaba en la piscina de CUIDADOS DE DRAGONES, y este se llevó a los soldados de allí. Morena salió inmediatamente de su piscina y empezó a limpiar la sangre del suelo.

—Si el Reino Celeste está sumido en el caos, quizás esta sea la oportunidad de atacar —observó Coral, enredando un hilo de perlas entre las garras—. Deberíamos enviar al escuadrón de rescate ahora mismo. Podríamos rescatarlo hoy mismo.

—No tenemos suficiente información —gruñó el dragón encargado de los secretos y los espías—. Si Escarlata está muerta, ¿cómo murió? ¿La ha matado Rubí o está luchando con sus hermanas por el trono?

Morena siseó mirando la sangre entre sus zarpas.

—Se va a repetir la misma rivalidad de las Alas Arenosas. Lo que empeorará aún más la guerra.

—¿Quizá Brasas ha tomado el control? —aventuró Piraña—. Si estaba allí, seguro.

—Pero puede que las hijas de Escarlata no le hagan tanto caso a Brasas como se lo hacía su madre —dijo Morena.

—¿Qué puede haber ocurrido? —preguntó la reina—. La reina Escarlata era muy poderosa.

Tsunami se retorció incómoda, sintiendo cómo se enfriaba el agua alrededor de sus escamas. No podía ocultar lo que sabía. No cuando su madre necesitaba esa información tan desesperadamente. Quizá pudiera contarle solo los detalles más importantes.

—Ejem —dijo. El Consejo al completo se giró hacia ella—. Puede... puede que fuéramos nosotros.

Hubo un momento de sorpresa y silencio.

—¿Vosotros? —ladró Piraña.

—¡Menuda ridiculez! —siseó Tiburón.

—La reina Escarlata nos encontró bajo la montaña. Nos mantuvo prisioneros en su palacio y cuando nos escapamos, puede que la matáramos. Quizás. No estoy segura. Más bien diría que lo intentamos —concluyó.

Le encantó la mirada horrorizada en la cara de Tiburón al oír las noticias. «Empiezas a respetarnos un poco más, ¿eh?», pensó la dragonet.

—¿Estuvisteis en el Palacio Celeste?

Coral salió de su piscina, atravesó la estancia y cogió entre las suyas las garras de Tsunami. Se las apretó con tanta fuerza que le dolió un poco. Tras ella, Anémona se quejaba con medio cuerpo fuera de la piscina, pero la reina parecía no haberse dado cuenta.

—¿Viste a un Ala Marina llamado Agallas? —gritó la reina—. Escamas

verdes, grande y poderoso. ¿Ojos de mirada valiente?

Tsunami sintió ganas de vomitar. Sí, se acordaba de Agallas, pero no como la reina lo describía. La habían obligado a luchar con Agallas en la arena para los gladiadores de la reina Escarlata, después de haberlo privado de agua durante meses y de haberlo vuelto loco de sed. Aquel dragón tenía el cuerpo cubierto de heridas, como si hubiera intentado beberse su propia sangre.

Volvió a oír los huesos del dragón rompiéndose bajo sus garras.

—Sí que lo vi —dijo Tsunami, despacio.

Un murmullo se elevó tras ellas, mientras los susurros volaban de un miembro a otro del Consejo.

Tiburón tenía puestos sus ojos claros y poco amistosos en el cuello de Tsunami, como si fueran tentáculos oprimiéndoselo.

—¿Puedes decirnos dónde está? —le preguntó la reina, desesperada—. Llevamos meses planeando su rescate, pero no está con el resto de los prisioneros. Y tenemos que traerlo de vuelta, Tsunami. No tienes ni idea de lo importante que es.

Tsunami enroscó la cola entre las patas. Lo único que quería era hundirse en el lago, irse hasta el fondo y quedarse allí para siempre con las alas sobre la cabeza.

—Él... —Se le quebró la voz. Tragó saliva y lo volvió a intentar—. Está muerto.

No había tenido más opción que matar al desesperado Ala Marina en aquella arena. Era su vida o la de él. No había querido matarlo... al menos, estaba bastante segura de que no había querido. Pero también era cierto que le había encantado la mirada de la reina Escarlata cuando le había roto el cuello a Agallas. Le había encantado la sensación de ser una dragona poderosa y peligrosa.

Hacía mucho tiempo que la cordura de Agallas había desaparecido. A Tsunami le había resultado fácil no pensar de dónde vendría o cómo sería su vida antes de acabar en la prisión de los Alas Celestes. Era mucho más fácil no pensar en él como un dragón de verdad.

Nunca se había imaginado que su propia madre estaría desesperada por rescatarlo... o que tendría que explicarle su muerte a alguien.

—¿Muerto? —dijo la reina. Le soltó las garras y retrocedió un par de pasos—. ¿Cómo?

—Ejem. —Tsunami no sabía qué decir. ¿De verdad tendría que explicarlo delante de todos esos dragones?—. En la arena.

—Pero se negó a luchar —dijo Coral, que no se lo podía creer—. Nuestros espías nos lo dijeron. Convenció a todos sus oponentes para que se tumbaran en el suelo y se negaran a luchar con él. Tiene... tenía el don de la palabra. Nadie que lo conociera sería capaz de matarlo —dijo. Una sonrisa se dibujó en su hocico, pero pronto se desvaneció—. Nos contaron que la reina Escarlata estaba furiosa.

—Y lo estaba —dijo Tsunami, al tiempo que volvía a tragar saliva—. Lo castigó. Fue... fue horrible.

—¿Qué es lo que sabes sobre cómo murió? —le exigió Tiburón con frialdad.

Tsunami acarició el agua con sus garras.

—Lo volvió loco. Lo mantuvo lejos del agua hasta que se volvió loco y... y cuando dejó de ser él mismo, se volvió peligroso. Apenas era ya un dragón. Alguien tenía que matarlo.

—¿De verdad? —soltó Tiburón y Tsunami tuvo la horrible sensación de que había adivinado la verdad.

—¿Por qué? —preguntó Tsunami—. ¿Quién... quién era? ¿Un general importante?

—Mucho más que eso —le contestó la reina Coral con una voz hueca—. Mucho más. Era mi esposo.

De pronto, a Tsunami se le empañó la visión y ya no pudo ver nada a su alrededor. No podía respirar. Sabía lo que la reina Coral estaba a punto de decirle.

En ese momento deseó poder volar lo más lejos posible, hacia las montañas, para no tener que oírlo.

—Tsunami... Agallas era tu padre.

CAPÍTULO 12

La reina Coral agachó la cabeza y, despacio, volvió a su piscina.

—Muerto —dijo—. Mi Agallas está muerto.

—No más huevos —susurró Morena. Aún seguía fuera de su piscina, limpiando la sangre. Sus ojos despedían un extraño brillo—. No más dragonets. No más retos.

—No tiene por qué ser así. La reina podría volver a casarse —murmuró Remolino.

Morena lo calló con una mirada.

Coral no parecía oírlos a ninguno de los dos. Atrajo a Anémona hacia sí y la estrechó con fuerza entre sus brazos. La pequeña dragonet se retorció un poco, pero luego se rindió y apoyó la cabeza en el hombro de la reina. Le lanzó una mirada resignada a Tsunami, a espaldas de su madre.

Tsunami se sintió como si tuviera todo un océano tras los ojos, luchando por salir. Le pesaban las escamas, como si estuvieran envueltas en algas.

«No tenía opción».

«¿Verdad?».

«Él era mi padre. Y yo no tenía ni idea».

«Pero ya no era un dragón de verdad. No era nadie, solo un montón de escamas que se movían sin nada que las rellenara. Se había ido y yo tenía que sobrevivir. Tenía que sobrevivir para proteger a mis amigos y cumplir con mi destino».

Nada serviría. La verdad era que no había sopesado ninguna de aquellas opciones antes de matar al Ala Marina en la arena. Había seguido el impulso y la necesidad de probarle algo a la reina Escarlata.

Tiburón la miraba fijamente, sin pestañear. Tsunami le enseñó los dientes.

—Debo llorarle —dijo la reina—. El Consejo puede retirarse.

La reina se dirigió a la cornisa del pabellón y, de un salto, salió volando hasta su cueva con Anémona aún entre sus brazos.

Los dragones del Consejo también se alejaron hacia sus cuevas o hacia otros pisos del pabellón. Tsunami hundió la cabeza en la piscina y se agarró los cuernos. ¿Ahora qué se suponía que debía hacer?

Lo único que tenía claro era que no estaba de humor para ver a sus amigos. No se iba a sentir mejor teniendo que soportar sus comentarios sobre lo terrible que era. La clase de dragona que atacaba a otro dragón sin ningún motivo. La típica dragona que hacía lo que creía que era lo correcto, pero siempre acababa equivocándose.

La clase de dragona que podía asesinar a su propio padre.

Algo le dio un par de golpecitos en la cabeza.

Salió del agua y se topó con Remolino, que no paraba de frotarse las garras.

—Es hora de que empecemos con tus clases —le dijo con su voz aceitosa.

—¿Ahora?

—¿Por qué no? —dijo, separando las garras—. Nunca es demasiado pronto para llenar nuestras cabecitas de conocimientos.

Tsunami siseó en voz baja. Aquello no iba a ser nada divertido, pero quizá sí que la distrajera lo suficiente.

—Ven —le dijo, saltando por la cornisa.

Sin muchas ganas, Tsunami lo siguió hasta la cueva del lago. Él estaba flotando a varios metros de distancia bajo la superficie, iluminando las rayas de sus escamas mientras la miraba.

Tsunami se hundió hasta quedar cara a cara con él y lo observó. Ella mantenía las escamas apagadas. Lo último que quería en aquellos momentos era decirle sin querer algo como lo que le había dicho a Abisal. Si Anémona tenía razón sobre los planes que Coral le tenía reservados a Remolino, el dragón no necesitaba nada que lo ayudara ni que le creara falsas esperanzas.

Tras unos momentos en los que repitió sus movimientos, Remolino nadó de nuevo hasta la superficie. Sus ojos verde pálido parecían demasiado grandes dentro de las cuencas.

—¿Cuál es el problema? —le preguntó—. ¿Tus escamas no se iluminan?

—¡Claro que sí! —le espetó Tsunami—. Pero no te has molestado en explicarme qué es lo que se supone que estamos diciendo.

—Limítate a imitarme —le dijo muy ceremonioso, hundiéndose de nuevo antes de que ella pudiera replicarle.

Tsunami gruñó.

Esa vez, Tsunami lo imitó a la perfección e iluminó cada raya de sus escamas como él hacía. Alternaban las rayas de las alas, de la cola y de los costados, iluminándolas a veces muy deprisa y otras veces más lentamente. A Tsunami le pareció que aquello duraba una eternidad. Al final, Remolino asintió satisfecho y volvió a salir a la superficie.

—Excelente —la alabó.

—¿Qué ha sido excelente? —le preguntó Tsunami, extendiendo las alas

para mantenerse a flote—. ¿Qué es lo que acabamos de decir?

—Acabamos de recitar el primer capítulo del primer trabajo de la reina, *La tragedia de Orca* . Es extremadamente emotivo y su prosa es gloriosa. Lo has repetido casi a la perfección.

Tsunami sintió deseos de salpicarle ese hocico que tanto empezaba a odiar.

—Pero no he aprendido nada.

—Bueno, ya lo harás —le dijo—, con la repetición viene la perfección. ¿Hacemos ahora el segundo capítulo?

—¡No! —exclamó Tsunami—. Enséñame algo que me sirva. ¿Cómo se saluda a los desconocidos? ¿Cómo avisas a otros Alas Marinas de que hay peligro? —«¿Cómo puedo decir "Siento haber matado a mi padre"?». Desechó rápidamente esa idea—. Por el amor de las tres lunas, al menos enséñame a decir «no hablo acuático».

—Todo el conocimiento se puede encontrar en los pergaminos de la reina —insistió Remolino—. Si recitamos tres capítulos al día, en cinco años habremos conseguido recitar todo su trabajo.

—Tengo que salir de aquí.

«Antes de que te ate el hocico con esa estúpida cola y te amarre a una piedra en el fondo del lago».

Se giró y se alejó nadando por el túnel de entrada. Su salida no fue tan dramática como escaparse por un río subterráneo para ir a dar al principio de una cascada. Aquel pensamiento la asustó. Ojalá aquella fuera la primera y última vez que echaba de menos algo de su vida bajo la montaña.

—No me impresiona demasiado tu ética en el trabajo —le gritó Remolino por detrás—. Puede que tardemos siete u ocho años si tú no...

Tsunami metió la cabeza bajo el agua para no oírlo más. La salida del

túnel se abría ante sus ojos y se lanzó hacia ella tan rápido como le permitieron las alas.

Fuera del Palacio de Verano, el cielo estaba gris y parecía a punto de llover, lo que le iba muy bien al estado de ánimo de la dragonet. El viento creaba en el mar innumerables picos de cresta blanca, que zarandeaban a Tsunami mucho más de lo habitual. Intentó alejarse del palacio buceando, pero las corrientes continuaban lanzándola contra las rocas.

Estaba harta de luchar contra el océano. ¿Por qué no la recibía con los brazos abiertos como se suponía que debía hacer?

¿Por qué no podía volver a empezar como una Ala Marina normal, con problemas normales, en vez de tener que aguantar sus problemas del pasado bien agarrados a la cola como unas asquerosas sanguijuelas?

Frustrada, nadó hasta la superficie y se alzó en el aire. No tenía ningún sentido que volar le resultara más fácil que nadar. ¿Qué clase de Ala Marina no amaba el mar? «La clase de Ala Marina que no debería ser reina, quizá», pensó la dragonet.

Flotando sobre el agua, por delante de ella, estaba la isla formada por rocas cuyo aspecto recordaba el gigantesco esqueleto de un dragón. Tsunami se dirigió hacia ella, estudiando los agujeros y recovecos. Eligió la cueva que imitaba el ojo y aterrizó en medio de una fría penumbra. Bajo las garras, la piedra se le antojó suave como las perlas.

Batió las alas para secarlas y se giró para mirar hacia la entrada.

La cabeza de un dragón apareció delante de ella y luego volvió a desaparecer.

—Vaya —dijo la dragonet—. Jugando al escondite, eres el peor dragón que he conocido jamás. ¿Nunca te han dicho que no tienes madera de espía?

Abisal volvió a sacar la cabeza lentamente.

—Yo sí creo que sería un excelente espía —dijo, intentando conservar un

poco de dignidad.

—¿No se supone que deberías estar patrullando las islas exteriores donde nos conocimos? —le preguntó Tsunami.

—Quizá, pero como puedes imaginar, mi trabajo no es demasiado importarte —respondió. Tsunami captó el tono irónico de su voz—. Su Majestad no puede confiarme nada de vital importancia.

—Pareces un tipo sospechoso —le dijo ella, recordando que se suponía que estaba enfadada con el Ala Marina.

Debería estar gritándole. Su primer impulso era gritarle.

«Quizá debería dejar de hacerle caso ya a mis primeros impulsos».

Tsunami se internó aún más en la cueva.

—Entra. Solo he venido a recuperarme de mi primera clase de acuático con Remolino.

—Oh, Remolino, el instrumento de tortura preferido de la reina —dijo Abisal. Trepó hasta la cueva y se sentó a su lado, chorreando agua entre las escamas.

La cueva solo era lo suficientemente grande para albergar a tres o cuatro dragones, así que estaban mucho más cerca de lo que Tsunami se hubiera esperado.

Cuando era mucho más joven, Tsunami había estado colada por Cieno y por Nocturno... antes, por supuesto, de darse cuenta de que Nocturno podía ser muy irritante y de que el dulce y leal Cieno veía a los otros dragonets solo como hermanos y hermanas. Pero ellos eran los únicos dragonets machos de su edad que conocía. Aunque no fueran Alas Marinas, ¿de quién si no iba, supuestamente, a enamorarse?

Y ahora estaba allí, a solas con otro Ala Marina... Un Ala Marina que no la miraba como si viera en ella a otra futura reina o a la asesina de su padre, sino a una simple dragona que le gustaba mucho.

—Coral me ha dicho que Membranas es tu padre —le dijo con rapidez, incómoda por la situación—. ¿Por qué no me lo dijiste cuando nos conocimos?

—No suele ser así como suelo presentarme, la verdad —dijo Abisal enroscando la cola entre las patas—. Eso hace que los dragones empiecen a mirarme de una forma que no me gusta. Lo siento, debería habértelo dicho. Solo esperaba que, quizá, tú... ejem... Me gustaría saber más cosas sobre mi padre.

Tsunami negó con la cabeza y estuvo a punto de decirle que no, que en realidad él no querría saber más cosas de su padre, pero lo que dijo fue:

—¿Esa es la razón por la que has estado vigilándome?

Los ojos azul oscuro del dragón reflejaron la escasa luz que entraba del exterior.

—Por eso y por otras razones —dijo—. Estaba preocupado por ti. No suele haber dragones tan... francos en el Reino del Mar.

—Puedo decir lo que quiera —insistió Tsunami, terca—. Soy la princesa desaparecida. Madre me ama tanto que me pondrá un arnés cuando acabe el día si no voy con cuidado.

Abisal soltó un bufido.

—Me encantaría ver cómo alguien intenta ponerte un arnés.

—Entonces descubrirían lo «franca» que soy —dijo Tsunami. Abrió y cerró las alas, golpeando sin querer las de Abisal. «Uy. Di algo, rápido»—. Membranas no era demasiado malo. Al menos no tanto como los otros dos.

Él inclinó la cabeza hacia un lado.

—Teníamos tres guardianes —prosiguió Tsunami—. Los otros dos, Desierto y Rapaz, nos odiaban a todos. Excepto, quizás, a Sol. Nadie puede odiar a Sol... Es demasiado dulce y simple y adorable.

—Parece espantosa —observó Abisal y Tsunami se rio.

—Pero Membranas... él solo intentaba mantenernos con vida. Nos enseñó todo lo que pudo. Excepto acuático, supongo. Nos enseñó historia y geografía y todo lo que debíamos saber sobre la profecía. Lo mejor es que se esforzaba para que no nos resultara aburrido. Cuando le tocaba cazar, intentaba traernos animales que sabía que nos gustaban. Hubiera sido mucho peor si no lo hubiéramos tenido a él —se calló un momento, pensativa.

Nunca antes había intentado decir tantas cosas buenas sobre Membranas. Ahora era mucho más difícil quejarse de él como había hecho toda su vida.

—Está bien —le dijo Abisal, moviendo la cola de arriba abajo—. Puedes decirme la verdad. También quiero oír las cosas malas. Me hará bien.

Tsunami respiró hondo.

—Debería habernos protegido mejor —soltó—. Si era el único que se preocupaba por nosotros, debería haber impedido que Rapaz y Desierto nos hicieran daño y que nos dijeran que no valíamos para nada. Debería haber luchado por nosotros y nunca lo hizo. Excepto justo al final, cuando Escarlata y los Alas Celestes nos atacaron.

«Eso es algo que yo sí hago —pensó para sí misma—. Yo lucho por mis amigos, incluso aunque me equivoque en todo».

Abisal asintió, mirando fijamente el suelo de piedra.

—Débil y cobarde —dijo al cabo de un momento—. Así es como siempre me lo han descrito.

Tsunami estiró una pata y le acarició un ala con la garra.

—Eso no significa que seas como él. No es justo que te castiguen por lo que él hizo.

Algo centelleó en el aire entre ellos, como el cielo exterior a la espera de que estallara la tormenta. «Esto es MUY IMPROPIO de una futura reina Ala Marina. Aunque, igual, preferiría tener esto a tener el trono».

—¿Te gustaría una clase de acuático de verdad? —le preguntó Abisal con una sonrisa.

—Exijo una —le respondió ella sonriendo también.

—Está lo suficientemente oscuro aquí dentro. Está bien, esto es lo que debes decirle a Remolino la próxima vez que lo veas.

Iluminó tres veces la raya de la cola.

—Oh ... oh... —dijo Tsunami, mientras lo imitaba—. ¿Qué acabo de llamarle?

—Cerebro de calamar. Mi nuevo insulto favorito gracias a ti.

—No creo que esta lección me esté enseñando más de lo que me ha enseñado él —señaló la dragonet.

—¡Oye! Acabas de ofenderme. Está bien, tú lo has querido. —Se sentó y se señaló el hocico—. Estas rayas de aquí normalmente señalan una pregunta. Por ejemplo... esta significa «¿por qué?». Y esta «¿cómo?». Y esta «¿cuánto?».

Tsunami volvió a imitarlo, memorizando el orden y significado de las rayas que iba iluminando. Aquello era más fácil de lo que había esperado. Quizás hubiera algo de ser una Ala Marina en lo que no fuera una completa inútil.

Cuando Tsunami hubo aprendido a hacer una pregunta, Abisal le dijo:

—Intenta esto: Yo-te-protegeré.

Las líneas se le iban iluminando en el costado mientras hacía gestos con las garras.

—No necesito que me protejan —le espetó ella.

—Lo sé, pero conociéndote, seguramente necesites decírselo a alguien algún día.

A Tsunami le gustó aquella respuesta. «Yo te protegeré», repitió, esta vez diciéndoselo ella a él.

Él esbozó una sonrisa triste.

—Ojalá pudieras.

—¿Por qué no? Soy la princesa. Puedo hacer lo que quiera.

—No mientras otra sea la reina —señaló él—. Está bien, así es como se indican diferentes peligros.

Abisal le enseñó otras formas de iluminarse y algunos otros gestos con las garras. Era tan fascinante, que Tsunami no sabía cuánto tiempo había pasado cuando echó un vistazo al mar alborotado y se dio cuenta de que tendría que volver ya al palacio.

—Puede que madre esté buscándome —le explicó—. Pero gracias. No tienes ni idea de lo útil que ha sido.

«Todo esto», pensó, dándose cuenta de que había conseguido olvidarse de Agallas durante todo aquel tiempo.

—¿Ya ha llegado Ampolla? —le preguntó Abisal.

Tsunami sacudió la cabeza. Él le rodeó las garras delanteras con las suyas.

—Ten cuidado con ella —le dijo—. Tiene sus propios planes y no creo que proteger a los Alas Marinas esté en el primer puesto de su lista de prioridades.

—Lo tendré. Oh —añadió, soltándose—. ¿Qué significa esto?

Tsunami intentó imitar el movimiento circular que Tiburón había hecho el día anterior.

Abisal torció el gesto.

—Si te refieres a esto —dijo él, repitiéndolo perfectamente—. Entonces significa algo así como «Ahora no, ya terminaremos la conversación más tarde».

Tsunami lo miró fijamente.

—¿Estás seguro?

—Bastante seguro. ¿Por qué? ¿Quién...?

—Ayer, cuando impedí que Tiburón y los guardias mataran a mis amigos —dijo Tsunami, poniéndose en pie de un salto—, ese es el gesto que les hizo. ¿Me estás diciendo que lo que les dijo fue que ya los matarían después?

Abisal se rascó el hocico.

—Quizás —admitió, no muy contento—. Pero si la reina Coral no lo ha ordenado, estoy seguro de que...

—¿Y cómo lo voy a saber? —gritó—. ¿Y si lo ha ordenado y yo no la entendí? —dijo, al tiempo que echaba a correr hacia la puerta de la cueva —. Tengo que volver. Tengo que comprobar que están bien. No los he visto desde ayer —concluyó, tras lo cual se alzó volando, balanceándose por culpa de las corrientes de aire.

—¡Ten cuidado! —le gritó Abisal desde atrás—. Estaré esperándote aquí fuera si me necesitas.

El viento se llevó bien lejos sus palabras.

Tsunami se lanzó al agua, entre las rocas con forma de cuernos de dragón en espiral. Atravesó el bosque de algas y se internó en el túnel, golpeándose contra las paredes de piedra. Iba tan rápido que no vio a la forma oscura que la esperaba en una de las cuevas de aire.

Creía que estaba sola, hasta que unas garras le golpearon la espalda y unas zarpas afiladas le rodearon el cuello.

CAPÍTULO 13

Unas alas gigantes estamparon a Tsunami contra el suelo de piedra del túnel. Intentó darse la vuelta, pero su atacante le golpeó la cabeza y luego se la envolvió con una capucha que olía a algas marinas. No veía nada. Tsunami gritó y se revolvió, asestando golpes con las garras y con la cola. Su atacante era más grande que ella, más pesado, así que Tsunami apenas se podía mover debajo de él. Era como si él o ella llevara algo que lo hiciera más pesado. Sintió el roce de algo metálico contra la columna vertebral.

Le clavaron unos anzuelos en las agallas. Tsunami gritó de dolor, mientras la sangre iba tiñendo el agua a su alrededor.

«¡No voy a morir aquí! —pensó furiosa—. ¡Asesinada por un cobarde al que ni siquiera puedo ver! ¡Ni de broma!».

Se acordó de que Sol siempre conseguía liberarse de sus entrenamientos. La pequeña dragonet utilizaba su tamaño para escabullirse de cualquier llave que se le ocurriera a Tsunami.

La Ala Marina encogió las patas y las alas, agachó la cabeza y se convirtió en una especie de bola bien apretada. Su atacante no pudo seguir agarrándola del cuello y, cuando intentó ir a por el hocico de Tsunami, esta

pudo impulsarse lo suficiente como para mandar a su oponente hacia arriba. Una explosión de burbujas la golpeó cuando el dragón se estrelló contra la pared del túnel.

Antes de que pudiera quitarse la capucha, notó de nuevo las garras, que volvían al ataque y la sujetaban de las patas delanteras. Tsunami golpeó con fiereza el estómago que supuestamente estaba delante de ella, pero sus garras chocaron contra anillos de metal, sin duda de una armadura de dragón. Su atacante no emitió ningún ruido, pero un segundo después golpeó tan fuerte a la dragonet con la cola que Tsunami pensó que había oído el ruido de unos huesos al romperse.

El otro dragón la envolvió con las alas y la arrastró de nuevo hacia el suelo de piedra. Quien quiera que fuera, sabía cómo luchar como un Ala Marina. Conocía todas las ventajas de aquel mundo. «Así que debes usar algo que no hayan visto antes». Tsunami pensó en cómo Gloria intentaba distraer a Rapaz siempre que luchaba con ella. Tsunami no podía cambiar el color de las escamas, pero se apostó su vida a que aun así podía ser muy creativa.

Abrió y cerró las alas, una y otra vez, tan rápido como pudo, creando un remolino en el agua a su alrededor. Su atacante se quedó quieto, como si estuviera confuso. En su tercer intento, Tsunami iluminó de repente todas las rayas del cuerpo con la esperanza de deslumbrarlo.

Su atacante aflojó otra vez las garras y Tsunami volvió a sacar las suyas. De nuevo volvió a iluminar las escamas, tan fuerte como pudo. Podía distinguir su propia luz a través de la capucha. Consiguió así alejar a su atacante y, de repente, quien quiera que estuviera allí... desapareció.

Tsunami flotó en el agua durante un momento, esperando un montón de ataques por todas partes, antes de darse cuenta de que volvía a estar sola. Se

enderezó y se quitó la capucha, y sintió que alguien entraba en el túnel desde el exterior.

Tsunami se giró, dispuesta a luchar, y Abisal retrocedió, mostrándole las garras en un gesto de rendición. Tsunami no paraba de mirar a todos lados, pero ya no había ni rastro de nadie más.

«¿Estás bien?», le preguntó Abisal mediante gestos.

«¿Quién?», preguntó, señalándose las heridas del hocico. «¿Quién?». No conocía ninguna otra palabra de las que necesitaba.

Él estiró una garra membranosa. «No lo sé». Luego la señaló a ella. «¿Estás bien?». Abisal iluminó todas las rayas del cuerpo y Tsunami se imaginó que había visto su luz desde el exterior.

Asintió con impaciencia. No sabía cómo decirle que se sentía agradecida de que hubiera acudido, pero ahora necesitaba encontrar a su atacante.

«Estoy bien», le contestó mediante señas. Luego se alejó de allí, nadando rápidamente por el túnel para llegar al palacio.

Cuando salió del túnel, se encontró con la paz espeluznante que parecía reinar en el Palacio de Verano. Había dragones que descansaban plácidamente en las playas y en los filos de los acantilados, o que jugaban bajo el agua o junto a la cascada. Inspeccionó el agua y el pabellón, recorriéndolo con la mirada en busca de alguien que pareciera recién salido de una pelea. Estaba segura de que habría dejado alguna marca en su atacante.

Nadie parecía sospechoso. Tsunami alzó la mirada y vio la cola de su madre que sobresalía de uno de los pisos más altos del pabellón. La biblioteca. Batió las alas, se elevó sobre el agua y voló hasta ella.

—Hola, querida —la saludó la reina cuando aterrizó. Estaba rodeada de pergaminos, muchos de ellos desenrollados. Anémona estaba enroscada en una piedra blanca a su lado. Parecía tremendamente aburrida—. He estado

leyéndole en voz alta a tu hermana. Es su momento favorito del día. Acabamos de terminar el cuento de cómo elegí a Agallas para que fuera mi esposo —suspiró con pesar—. Él también adoraba mis historias.

—Madre... —empezó a decir Tsunami.

—Era un candidato perfecto para ser rey —le dijo Coral—. Venía de una familia muy noble, así que no tuve que preocuparme por su linaje. Se parecía mucho a Remolino, en inteligencia.

Coral volvió a suspirar.

—Madre... —lo intentó de nuevo.

—Qué suerte que hayas llegado justo a tiempo para oír uno de mis poemas épicos, *La diferencia entre ostras y almejas* . Es una metáfora muy bien construida sobre las diferencias de clase y la superioridad genética, como Remolino no para de repetir.

—Madre—la interrumpió Tsunami con firmeza—. Alguien acaba de intentar matarme.

La reina Coral se sentó, salpicando gotas de tinta con la garra.

—¿Qué? ¿Quién se ha atrevido?

—No lo sé, pero debe de estar aquí ahora mismo. En algún sitio del palacio. Deberíamos investigar a todos y...

—¡Los huevos! —gritó la reina—. ¡Los huevos pueden estar en peligro!

Empezó a meter los pergaminos en un caldero.

—¿Qué? —preguntó Tsunami totalmente desconcertada—. ¿Qué huevos?

—Dos huevos con dos dragonets hembras —le explicó Anémona a Tsunami—. Están en el Nido Real, en el Palacio de las Profundidades. Se supone que eclosionarán en un par de días.

—Y si alguien te ha atacado a ti, ¡seguramente también irá tras los

huevos! —gritó la reina. Se apresuró hacia la cornisa—. ¡Morena! ¡Remolino! ¡Deprisa!

—Pero mi atacante está aquí —intentó explicarle Tsunami—. Estoy segura. No en el Palacio de las Profundidades.

—Por eso debemos llegar allí primero —insistió la reina.

—Pero podríamos atraparlo aquí —dijo Tsunami, que no entendía por qué su madre se negaba a comprender algo tan obvio.

—Madre, ¿y qué pasa con Tortuga? —le preguntó Anémona—. Se supone que ella los está vigilando, ¿no es así? En el Consejo de madre, es la encargada del cuidado de los dragonets —le explicó a Tsunami—. Al menos durante esta semana.

—Todas las otras me han fallado —dijo la reina, haciendo un mohín—. Tortuga probablemente también lo hará. Ni siquiera quería el trabajo. ¡Nadie lo quiere! El cargo más importante del Reino del Mar y todos mis súbditos lo intentan evitar. Son unos cobardes. ¡MORENA!

—Sí, Majestad —dijo Morena, que en ese momento llegaba desde una de las plantas de abajo.

Tsunami la observó mientras aterrizaba en la biblioteca.

¿Parecía recién salida de una pelea? No sabría decirlo. Morena no la miraba, pero aquello no era algo que la sorprendiera.

—Morena, debemos ir al Palacio de las Profundidades ahora mismo —ordenó la reina Coral—. Creo que mis huevos pueden estar en peligro. Lo siento en las escamas.

—¿Y qué pasa con mi atacante? —le preguntó Tsunami—. ¡Tenemos que atraparlo y castigarlo!

—Es más importante evitar que ataquen mis huevos —insistió la reina—. Alguien lleva años matando a mis hijas. Esas son las dos últimas que Agallas me dejó y no permitiré que les pase nada —dijo la reina Coral. Se

giró hacia Morena, que estaba sentada muy cerca de ella y la miraba con adoración—. Me gustaría que los cuidaras tú, querida. Tú nunca me has fallado.

—Pero todo lo que estoy haciendo ahora con vuestros pergaminos es muy importante —señaló Morena—. Son como vuestros otros hijos. No podría abandonarlos.

—Eso es verdad —dijo la reina Coral, extendiendo sus alas.

Tras ella, Tsunami vio a Morena lanzarle una mirada de odio profundo a Anémona.

«Vaya —pensó—. Me pregunto a qué ha venido eso».

«¿De verdad odias a todas las hijas de la reina Coral?».

«¿Las odias lo suficiente como para intentar matarme?».

—He mandado a Tiburón esta mañana después del desayuno, pero él nunca se preocupa lo suficiente —dijo la reina, al tiempo que juntaba las garras—. Ni siquiera cree que haya un asesino. Piensa que todo se debe a la mala suerte —siseó—. Una vez incluso me dijo que quizá yo no estaba hecha para tener hijas. Tiene suerte de ser mi hermano... y tu padre, Morena, por eso sigue con vida. ¡REMOLINO! ¿DÓNDE ESTÁS?

Anémona se estremeció y se tapó las orejas con las garras.

—Quédate muy cerca de mí en el Palacio de las Profundidades —le ordenó a Tsunami—. Tenemos que darnos prisa en conseguirte un arnés. Han estado trabajando en dos para las nuevas dragonets, pero el tuyo parece ser más urgente.

—Puedo cuidarme yo sola —le contestó Tsunami, ofendida—. Obviamente. Sigo viva, quien quiera que me haya atacado, ha fallado.

Le dedicó a Morena una mirada de desdén, pero la dragona se limitó a extender las alas como si no le preocupara.

Pling. Plong. Pling. Plong.

Todos los dragones de la sala miraron hacia el follaje de los árboles, muy por encima de sus cabezas. Las gotas de lluvia empezaron a colarse por entre las hojas verdes.

—Ah, la lluvia que ya había predicho —anunció Remolino, aterrizando al lado de Coral—. Mis disculpas por no aparecer al instante, Majestad. Estaba repartiendo los pergaminos entre los miembros de las cocinas.

Él tampoco parecía recién salido de una pelea... Además, tampoco creía que aquel ridículo dragón pudiera haberla dominado, como había hecho su atacante.

—Nos vamos al Palacio de las Profundidades. Ahora, tan rápido como podamos —dijo la reina.

Desapareció tan deprisa que Anémona se vio arrastrada sin previo aviso tras ella. Tsunami las siguió y, de repente, se encontró rodeada por un montón de dragones en mitad del aire, mientras todos los miembros del Consejo se apresuraban a seguir a la reina.

Se adentraron en el túnel todos a la vez. Las colas chocaron con los hocicos y las alas apenas tenían espacio para maniobrar. Tsunami se vio arrastrada justo al centro de la comitiva y, de pronto, estaba nadando al lado de Remolino.

Demasiado tarde, se acordó de que se suponía que iba a ver cómo estaban sus amigos. «¿Por qué no puedo ser mejor dragona?», se reprendió a sí misma.

Intentó girar sobre sí misma y volver por donde había venido, pero los dragones del Consejo no paraban de empujarla hacia delante. Tras esquivar varios arañazos en la cara, se rindió.

«Estoy segura de que estarán bien. Sobre todo si Tiburón está ahora en el Palacio de las Profundidades. Iré directa a verlos en cuanto volvamos de comprobar los huevos».

Ya en mar abierto, la reina Coral encontró enseguida una corriente y se dejó arrastrar por ella. Uno a uno, todos los dragones la siguieron.

Tsunami miró a su alrededor, buscando en los arrecifes de coral el brillo de unas escamas azul cielo. Abisal seguía allí fuera, observándola. Esperó un momento hasta que lo vio nadando de una roca a otra. Los estaba siguiendo... siguiéndola a ella... hasta el Palacio de las Profundidades.

Complacida, aunque se sentía un poco tonta por ello, nadó hasta la corriente y se dejó arrastrar hacia los demás. Empezaba a pillarle el truco a cómo colocar las alas para impulsarse lo más rápido posible. Se parecía un poquito a volar, pero con bastantes más cosas que esquivar. De nuevo, se fijó en que a los peces se les daba muy bien apartarse del camino de los dragones cuando los veían llegar.

Encima de ellos, la lluvia caía cada vez con más fuerza sobre la superficie del agua. La luz era escasa, por lo que Tsunami imaginó que los nubarrones ya habían cubierto el cielo. Esperaba que sus amigos estuvieran bien en el Palacio de Verano. Estaba segura de que sufrían tormentas cada poco tiempo. Al menos estaban en una cueva, así no se mojarían.

Dos tortugas marinas gigantes pasaron a su lado, nadando en dirección contraria. Miraron a los dragones con desdén, pero ningún dragón se paró a comérselas. La dragonet vio diversas explosiones de peces rosas que entraban y salían de las anémonas, en los arrecifes de coral. Había algo grande y amarillo que flotaba sobre la arena. Algo que abrió los ojos, miró a Tsunami y los volvió a cerrar.

Después de un rato, apareció ante ellos una isla rodeada por un inmenso arrecife de coral. Sus ramas naranjas se enredaban con otras en forma de estrella, moradas. Peces azules y plateados no paraban de salir y entrar de los agujeros.

Los Alas Marinas abandonaron la corriente y nadaron alrededor del

arrecife. Luego, los dragones que iban delante se adentraron en un cañón, en el fondo del océano.

Tsunami los siguió. Cuando los ojos se le adaptaron a la creciente oscuridad, vio un gran arrecife de coral verde y blanco que se extendía a ambos lados del cañón y también por el suelo. El arrecife se convertía en cuevas, torres y jardines submarinos repletos de colores brillantes. En el centro del cañón, el coral se retorcía hasta convertirse en un palacio enorme, lleno de Alas Marinas.

Había Alas Marinas por todas partes: salían y entraban por las ventanas y las puertas del palacio, subían a la superficie o se internaban aún más en el cañón, cuidaban de los jardines, limpiaban amorosamente el coral, cazaban peces enormes o se sentaban en círculos con pequeños dragonets para leer finas tablas de piedra.

El único signo de que estaban en guerra eran las pocas tropas que patrullaban en formación por los alrededores y un grupo de soldados que descansaban en uno de los jardines, cada uno con un vendaje horrible. Tsunami vio a dos a los que les faltaba una pata, otro con cicatrices de quemaduras en las cuencas donde deberían haber estado los ojos y otros tantos con cicatrices negras en las alas y la cola. Algunos ya no podían nadar, pero varias dragonas enfermeras los ayudaban a desplazarse por el agua.

Cuando la reina Coral llegó, todos los dragones le prestaron atención, saludándola o haciendo una reverencia. Ella les devolvió el saludo con una gran sonrisa. Tsunami se dio cuenta de que la mayoría también saludaba a Anémona. La pequeña dragonet sonrió también mientras los saludaba.

Rodeada por todos los miembros del Consejo, Tsunami podía pasar por una vez sin atraer un sinfín de miradas. En ese momento nadie la señalaba

con la garra. Al menos, durante un periodo corto de tiempo, nadie sabría quién era.

Nadaron a través de la gran entrada hacia una cueva de coral decorada con esmeraldas y zafiros relucientes. Una estatua de la reina Coral dominaba el centro de la estancia, con las garras abiertas de par en par en una actitud benevolente.

Los sirvientes Alas Marinas se acercaron nadando lo más rápido que pudieron desde todas las direcciones, con las rayas luminiscentes parpadeando en honor a la reina. Coral los ignoró, y pasando de largo, se fue directa hacia un túnel que estaba en la parte de atrás del vestíbulo. Algunos de los miembros del Consejo se separaron para dirigirse a otras partes del palacio, pero Morena y Remolino permanecieron junto a la reina. Al igual que Tsunami.

El túnel giraba hacia abajo, en forma de espiral, volviéndose más cálido a medida que bajaban. Tsunami sintió chorros de agua caliente que salían del coral y se le colaban bajo las garras. Hacia abajo, estaba el suelo de piedra, y delante de la puerta había una dragona de color verde alga bastante delgada, agachada, que engullía con avidez algo que tenía entre las garras.

Abrió desorbitadamente los ojos cuando vio a la reina y soltó el pulpo con un grito. Los restos del animal flotaron hasta el techo, mientras la dragona movía las garras asustada e iluminaba las rayas tan rápidamente que a Tsunami le recordó una enloquecida tormenta de relámpagos.

La reina Coral rugió y se lanzó hacia la puerta, empujando a la dragona verde contra el muro de coral. Luego entró, arrastrando a Anémona tras ella.

«Aquí es donde debo de haber nacido», pensó Tsunami con un destello de emoción. Ella también nadó a través de la puerta y miró a su alrededor. «El Nido Real».

Había chorros de agua caliente repartidos a lo largo de cada pared del nido, que calentaban aquella habitación en forma de enorme y pálido huevo. Una Ala Marina esculpida en mármol verde oscuro decoraba el centro de la habitación. En torno a los cuernos y las alas, lucía guirnaldas de plantas marinas en tonos azules y morados. En la base de la estatua se leía: ORCA. Parecía fiera y preciosa al mismo tiempo. Tsunami se preguntó si la primogénita de la reina Coral habría esculpido su propia estatua y si sabría que algún día acabaría siendo un monumento en su memoria.

La dragonet miró a su alrededor y vio la mirada de odio que Morena le dedicó a la estatua. «Puede que todas sus alabanzas a la reina sean reales —concluyó Tsunami—. Quizá sí que crea todo lo que dice cuando le repite una y otra vez a la reina lo maravillosa que es».

«Quizás incluso fuera capaz de hacer cualquier cosa por defender a la reina de sus hijas».

Había nidos hechos de algas marinas en los huecos del suelo, separados por amplios pasillos. Los huevos de dragón tardaban todo un año en eclosionar, así que allí debía de haber huevos de distintas edades. Algunos recién puestos y otros a punto de eclosionar. Pero no había ningún huevo nuevo a la vista.

«Agallas no está —recordó Tsunami, atormentada por la culpa—. Y tampoco va a volver».

Había tres huevos en la pared y en el nido más alejado de la puerta, había dos...

La reina Coral se precipitó al nido más alejado y volvió a rugir, un gruñido de furia y desesperación que reverberó a través del agua. Se hundió junto al nido y cogió un trozo de cáscara de huevo rota.

«Oh, no». Tsunami intentó acercarse, pero Morena la echó a un lado y se

arrodilló junto a la reina, apoyándose en ella. Anémona se volvió hacia Tsunami. Parecía mareada.

Uno de los huevos aún seguía intacto, pero el otro estaba aplastado. La pequeña dragonet azul que contenía este último había muerto asfixiada. Tenía el cuello doblado en un ángulo horrible y la cabeza le quedó colgando de una manera muy triste cuando la reina la cogió.

Tsunami miró el cuerpo sin saber qué hacer. Era...ella... era tan pequeña. ¿Quién sería capaz de hacerle algo así a un bebé de dragonet? ¿Cómo había sido capaz?

«A MI HERMANA».

Sintió las frías garras de Anémona aferrándose a las suyas y se las apretó con fuerza. Quienquiera que lo hubiera hecho, querría hacerle lo mismo a Anémona. Aquella era la razón por la que la reina insistía en el arnés y en proteger a su hija de una manera tan exagerada. Al ver el cuerpo sin vida de la dragonet, Tsunami sintió el impulso de hacer lo mismo.

Nadie tocaría nunca a Anémona, jamás. No mientras ella estuviera cerca. Además, haría todo lo que estuviera en su mano para proteger el huevo que quedaba.

CAPÍTULO 14

La reina Coral se puso en pie, empujando a Morena a un lado. Salió de nuevo de la cueva, pero la delgada dragona ya no estaba. Anémona soltó un grito que se convirtió en burbujas cuando la reina se lanzó hacia el túnel con ella a la retaguardia.

Tsunami las siguió, luego se giró y contempló el último huevo. Morena ya había seguido a Coral. Remolino estaba dando vueltas y estorbando junto a la puerta. Si Tsunami también seguía a Coral, ¿quién cuidaría del huevo?

«Pero nadie puede entrar por otro lado que no sea esa puerta —pensó, echando un vistazo a su alrededor—. Esa puerta y ese túnel. Así que... ¿cómo ha podido entrar alguien sin que Tortuga lo viera?».

Rodeó la cueva, inspeccionando de cerca las paredes. «En realidad, puestos a pensar... ¿cómo se supone que Membranas robó mi huevo?». Estaba segura de que por aquel entonces también había guardias. Probablemente la reina también había querido proteger sus huevos aquella vez, incluso seis años atrás. Membranas no podría haber luchado él solo contra los guardias. Así que... ¿cómo había entrado?

Tsunami entrecerró los ojos mientras contemplaba los nidos y la dragona de piedra. «Una entrada secreta. Eso debe de ser».

Bueno, una cosa sí que era segura: no estaba dispuesta a dejar aquel huevo allí solo.

Se acercó al nido y, con cuidado, recogió el último huevo intacto. Era sorprendentemente pesado... o quizá no tan sorprendentemente, considerando que un bebé de dragonet tenía que salir de allí al cabo de uno o dos días. Tsunami se acercó el huevo al pecho y salió nadando de la cueva.

Remolino iluminó un montón de rayas del cuerpo, señalando el huevo con indignación.

Tsunami le dedicó una mirada de desconcierto, con los ojos como platos. «Quizá deberías haberme enseñado acuático de verdad, babosa de mar. Entonces podrías gritarme bajo el agua todo lo que quisieras».

El dragón volvió a iluminar las escamas. Con una sonrisa amistosa, Tsunami iluminó las mismas rayas que él y luego añadió «cerebro de calamar» con las rayas de la cola, como Abisal le había enseñado. Se alejó de él nadando por el túnel, dejándolo boquiabierto por la sorpresa.

Mientras ascendía y giraba por los túneles, empezó a oír gritos de dolor que resonaban en el agua. Dudó y entonces batió las alas con más rapidez.

En el centro del vestíbulo, la reina Coral tenía a Tortuga sujeta entre las garras. Se había formado toda una multitud de Alas Marinas a su alrededor, que las miraban en silencio.

La delgada dragona verde dejó escapar un largo y lastimero grito. Tsunami frenó y se pegó a la pared, horrorizada. La reina Coral ya le había sacado todos los dientes a Tortuga, uno a uno. Estaban flotando en el agua, como fragmentos pequeños y blancos ascendiendo hasta el techo. Ahora Coral tenía las garras clavadas en el estómago de Tortuga. Nubes de sangre

teñían el agua a su alrededor, haciendo desaparecer casi por completo a la reina y a Tortuga en un remolino rojo.

«¿Tendría que hacer yo eso si fuera la reina?».

«¿Podría hacerlo algún día?».

Anémona se había encogido hasta formar una pequeña bola y flotaba en el agua sobre su madre, con los ojos fuertemente cerrados y las garras sobre las orejas.

Las escamas de la reina se iluminaban lentamente de una forma muy amenazadora. Tsunami no entendía casi nada de lo que decía, pero se imaginó que Tortuga estaba aprendiendo hasta qué punto le había fallado a su reina.

Las rayas de Tortuga se iluminaron muy débilmente.

La reina rugió y le clavó aún más las garras en el estómago. Tortuga expulsó una burbuja de sangre por el hocico. Volvió a iluminar las escamas y, entonces, cuando dejó caer la cabeza hacia un lado, vio a alguien entre el público a su alrededor. Se soltó de las garras de la reina y señaló, iluminando sus escamas con desesperación.

Estaba señalando directamente a Tiburón.

Él le devolvió la mirada sin un ápice de bondad, imperturbable, como siempre.

La reina Coral se dejó caer hacia delante, aplastando aún más a Tortuga contra el suelo. Un último mensaje se iluminó en sus escamas y entonces cogió la cabeza de Tortuga entre las garras y la golpeó contra el duro suelo de coral.

Tsunami se giró a tiempo y abrazó el huevo con los ojos cerrados. No le importaba parecer un dragonet de solo un año que escondía la cabeza asustada. No quería tener aquella imagen grabada en su cerebro el resto de sus días.

«¿Qué era lo que Tortuga había dicho sobre Tiburón?».

Fuera lo que fuera, no había logrado convencer a la reina.

Tsunami seguía con los ojos cerrados hasta que notó los remolinos que formaban los otros dragones al alejarse de allí. Miró a su alrededor y vio a Morena muy ocupada limpiando la sangre y los fragmentos de hueso que estaban flotando en medio del salón principal.

«QUÉ AAAAAAAASCO —pensó Tsunami—. Morena debe adorar de verdad a Coral para prestarse a hacer eso».

El cuerpo de Tortuga colgaba de una de las ramas del coral en la puerta delantera, como los despojos de un ciervo a la espera de que alguien los recogiera y los tirara a la basura tras la cena. La reina Coral se acercó a Tiburón, apretando a Anémona contra su pecho, y protagonizó una acalorada discusión de escamas iluminadas con su hermano. El resto de los Alas Marinas se habían dispersado por todo el palacio.

Tsunami empezó a nadar hacia su madre, pero frenó cuando vio una extraña figura que pasaba por detrás de la ventana. «Qué demonios... Eso no era un dragón». Se acercó un poco más y echó un vistazo al exterior.

Tiburones. De hecho, había tiburones de verdad, enormes, mortíferos y llenos de dientes letales que merodeaban por delante de la entrada después de haber olido la sangre que se escapaba del cuerpo de Tortuga. Eran más grandes de lo que Tsunami se había imaginado... lo suficientemente grandes para comerse a una dragonet del tamaño de Anémona. Mientras observaba el espectáculo, llegaron dos guardias y mataron a cinco de ellos con varios golpes de sus poderosas colas.

Tsunami se giró y vio a Remolino, que se acercaba a Coral. El dragón interrumpió la conversación de la reina y señaló furioso hacia Tsunami al tiempo que agitaba las garras.

«Oh, oh». Tsunami respiró hondo y apretó el huevo aún con más fuerza.

«Por nada del mundo pienso soltarlo».

La reina Coral se acercó con el ceño medio fruncido. Señaló el huevo e hizo un par de gestos para obligar a Tsunami a entregárselo.

Tsunami iluminó sus escamas para reproducir una de las pocas frases que sabía. «Yo lo protegeré». No estaba muy segura de si lo estaba diciendo bien, pero lo repitió mientras señalaba el huevo. «Yo lo protegeré».

La reina pestañeó. Iluminó unas cuantas escamas, incluyendo las rayas del hocico que significaban «cómo».

Tsunami sacudió la cabeza. No sabía el suficiente acuático como para responderle a eso. «Yo lo protegeré», volvió a decir.

Se dio cuenta de que unos cuantos Alas Marinas la estaban observando desde la puerta. La mayoría parecían sorprendidos e incrédulos. Vio cómo su hermana desviaba la mirada de ella a los restos retorcidos de Tortuga, para luego observar de nuevo a Tsunami. Anémona tenía una expresión pálida y desencajada en el rostro.

«Oh».

Tsunami por fin se dio cuenta de lo que estaban pensando los demás. Se había ofrecido voluntaria para ocupar el lugar de Tortuga, aceptando el trabajo que nadie quería. Ni siquiera se había dado cuenta de lo que hacía.

Lo que significaba que, si fallaba... quizá la castigaran de la misma manera que a la dragona muerta.

CAPÍTULO 15

La reina Coral intentó hacerle unas cuantas preguntas más a Tsunami iluminando las escamas, pero finalmente batió las alas y señaló la superficie. Tsunami apretó el huevo contra el pecho y siguió a su madre. Subieron cada vez más y más a través de los túneles y las habitaciones cavernosas del enorme palacio, pasando por corales color esmeralda y cortinas perladas de dorada hierba marina. Nadaron hasta la parte de arriba del palacio, donde un guardia vigilaba las aguas del océano.

El dragón hizo un saludo militar a la reina, mientras ella pasaba nadando a su lado hacia la luz grisácea de la superficie, donde las gotas de lluvia se estrellaban contra el agua. Anémona la seguía como una estela y brillaba cual perla azul claro en el mar oscuro.

Emergieron a una tormenta tan fiera que casi parecía que no habían salido del agua. Tsunami se balanceó en el aire, cuando el viento y la lluvia intentaron arrastrarla de nuevo al océano. El huevo se le escurría entre las garras. «Ni se te ocurra dejarlo caer», se reprendió.

—Por aquí —gritó la reina, dirigiéndose a la isla más cercana. Había una cueva enorme esperándolas en la playa.

Fría, sucia y llena de lodo, seguía siendo el lugar más seco que pudieron atisbar. Las tres se adentraron en el refugio.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le preguntó la reina en cuanto Tsunami posó las garras en el suelo.

—Alguien tiene que proteger este huevo —dijo la dragonet—. No está a salvo en el nido.

—Lo estará cuando ponga a mis guardias para custodiarlo —refunfuñó Coral.

Tsunami negó con la cabeza.

—¿Acaso no lo has intentado ya? ¿Y ha funcionado? —preguntó. Luego calló y miró a su hermana—. ¿Cómo conseguiste que Anémona sobreviviera?

La reina movió las alas.

—Dormí al lado del huevo yo misma durante un año entero.

—¿Eso hiciste? —le preguntó Anémona, sorprendida.

La lluvia se escurría de sus pálidas alas y creaba un charco de agua a sus pies.

—Apenas salí del nido durante ese tiempo. Dejé que Agallas comandara la guerra por mí... y así es como lo perdí —dijo Coral. Le tembló la voz y frunció el ceño—. No puedo descuidar mis deberes como reina. Menos aún ahora que él se ha ido.

—Entonces déjame hacerlo a mí —le pidió la dragonet—. Déjame que yo cuide de este huevo.

—Pero tienes que quedarte en el nido —insistió la reina—. Debe permanecer caliente. Especialmente justo antes de la eclosión.

Tsunami bajó la mirada hacia el huevo. No se fiaba del nido. Cualquiera podía entrar y atacarlos a ella y al huevo, y más si estaba en lo cierto y

había una entrada secreta. Además, no podía quedarse en el Palacio de las Profundidades. Tenía que volver y comprobar que sus amigos estaban bien.

—Tengo una idea mejor —fue lo que dijo—. Confía en mí. Me lo llevaré conmigo al Palacio de Verano.

—¡El Palacio de Verano! —dijo la reina, extendiendo las alas—. Te aseguro que no es buena idea con este tiempo. Se inunda muchísimo cuando hay tormenta. Es mejor esperar a que pase la lluvia aquí, en el Palacio de las Profundidades, donde apenas notarás lo que está ocurriendo.

—¿Se inunda? —repitió Tsunami—. ¿Te refieres a... las cuevas? ¿Y las playas? ¿Donde están mis amigos?

—Oh —dijo la Reina Coral, al tiempo que movía las garras con desdén —. Estoy segura de que estarán bien. ¿No pueden nadar?

—No como nosotros. Voy a volver a ver cómo están.

—¿Con mi huevo? —rugió Coral.

—Ya has intentado confiárselo a todos los demás —dijo Tsunami. Dio un par de pasos hacia la lluvia de fuera—. Ahora confía en mí. Te prometo que esta dragonet eclosionará y que estará a salvo hasta entonces.

El corazón le latía con fuerza, como los truenos entre las nubes. ¿Al fin había encontrado la buena acción que debía hacer? ¿O estaba siendo impulsiva otra vez... intentando demostrar algo en vez de pensar las cosas dos veces?

«Lo hago por mi padre. Lo hago para enmendar mis errores».

«Y además lo hago para salvar a mi hermana pequeña. ¿Cómo puede eso estar mal?».

—Si algo le pasa a ese huevo —siseó la reina—, perderé a dos hijas a la vez.

Y ella que se consideraba una princesa especial...

—Necesito un arnés para él —dijo Tsunami, mirando a su madre

directamente a los ojos.

«¿Lo ves? No te tengo miedo. Antes de amenazarme, quizá deberías pensar en cómo podría arrebatarte el poder para ser la próxima reina».

—Los arneses que estaban haciendo para los dragonets —la apoyó Anémona—. Eso debería bastar.

—¿Cómo vas a volver al Palacio de Verano? —le preguntó Coral—. No conoces el camino y toda mi corte se queda aquí conmigo.

—Encontraré la manera —aseguró Tsunami, mientras un escalofrío a causa de los nervios le recorría las alas.

No quería estar dando vueltas por el océano sola durante la tormenta... sobre todo cuando sus amigos la necesitaban.

«Si Abisal sigue ahí fuera... Por favor, que Abisal siga ahí fuera».

—Espera —le dijo a la reina cuando esta se dirigía a la entrada—. Tengo una pregunta. Tortuga señaló a Tiburón cuando estaba muriendo. ¿Estaba diciendo que fue él quien atacó al huevo?

Coral extendió repentinamente las alas. Parecía muy sorprendida.

—¡Por supuesto que no! —le contestó—. ¡Mi propio hermano! ¡No se atrevería!

—No estaba diciendo que fuera él quien había matado al huevo —corroboró Anémona—. Lo que decía es que él le había dado permiso para abandonar su puesto, que le había traído un pulpo para que se lo comiera.

—Menudo idiota —siseó la reina entre dientes—. Le he dicho a Tiburón un millón de veces que la vigilancia es la única forma de proteger los huevos. Si eso significa que mis consejeros de confianza tienen que pasarse días sin comer, pues que lo hagan. Es demasiado blando con ellos.

«Bueno —pensó Tsunami—. “Blando” no es exactamente la palabra que utilizaría para describir a Tiburón».

—Bueno, Tortuga no creyó que pudiera pasar nada —agregó Anémona

—. No mientras estuviera justo en la puerta del nido, a solo unos pocos metros del huevo.

—¿Por qué no se quedó con el huevo mientras comía?

—Nadie come dentro del Nido Real —le explicó Anémona, con un tono de voz remilgado—. Es un lugar inmaculado y diseñado para los dragonets reales. Y si hay sangre en el agua, los tiburones intentarán entrar. Los tiburones que se comen los huevos de dragonets. Se dedican a atacar los otros nidos.

Tsunami sacudió la cabeza. No podía dejar de pensar que seguir todas aquellas reglas solo ayudaba al asesino. Además, había sido muy conveniente que Tiburón hubiera mandado a Tortuga a comer fuera, sin mencionar que aquello le daba la oportunidad de entrar a hurtadillas y matar a la dragonet.

Sacudió las alas.

—Llévame hasta donde está el arnés.

La reina Coral se acercó al huevo, luego frenó. Le dedicó a Tsunami otra mirada de enfado y la guio a través de la tormenta.

Aquella vez nadaron a través de las aguas turbias y agitadas alrededor de la entrada trasera del palacio. La reina irrumpió en una habitación que parecía ser un taller donde había pequeños Alas Marinas encorvados sobre tejidos de algas y esculturas de mármol. Tsunami se quedó parada un momento mientras su madre salía disparada hacia la parte de atrás de la habitación. Levantó algo entre las garras y Tsunami se dio cuenta de que estaba hecho del mismo material que el arnés de Anémona (flexible, elástico e impermeable), solo que aquel era de vivos colores y no claro como el de su hermana.

La reina Coral, enfadada, iluminó las escamas para dirigirse a un dragón que estaba inclinado sobre una de las estatuas de mármol. El Ala Marina

salió corriendo hacia la parte de atrás de la sala y volvió con un arnés muy pequeño entre las garras. Coral señaló a Tsunami y él se lo llevó.

Tsunami se fijó en que aquel dragón era viejo y temblaba, a causa del miedo que le tenía a la reina, mientras intentaba colocarle las tiras alrededor del cuello y de los hombros. Le quedaba grande. Se suponía que se lo estaban haciendo para Coral y a Tsunami le quedaba demasiado holgado. Y, por supuesto, el arnés más pequeño se suponía que era para un dragonet pequeño con patas y cola, no para un huevo redondo y suave.

El viejo dragón señaló al arnés como pidiendo perdón y la reina Coral tiró del artilugio, soltando un gran torrente de burbujas. Obligó a Anémona a acercarse y señaló el arnés, iluminando algunas de las rayas de las alas que la identificaban como perteneciente a la realeza.

Anémona dudó, luego acercó una pata sin mucho entusiasmo y tocó el arnés. Para sorpresa de Tsunami, las tiras que le ceñían los hombros se fueron encogiendo hasta quedarle perfectamente ajustadas. Las otras tiras también se encogieron hasta que rodearon y aseguraron bien el huevo junto al pecho de Tsunami.

La dragonet le cogió la garra a su hermana. Estaba fría y extrañamente dura al tacto. Además, daba la sensación de que no podía enfocar bien lo que tenía delante. Tsunami la zarandeó y Anémona pestañeó hasta que fue capaz de mirar fijamente de nuevo a Tsunami.

«¿Qué?», preguntó Tsunami, iluminando la raya correspondiente de su hocico.

Anémona negó con la cabeza e hizo el gesto circular cuyo significado Tsunami ya conocía: «Ahora no. Ya hablaremos después».

Tsunami quería saber más en aquel momento, pero el gesto la hizo pensar en Tiburón y en sus amigos. Tenía que volver para ver cómo estaban.

Proteger aquel huevo era importante, pero cuidar de los otros cuatro dragonets había sido su misión principal durante toda su vida.

Le hizo una reverencia educada a la reina y al anciano forjador de arneses y luego salió nadando del palacio, de vuelta al jardín de algas que había visto al llegar. Ya no pasaba desapercibida. Por todos los lugares por los que pasaba, los Alas Marinas se paraban a mirarla y luego iluminaban las alas en una conversación apresurada cuando ella los dejaba atrás. Sabía que estaban señalando el huevo. No estaba segura de si sabían que ella era la princesa perdida o si solo sabían que se había ofrecido voluntaria en una misión suicida para salvar el último huevo de dragonet hembra de la reina.

Se acordaba de haber llegado nadando por el cañón, así que salió de él y rodeó el arrecife de coral. El Palacio de las Profundidades desapareció a su espalda y el gran océano se abrió ante ella.

«Está bien. Tú misma te lo has buscado».

«¿Y ahora qué?».

CAPÍTULO 16

Tsunami miró a su alrededor, esperando reconocer algo que le resultara familiar.

A decir verdad, lo que esperaba era ver a Abisal. Pero el océano era demasiado oscuro y salvaje, y parecía que todos los seres vivos se habían escabullido y escondido hasta que pasase la tormenta.

«Vale, yo misma encontraré el camino». Tsunami apretó los dientes y se aseguró de que el huevo estuviera bien sujeto en el arnés. «No te preocupes. Puedo hacerlo».

Habían recorrido la mayor parte del camino hasta el castillo en una corriente. ¿Tendría que nadar contracorriente todo el camino de vuelta? Nadó lentamente hasta que notó que el agua la empujaba. Quizá debería estirar el ala y seguir el camino que le trazaba esta corriente.

Varios aleteos después, se alejó para descansar, agotada y confusa. ¿Por qué tenía que ser todo tan difícil?

«Abisal, ¿dónde estás?».

Quizá pudiera encontrar el camino de vuelta por el aire. Lo único que

tenía que hacer era buscar la isla con forma de esqueleto de dragón... ¿cuánto le llevaría?

Tsunami batió la cola para impulsarse hacia la superficie. Salió directa a la horripilante cacofonía de truenos y rugir de olas. Las gotas de lluvia rebotaban contra sus escamas como piedras de granizo. El viento intentó derribarla en cuanto salió del agua.

Tsunami luchó para guardar el equilibrio y volar en línea recta, pero estaba perdida. Podía ver una isla a su izquierda, pero no sabía si era la que estaba más cerca del Palacio de Verano o si el viento la había arrastrado hacia otra parte. Tampoco tenía forma de saber si aquel era el camino correcto hacia el palacio.

Una figura oscura sobre la superficie del agua le llamó la atención. Movió el hocico para sacudirse el agua de lluvia de la cara.

«¿Abisal?».

Descendió.

No era un dragón. Era una especie de extraño recipiente, como un cuenco grande, que flotaba en el mar. Y dentro de él había dos carroñeros, flacuchos y empapados de agua.

«Esto no me sirve de nada —pensó—. Ahora mismo ni siquiera tengo hambre».

Batió las alas para ascender en el aire y uno de los carroñeros alzó la mirada. Tenía los ojos tan verdes como los de Gloria y la piel del mismo tono marrón que las escamas de Cieno. Una maraña de pelo negro le cubría los hombros.

En toda su vida, Tsunami solo había visto a unos pocos carroñeros tan de cerca: uno en las montañas y dos en la arena de los Alas Celestes. La sorprendió de nuevo el hecho de que se parecieran tanto a los dragones, sobre todo en los ojos. La verdad es que era bastante perturbador.

Se preguntó si podrían respirar bajo el agua o nadar, porque aquellos dos acabarían volcando y dando con sus huesos en el fondo del océano.

«A menos que los ayude».

«¡Como si tuviera tiempo para eso!».

Dudó. Quizá todos los carroñeros tuvieran siempre ese aspecto, pero de haber tenido que describirlos, habría dicho que estos dos tenían una expresión de terror en el rostro.

«Por otro lado, debería ayudar a alguien. Puede que me dé suerte».

Tsunami volvió a descender y agarró el cuenco de madera con las dos manos. Pesaba más de lo que parecía y tuvo que volver a soltarlo al instante. Los dos carroñeros soltaron un grito agudo, como el de un pájaro, cuando la vasija chocó contra el agua.

«Vamos, calmaos». Tsunami voló a su alrededor, luchando contra las arremetidas del viento, y cogió a un carroñero con cada garra. Ambos gritaron un poco más y se revolvieron inútilmente contra sus zarpas.

«¿Cómo logran hacer las cosas los carroñeros?», se preguntó la dragonet, volando hacia la isla. «No parecen tener ningún atributo útil como los dragones. Y aun así, consiguen robar algunos tesoros y de vez en cuando matar a una reina para empezar una guerra».

«Es cierto —recordó, sacudiéndolos un poco—. Estoy enfadada con los de vuestra raza. Es culpa vuestra que esté ocurriendo todo esto».

Gritaron tan aterrorizados que a Tsunami le pareció divertido oírlos.

«Pero bueno, es muy improbable que estos sean los mismos carroñeros que mataron a Oasis y empezaron esta guerra por la sucesión al trono de los Alas Arenosas».

«Así que supongo que los dejaré con vida».

Los dejó caer sobre la playa de la isla. Ellos se pusieron en pie

tambaleantes y, sin mirar una sola vez atrás, salieron corriendo tan rápido como pudieron hacia los árboles y las cuevas que había más allá.

«Patéticas criaturitas».

A Tsunami le dolían las alas de luchar todo el rato contra la tormenta. Tenía que intentar volver a las profundidades del océano.

Se sumergió con una sacudida y, salpicando agua, buscó de nuevo a Abisal entre las oscuras profundidades que la rodeaban. ¿Es que la había abandonado? ¿Estaría escondido por culpa de la tormenta como haría cualquier dragón inteligente, imaginándose que ella estaba a salvo en el Palacio de las Profundidades?

Bueno, había algo que ya había llamado su atención con anterioridad. Abrió las alas e iluminó las escamas, tal y como había hecho en el túnel. El brillo atravesó el agua. Entonces, las volvió a oscurecer y esperó.

Nada.

Lo volvió a intentar. Iluminar así las escamas le producía un poco de dolor de cabeza y la dejaba algo mareada. Además, no veía nada cuando las iluminaba. Ya había hecho esto para los otros dragonets cuando las cuevas se volvían demasiado deprimentes o cuando Rapaz intentaba castigarlos llevándose todas las antorchas. Gloria era la que más odiaba aquel castigo. No soportaba la oscuridad.

Tsunami pensó en el Palacio de Verano, donde no se permitía ninguna clase de fuego en ningún sitio excepto en una cueva y donde la única luz existente era la que se filtraba entre el follaje que lo cubría. No se colaba demasiada luz, y mucho menos en medio de una tormenta. Seguramente, en aquellos momentos sus amigos estarían sentados en la oscuridad, escuchando cómo el agua rebotaba por todas partes.

«Tengo que volver», pensó la dragonet, iluminando sus escamas otra vez.

Justo delante de ella, Abisal abrió las alas y se cubrió con ellas la cara

para protegerse de aquella luz.

Tsunami le sujetó las garras y apagó su luz. Le señaló hacia donde ella creía que estaba el Palacio de Verano. «¿Por qué no aprendería a decir algo útil?».

Él se frotó los ojos y señaló el huevo que Tsunami llevaba atado. Su expresión decía: «¿Se te ha olvidado contarme algo?».

Ella movió la cola con fuerza, golpeando la de él, y volvió a señalar. Recordó cuáles eran las rayas que debía iluminar para decir «urgente» y las iluminó.

Abisal asintió y empezó a nadar hacia la superficie.

«No tenemos tiempo para hablar», pensó ella, frustrada, pero lo siguió al no tener ninguna opción mejor. Antes de que salieran a la superficie, Abisal cambió de dirección y tomó otra corriente de agua. Por lo que Tsunami podía intuir, esta iba en dirección al Palacio de Verano. Lo siguió, internándose también en la corriente.

«Está bien. Supongo que tendría que haber buscado alguna de estas».

Quizá, nadar y cruzar el mar no tenía nada que ver con ser fuerte y buen luchador todo el tiempo. Quizá tenía más que ver con conocer las corrientes y saber dónde encontrarlas. Tarde o temprano se habría dado cuenta ella sola.

Movió la cola para mantenerse al mismo ritmo que Abisal, mientras bordeaban islas y esquivaban grandes agrupaciones de medusas transparentes. La corriente los hacía ir más deprisa, pero aun así parecía que aquel viaje no iba a terminar nunca. Tsunami no podía dejar de pensar en sus amigos.

Debería haber intentado que su madre los aceptara. ¿Cómo podía alguien no confiar en Cieno? Cualquier cosa que pensara se reflejaba en su enorme, dulce y bonachona cara. Y Sol... Esos dos eran los dragones más fiables que

cualquiera pudiera encontrar. Tsunami estaba convencida de que Sol no había tenido un solo pensamiento negativo en su vida. Hacía todo lo que le decían y sin rechistar. Ella siempre pensaba lo mejor de todo el mundo, incluso de Rapaz y de Desierto. Lo que tampoco decía nada bueno sobre su juicio o su inteligencia, pero lo importante era que la más pequeña de los dragonets no sería capaz de herir ni de traicionar a nadie... ni siquiera a un grupo de Alas Marinas que apenas conocía.

Nocturno era todo lo contrario a Sol: muy inteligente, muy inestable y con mucho miedo al mundo exterior. Intentaba con todas sus fuerzas conocerlo todo y saber de todo, solo para poder ser útil a los demás. No era valiente. No era un buen luchador. Ni siquiera tenía aún ningún poder de los Alas Nocturnas. La mayoría del tiempo, Tsunami sentía pena por él... al menos cuando no estaba intentando robarle su puesto de líder en el grupo.

Pero si la reina Coral le diera una oportunidad, quizá viera que su inteligencia podía llegar a ser muy útil, sobre todo a la hora de combatir a las otras tribus. Probablemente sabía más sobre la guerra y las diferentes tribus que cualquier otro dragón de Pirria.

Gloria... Bueno, Coral no lo sabía, pero probablemente Gloria era la dragona más peligrosa y en la que menos se podía confiar de todos ellos. Su veneno secreto era buena prueba de su peligrosidad. Tsunami apretó las garras con fuerza. En el Palacio Celeste, ¿por qué había esperado Gloria todo ese tiempo para salvar a sus amigos? Si hubiera usado su veneno con la reina Escarlata mucho antes, Tsunami no habría tenido que matar a su padre.

Además, siempre hablaba como si no le importara lo más mínimo la profecía, pero luego se enfadada cuando alguien le decía que ella no formaba parte. Era muy difícil saber qué era lo que quería de verdad. A

Tsunami, sin embargo, no le importaría vivir sin sus comentarios sarcásticos.

Aun así, al final, Gloria los había salvado en el Reino Celeste. Había asesinado para proteger a sus amigos.

«Y nadie parece tan enfadado con ella por haberlo hecho como conmigo», notó la Ala Marina. «Al revés, yo soy la loca e impulsiva. No es justo».

A pesar de todo, si Gloria había sido capaz de hacer algo así por ellos, la reina Coral tendría que aprender a confiar también en ella.

«Cuando madre regrese al Palacio de Verano, hablaré con ella. Me aseguraré de que los trata como a amigos míos, no como a prisioneros».

No importaba lo mucho que consiguieran enfadarla: Tsunami no quería que a ninguno de ellos le ocurriera nada malo. Y después de pasarse dos días rodeada de Alas Marinas, tenía que admitir que los echaba bastante de menos... incluso a Nocturno y a Gloria.

Las rocas en forma de cuerno aparecieron en medio de la oscuridad delante de ella, con la cortina de algas doradas detrás. Abisal se quedó parado junto a las rocas y luego retrocedió un poco, dándole a entender que la dejaría allí.

Tsunami enroscó su cola con la de él y lo miró a la cara.

«Ven», le dijo. Era una pena que no supiera la forma correcta de decir en acuático «por favor» y «puede que necesite tu ayuda» o «la reina está muy lejos y no volverá hasta que amaine la tormenta». Todo lo que sabía era «ven».

Al parecer, aquello era lo único que necesitaba decir. Abisal asintió y señaló a la cortina de algas, dejando que ella encabezara la marcha. Tsunami le soltó la cola y se internó en el túnel.

La corriente en el túnel era más rápida y violenta que antes. Tsunami

salió a la cueva que era el Palacio de Verano y se giró hacia la playa. La marea se había tragado las piedras blancas y la entrada de la cueva ya estaba medio sumergida. No había ni rastro de los guardias ni tampoco de sus amigos. Tsunami alzó la mirada, preguntándose si los habrían trasladado a una cueva más alta, pero lo único con lo que se encontró fue con las miradas curiosas de otros Alas Marinas que se asomaban a sus propias cuevas.

La mayoría de los dragones se habían refugiado en sus hogares. Estar mojado era maravilloso, pero que a uno lo golpeara la lluvia en la cabeza sin parar... no era demasiado divertido.

Tsunami nadó hasta la playa y sintió las piedras bajo las garras mientras trepaba hacia la cueva. El agua solo le llegaba hasta la barriga, pero subía con rapidez. El agua salada bañó el huevo y, en ese momento, Tsunami se acordó de que debía mantenerlo caliente. «Resiste un poco más, hermanita —pensó—. No tardaré mucho».

—¿Hola? —gritó ya dentro de la cueva.

Los ojos se le acostumbraron a la oscuridad y vio una enorme montaña de sombras oscuras en la parte de atrás.

El corazón le empezó a latir con rapidez.

«No».

¿Serían los cuerpos de sus amigos?

¿Había llegado demasiado tarde?

CAPÍTULO 17

Una cabeza pequeña se alzó por encima de la montaña de bultos.

—¿Tsunami?—gritó la voz de Sol.

—¿Estáis todos bien? —balbuceó la dragonet.

Se acercó a las sombras y se dio cuenta que la parte baja del bulto era Cieno, estirando el cuello para sacar la cabeza de debajo del agua. Sobre él estaba Gloria y, encima de ella, Nocturno. En la cima de la pequeña montaña que formaban entre todos estaba Sol, bien lejos del agua. Al menos, por el momento.

—Que sepáis que es una idea horrible —señaló Tsunami cuando sus amigos abrieron los ojos, uno a uno. Intentó disimular su alivio regañándolos—. En serio, ¿de quién ha sido la idea? ¿De Nocturno? Ya veréis, en cuanto el agua cubra toda la cueva, estaréis aquí atrapados. Además, aunque solo cubra a Cieno, no podrá aguantar la respiración durante toda la tormenta. ¿Por qué no os habéis ido a otra cueva?

—Oh —le contestó Gloria fríamente—. La princesa de los Alas Marinas de pronto tiene tiempo para nosotros.

—Solo ha sido un día —le dijo Tsunami incómoda—. Madre me ha

tenido ocupada.

—Bueno, nos sentimos muy honrados de que hayas encontrado un hueco en tu agenda para visitarnos. Por favor, deléitanos un poco más con tu asombrosa sabiduría —dijo la Ala Lluviosa retorciéndose un poco y girando el cuello para mirar a Nocturno—. Quita tus sucias garras de mis alas antes de que te las muerda.

—No podemos ir a ningún sitio, Tsunami —le explicó Sol mientras Nocturno cambiaba de posición—. No podemos dejar a Cieno aquí.

La Ala Arenosa señaló a su amigo.

Cieno levantó las garras delanteras con una mirada de disculpa. Unas cadenas plateadas, sujetas a argollas clavadas en el suelo, le rodeaban las muñecas. También tenía cadenas en las garras traseras.

La sorpresa embargó a Tsunami, seguida por la furia. ¿Había ordenado aquello su madre? De ser así, tenía que saber que Cieno se ahogaría durante la tormenta, pero no le había importado lo más mínimo. Le había mentido al decirle que sus amigos estarían bien.

Aunque quizá no lo supiera. Quizás había sido Tiburón el artífice de todo aquello.

«Si ha sido así, lo haré pedazos».

—Sabía que vendrías a por nosotros —le dijo Sol—. Es decir... creía que vendrías ayer. O esta mañana. O cuando empezó la tormenta, pero aun así sabía que vendrías. Tarde o temprano. Bueno... creía que lo harías.

—Yo estaba segura de que no —soltó Gloria—. ¿No tienes algún banquete o coronación a la que acudir? ¿Eso es un huevo? Vaya, se dan mucha prisa en el Reino del Mar. ¿Quién es el afortunado padre?

—Gloria, deja de regañarme durante DOS SEGUNDOS, por favor —dijo Tsunami, mientras se quitaba con cuidado el arnés y se lo pasaba a Sol—.

Sol, necesito que lo cuides. Tiene que permanecer caliente y tú eres la única que puede conseguirlo.

Tsunami esperaba que el calor natural de las escamas de una Ala Arenosa fuera similar al calor que soportaba el huevo en el Nido Real.

—¿Yo? —dijo Sol, cuya voz sonaba animada—. ¿Quieres que yo me encargue de algo importante?

—Muy importante —puntualizó su amiga—. Es el último huevo de dragonet hembra que la reina Coral tendrá jamás. Alguien quiere matarlo y nosotros nos aseguraremos de que eso no pase.

Sol se puso el arnés dándole una doble vuelta y acercó el huevo a sus escamas calientes. Cuando Tsunami alzó la mirada, creyó ver un latido azul oscuro que palpitaba dentro del huevo.

—Mantenlo calentito y a salvo y no dejes que Cieno se le acerque, no sea que se siente encima sin querer —dijo la Ala Marina.

—¡Jamás haría eso! —protestó el dragonet. El estómago le rugió con fuerza.

—¿Es que tampoco os han traído comida?

—Nos trajeron algunas sobras del desayuno esta mañana —suspiró Cieno apesadumbrado—. Unos cangrejos extremadamente pequeños.

—Voy a descuartizar a alguien —gruñó Tsunami.

¿Era Laguna la que le estaba mintiendo a la reina Coral? ¿O acaso la dragona descuidaba a los dragonets por orden de la reina?

Tsunami se agachó para poder inspeccionar las cadenas más de cerca.

—¿Habéis intentado derretirlas? —les preguntó a Sol y a Nocturno—. Conmigo funcionó cuando me liberasteis bajo la montaña.

Nocturno se agachó también y le señaló a una sección de la cadena que estaba negra.

—Lo intentamos —dijo. Su voz parecía más desanimada de lo habitual

—. No funcionó. Este metal debe de ser como los cables de los Alas Celestes. Debe de estar reforzado de alguna manera.

Tsunami escuchó un chapoteo tras ella. Se giró para ver de dónde procedía: era Abisal.

—¿Cómo podemos quitarle esto de las patas?

Él se masajeó el hocico, nervioso.

—Necesitaréis las llaves que tienen los guardias —contestó—, pero nunca te las darán.

—Eso ya lo veremos —gruñó la Ala Marina—. Escóndete si viene alguien —le dijo a Abisal—. Quizá tenga que traer a un guardia hasta aquí. Por la fuerza... con mis garras clavadas en las orejas —murmuró cuando salió de la cueva.

Las caras de los Alas Marinas que la observaban desaparecieron en cuanto se dieron cuenta de que ella buscaba algo o a alguien. Tsunami se acordó del piso inferior del pabellón, donde había visto a varios guardias descansando y bebiendo de unos calderos. Desde donde estaba, podía ver unas figuras borrosas allí. Quizás habían decidido vigilar la cueva desde aquel lugar, a resguardo de la lluvia.

Tsunami voló hasta el pabellón y aterrizó al lado de un enorme caldero burbujeante que olía a té verde. Había cuatro guardias reunidos alrededor de una mesa baja, jugando a un juego que incluía varias espinas de pescado. Todos se quedaron paralizados en su sitio cuando escucharon las garras de Tsunami al golpear el suelo. Lentamente, se giraron hacia ella y, por la expresión de culpabilidad que vio en sus miradas, la dragonet supuso que no tenían permiso para abandonar la cueva.

No sabía si se sentían culpables por haber dejado a sus amigos allí para que se ahogaran o si les preocupaba la reacción de la reina cuando se

enterara de que Tsunami había entrado en la cueva y había visto a sus amigos.

—Dadme la llave —rugió.

—¿Qué llave? —murmuró uno de los guardias.

—¡No me obligues a morderte! —gritó la dragonet—. ¡La llave! ¡Ahora!

Tsunami dio un paso adelante, moviendo la cola amenazadoramente.

Aunque los cuatro guardias eran más grandes que ella, todos se sintieron intimidados. Se preguntó a cuántos de ellos podría reducir si atacaba por sorpresa.

—¡No podemos dártela! —protestó el segundo guardia—. ¡Seguimos órdenes!

—¿Órdenes de quién? —exigió saber Tsunami.

—De... de nuestro comandante —tartamudeó la primera guardia.

—¿Tiburón?

Todos asintieron a la vez, como si de verdad esperaran que ella se largara de allí y le gritara a Tiburón en vez de a ellos.

—Entonces lo siento por él —dijo—. ¡La llave!

Extendió la garra hacia ellos, exigiendo lo que había pedido.

—Pero es que no podemos —repitió el segundo guardia.

Tsunami estudió sus escamas, buscando puntos débiles en ellas por los que atacar. Sabía que era rápida y fuerte y, además, estaba bastante segura de que podría noquear a los dos guardias de un lado con la cola mientras arañaba a otro en la cara con las garras. Quizá si pudiera clavarle los dientes al cuarto...

Se acordó del tacto de las escamas de otro Ala Marina bajo las garras. Tembló. Cuando la habían obligado a enfrentarse a Agallas en la arena lo había mirado de aquella misma manera, midiéndolo para saber cómo

derrotarlo. ¿Qué es lo que se proponía hacer? ¿Herir a más dragones solo porque se interponían en su camino?

Dragones a los que ni siquiera conocía... que podrían ser sus hermanos o primos... dragones que tenían una familia y que eran, para otros dragones, algo más que guardias sin nombre.

Quizá sus amigos tuvieran razón respecto a ella.

Los guardias parecían aterrorizados, como si estuvieran esperando a que ella los atacara. Pero sin duda sabían de lo que Coral era capaz y, seguramente, Tiburón también. Tsunami no podía pensar en nada más horripilante que lo que Coral le había hecho a Tortuga.

Tampoco es que quisiera intentarlo.

Así que si no podía dar más miedo que su madre... quizás hubiera otra forma. Quizá pudiera convencer a los guardias para que le dieran la llave, en vez de tener que luchar por ella.

Se acordó de los dragones en la prisión de los Alas Celestes, de cuando habían cantado juntos la canción de los dragonets que vendrían a salvarles la vida. Quizás aquellos guardias fueran como esos dragones... quizá creían en la profecía y quisieran que se cumpliera. Quizá pudiera usar eso en vez de golpearlos con la cola, como había estado tentada de hacer.

—Escuchad —dijo muy seria—. ¿No habéis oído hablar de la profecía?

Los guardias intercambiaron un par de miradas. Tsunami estaba segura de que la profecía había sido un tema de discusión muy utilizado desde que los dragonets habían llegado al Palacio de Verano.

—Genial. ¿Y os acordáis de la parte en la que unos cabeza de pulpo dejaron que el Ala Lodosa se ahogara antes de que pudiera salvar al mundo? ¿No? ¿Os perdisteis esa parte? —dijo, moviendo la cola a un lado —. ¿Queréis ser los culpables de destruir la única oportunidad que tiene Pirria de parar esta estúpida guerra?

—No —masculló el tercer guardia, hundiendo la cabeza—. La guerra tiene que acabar. Hoy has salvado a mi hermano cuando lo mandaste a que le curaran las heridas. Ella lo hubiera tenido allí de pie hasta que acabara la reunión del Consejo.

Tsunami guardó silencio un momento, demasiado impresionada para hablar. ¿Sería aquello verdad? ¿Coral dejaba que los soldados murieran de aquella manera? ¿Sin razón alguna?

—¿Quién era tu hermano? —preguntó.

El guardia se señaló la garganta.

—El que tenía el tajo y no paraba de sangrar por las agallas.

—Oh —dijo Tsunami, que parecía muy afectada—. ¿Y qué le ha pasado a su compañero?

Todos los guardias negaron con la cabeza.

—Fue demasiado tarde para él —le explicó la primera guardia, mientras estrujaba las espinas de pescado entre las garras y desviaba la mirada.

—Queremos ayudarte —retomó la conversación el tercer guardia—, pero si apoyamos a una nueva reina antes de que reten a la anterior... podría ser muy perjudicial para nosotros.

«Así que hay quienes sí que me ven como una reina en potencia», pensó ella complacida.

—Ya te lo he dicho, ella no puede ser nuestra nueva reina —lo reprendió la primera guardia—. Los dragonets del destino tienen que estar fuera de nuestro reino para detener la guerra.

—Además, se supone que Anémona será nuestra próxima reina —gruñó la cuarta guardia.

—No tienes ni idea de lo que quiere decir la profecía —protestó el tercer guardia—. Quizá se supone que todos ellos tienen que gobernar sus respectivas tribus para poner fin a esta guerra.

—Eso es imposible —insistió el segundo guardia—. Dos de ellos son machos.

Tsunami tenía la sensación de que ya habían discutido aquello muchas más veces.

De repente, el tercer guardia se giró hacia ella.

—Dinos —le dijo—, ¿cuál es vuestro plan? Si de verdad sois los dragonets del destino, ¿cómo vais a hacer que se cumpla la profecía?

Tsunami se retorció, inquieta, cambiando el peso de lado. Esa era una de las pocas preguntas para las que no tenía respuesta. Los Garras de la Paz no les habían enseñado cómo parar la guerra. Nadie parecía saberlo. Por mucho que le gustara hablar de cómo los dragonets iban a elegir a la futura reina de los Alas Arenosas, no tenía ni idea de cómo iban a lograrlo. ¿Quién iba a hacerles caso? Por mucho que se dedicaran a recorrer todo el continente gritando «¿Qué pensáis de Ampolla? A nosotros nos gusta. Ampolla gana», ¿serviría de algo? Aquello no detendría ni a Brasas ni a Llamas.

Pero algunos dragones creían en la profecía... soldados iguales que esos cuatro. No podía dejar que se dieran cuenta de que no tenían ni idea de lo que estaban haciendo.

—Escuchad —dijo por fin—, no sé si se supone que debería ser la próxima reina de los Alas Marinas o no. A veces creo que la reina Coral lo está haciendo muy bien, pero hay otras veces en las que... —Guardó silencio un instante, acordándose de Tortuga. ¿Sería Anémona una reina mejor cuando tuviera edad para el reto? ¿Lo sería ella?—. Pero sí sé que no podemos cumplir la profecía sin Cieno. Es el corazón de nuestro grupo. Sin él, no sabríamos qué hacer y no seríamos dignos de ningún destino.

Se paró delante de la primera guardia, en cuya expresión se alternaban la fe y la preocupación.

—Sé que no confiáis en los Alas Lodosas. Sé que obedecéis a Tiburón por encima de todas las cosas, pero aquí estamos hablando de terminar con esta guerra. Creíais que nada de lo que habíais hecho serviría para traer la paz ni para salvar a los dragones que os importan, pero ahora podéis cambiar las cosas —dijo, acercándose un paso más—. Solo tenéis que darme esa llave.

La guardia se frotó las garras y miró a los otros. Dos de ellos asintieron. La cuarta guardia miró hacia otro lado, moviendo la cola sin parar, como si quisiera quedarse al margen de todo aquello.

—Haré todo lo que esté en mi mano para protegeros —les prometió la dragonet.

La primera guardia se acercó a una caja que había sobre la mesa y sacó un par de pesadas llaves de plata, que depositó con cuidado sobre la garra de Tsunami.

—Gracias. ¿Cómo os llamáis?

—Babosa—dijo la primera guardia y señaló a los otros—. Lenguado, Arenque y Alga. Por favor —dijo, tras una pausa—. Si algún día te conviertes en nuestra reina, acuérdate de nosotros. Haga lo que haga para castigarnos, cuida de nuestras familias. Por favor.

—Y acaba con esta guerra —le pidió Arenque—. Haz lo que sea necesario.

Tsunami retrocedió, apretando con fuerza las llaves y despidiéndose de los guardias. Salió volando del pabellón y se dirigió a la cueva de sus amigos.

El agua ya casi le llegaba a las alas. Cieno estaba de pie, estirado, observando no muy animado cómo iba subiendo el agua, mientras Sol seguía encaramada a su espalda. Gloria y Nocturno estaban en el agua con Abisal. Ambos parecían muy irritados por lo mojados que estaban.

—¡Huuuuurra! —gritó Sol cuando vio a Tsunami con las llaves.

—Vaya —dijo Gloria, que parecía sorprendida—. No creía que fuera a funcionar.

Tsunami hundió la cabeza bajo el agua y cogió la cerradura de las cadenas de Cieno. Encontró rápidamente dónde introducir la llave y, tras girarla, liberó a su amigo. La otra llave abría el candado de las patas traseras. Cieno se quitó de encima las cadenas con una patada y sacudió las alas mientras Tsunami volvía a salir del agua.

—Mucho mejor —dijo, sonriéndole. El estómago le rugió con furia—. Bueno... casi.

—Busquemos algún lugar un poco más seco y ya te encontraré algo de comer —le prometió su amiga, dirigiéndose a la puerta de la cueva.

Abisal se paró en las sombras, cerca de la entrada. Tsunami se giró hacia él.

—Gracias —le susurró—. Has salvado a mis amigos.

—No he hecho mucho —le respondió él, también susurrando—. Jamás podría obligar a nadie a que hiciera lo que yo quisiera. Pero a ti se te da muy bien.

—Bueno, hay veces en las que obligando no se consigue demasiado y tienes que intentar otra cosa. Sería mucho más fácil si todo el mundo se limitara a hacer lo que yo quiero.

Abisal se rio.

—Será mejor que salga de aquí antes de que me vea alguien.

Ella asintió y enroscó la cola con la de Abisal.

—Iré a buscarte mañana si puedo. Todavía me queda mucho acuático que aprender.

Él sonrió y salió de la cueva, lanzándose al agua. Ella se acercó a la playa y vio sus escamas azul cielo desapareciendo en el túnel, bajo el agua.

Estaba contenta de haber encontrado en el Reino del Mar al menos un dragón en el que poder confiar.

—¡OOOOOOOOOOH! —exclamó Gloria.

—Ni te atrevas —le advirtió, Tsunami empujándola al lago.

La Ala Lluviosa gritó de una manera muy poco digna y movió las alas para elevarse en el aire, bañándolos a todos con gotas heladas. El agua seguía cayendo a través de las hojas y formaba pequeñas olas en el lago.

—Miremos en aquella cueva —dijo Tsunami, señalando una de las más altas y próximas al acantilado—. Si ya hay alguien ahí, le diré que se marche.

Gloria soltó un bufido.

La cueva resultó estar vacía y seca y, una vez que todos estuvieron a buen resguardo dentro, se dieron cuenta de que también estaba bastante caliente. Sol fue a ocuparse inmediatamente del huevo, acunándolo y arrullándolo. Nocturno expulsó una pequeña bola de fuego sobre ellos para calentarlos.

—La dragonet no puede oírte —le dijo Tsunami a la Ala Arenosa.

—Eso no lo sabes —le respondió ella—. Puede que tenga miedo. Solo le estoy diciendo que está bien, que no se preocupe, que nosotros la cuidaremos.

Tsunami escondió una sonrisa. Se alegraba de que Sol hubiera aceptado cuidar del huevo... Había estado un poco preocupada por si la pequeña dragonet aún estaba enfadada con ella y no quería ayudarla. Quizá ya se había olvidado de su ataque al soldado Ala Celeste o quizás era solo que Sol siempre estaba deseosa de ayudar. No se pasaba el día quejándose ni lo complicaba todo, como acostumbraba a hacer Gloria.

Cieno acarició a Tsunami con el hocico.

—Nos alegramos de verte —le dijo—. Háblanos de tu tribu. ¿Te adora ya

todo el mundo? ¿Son buenos luchadores? ¿Qué comen? —terminó melancólicamente.

—Antes te buscaré algo de comer —le dijo Tsunami, girándose hacia la entrada de la cueva.

Le sorprendía lo feliz y querida que se sentía cuando la rodeaban de nuevo sus amigos.

Así era como había esperado sentirse entre los Alas Marinas... como si volviera a casa.

«Entonces... ¿por qué no me siento así?».

CAPÍTULO 18

Tsunami dejó caer tres calderos sobre el suelo de la cueva. Uno lleno de pescado, otro de agua fresca y otro con ensalada de champiñones y algas marinas. Los había encontrado en la cocina, sin vigilancia, así que pensó que si se los llevaba a los dragonets a nadie le importaría.

Sol se acercó al caldero de ensalada y hundió el hocico en él. Nocturno le echó un vistazo al pescado y, sin preguntarle a los otros si les importaba, escupió una bocanada de fuego hacia el caldero que dejó los peces ennegrecidos y con sabor a humo.

—¡Eh! —protestó Tsunami—. A mí me gustan crudos.

—Ni lo sueñes —le replicó Gloria—. El pescado crudo es asqueroso.

—El pescado crudo es increíble —insistió la Ala Marina.

—Perdona si no me fío de tu gusto. Crees que tu terrorífica madre también es increíble.

—¡No es terrorífica! —la defendió Tsunami—. ¡Es una reina maravillosa!

—Eso es lo que dicen todos los pergaminos —señaló Nocturno con la boca llena de pescado chamuscado.

Tsunami levantó la mirada hasta el techo de la cueva y cambió el peso de una garra a otra.

—Esto... —dijo—. Bueno. Por lo que parece... ella misma escribió todos esos pergaminos.

—¿De verdad? —dijo el Ala Nocturna mientras pestañeaba, asombrado —. ¿Es escritora? No tenía ni idea. Eso es geni... quiero decir, ojalá yo... ¿crees que leería algo que yo...? —tartamudeó hasta que guardó silencio, jugueteando con el caldero—. Mola, eso es todo —murmuró al fin, metiéndose un pescado en la boca.

—Da igual. No son solo los pergaminos. Sus súbditos también piensan que es una gran reina —añadió Tsunami con lealtad. «La mayoría, al menos».

—Enternecedor —soltó Gloria—. Menos la parte en la que mata a todas sus hijas.

Tsunami miró a Gloria demasiado sorprendida como para responderle.

—Espera, espera —intervino Cieno—. Eso es solo una teoría.

—Una buena teoría —observó Nocturno—. Con todas sus hijas muertas y sin hermanas, nadie jamás podrá retarla por el trono. Podría reinar durante cien años y morir en paz mientras duerme, en vez de en un combate.

Sol abrazó el huevo con más fuerza y lo acarició de forma tranquilizadora.

—¡No! —gritó Tsunami—. ¡Estáis equivocados! Ella jamás haría algo así. No habéis visto lo protectora que es. ¡Mirad cómo cuida a Anémona!

—Como una dragona loca —intervino Gloria, sacudiendo un pescado chamuscado ante el rostro de Tsunami.

—Es una buena forma de hacerle creer a todo el mundo que es inocente —ofreció Nocturno—. Además, piensa en cuándo empezaron los

asesinatos. —Guardó silencio mientras esperaba, con una expresión de «¿no es obvio?» en el rostro.

—Dios... —soltó Cieno, frotándose la cabeza—. ¿En serio lo hemos estudiado?

—Yo tampoco lo sé —le susurró Sol.

—Nocturno —gruñó Tsunami—. Suéltalo de una vez.

—Muy bien —dijo—. Fue justo después del único desafío al que se ha tenido que enfrentar la reina Coral. Su primera puesta de huevos tenía una hembra...

—Orca —adivinó Tsunami.

Nocturno asintió con un gesto complacido.

—¡Lo recuerdas! Desafió a la reina justo en el momento en que alcanzó la madurez. Estoy seguro de que Coral fue la más sorprendida de todos. Y más cuando Orca casi la mata. La reina Coral solo ganó por accidente cuando empaló a Orca en el cuerno de narval que tiene al final de la cola.

—¿Y? ¿Por qué iba a tener que matar a todas sus hijas después de eso?

—¿En serio? —se mofó Gloria—. Vio lo cerca que estaba de la muerte. Se dio cuenta de que si dejaba que alguna de sus hijas creciera, posiblemente al cabo de unos siete años estuviera muerta. Era mucho más fácil matarlas mientras estuvieran aún en sus huevos o mientras fueran dragonets, antes de que se convirtieran en una amenaza.

—¡Para! —dijo Tsunami, mientras se agarraba la cabeza. Aquello no podía ser verdad—. Ella no es así. La reina ama a sus hijas. Cuando encontró el otro huevo roto... —prosiguió, pero guardó silencio al caer en la cuenta de lo poco que sabían sus amigos sobre todo lo que había pasado.

Respiró hondo y les habló del Consejo, de los pergaminos de su madre, del misterioso dragón que había intentado matarla en el túnel y de cómo había reaccionado la reina Coral al descubrir que Tortuga le había fallado.

—Ya lo veis —terminó—, no puede ser ella la que está matando a las dragonets. Desea que vivan más que nadie.

—¿Que alguien ha intentado matarte, dices? —le preguntó Cieno—. ¿Estás bien?

—Me encantaría saber qué hubiera pasado con nosotros si eso hubiera ocurrido —dijo Gloria, que parecía enfadada.

—¿Quieres decir que ahora Sol está en peligro? —preguntó Nocturno al mismo tiempo—. ¿Por culpa de ese huevo? ¿Por qué le has hecho eso?

—A mí no me importa —intervino Sol, acunando el huevo contra su pecho.

A pesar de lo que había dicho, se la veía más pálida de lo normal.

—No. Escuchad —dijo Tsunami dando un paso hacia la entrada de la cueva—. ¿No lo veis? Mantener vivo ese huevo es algo bueno. Ahora la reina Coral tendrá que ocuparse de todos nosotros porque estamos protegiendo a su hija. Ya no podrá encadenaros ni mataros de hambre nunca más... si eso es lo que intentaba hacer, claro.

Gloria y Nocturno intercambiaron una mirada de «sí, claro».

Tsunami frunció el ceño.

—Y si encontramos al verdadero asesino —añadió rápidamente—, nos convertiremos en héroes.

—No si la asesina es tu madre —repitió Gloria con firmeza—. Que da la casualidad de que lo es.

Tsunami sintió ganas de darle una patada.

—No puede ser mi madre —repitió—. El dragón que me atacó en el túnel no tenía a ninguna dragonet atada a una cadena. ¿Dónde sugieres que dejó a Anémona cuando me atacó? ¿Y cómo habría roto el huevo si Anémona está siempre con ella?

—Podría haber enviado a otro dragón —señaló Nocturno—. O puede que

tu ataque no esté relacionado con los asesinatos de las princesas. Puede que haya otra razón por la que alguien te quiere muerta.

—Se me ocurren varias ideas —dijo Gloria.

—Yo creo que es Tiburón —dijo Tsunami, ignorándola—. Tortuga lo señaló antes de morir. Estaba en el Palacio de las Profundidades antes de que el resto del Consejo llegara. Si tengo razón y hay una entrada secreta al Nido Real, podría haberse colado sin que nadie lo viera y matar así a la dragonet. Y también podría haber sido él quien me atacó en el túnel. La reina Coral creía que lo había mandado al palacio, así que nadie sabía dónde estaba exactamente.

—Tsunami —le dijo Cieno acariciándola con el hocico. Arrugó la frente en un gesto de preocupación—, por lo que cuentas, no parece que aquí estés muy a salvo, quizá deberíamos irnos.

—O al menos irnos nosotros—sugirió Gloria—. Tú puedes quedarte si quieres. Nosotros deberíamos irnos ahora mismo, mientras nuestros guardias no estén vigilándonos.

Tsunami dudó. Era mucho más duro encajar entre los Alas Marinas de lo que se había imaginado. Además, tampoco le gustaba ver esas caras de su madre que tanto la asustaban. Prefería la imagen de ella con la que había soñado durante toda su vida: la dulce y encantadora reina de *La princesa desaparecida* .

Se tocó las perlas que llevaba alrededor del cuello y recordó que Coral se las había dado nada más verla y que ella se había sentido muy feliz.

—No —exclamó Sol inesperadamente—. No voy a separarme de este huevo hasta que eclosione —añadió agarrándolo de una forma muy protectora—. Y no podemos separarnos. Tenemos que cumplir la profecía juntos.

—Yo estoy con Sol —la apoyó Nocturno—. A mí tampoco me gusta

estar aquí, pero tenemos que quedarnos hasta que conozcamos a Ampolla. Es la razón principal por la que vinimos.

«La mía no», pensó Tsunami. Se había olvidado de que Ampolla vendría a conocer a los dragonets. No estaba muy segura de que eso fuera algo bueno.

—Entonces deberías quedarte con nosotros —dijo Cieno, cogiendo a Tsunami de nuevo de las garras—. Así nos protegeremos los unos a los otros.

Eso era lo que Tsunami pensaba hacer de todas formas, pero oírselo decir a Cieno y ver a Sol asintiendo vigorosamente tras él, la hizo sentirse muchísimo mejor. No debían de odiarla demasiado si querían que se quedara con ellos.

—Está bien —dijo, como si la hubieran convencido—. Así podré ayudaros también a proteger el huevo.

—Será lo mejor —murmuró Nocturno, mirando a Sol con una expresión preocupada.

Se enroscaron juntos para dormir y colocaron el huevo en el centro de todos ellos. Tsunami apoyó la cabeza en el hombro de Cieno y escuchó la lluvia que golpeaba contra las hojas de los árboles, muy por encima de sus cabezas. La noche anterior había dormido bajo el agua en una cama de algas y había sido el sueño más cómodo que había experimentado en su vida. Sin embargo, y aunque volviera a estar encerrada en una cueva, había algo en la manera en la que Cieno subía y bajaba el pecho bajo su hocico, al respirar, que le parecía mucho más relajante que cualquier cama de algas o palacio de perlas bajo el agua.

Cuando ya casi se había quedado dormida, se acordó de que no les había hablado de la muerte de Rapaz.

CAPÍTULO 19

—¡¿DÓNDE ESTÁN?!

Tsunami se despertó de golpe, librándose de la pesadilla en la que el último huevo se le resbalaba de las garras y se hacía añicos contra el arrecife de coral. Pestañeó un par de veces y se miró debajo del ala. Sol seguía enroscada en torno al huevo, manteniéndolo caliente. La pequeña Ala Arenosa levantó la cabeza como si algo también la hubiera despertado a ella.

¿Qué había pasado?

—¿DÓNDE ESTÁN LOS DRAGONETS? ¿DÓNDE ESTÁ MI HIJA? ¿DÓNDE ESTÁ MI HUEVO?

—Aquí arriba —respondió una voz que no conocían con un extraño siseo.

Tsunami se puso en pie. Había una dragona en la entrada de la cueva, mirándolos. La Ala Marina se encontró con unos ojos negros brillantes que la observaban fijamente. La dragona movía de un lado a otro su cola venenosa acabada en un aguijón y sus escamas de oro blanco, salpicadas

por adornos de diamantes negros, reflejaban los tímidos rayos de sol que se colaban entre el follaje de la isla.

La tormenta había pasado y había dejado tras de sí a una Ala Arenosa que los observaba mientras dormían.

Tsunami no tuvo que acordarse de las ilustraciones de los pergaminos para adivinar de quién se trataba. Sacudió a sus amigos con las garras para que se despertaran.

—Despertad y dejad de roncar, vagos manatíes —siseó.

—Tú sí que eres una manatí vaga que ronca —murmuró Gloria con las alas aún sobre la cabeza—. Además, hueles igual que ellos.

—En un minuto te sentirás muy estúpida por lo que acabas de decir —le respondió la Ala Marina, también en un susurro.

—¡Oh, si insistes! —murmuró Cieno aún en sueños—. Supongo que podría comerme otro hipopótamo.

—¡Cieno! —exclamó Tsunami, tirándole de las orejas.

Él se sentó con una mirada aún somnolienta y sacudió la cabeza.

—Jooo —dijo, al tiempo que dejaba caer las alas—. ¿Qué ha pasado con los hipopótamos?

—Mira —susurró Tsunami, señalando hacia la entrada de la cueva.

Todos sus amigos guardaron silencio en cuanto vieron a la Ala Arenosa entre las sombras.

—Vaya, hola —dijo la desconocida con una sonrisa astuta en el rostro. Tsunami tembló sin saber por qué—. Encantada de conoceros. Soy la reina Ampolla. Están aquí arriba —volvió a gritar—. Supongo que no querían mojarse con la tormenta —siguió diciendo en un tono ligero de conversación—. Muy inteligentes. Yo hubiera hecho lo mismo.

El ruido de un frenético aleteo anunció la llegada de la reina Coral,

seguida de Anémona y tres guardias Alas Marinas. La reina introdujo la cabeza en la cueva y vio a Tsunami.

—¿Dónde está mi huevo? —preguntó, mirando a los otros cuatro dragonets.

—A salvo y caliente, como te prometí —dijo Tsunami.

Dio un paso a un lado y señaló a Sol, que estaba cuidando del huevo.

La reina Coral siseó y movió la cola, furiosa.

—No me dijiste que una Ala Arenosa tocaría mi huevo.

—Bueno, piénsalo bien, Coral —intervino Ampolla—. Estos no son dragones normales. Estos son los dragonets del destino. Si no les podemos confiar a ellos nuestro futuro, ¿a quién podemos?

La reina Ala Arenosa volvió a sonreír, pero Tsunami no se podía quitar de encima aquella extraña sensación de que algo la incomodaba.

La reina Coral respiró hondo una vez más y, a continuación, se giró hacia Ampolla con los brazos y las alas abiertas de par en par.

—Reina Ampolla, amiga mía —dijo—. ¡Recibiste mi mensaje! Estoy encantada de que hayas venido. Me imaginaba que querrías saber de inmediato que habíamos encontrado a los dragonets.

Coral señaló a Tsunami y a sus amigos con la cola. La dragonet tuvo que tragarse la frustración que sintió en ese momento. Ampolla le cogió las garras a Coral y se las soltó enseguida.

—Me alegré tanto cuando recibí el mensaje —informó—. Y encima, como siempre habíamos sospechado, entre ellos se encuentra tu hermosa hija desaparecida.

—Sabía que los Garras de la Paz habían enviado a Membranas para robarla —dijo la reina—. Tsunami, saluda a mi aliada la reina Ampolla.

—Ya nos conocemos —le contestó esta.

Tsunami pudo adivinar a sus cuatro amigos tras ella: Nocturno muerto de

miedo y sin poder moverse; Sol estirando el cuello para poder ver mejor; Gloria mirándose las zarpas como si no le interesara lo más mínimo todo aquello; Cieno curioso pero, sobre todo, intentando evitar que el estómago le rugiera con demasiada fuerza.

—Entonces preséntale a tus amigos —le ordenó Coral, sonriendo de nuevo a Ampolla.

—Cieno, Sol, Nocturno y Gloria —soltó Tsunami, señalando a cada uno con la garra a medida que los nombraba.

La reina Coral frunció el ceño.

—Maravilloso —añadió Ampolla con suavidad—. Parecen muy valientes e inteligentes. Había oído que no eras una Ala Celeste, Gloria, pero eso a mí no me molesta. Los Alas Celestes están sobrevalorados, ¿no te parece?

A Gloria se le crisparon las alas y una pequeña ola de color rosa oscuro se extendió por sus escamas gris roca.

—¿Lo habíais oído? —preguntó Tsunami—. ¿Cómo? Nadie más lo sabía excepto nuestros tres guardianes. Ni siquiera se lo dijeron a los demás miembros de los Garras de la Paz.

Anémona asomó tras el ala de Coral y la miró fijamente con sus ojos azules abiertos de par en par. Los guardias se retorcieron incómodos en su sitio.

—Ejem —murmuró Ampolla fijando la vista en Tsunami y luego mirando para otro lado—. Digamos que tengo buenos amigos. Amigos Alas Nocturnas —añadió, deslizando la zarpa por el cuello de Nocturno—. Así que he oído hablar mucho de vosotros.

Parecía que el dragonet Ala Nocturna se había vuelto de piedra y que no volvería a moverse en la vida. Si hubiera estado más cerca, Tsunami le habría dado una patada. «No dejes que te impresione tanto. Nosotros somos

los que tenemos el poder. Según la profecía, somos nosotros los que elegiremos a la futura reina de los Alas Arenosas ¡y ella lo sabe!», pensó.

Ampolla bajó la mirada hacia Sol, que la miraba con el ceño fruncido.

—¡Qué encanto! —exclamó—. Y tú debes de ser el fortachón —le dijo a Cieno, estirando la pata y dándole un apretón en los músculos del antebrazo.

—Supongo que sí —tartamudeó el Ala Lodosa.

—Estoy segura de que vosotros también habéis oído hablar de mí —les dijo Ampolla, reuniéndose de nuevo con la reina Coral. La cola de la Ala Arenosa se deslizó sobre el suelo de la cueva como una serpiente, con la punta venenosa repiqueteando contra la piedra—. Pero no siempre uno puede fiarse de los rumores ni de la propaganda, especialmente cuando incumben a algo tan importante como la profecía. Así que preguntadme lo que queráis. Estaré encantada de ayudaros a tomar vuestra decisión... aunque, claro está, espero que me elijáis a mí. —Sus ojos brillantes volvieron a barrerlos a todos hasta posarse de nuevo en Coral—. Bueno, Coral, ¿qué hay para desayunar?

—Déjame adivinar —murmuró Gloria—: pescado.

Cieno parpadeó mirando a la reina, esperanzado.

—Sí, buena idea. Vayamos a comer —dijo la reina Coral—. Y luego podrás ponerme al día de los últimos acontecimientos de la guerra. Hemos oído que algo raro les pasa a los Alas Celestes. Anémona, Tsunami, venid.

Las agallas de Tsunami se encresparon. No era ninguna dragonet bebé para que no pararan de darle órdenes. Además, la Ala Marina no tenía ninguna intención de volver a abandonar a sus amigos.

—Que los demás vengan también —soltó Ampolla antes de que Tsunami pudiera hablar—. Me encantaría poder conocerlos mejor.

Coral frunció el hocico mirando a los dragonets.

—Está bien —dijo la reina, no muy segura.

—Puedes dejarlo aquí —dijo Ampolla, señalando el huevo.

—¡No! —exclamaron Coral y Sol al mismo tiempo.

La reina Ala Marina le dedicó a la pequeña dragonet una mirada sorprendida. Sol se limitó a abrazar el huevo con más fuerza.

—Ni hablar —dijo—. El huevo se queda conmigo.

Ampolla se encogió de hombros y Tsunami se preguntó qué pensaría de que hubiera nuevas dragonets Alas Marinas que pudieran amenazar la vida de su aliada. Quizás a Ampolla le interesaba asegurarse de que ninguna de ellas sobreviviera para desafiar a Coral. Sin lugar a dudas era lo suficientemente siniestra como para ser una asesina.

Pero Ampolla no podía respirar bajo el agua, así que no podía llegar hasta el Nido Real. Quizás estuviera envuelta en todo aquel asunto de alguna manera, pero no podía ser la que estuviera llevando a cabo todos aquellos asesinatos. Tenía que tratarse de algún súbdito Ala Marina.

La sala de los banquetes estaba dos plantas por encima de las cocinas, así que el olor a pescados encurtidos y gaviotas asadas («todo en honor de nuestros invitados Alas Arenosas», aclaró la reina Coral) los invadió mientras se acomodaban alrededor de la larga mesa ovalada. El asiento de la reina Coral era más alto que el de los demás, pero el de Ampolla, sentada a su lado, no era mucho más bajo.

Nocturno estaba sentado a la derecha de Ampolla y Tsunami al lado de Anémona, a la izquierda de su madre. Al otro lado de Tsunami, estaba Remolino, que no paraba de juguetear con el aro de su oreja, de sorber escandalosamente la comida y de hablar sin parar sobre el último libro de Coral, aunque nadie pareciera estar escuchándolo.

Había un montón de guardias Alas Marinas a su alrededor, mezclados con otros guardias Alas Arenosas que habían llegado con Ampolla. Los

Alas Marinas no paraban de dar pisotones en el suelo y mover su cola como si se tratara de un látigo, mientras les dedicaban una mirada de desconfianza a los Alas Arenosas.

Tsunami vio a Caracol y a Arenque entre los guardias. Desviaban la mirada de un lado a otro con rapidez, como si no pudieran parar de preguntarse cómo era posible que aún siguieran con vida.

«Porque madre quiere librarse de ellos armando un verdadero espectáculo», pensó Tsunami. Seguramente, Coral estuviera esperando al momento adecuado para castigarlos en público, tal y como había castigado a Tortuga.

«Bueno, donde las dan las toman, Majestad».

—¡MADRE! —exclamó Tsunami de una manera muy dramática mientras los dragones del servicio iban dejando un cuenco de sopa delante de cada invitado. A su lado, Remolino dio un pequeño salto por la sorpresa y a punto estuvo de tirarse encima el cuenco de sopa. Incluso la reina Coral parecía sorprendida—. ¡Tengo que decirte algo HORRIBLEMENTE OFENSIVO!

Tsunami se aseguró de gritar lo suficientemente alto como para que todos los dragones presentes la oyeran.

—¿Ah, sí? —le dijo Coral—. ¿Podríamos hablarlo después del desayuno? ¿De una manera civilizada?

—NO —le contestó la dragonet, más alto todavía—. Es demasiado OFENSIVO.

Incluso los Alas Marinas que no habían sido invitados al desayuno empezaban a echar un vistazo fuera de las cuevas en las que estaban y a sacar sus cabezas del lago para escuchar bien qué era lo que estaba pasando.

—Bueno, quizás... —empezó Coral.

—¿PUEDES CREERTE... que mis amigos... LOS DRAGONETS DEL

DESTINO, ya sabes... estaban ENCADENADOS? ¡Y MUERTOS DE HAMBRE! ¡En TUS PROPIAS CUEVAS! Y todo por obra de TUS DRAGONES.

—¿Qué? —preguntó Coral, batiendo las alas.

Parecía muy alarmada, pero Tsunami no sabía si era porque lo que acababa de decir la sorprendía de verdad o porque acababan de echarle en cara, delante de todos, lo que había hecho.

—¡LO SÉ! —rugió prácticamente Tsunami—. Es INCREÍBLE. Estoy segura de que no sabías nada de eso, claro.

—Claro —se apresuró a decir Coral—. ¡Nunca trataría a ningún dragonet así! Especialmente a los queridos amigos de mi adorada hija. Que, además, forman parte de la profecía y todo eso.

—Y estoy segura de que querrás castigar a los dragones que te desobedecieron tratándolos tan mal —continuó Tsunami—. ¿Verdad? Como, por ejemplo, ¿a quien te engañó diciéndote que los mantendría bien alimentados? —preguntó.

Tsunami le lanzó una mirada glacial a Laguna que, al darse cuenta de repente de lo que estaba ocurriendo, se quedó inmóvil mientras se llevaba un caracol marino a la boca.

—Por supuesto —concedió la reina—. ¡Guardias! ¡Encerrad a Laguna en una de las mazmorras bajo el agua!

—Pero... —tartamudeó Laguna—. Yo solo...

—La próxima vez me obedecerás —le hizo callar la reina.

Una línea de escamas brilló apenas un instante bajo una de las alas de la reina, pero Tsunami la vio. Por suerte era una de las señales que Abisal le había enseñado.

«Silencio».

«Oh, madre», pensó Tsunami con tristeza.

—¿Ni siquiera puedo...? —preguntó la dragona, alargando las patas para coger su cuenco de sopa mientras los guardias se la llevaban de allí.

—No desayunarás —ordenó la reina—. Piensa en las consecuencias de lo que has hecho mientras estás encerrada en tu celda.

Tsunami estaba segura de que Laguna no sufriría demasiado allí abajo. La reina Coral la haría volver pronto para alguna reunión del Consejo, pero Tsunami aún no había terminado con aquel teatro.

—Y ADIVINA QUIÉN ordenó a tus guardias que encadenaran a Cieno —dijo, al tiempo que dirigía una zarpa acusadora hacia Tiburón—. ¡EL COMANDANTE TIBURÓN! ¡De entre todos los dragones que deben obedecerte! ¿No es HORRIBLE?

—Lo es —dijo Coral. Tsunami pensó que debía de estar mordiéndose la lengua con fuerza, pero lo disimulaba bastante bien—. Lo encuentro muy difícil de creer.

—Imagínate la confusión y el miedo que sintieron tus guardias —continuó la dragonet—, cuando les expliqué que tú nunca ordenarías que encadenaran a Cieno. ¡Tuvieron que elegir entre su comandante y su reina! Por supuesto, te eligieron a ti, sin dudarlo. Esa es la razón por la que me dieron la llave de las cadenas de Cieno. Porque comprendieron que eso era lo que tú querrías que hicieran, ¿verdad?

La reina le dedicó una larga mirada. A su lado, Ampolla se comía la sopa con una expresión divertida en el rostro.

—Muy bien —dijo Coral lentamente—. Por lo que dices, parece que esos guardias son prácticamente héroes.

—Y Tiburón... —la incitó Tsunami.

—Que se lo lleven también a las mazmorras —ordenó la reina.

Tiburón no protestó como había hecho Laguna. Les gruñó a los guardias que se le acercaron y se dirigió a las mazmorras sin decir una palabra.

«Espléndido», pensó la dragonet. Aquello no garantizaba que Caracol ni los otros guardias estuvieran a salvo, pero ahora le sería mucho más complicado a la reina castigarlos por lo de la noche anterior.

No solo eso, si no que con Tiburón en las mazmorras, aunque solo fuera durante un día o dos, Tsunami creía que ella, sus amigos y el huevo estarían mucho más seguros.

—¡Qué emocionante! —dijo Ampolla—. Si ya hemos terminado con el teatro matutino, me gustaría preguntaros por la profecía, pequeños dragonets.

—Nocturno puede recitárosla si queréis —la informó Tsunami—. Es muy bueno memorizando cosas y luego repitiéndolas una y otra vez. Especialmente cuando a nadie le importan —sonrió a Nocturno, esperando que eso lo ayudara a relajarse.

El dragonet parecía demasiado asustado como para comer.

—¡Espléndido! ¡Qué impresionante! —dijo Remolino a su lado con una voz cargada de admiración sincera.

Tsunami arrugó el hocico cuando lo miró. Seguramente, Nocturno y él se llevarían bien, pero su amigo no era ni remotamente tan horrible y molesto como Remolino.

—Debo de suponer que tenéis un plan sobre cómo cumplir la profecía —les dijo la Ala Arenosa—. Quiero decir... se supone que debéis tenerlo, ¿verdad?

Un silencio tenso se apoderó de la mesa del desayuno. Todas las orejas del palacio estaban alerta. Todos los dragones de Pirria estaban deseosos de oír esa respuesta.

Tsunami sentía un cosquilleo, como si millones de abejas le zumbaran bajo las escamas. Por supuesto que no tenían un plan. Acababan de escapar de las cuevas de debajo de la montaña donde se habían criado y del palacio

de los Alas Celestes. Apenas habían tenido tiempo de pararse a pensar en nada más. Ni siquiera habían encontrado un sitio seguro para hacerlo. Y nada de lo que les habían enseñado los había preparado para lo que tenían que hacer. «Muchas gracias también por eso, Garras de la Paz» , pensó Tsunami con amargura.

Pero por nada del mundo lo admitirían delante de todos esos dragones... especialmente delante de aquellos que contaban con ellos para que los ayudaran.

—Aún seguimos trabajando en ello —fue lo que dijo la dragonet—. Obviamente no podemos revelar demasiado.

—Esta es la fase de recogida de información —ofreció Gloria, para sorpresa de todos.

Ampolla le lanzó a Nocturno una mirada significativa.

—Ejem —espetó él—. Pero... pensamos en vos, por supuesto... quiero decir... vos, obviamente... esto... seríais una gran... eh... reina. De los Alas Arenosas. Eso es. Las otras dos... no tenéis que preocuparos por ellas... de verdad, está... ejem... claro que vos sois.... esto... la mejor elección.

—Nocturno —interrumpió Tsunami, llamándole la atención—. ¿Qué estás haciendo? Tú no hablas en nombre de todos nosotros.

—¿Qué? —dijo Ampolla. Entrecerró los ojos mirando al Ala Nocturna —. Entonces ¿quién lo hace?

—Cada uno habla por sí mismo —intervino Gloria antes de que Tsunami pudiera responder.

—Sí —corroboró Sol.

—Y aún no hemos decidido nada —añadió Tsunami con firmeza. Deseó poder estar lo suficientemente cerca de Nocturno para hacerlo callar de una patada.

—Solo-estoy-diciendo-que-ella-estaría-bien —murmuró el dragonet,

rindiéndose.

Ampolla parecía bastante disgustada.

—Tienes bastante razón, Ala Nocturna —lo apoyó Coral, dándole unos golpecitos suaves a Ampolla en la garra—. Es una reina excelente.

Ampolla sonrió, pero Tsunami se dio cuenta de que había apartado la garra en cuanto había tenido la oportunidad. La dragonet también había reparado en que Ampolla llamaba a su madre solamente «Coral», mientras que la reina de los Alas Marinas no paraba de referirse a su aliada como «reina Ampolla». Tsunami no estaba muy segura de que le gustara la forma en la que se comportaban cuando estaban juntas.

Tsunami quería confiar en las elecciones de su madre. Quería que le gustara Ampolla. Lo más sencillo sería elegir a Ampolla como reina de los Alas Arenosas. En ese caso, los dragonets podrían quedarse en el Reino del Mar y estar a salvo mientras apoyaban a los Alas Marinas en la guerra.

Entonces ¿por qué no podía hacerlo?

¿Por qué Ampolla no terminaba de parecerle tan... buena elección?

—Vaya —dijo Coral—. Reina Ampolla, quería habértelo dicho antes, pero se me olvidó. Ha ocurrido algo muy extraño. El otro día encontramos a una Ala Celeste muerta en nuestro territorio.

«Uy». Tsunami aún no les había comentado a los otros lo que le había sucedido a Rapaz. Otro motivo para que se enfadaran con ella.

Suspiró.

—¿De verdad? —preguntó Ampolla—. Parecen buenas noticias para mí.

Coral se rio.

—Tienes razón, es cierto. Pero lo que es extraño de verdad es que ha muerto envenenada por el aguijón de un Ala Arenosa. ¿Por qué iban a estar un Ala Arenosa y una Ala Celeste luchando aquí, tan lejos?

Tsunami no sabía nada del veneno de Ala Arenosa. Lo único que

recordaba era la sangre que le salía del cuello a Rapaz. Desenroscó la cola al comprender lo que significaba: «No tengo que preocuparme de nada. Madre sabrá que no fuimos nosotros los que la mataron. Ninguno de nosotros podría haberlo hecho, no con la cola inútil de Sol».

Al mismo tiempo que llegaba a esa conclusión, un montón de preguntas se le agolparon en la cabeza. ¿Qué Ala Arenosa querría matar a Rapaz? Se rascó las agallas, desconcertada. ¿La habría encontrado Brasas y la habría castigado por lo ocurrido a la reina Escarlata? Pero, si eso era cierto, ¿qué motivos tenían ellas para estar en el territorio de los Alas Marinas?

Ampolla se encogió de hombros, acomodándose las alas.

—Sí que es raro —dijo.

—Me pregunto quién era —soltó en voz alta la reina Coral—. Tenía unas marcas de quemaduras muy extrañas en las palmas de las garras...

Tsunami se echó sobre Remolino para agarrar a Sol del brazo, demasiado tarde. No pudo contener un jadeo de horror.

—¡Oh, no! —gritó la dragonet—. ¡Eso me recuerda a Rapaz! Tsunami, ¿y si era ella? —dijo mientras se llevaba las garras al hocico, con los ojos llenos de lágrimas.

Un silencio denso se apoderó de la mesa. Todos los Alas Marinas del palacio parecían estar mirando a Sol y a Tsunami. La reina Coral miraba a su hija muy intensamente.

Al otro lado de la mesa, Gloria y Nocturno tenían la boca abierta por el asombro.

—¿Tsunami? —preguntó Coral lentamente—. ¿Hay algo que quieras decirme?

—Está bien —dijo esta, retorciéndose las garras—. Sí. Lo siento. La vi y sí, era Rapaz.

Sol dejó escapar un jadeo y enterró la cabeza entre las garras. Cieno le

acarició la espalda con cuidado.

—Tu Ala Arenosa parece particularmente apenada por la muerte de una Ala Celeste —observó Ampolla.

—Rapaz fue nuestra guardiana —le explicó Tsunami—. Aunque tampoco es que fuera muy amable con nosotros, Sol. No se merece tu sufrimiento.

A Sol le temblaron las alas, pero no alzó la mirada.

—Así que... —le dijo Coral a Tsunami, acercándose—. Explícamelo. Reconociste a esa Ala Celeste... una Ala Celeste por la que llevo varios días muerta de curiosidad... y elegiste no decirme quién era. ¿Es así?

—No pensé que decirte su nombre sirviera de algo. La conocía, sí, pero no tengo ni idea de por qué estaba aquí ni de quién la mató. —Tsunami miró a Gloria, a Nocturno y a Cieno, pidiéndoles perdón en silencio—. Solo quería contárselo antes a mis amigos. Rapaz no fue una buena madre, pero ella y los otros guardianes son los únicos padres que hemos tenido. Pensé que ellos deberían saberlo primero... pero aún no he tenido oportunidad de decírselo.

—Lo entiendo perfectamente —ronroneó Ampolla, cogiéndole a Coral una de las garras—. Perdónala, Coral. Puede ser muy traumático ver el cuerpo sin vida de un dragón que conoces. Especialmente si tú misma has deseado rajarle el cuello una o dos veces en tu vida... ¿verdad, Tsunami? Sé que yo también sentía lo mismo por mi madre la mayoría del tiempo.

Tsunami levantó la vista, lentamente, y clavó sus ojos verdes en la mirada negra y helada de Ampolla.

«¿Cómo lo sabe?».

La reina Coral solo había dicho que Rapaz había sido aguijoneada por un Ala Arenosa. Tsunami apretó las garras debajo de la mesa.

«Así que... ¿cómo sabía Ampolla que le habían rajado el cuello a

Rapaz?».

CAPÍTULO 20

Tsunami no sabía qué hacer. ¿Debía acusar a Ampolla de ser una mentirosa... y una asesina... delante de todos aquellos dragones? ¿Cómo reaccionaría la reina Coral si lo hacía?

«Para —se dijo a sí misma—. Piensa. No cargues contra ella ahora, por mucho que lo desees». Le lanzó una mirada a Nocturno. El dragonet era lo suficientemente listo como para haber detectado el error de Ampolla. Claro que lo había hecho. La expresión de sorpresa en su cara lo delataba.

La miró a los ojos y negó ligeramente con la cabeza.

Tsunami respiró hondo y dejó escapar muy despacio el aire que había estado aguantando. Quizá Nocturno tuviera razón. Puede que pusiera a sus amigos en peligro si comenzaba una pelea con Ampolla. Lo mejor sería observar y esperar. Y desear con todas sus fuerzas que el Ala Nocturna usara su colosal cerebro para descubrir por qué Ampolla había matado a Rapaz.

Ampolla no paraba de sacar y meter la lengua entre los dientes, siseando. Se inclinó hacia Coral, le sonrió a Anémona y dijo:

—¿Cómo evoluciona nuestra arma secreta?

Anémona agachó la cabeza y miró la mesa con tristeza.

—¡Maravillosamente bien! —exclamó Coral, dándole unas cuantas palmaditas en la cabeza a su hija y sonriendo con orgullo—. ¿Por qué no te la enseñamos? Remolino, ven con nosotras.

Remolino sacó pecho y se puso en pie. Curiosa, Tsunami se puso en pie a la vez, pero la reina Coral negó con la cabeza y sus perlas bailaron bajo la luz verde que los envolvía.

—Tú puedes quedarte aquí, querida. Estoy segura de que no te interesará lo más mínimo.

—Quiero que venga —saltó Anémona—. ¡Por favor!

Coral y Ampolla intercambiaron una mirada cargada de significado. «No confían en mí —pensó Tsunami—. No quieren que sepa nada sobre un "arma secreta" hasta que estén seguras de que estoy de parte de Ampolla».

«Bueno, peor para ellas».

—Estoy segura de que será muy interesante —les dijo Tsunami con un exagerado entusiasmo—. Todo lo que haces es interesante, madre.

Tsunami pestañeó un par de veces con sus enormes ojos verdes, sin dejar de mirar a Coral. Al otro lado de la mesa, Gloria bufó e intentó disimularlo con una tos falsa.

—¡Por favor! —le rogó Anémona.

—Está bien —suspiró la reina—. Pero los otros se quedan aquí.

La mirada sospechosa de Coral recayó directamente en Cieno. Tsunami siguió a su madre, a Ampolla, a Anémona y a Remolino hasta uno de los pisos altos del pabellón, en el que nunca había estado. Tenía forma de cuenco, con paredes bajas y el suelo en ligera pendiente hacia el centro. Había armas ordenadas en uno de los lados: arpones en forma de cuerno blanco retorcido, como el que llevaba Coral en la punta de la cola; armaduras de batalla hechas de cota de malla o de escamas superpuestas;

garras de metal brillantes como las que llevaban los carroñeros en todos los pergaminos... Ninguna de aquellas armas parecía especialmente diferente o secreta.

Pero... Tsunami miró más detenidamente la pared de las armas otra vez. La armadura de batalla... estaba segura de que aquello era lo que llevaba puesto su atacante en el túnel. Aquella era la razón por la que no había podido clavarle las garras. Se acordó de cómo había arañado el metal con las garras, sin causar daño alguno. Y uno de aquellos chalecos, sin lugar a dudas, tenía un rasguño. ¿Quién más tendría acceso a ese nivel?

«Probablemente, todo el mundo», pensó.

—¿Puedo? —preguntó Remolino ceremoniosamente, señalando uno de los collares de perlas que llevaba Coral en las alas.

La reina extendió el ala para que él pudiera cogerlas. Remolino se dirigió al centro del cuenco y, con cuidado, dejó las perlas en el suelo justo delante de él.

—Está bien —dijo, frotándose las garras—. A ver si puedes hacerlas trepar por la pared.

Tsunami miró a su alrededor. ¿A quién se suponía que le estaba hablando? ¿Dónde estaba el arma secreta?

Anémona se sentó al lado de Tsunami y suspiró.

—¿Tengo que hacerlo? —preguntó—. Parece una pérdida de tiempo.

Tsunami la miró.

—Practicar nunca es una pérdida de tiempo —le contestó Remolino, moviendo la garra de una forma tan arrogante que a Tsunami le dieron ganas de arrancársela.

—Pero no quiero acabar como Albatros —murmuró la pequeña Ala Marina, moviendo las alas y acercándose un poco más a Tsunami.

—Él hizo crecer un pabellón entero de una roca antes de volverse loco e

intentar matar a todo el mundo —le soltó Remolino, en tono condescendiente—. Aún te queda mucho para que eso te ocurra a ti. Venga. El collar, por favor.

Anémona volvió a suspirar. Extendió las garras delanteras y, para el asombro de Tsunami, hizo que el collar empezara a trepar lentamente por la pared, moviéndose como una serpiente.

—Dios mío —soltó la dragonet. De repente, todo cobraba sentido: lo de «magia» en el cargo de Remolino, la forma en que Anémona había reajustado el arnés en el Palacio de las Profundidades...—. ¡Anémona! ¡Eres una animus!

Anémona dejó caer las garras a los lados y el collar dejó de moverse.

—Lo sé —replicó con un tono que indicaba que hubiera preferido descender de los pepinos de mar a ser una princesa real.

—Hemos tenido ya unos cuantos animus en la familia real —le explicó Coral, orgullosa—. Pero no ocurría desde hacía varias generaciones. Anémona nació en el momento justo para ayudarnos a ganar esta guerra.

—Cuidado —siseó Ampolla.

—No tiene que saber todo el plan para adivinar que tener a un animus de tu parte es muy útil en las batallas —respondió Coral—. Hay muchas cosas maravillosas que podemos hacer con este poder.

—Sí. Mirad esto —dijo Remolino. Cogió una coraza de metal y la tiró al aire, por encima del borde del cuenco—. ¡Ensártala con una lanza!

Ninguna lanza se movió y la coraza aterrizó en el lago con un estruendo.

—Lo siento —dijo Anémona, aunque la verdad era que no parecía sentirlo demasiado—. No me has avisado con el tiempo suficiente.

—¡Ay! —gritó alguien desde abajo.

—Anémona —le dijo Remolino con un suspiro—. En una batalla todo se basa en pensar con rapidez.

—¿Cómo vas a saberlo tú? —dijo la pequeña dragonet.

Él frunció el ceño.

—Inténtalo otra vez —exigió la reina Coral, juntando sus garras—. Y esta vez haz lo que te dicen, Anémona.

Remolino tiró otra pieza plana de metal al aire. Al instante, una de las lanzas de cuerno de narval salió disparada tras ella y la atravesó.

Ampolla y Coral aplaudieron, pero Tsunami pensó que era mucho más interesante que la lanza arrastrara de vuelta la armadura para que no pudiera dañar a nadie más.

—Impresionante —la alabó Ampolla—, pero no mucho más impresionante que lo que vi la última vez que vine. ¿No ha habido progresos? ¿Por qué no usáis objetos más grandes? ¿Cuánto más va a durar este entrenamiento?

—Estoy segura de que está casi preparada —le dijo la reina Coral.

—Años. Muchos más años —le contestó Anémona al mismo tiempo.

Ampolla deslizó su oscura lengua bífida entre los dientes, mientras entrecerraba los ojos para mirar a Anémona.

—Coral —dijo, señalando a un lado con la cabeza.

—Quédate aquí —le ordenó Coral a su hija.

La reina se alejó tanto como le permitía el arnés y abrió las alas para ocultar sus susurros y los de Ampolla.

Remolino se acercó a Tsunami y a Anémona. La más pequeña lo miró y, de repente, el collar de perlas que había dejado en el suelo empezó a dar vueltas alrededor del dragón, le pasó por debajo del estómago y salió disparado por encima del borde del cuenco. Con un grito, Remolino corrió tras él, saltando al lago.

—De esto es de lo que tienes que salvarme —susurró Anémona con rapidez.

—¿De las clases aburridas con Remolino? —le respondió Tsunami—. Claro, no te preocupes.

—No, no solo de eso —dijo Anémona arrugando el hocico—. Aunque son terribles. Lo único que me pide es que mueva cosas. Puedo encantar cualquier objeto inanimado para que haga lo que yo quiera y lo único que dice es: «¡Haz que baile esa lanza! ¡Ahora haz que esa silla se mueva de aquí a allí!». Es humillante.

—¿Qué más puedes hacer? —le preguntó Tsunami, mirando a Ampolla y a Coral, pero ambas les daban la espalda, demasiado ocupadas con sus propios secretos.

—Según Ampolla, debería ser capaz de encantar el Palacio Celeste para que se trague a todos los Alas Celestes que haya allí —le contó Anémona en voz baja, mirando a Tsunami—. También quiere que maldiga una lanza para que busque el corazón de Brasas y no pare hasta matarla.

Tsunami replegó la cola, intentando parecer menos alterada de lo que estaba. Si Anémona podía hacer cualquiera de aquellas cosas, sí que era una buena arma secreta. Un poder así podría acabar con la guerra en cuestión de una semana.

—No estoy segura de poder hacer ninguna de esas cosas —dijo—. Tengo miedo de intentarlo. No quiero intentarlo. Cada vez que un dragón animus utiliza su poder, pierde una pequeña parte de sí mismo. —La pequeña alzó las garras y se las miró como si no las reconociera—. Al principio, Albatros era un príncipe y un héroe, pero por aquel entonces no sabían el precio de la magia. Construir el pabellón lo volvió malvado. —Deslizó una zarpa entre las garras de Tsunami. Estaba más fría que el hielo y tan dura como una piedra—. No quiero que eso me pase a mí.

«¿Cómo podría salvarte?», se preguntó Tsunami. Incluso ella misma

estaba tentada de utilizar ese poder que traería la paz tan fácilmente. Pero no podía ignorar el miedo que veía en los ojos de Anémona.

—Primero encontraré al dragón que está intentando matarnos —le aseguró, abrazándola con un ala—. Puede que entonces madre te quite ese arnés y comience a confiar más en ti. Puede que te escuche cuando le digas que no quieres usar tus poderes.

—Ja —murmuró Anémona con amargura.

Tsunami no sabía qué más le podía decir. No se le ocurría ningún consejo que la ayudara a lidiar con extraños problemas mágicos. Pero sí que tenía muchas otras preguntas para Anémona y aquella podía ser su única oportunidad de hacérselas.

—¿Puedo hacerte una pregunta? Si no sobreviviera ninguna de las hijas de Coral, ¿quién sería reina después de ella?

Anémona sacudió la cola y se miró la punta.

—¿Quién sabe? No creo que jamás haya existido ninguna reina que a su muerte haya cedido el trono pacíficamente, al menos no en nuestro reino. ¿Y quién más la desafiaría? Una vez le escuché decir al tío Tiburón que quizás un hijo varón la sucedería, pero supongo que seguramente sería nuestra prima Morena. Si no fuera porque ella no quiere el puesto... quiere que Coral sea reina para siempre. Al menos eso es lo que dice siempre.

—¿No la crees? —le preguntó Tsunami.

—Hay algo muy extraño en ella, ¿no crees? Es como si tuviera que estar fingiendo todo el rato, porque nadie puede actuar siempre así y pretender que todo el mundo se lo crea.

—Quizá, pero creo que el asesino es Tiburón. Estoy segura de que quiere que Morena sea la reina y si ninguna de las hijas de Coral sobrevive, tendrá que serlo ella.

Anémona soltó un bufido.

—Morena preferiría morir antes que desafiar a la reina.

Tsunami vio a la reina Coral cerrar las alas un poco más.

—Mientras tanto —susurró rápidamente—, actúa como si necesitaras más entrenamiento. Comete errores de vez en cuando si tienes que hacerlo. Hazles creer que no estás preparada todo el tiempo que puedas.

—Cometer errores —suspiró Anémona—. ¿Por qué no se me habrá ocurrido a mí?

La reina Coral regresó junto a ellas, moviendo el hocico de lado a lado.

—¿Dónde está Remolino? —preguntó.

—Creo que ha perdido algo —le contestó Anémona inocentemente.

—La reina Ampolla quiere que pruebes... —comenzó a decir, pero guardó silencio cuando la Ala Arenosa levantó la cabeza de repente.

Ampolla miró a su alrededor, inquietantemente inmóvil. Nada en su cuerpo se movía excepto los ojos. Tsunami se quedó hipnotizada mirándola. Anémona y Coral, que esperaban en silencio, parecían igual de asombradas.

Ampolla dirigió lentamente la mirada hacia el follaje y las lianas que las cubrían.

Entonces Tsunami también lo oyó.

Algo se movía allí arriba.

Algo grande.

CAPÍTULO 21

La reina Coral siseó suavemente.

—Llamaré a mis guardias —dijo.

—Espera —dijo Ampolla, al tiempo que levantaba una garra. Su voz era apenas un murmullo—. Queremos coger a quien quiera que haya ahí fuera, no asustarlo para que huya —añadió, dando un latigazo con la cola—. Venid.

En silencio, se deslizó por el borde del pabellón y voló hasta la pared del risco. Coral y Anémona la imitaron, seguidas muy de cerca por Tsunami. No estaba segura de que estuviera invitada, pero tampoco le importaba.

Ampolla aterrizó en un saliente, junto a la cascada más alta. El agua salía de un agujero situado muy por encima de sus cabezas, casi a la misma altura que el follaje de los árboles que las cubrían, y corría como un torrente a lo largo de la pared del risco, dividiéndose por culpa de las rocas y formando pequeñas nubes de espuma al llegar al lago. Y hacía ruido, mucho ruido. El suficiente como para camuflar el sonido de sus alas si ascendía volando junto a las cataratas.

«Es lista —pensó Tsunami mirando a Ampolla—. ¿Por qué eso me hace

desconfiar aún más de ella en vez de al revés?».

En lo alto de la cascada, la Ala Arenosa se quedó suspendida en el aire un momento, observando el follaje con sus oscuros y brillantes ojos. Desde aquella altura, los dragones que se movían más abajo parecían lagartos que correteaban por el pabellón y nadaban en el lago. Tsunami vio a Remolino remando frenéticamente en círculos con las garras extendidas. Seguía intentando atrapar el collar de perlas que no hacía más que alejarse de él.

El follaje era denso y verde, con enredaderas que el paso de los siglos había enroscado entre sí y hojas del tamaño de una garra de dragón. Desde cerca, Tsunami también pudo ver unas pequeñas flores azules en forma de cáscaras de huevo rotas, que brillaban gracias a los rayos de sol que se colaban por los pequeños agujeros entre las plantas.

Algo movía las hojas. Algo que reptaba entre las enredaderas, no demasiado lejos del borde del acantilado. Algo del tamaño de un dragón.

—Un espía —dijo la reina Coral susurrando.

De repente, Ampolla se internó entre las hojas, tan rápida como una cobra. La dragona hundió sus garras en el desconocido y lo arrastró fuera del resguardo de los árboles. En un mismo y fluido movimiento, se giró y le lanzó el dragón a Tsunami.

Sorprendida, Tsunami abrió las patas para agarrarlo. De pronto, se encontró cara a cara con Membranas.

Membranas, uno de los guardianes que les habían mandado los Garras de la Paz. El traidor que había robado su huevo del Nido Real. Aquel que jamás le había enseñado el lenguaje submarino.

Tsunami apenas tuvo tiempo de reparar en la expresión de terror de su rostro cuando el dragón chocó con ella y ambos salieron despedidos hacia la pared del risco. El Ala Marina batió las alas, echándose hacia atrás, y recuperó el aliento mientras intentaba erguirse.

—Vaya —dijo Ampolla, que parecía decepcionada—. Es solo un Ala Marina.

—No es solo un Ala Marina. —Coral agarró a Membranas del cuello y lo zarandeó. Sus ojos verdes brillaban de rabia y triunfo—. Este es Membranas, el mayor traidor de nuestra tribu. Llevo años buscándolo.

—Majestad —graznó Membranas, llevándose también las manos al cuello—. Por favor. He venido para suplicaros misericordia.

—Misericordia —siseó Coral—. Después de lo que hiciste. —Volvió a zarandearlo, esta vez más fuerte—. Misericordia denegada.

Lo alzó en el aire y le golpeó en la cabeza con la cola, produciendo un horrible crujido. Membranas se quedó flácido, con los ojos cerrados y empezó a caer en picado hacia el lago que tenían debajo.

—¡Membranas! —gritó Tsunami.

Teniendo en cuenta la vida que aquel dragón la había obligado a llevar, sabía que debería odiarlo. Aun así, antes de darse cuenta de lo que hacía, se encontró volando tras él.

Por todo el Palacio de Verano, los dragones dejaron lo que estaban haciendo para mirar hacia arriba, sorprendidos al ver caer a un dragón del cielo. Ninguno de ellos movió una sola pata para ayudarlo. Tsunami batió las alas, desesperada, intentando alcanzarlo. ¿Moriría si se golpeaba con el agua desde aquella altura?

—¡Cieno! —gritó—. ¡Cieno! ¡Ayúdame!

Al instante, Cieno salió de la cueva en la que estaba, aturdido y sin saber adónde mirar, pero listo para volar.

—¡Cógelo! —le gritó Tsunami, señalando a Membranas.

Cieno alzó el vuelo, alejándose de la cueva, y se preparó para interceptar el cuerpo de Membranas antes de que cayera al lago. Los dos dragones

chocaron en el aire. Cieno trastabilló, intentando mantener en el aire a su guardián, mucho más grande y pesado que él.

Por suerte, consiguió frenar su caída lo suficiente para que Tsunami los pudiera alcanzar. Alzó a Membranas desde el otro lado hasta apoyarle las patas delanteras en la espalda de Cieno, mientras ella sostenía el resto del cuerpo sobre los hombros. Con cuidado, Cieno y ella se acercaron al pabellón y se dejaron caer en el primer piso que consiguieron alcanzar. Que resultó ser la biblioteca.

Membranas estaba desparramado sobre las huellas azules y negras del suelo, con la cabeza echada hacia un lado. Le salía sangre de la oreja.

—Despierta —ordenó Tsunami zarandeándolo—. Venga, no puedes morirte. No hasta que pueda gritarte, al menos.

Los otros tres dragonets aterrizaron a su alrededor. Gloria miró por encima de la nariz a Membranas, mientras las escamas se le iban tiñendo de verde oscuro. Sol se agachó junto a su cabeza. El huevo seguía pegado a ella, lo que le dificultaba acercarse más a su guardián, pero extendió una pata y le acarició el hocico con una de las garras.

—¿Membranas? —lo llamó, dulcemente—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Comprobad el perímetro —oyó Tsunami decir a su madre, dando órdenes—. Aseguraos de que no hay más Garras de la Paz por los alrededores —dijo, escupiendo las palabras «Garras de la Paz» como si no fueran más que pescado podrido.

Nerviosa, Tsunami alzó la mirada hacia el follaje que colgaba sobre sus cabezas y vio un agujero con la forma perfecta de un dragón por el que entraban los rayos del sol. Tsunami no pudo evitar preguntarse quién más podría acceder por allí al palacio secreto de los Alas Marinas y eso la preocupó. ¿Se había parado Ampolla a pensar en eso cuando había atacado a Membranas? Ella no pondría en peligro a sus aliados queriendo, ¿verdad?

Pero quizá no se preocupaba por ellos lo suficiente como para tener cuidado con sus defensas.

La reina Coral llegó a la biblioteca con la cara roja de furia. Se agachó junto a Membranas mientras Ampolla, Anémona y Morena aterrizaban tras ella.

—¿Por qué le has salvado la vida? —le siseó a Tsunami—. ¿Después de todo lo que te ha hecho?

«No lo sé», pensó la dragonet. ¿Por qué no quería que Membranas muriera? Su instinto era el que le había hecho lanzarse a por él. «Quizá quiero darle a Abisal la oportunidad de conocer a su padre, ya que yo nunca la tuve. O puede que aún no esté preparada para perder al último guardián que queda con vida». Durante la mayor parte de su vida solo había conocido a siete dragones y dos de ellos habían muerto en los últimos diez días. Para ella, era más que suficiente.

—Pensé que quizá tuviera información que necesitáramos —mintió—. Puede que sobre los Garras...

—O —intervino Ampolla— quizás ahora podamos, al fin, descubrir cómo entró en el Nido Real para robar el huevo. Una dragonet muy lista. Tsunami debe de haber heredado su inteligencia de ti, Coral.

La reina Coral siseó y miró a Membranas.

—Supongo que nos será útil si lo interrogamos —dijo—. Morena, despiértalo.

Morena desapareció por el borde del pabellón y volvió, segundos después, con una enorme concha llena de agua de mar. La dragona se la tiró a Membranas a la cara sin demasiados miramientos. Sol dejó escapar un pequeño grito y se apartó de la trayectoria del agua.

Membranas tosió y escupió agua por los agujeros de la nariz. Se sentó despacio, sujetándose la cabeza e intentando secarse el hocico.

Su mirada recayó primero en los dragonets y Tsunami se sorprendió al ver cómo se le iluminaba la cara de alegría. Miró a Cieno, a Gloria y a Nocturno como si no pudiera creer que siguieran con vida. Estiró las garras delanteras y Sol le agarró la que tenía más cerca de ella, devolviéndole la sonrisa.

—Pero los Alas Celestes... —dijo—. ¡Pensé que todos habíais muerto! ¿Cómo habéis...?

—Escapamos —le contestó Gloria con frialdad.

—No gracias a los Garras de la Paz —añadió Tsunami—. O al estúpido e inútil de Oráculo.

—Fue increíble —exclamó Sol—. ¡Deberías habernos visto! Nosotros...

—Te lo contaremos en otro momento —la interrumpió Cieno.

Sol lo miró, dirigiendo luego la mirada a los Alas Marinas, y cerró el hocico de golpe.

Membranas se fijó en la reina Coral y en la horripilante expresión de su rostro, mientras Ampolla se alzaba amenazadoramente detrás de ella. El guardián tembló y luego hizo una mueca de dolor como si el gesto hubiera provocado que le doliera aún más la cabeza.

—Bienvenido a casa —gruñó la reina—. Pensaba que serías demasiado cobarde para volver.

—Sé que no merezco vuestra misericordia, Majestad —le dijo Membranas, intentando ponerse en pie para arrodillarse delante de ella—. Pero escuché que... y esperaba...

—¿Por qué me robaste uno de mis huevos? —le preguntó la reina—. Podrías habérselo robado a cualquier otro dragón en el Reino del Mar.

Tsunami crispó las alas.

«¿Y eso hubiera estado bien, madre? ¿Solo estás enfadada porque te lo robó a ti? ¿No porque arruinaría la vida de cualquier dragonet?».

—Tenía que ser un huevo listo para eclosionar en la noche más brillante —le explicó Membranas con vacilación—. Y además tenía que ser tal y como decía la profecía... el huevo de Ala Marina del azul más oscuro. Vi vuestros huevos cuando los estaba cuidando, antes de... antes de irme.

—Querrás decir antes de huir —le espetó Coral—. En medio de una batalla.

Al mirar a Membranas, a Tsunami le costó creer que fuera el padre de Abisal. Su amigo era mucho más fuerte y mucho más valiente que aquel dragón viejo y tembloroso.

—Me acordé de vuestro huevo —siguió diciendo Membranas, dejando caer las alas—. Era tan azul... tenía que ser el adecuado. Lo siento mucho, Majestad —dijo de carrerilla—, pero la profecía es muy importante. Jamás os habría traicionado por ningún otro motivo. Pero por la paz... ¿cómo no iba hacer lo que los Garras de la Paz me habían pedido que hiciera?

—¿Y cómo entraste en el nido? —dijo Coral, sacudiendo amenazadoramente la cola tras ella—. Tenía guardias apostados en la puerta cada miserable segundo hasta que eclosionara el huevo.

Tsunami se inclinó sobre él. Si sabía de la existencia de una entrada secreta, entonces los conduciría hasta el asesino de las dragonets.

Membranas agachó la cabeza.

—Drogué a los guardias —dijo—. Conocía a alguien que me ayudó a ponerles una poción del sueño en la cena. Estaban dormidos cuando entré y lo seguían estando cuando salí de allí con el huevo. No fue culpa suya.

—Bueno —dijo Coral en tono condescendiente—. De todas formas los maté. Y cuando dices que alguien te ayudó... supongo que te referirás a tu esposa, ¿verdad?

Membranas se encogió.

—Me lo estuve preguntando un tiempo —continuó Coral. Su expresión

era de satisfacción, como si al fin estuviera encajando las piezas de un gran puzle—. Fue muy estúpida al no huir contigo. Por supuesto, esa fue la razón de que poco después la reasignaran de la cocina al campo de batalla. Qué pena que aquella primera batalla fuera un gran baño de sangre.

Parecía como si le hubieran arrancando toda la luz a las escamas de Membranas. Sol dejó escapar un ruidito de pena y, tras acercarse más a él, enroscó la cola con la suya. Incluso Gloria parecía sentir pena por él.

A Tsunami nunca se le había ocurrido pensar que Membranas hubiera dejado atrás a una familia hasta que conoció a Abisal. Ni siquiera entonces se lo había imaginado abandonando a una esposa y a un bebé dragonet. Si estaba dispuesto a dejar tantas cosas atrás, quizá sí que le preocupara la profecía por encima de todo. Ella no habría podido hacer lo mismo. Jamás.

—Ahora que sé que los dragonets están a salvo —dijo en un susurro—, podéis hacer lo que queráis conmigo.

—Lo haré —rugió Coral—. Puedes empezar diciéndome dónde están los Garras de la Paz.

—¿Por qué? —le preguntó Tsunami mientras Membranas negaba con la cabeza—. ¿Por qué quieres encontrarlos?

Coral enseñó todos sus afilados dientes blancos.

—Venganza, querida. Me robaron algo y nadie se va de rositas después de hacerme algo así. Ahora debo encontrarlos y exterminarlos.

—¿No tienes cosas más importantes que hacer? —le preguntó la dragonet—. Yo también creo que son unos dragones odiosos, sí, con un sentido bastante distorsionado de cómo hay que criar a un dragonet para cumplir con la profecía. Pero lo único que quieren hacer es acabar con esta guerra. ¿No es eso lo que todos queremos?

—Nosotros no estamos intentando acabar con la guerra —siseó Ampolla

con su escurridiza voz—. Intentamos ganarla. Espero que sepas ver la diferencia.

—Pero matar a los Garras de la Paz no os ayudará en nada. No le han hecho daño a nadie salvo a nosotros cinco —insistió Tsunami, mientras señalaba con las garras a sus amigos.

—De hecho —intervino Nocturno de repente—, podría decirse que le salvaron la vida a Tsunami.

El Ala Nocturna se quedó paralizado en su sitio cuando todas las miradas recayeron sobre él. La reina Coral siseó amenazadoramente. Incluso Membranas parecía confuso.

—¿Qué? —rugió la reina.

—Bueno —tartamudeó el dragonet—. Las... las... las otras dragonets hembra de la misma puesta... murieron. Todas ellas. Al igual que han muerto todas vuestras herederas potenciales. Quienquiera que las esté matando, Membranas se llevó el huevo antes de que el asesino pudiera ponerle las manos encima. Si vuestro huevo hubiera estado en el nido, ahora Tsunami estaría muerta. Al robarlo él... los Garras de la Paz... le salvaron la vida. ¿No es cierto?

Tsunami se sentía como si le estuvieran arrancando todos los huesos del cuerpo. Era como si, de repente, aquel cuerpo no fuera el suyo. «No. Los Garras de la Paz me arruinaron la vida. Siempre lo he creído así. No hay nada de lo que esté más convencida. Ellos no me salvaron».

Pero muy dentro de su ser, sabía que Nocturno tenía razón. Sí que la habían salvado. Sin quererlo, pero la habían salvado. Membranas la había salvado.

Recordó todos sus sueños sobre cómo habría sido su vida si hubiera eclosionado en el Reino del Mar y la hubiera criado su propia madre. Ahora sabía que si eso hubiera ocurrido, ningún sueño se habría hecho realidad.

Habría muerto durante la primera semana de vida, con el cuello roto como el de la pequeña dragonet que había visto en el Nido Real.

—¡Majestad!

Uno de los pequeños mensajeros de antes —Erizo, recordó Tsunami— llegó volando y se paró ante las garras de Coral. Hizo una reverencia, inclinándose lo más que pudo, y se llevó las garras a la cabeza.

—Hemos encontrado a un dragón sospechoso merodeando fuera —dijo el recién llegado—. Debe de estar compinchado con Membranas.

—Traédmelo —rugió la reina con una voz que retumbó entre las paredes del palacio.

Erizo señaló el túnel y todos se inclinaron por el borde para ver a Piraña y a una tropa de Alas Marinas que arrastraban a alguien hacia el Palacio de Verano. Lo sacaron del agua y lo llevaron volando hasta la reina. Las garras membranosas le colgaban a un lado, sin vida, tenía los ojos cerrados y un arañazo a lo largo de las escamas azul cielo que no paraba de sangrar.

A Tsunami se le revolvió el estómago como si lo tuviera lleno de medusas.

Era Abisal.

CAPÍTULO 22

A Membranas se le volvieron casi grises las pálidas escamas verdes cuando arrojaron a Abisal al suelo, entre él y la reina Coral.

—¡No! —gritó—. ¡Él no tiene nada que ver con esto! Nunca ha mantenido ningún contacto conmigo.

Morena arrojó otra concha de agua en la cara a Abisal, que gruñó al tiempo que se protegía los ojos.

—Es cierto —dijo Tsunami desesperada—. Abisal no estaba aquí por Membranas. Él... él me está ayudando. Esto... con mi acuático.

Era cierto, aunque hubiera sonado a una mentira incluso para ella misma.

—Se supone que Remolino es el que te debe enseñar acuático, no esta miserable criatura —le espetó la reina entrecerrando los ojos.

—Remolino es un profesor horrible. Preferiría que me diera clases un percebe.

Abisal se sentó lentamente. Miró a su alrededor, fijándose en todas las caras que lo estaban observando. Detuvo la mirada en Membranas y los dos dragones se contemplaron mutuamente durante un momento interminable.

—Admite tu traición —le exigió la reina—. Después de todo, es algo que

te corre por las venas.

Coral intentó abofetearle el hocico, pero Abisal retrocedió antes de que pudiera hacerlo. Piraña siseó y le golpeó un costado con una lanza de narval.

—No le hagas daño —suplico Tsunami—. Por favor. Él no trabaja para los Garras de la Paz, te lo prometo.

La dragonet se sorprendió al darse cuenta de que Abisal parecía avergonzado. El Ala Marina no paraba de contemplarse las garras, evitando su mirada.

—Lleváoslos a los dos a la nueva prisión —dijo Coral, que parecía realmente disgustada—. Ya les sacaremos lo que necesitamos saber sobre los Garras más tarde, cuando me sienta un poco menos violenta.

—¿No tienes otra pregunta para ellos? —intervino Ampolla. Había estado tanto tiempo callada, que Tsunami se sobresaltó al oírla.

Coral giró la cabeza para mirar a la Ala Arenosa.

—¿Por qué mataron a todas tus herederas? —ronroneó Ampolla—. Es decir, es obvio que fueron ellos, ¿verdad?

—¡Obvio! —saltó Coral, mirando a Membranas y a Abisal.

—Trabajando juntos —murmuró Ampolla—. Es un clímax perfecto para esta historia.

—Lo es —le dio la razón la reina.

—¡No! —intervino Tsunami—. ¡No tiene ningún sentido!

—Es justo como una de esas historias de misterio tan brillantes que escribes —prosiguió Ampolla, ignorando a la dragonet—. *Las garras del asesinato* , por ejemplo. O *Cola sangrienta* . Esa fue maravillosa.

—Sí que lo fue —agregó Coral más fervientemente—. ¡Son los asesinos perfectos! ¡Todo encaja!

—¡No, no encaja! —gritó Tsunami—. ¿Por qué iban a hacerlo? ¡No

tienen motivos!

—Claro que los tienen —le espetó la reina—. Ampolla, explícaselo.

—Para que Tsunami pudiera volver como la única heredera con vida. Está claro —dijo Ampolla con voz suave—. Si se quitaban de en medio a las otras posibles herederas, ella sería mucho más valiosa. Una buena moneda de cambio si algún día necesitaban usarla.

—Nadie me ha usado —escupió Tsunami.

—Esperad, Membranas no puede ser el asesino —intercedió Cieno, mientras inclinaba la enorme cabeza marrón hacia un lado—. Odia matar a otros dragones. Esa es la razón por la que huyó.

—Tonterías —dijo la reina Coral moviendo una de sus garras—. Huyó para salvar sus propias escamas.

—Aun así, no estoy muy seguro de que esa teoría tenga sentido —dijo Nocturno en voz baja, con la mirada perdida en algún punto por encima de sus cabezas, como si estuviera intentando resolver una difícil ecuación matemática—. Los asesinatos de las princesas empezaron dos años antes de que robara el huevo de Tsunami, así que ni los Garras ni, especialmente, Membranas, sabían en ese momento que iban a robar un huevo real. Membranas ni siquiera sabía en aquel momento que se convertiría en un Garra de la Paz. Además, ha pasado los últimos seis años bajo tierra, con nosotros. No podría haber volado hasta aquí y volver con nosotros a tiempo cada vez que quisiera matar a una dragonet —dijo Nocturno, mientras negaba con la cabeza—. No, me temo que no... —concluyó, pero su mirada se topó con la de Ampolla y cerró la boca al instante.

—Eso mismo —corroboró Tsunami a la desesperada—. ¡Exacto!

—Entonces fueron sus amigos de los Garras de la Paz quienes hicieron el trabajo sucio —le respondió Ampolla sin inmutarse—. Sabes que tiene sentido, Coral. Ya hace mucho que los Garras son tus enemigos. Por

supuesto que se acabaría descubriendo que ellos han estado todo este tiempo detrás de los asesinatos. Es el final redondo que lo cierra todo.

Coral asintió. Aferró con las garras el pergamino que tenía más cerca, como si no pudiera esperar para escribirlo todo.

—¿Por qué hacéis esto? —le preguntó Tsunami a Ampolla, acercándose —. ¿Por qué queréis cargarles los asesinatos a Membranas y a Abisal? A menos que lo único que pretendáis sea cubriros las huellas...

Ampolla soltó una carcajada.

—A mí no me importa lo que les ocurra a las princesas Alas Marinas. Excepto que siento como mío el dolor de mi pobre aliada, claro. Solamente estoy haciéndole ver lo obvio. A esos dos habría que ejecutarlos lo antes posible por sus crímenes.

«Queréis muerto a Membranas —pensó Tsunami—. «Y fuisteis vos quien mató a Rapaz, lo sé, ¿pero por qué?».

—Brillante. Simplemente brillante —dijo Coral aplaudiendo—. Lleváoslos y ya planearemos luego su ejecución.

Piraña y sus guardias rodearon a Membranas y a Abisal. Tsunami no tuvo tiempo de decirles nada más antes de que los arrastraran y se los llevaran de allí. Abisal seguía sin mirarla a los ojos. Apretó las garras, llena de frustración.

—¿Sabéis lo que esto significa? —anunció Coral complacida—. Podemos devolver el huevo al Nido Real. Ahora estará a salvo.

—¡No lo está! —gritó Sol, protegiendo el huevo con las garras.

—Ya lo creo que sí —le contestó la reina—. Con Membranas encerrado, el huevo podrá eclosionar en el Nido Real, como se supone que debe hacer.

—Te equivocas —intervino Tsunami—. No estoy dispuesta a arriesgar la vida de esta dragonet solo porque te creas la estúpida historia que Ampolla se ha inventado.

Ampolla observó a Tsunami con una mirada malévola en sus ojos de obsidiana.

—Estará perfectamente a salvo —repitió Coral, moviendo las garras para quitarle importancia al asunto—. Además, todas las reinas Alas Marinas de la historia han eclosionado en el Nido Real.

Un silencio cayó entre las dos. Tsunami y Coral estaban pensando lo mismo: la dragonet del destino no había nacido allí. «Vas a tragarte tus propias palabras cuando sea reina», pensó Tsunami, pero no estaba muy segura de que quisiera hacerlo realidad. ¿Seguía queriendo ser reina de su tribu? Especialmente si eso suponía tener que aliarse con Ampolla. ¿Podría romper su trato y cargar con las consecuencias?

Solo un dragón podría hacerle cambiar de opinión sobre el huevo. Tsunami miró a Ampolla y se dio cuenta de que lo último que había dicho era verdad: a Ampolla no podía importarle menos lo que le ocurriera a las herederas Alas Marinas. La Ala Arenosa no paraba de mirarse las zarpas con aire aburrido.

—Está bien —dijo finalmente Tsunami, enderezando los hombros—. Pero me quedaré con el huevo hasta que eclosione.

La reina Coral inclinó la cabeza a un lado.

—¿En el Nido Real? ¿Toda la noche?

—Me aseguraré de que esté a salvo y de que pueda nacer sin problemas —le contestó la dragonet.

Tsunami miró el huevo, que emitía un brillo azul y verde bajo la cáscara blanca. Veía el cuerpo de la dragonet tras la fina cáscara. Estaba a punto de nacer. Sol seguía acunando el huevo entre las garras.

—Pero cuando coja al verdadero asesino —siguió Tsunami—, quiero que me prometas que liberarás a Abisal y a Membranas de la prisión.

—Ja —se rio Coral—. Nunca liberaré a Membranas.

—¿Ni siquiera si salvo a tu última heredera? —le preguntó Tsunami.

Coral arañó el suelo de piedra con las garras.

—No será necesario —dijo—. Ya hemos apresado a los asesinos.

—Entonces, si estás tan segura, no te importará hacer ese trato conmigo —dijo Tsunami.

Ampolla la miró con frialdad.

—Está bien. Te prometo a Abisal, pero Membranas tiene demasiados asuntos por los que responder —contestó la reina, al tiempo que agitaba una zarpa.

Tsunami notó que Ampolla se calmaba.

Así que era a Membranas a quien quería muerto y no a Abisal. Aquello era lo mejor que podía conseguir en esos momentos. Ya pensaría en otra forma de salvar a Membranas.

—Pero Tsunami, dijimos que nos quedaríamos juntos —protestó Cieno —. No podemos protegerte allí abajo.

—Y quien quiera que esté matando a los huevos, también querrá matarte a ti —señaló Gloria.

Tsunami sacudió la cabeza y flexionó las garras.

—No si lo atrapo yo primero.

TERCERA PARTE

FUERA DEL CASCARÓN

CAPÍTULO 23

Estaba negro como boca de lobo allá abajo, en el Nido Real. Negro y escalofriantemente silencioso.

Tsunami podía ver en la oscuridad, por supuesto, pero todo le parecía gris y borroso. Las únicas notas de color procedían de los huevos, cuando los dragonets del interior se movían. Al otro lado de la cueva, veía tres huevos de dragonet macho que reposaban tranquilamente apoyados unos en otros. Ellos no tenían nada de lo que preocuparse.

Aunque había guardias apostados en la puerta, Tsunami era la única que se encontraba dentro del nido. En cuanto la puerta se cerró tras ella, inspeccionó las paredes, tirando de cada saliente que encontraba con la esperanza de que se abriera de repente un agujero en el suelo. Rodeó varias veces la estatua de Orca, buscando entre las garras, la cola y el pedestal. Pero no ocurrió nada. No encontró ni rastro de una entrada secreta.

Finalmente, se tumbó al lado del huevo y se puso alerta, mirando a todos lados con fiereza.

«Está bien, asesino. Estoy preparada». Tenía una lanza de narval a su

lado, en el suelo, aunque no tenía ni idea de cómo usarla. Lo único que sabía era que no la volverían a pillar por sorpresa.

Varios chorros de agua caliente, que entraban en el nido gracias a unos agujeros minúsculos practicados en el coral, sumergían los huevos en un baño de calor y pequeñas burbujas. Para el gusto de Tsunami, el agua estaba demasiado caliente, pero no quería separarse del huevo. Hundió el hocico debajo de él, buscando otra vez una puerta secreta, pero el suelo era tan liso y suave como el propio huevo.

Unas alas se agitaron dentro del huevo, como un latido, mientras la dragonet del interior intentaba estirarse. Tsunami posó sus garras un momento sobre la cáscara. Se preguntó si Sol tenía razón con lo de que la dragonet podía oírla. Acercó el hocico al huevo y, a través del agua, susurró:

—No te preocupes. Estoy aquí para protegerte.

Las pequeñas alas volvieron a moverse. Tsunami se acercó un poco más, deseando que hubiera un poco de ruido y de luz en aquella oscura habitación, tan cálida como silenciosa.

Un arañazo.

Tsunami alzó la cabeza de golpe.

Nada. Silencio.

Y aun así... tenía el extraño presentimiento de que había alguien con ella en la habitación.

Otro arañazo.

Sintió un hormigueo en las escamas de las alas, como si tuviera un par de ardillas recorriéndole la espalda.

Se levantó y flexionó las garras. La única puerta que daba al nido estaba cerrada. Los huevos estaban quietos. El único movimiento de la habitación era el de las burbujas que salían del suelo.

Un momento...

La estatua.

¿No se suponía que antes estaba de cara a la puerta?

La miró fijamente hasta que le empezaron a escocer los ojos.

¿Había girado la cabeza? ¿La estaba mirando?

A Tsunami le temblaba todo el cuerpo y no podía dejar de pestañear en medio de aquella oscuridad, mientras seguía mirando la estatua de Orca.

La estatua le estaba devolviendo la mirada. Los ojos estaban hechos de zafiros, recordó Tsunami, pero entre las sombras grisáceas del nido parecían tan negros y malignos como los de Ampolla. Estaba segura de que la estatua se encontraba de cara a la puerta cuando había entrado, pero en ese momento las miraba a ella y al huevo con un brillo siniestro.

«Imposible», se dijo la dragonet.

Pero entonces...

Arañazo. Arañazo. Arañaaaaaazo.

Unas garras de piedra se aferraron al pedestal y una lengua de roca se deslizó rápidamente entre unos irregulares dientes de tiburón.

«Nadie se ha estado colando en el nido», pensó Tsunami en el único momento que tuvo para hacerlo. «La asesina ya está aquí. Ha estado aquí todo este tiempo».

En ese momento, la estatua se bajó de su pedestal, con las garras listas para aplastar el huevo.

Tsunami se interpuso entre la estatua y su hermana aún en el cascarón. Unas garras de mármol verde, más pesadas y robustas que las de un dragón de verdad, aferraron a Tsunami del cuello. Sintió como si un millón de esquirlas de roca la apuñalaran entre las escamas. Una de las garras se le metió en las agallas y se las desgarró. La sangre empezó a manar mientras Tsunami alejaba a la estatua de ellas.

«Siento haber roto las reglas. No debe haber sangre en el nido», pensó Tsunami bastante mareada. Retrocedió un paso, taponándose la herida del cuello con una garra.

¿Cómo iba a luchar contra una estatua? ¿Cómo podía nadie ganarle a un dragón de piedra?

La estatua volvió a atacar, implacable como la marea. Cayó sobre Tsunami y la hizo trastabillar. Su peso la hundió, arrastrándola y golpeándola contra el suelo. Se revolvió, arañándole el hocico, pero sus garras chocaron inútilmente contra el mármol y solo consiguió herirse a sí misma.

La estatua intentó pasar por encima de ella, pisoteándola mientras se dirigía al huevo. Descargó un pie con fuerza sobre el pecho de la dragonet y esta sintió cómo se le quebraban las costillas.

«No vas a dañar a este huevo».

Tsunami se levantó y sujetó con las garras delanteras el hocico de la dragona de piedra. Tiró con fuerza hacia ella, le hundió las zarpas en las cuencas de los ojos y le arrancó los dos zafiros allí alojados. De pronto los tenía sobre las palmas, brillantes y pesados.

La dragona de piedra no rugió de dolor, ni se desmayó ni hizo ninguna de las cosas que Tsunami esperaba. Se paró, movió la cabeza de un lado a otro y se sentó sobre los cuartos traseros, levantándose lo justo para que Tsunami quedara libre.

La dragonet respiró hondo, se tragó una bocanada de sangre y gritó tan alto como pudo.

—¡AYUDA! —exclamó. Aunque el agua amortiguara su grito, seguro que los guardias lo oirían—. ¡AYUDADME! ¡AYUDA!

Si es que aún había guardias ahí fuera.

Tal vez la reina Coral, segura de su teoría, le había prometido a Tsunami

que los apostaría ante el Nido Real para luego mandarlos a otro lado convencida de que no serían necesarios.

Hubiera o no alguien allí fuera, nadie acudió en su ayuda.

La estatua se acarició con cuidado las cuencas de los ojos y luego buscó en el suelo a su alrededor, como si creyera que se le podían haber caído por accidente. Tsunami retrocedió un paso y tiró los zafiros por dos de los agujeros del suelo que dejaban entrar el agua caliente. Necesitaba toda la ventaja que pudiera conseguir.

Con cuidado, se acercó al huevo y cogió la lanza de narval. ¿Sería suficiente para dañar la roca?

La estatua sacó la lengua un par de veces, saboreando el agua. Lentamente, dirigió la cara ciega hacia Tsunami. Sabía que un dragón animus debía de haber encantado la estatua, pero no tenía ni idea de cómo funcionaban esos hechizos. ¿Bastaría con cegarla o seguiría intentando matar a toda costa, hasta que todas las herederas reales del nido estuvieran muertas?

Dedujo que el encantamiento estaba pensado para que la estatua matara solo cuando no había guardias cerca, ni la reina ni nadie que pudiera presenciar sus crímenes e impedírselos.

Pero Tsunami era una heredera. No era una simple testigo de sus fechorías. Era un objetivo.

La estatua dio un paso. El suelo tembló bajo el peso de aquellas garras.

Lo único que quería Tsunami era alejarla del huevo. Si pudiera abrir la puerta, ¿sería suficiente para que volviera a convertirse en una fría estatua sin vida? ¿Y si no había nadie allí fuera? ¿La seguiría hasta el palacio?

Aun así, Tsunami tenía miedo de dejar el huevo sin vigilancia, aunque fuera solo un momento. La estatua era rápida. Podría romper el huevo aplastándolo con el pie y luego nadar tras ella en apenas unos segundos. Y

si intentaba llevarse el huevo, la estatua podría acabar con ellas fácilmente. Su hermana estaría más segura en el nido, siempre y cuando Tsunami se interpusiera entre el huevo y la estatua asesina.

Levantó la lanza de narval y apuntó a la dragona. Las reglas comunes de una pelea no le serían útiles en ese momento. Podía intentar clavarle la lanza en la cuenca vacía del ojo, pero no había ningún cerebro que atravesar. Ningún corazón al que atacar protegido bajo las escamas, ni siquiera el punto débil que todos los dragones tenían en la cola.

La estatua levantó el hocico. Las cuencas vacías de sus ojos eran tan oscuras como el fondo de los cañones marinos.

¿La estaba oliendo? ¿Percibía su rastro en el agua? ¿O es que podía oírla?

Fuera lo que fuese lo que estaba haciendo, con ojos o sin ellos, parecía saber exactamente la posición de Tsunami.

La estatua se abalanzó sobre ella. La dragonet apoyó la lanza en el suelo y el pecho de la estatua cayó directamente sobre el arma. Las garras de Tsunami se resintieron por el golpe, que le provocó el mismo dolor que hubiera sentido si le hubieran atravesado las dos palmas con una lanza. La estatua rebotó hacia atrás y Tsunami vio pequeñas esquirlas de piedra verde flotando en el agua, a su alrededor. «Quizá pueda destruirla si la hago añicos».

La estatua volvió a atacar. Era rápida, pero esta vez fue con las garras por delante, tanteando. Tsunami trató de quitarse de su camino, pero la estatua cogió la lanza de narval con sus garras delanteras y se la arrebató. La estatua trazó un arco perfecto con la lanza y Tsunami tuvo que encogerse y alejarse rodando para no acabar ensartada.

El único sonido que emitía la estatua era el del choque de la roca contra la roca. No gruñía ni rugía ni refunfuñaba como solía hacer un dragón

normal en una pelea. Era tan horriblemente silenciosa como el resto del nido.

Tsunami se preguntó si podría hablar o escuchar. Incluso si podría comunicarse de alguna forma.

—¿Puedes oírme? —le gritó, poniendo especial atención a las corrientes —. ¿Quién te embrujó?

En vez de responderle, la estatua tiró la lanza a un lado y cargó contra ella una vez más. Tsunami se escurrió nadando bajo ella, cogió la lanza y se giró para volver a interponerse entre la estatua y el huevo.

No podría hacerle ningún daño mientras se estuviera moviendo. Era demasiado rápida y demasiado fuerte. Pero si pudiera tenderle una trampa...

La estatua se giró de golpe y le estampó la cola en un costado. Tsunami salió despedida a un lado, volando a través del agua antes de chocar contra la pared. Algo se le rompió dentro del cuerpo y notó otra punzada de dolor que le recorría las escamas. Sin poder respirar, se obligó a sí misma a ponerse otra vez delante del huevo, empujando a la estatua con la lanza para alejarla de ellas.

La estatua volvió a intentar hacerse con la lanza. Esa vez, Tsunami levantó la lanza por encima de su cabeza y la descargó con fuerza en la boca abierta de la dragona de piedra.

La lanza chocó contra la piedra y se quedó atascada. La estatua trató de aferrar el cuerno con las garras para sacárselo de la boca, pero estaba demasiado profundo. Tsunami zarandeó la lanza de lado a lado y la estatua siguió el movimiento con la cabeza.

La dragonet saltó a uno de los nidos vacíos y clavó el extremo romo de la lanza en una de las fisuras en la pared. Ahora la estatua estaba tan atrapada como una oveja entre las garras de un dragón. Movía la cola desesperadamente y arañaba el suelo con las garras, intentando liberarse.

Batía las alas tan rápido que formaba unas fuertes corrientes dentro de la cueva, por lo que a Tsunami le resultaba casi imposible mantenerse en pie.

La dragonet se abrió camino con dificultad hasta el huevo y lo cogió. Pero justo cuando lo hizo...

Tac, tac, tac.

El huevo se rompió por la mitad y asomó una pequeña cabeza verde. Unos ojos verde oscuro pestañearon, mirando a Tsunami.

La dragonet sonrió e iluminó unas pequeñas rayas de escamas alrededor de su hocico para darle la bienvenida a su nueva hermanita.

En ese momento, la estatua se retorcía tanto y golpeaba con tanta fuerza el suelo que Tsunami temió que se liberara en cualquier momento. Así que abrazó con fuerza a la dragonet y nadó hasta la puerta todo lo rápido que pudo. Cuando consiguió abrirla descubrió que, efectivamente, allí no había ningún guardia.

Pero en cuanto la puerta se abrió, la estatua dejó de moverse.

El encantamiento solo funcionaba si se mantenía en secreto. Se evaporaba cuando se abría la puerta. Quienquiera que hubiera lanzado la maldición, se había asegurado de que nadie metiera el hocico en la cueva y pillara a la estatua en medio de su cometido mortal. Tsunami creía que el encantamiento también alertaba a la estatua cuando alguien bajaba por el túnel, de modo que tuviera tiempo de volver a su sitio y no levantar así sospechas. De esa forma, se quedaba inmóvil cuando había alguien alrededor, como la reina o sus guardias. Alguien se había ocupado de que la estatua pudiera seguir matando dragonets todo el tiempo que fuera necesario.

«Bueno, ni una más», pensó Tsunami llena de rabia.

Incluso la reina Coral tendría que creer la verdad cuando viera a la estatua como había quedado: la Orca de mármol que antes se hallaba sobre

su pedestal, estaba ahora atrapada por una lanza en una posición de lucha. Arañaba ansiosamente el suelo con las garras y una horrible mueca le desfiguraba la cara. Coral sabría de una vez por todas que ella era la asesina que llevaba años escondiéndose en su nido.

Ahora, la pregunta era... ¿quién la había encantado? Un dragón animus, eso seguro. Pero Anémona no podía haber sido, ni siquiera había nacido cuando habían empezado los asesinatos de las princesas.

Tsunami tenía una nueva teoría. «El poder de los animus corría por las venas de la familia real».

Pero si Tiburón o Morena tenían esa clase de poder, sin duda preferirían usarlo para cosas mucho más grandes: para pelear en las batallas, para ganarse el favor de la reina, para convertirse en el arma secreta que ella tanto deseaba. Si el objetivo de Tiburón era conseguirle el trono a su hija, habría usado su poder para deshacerse de la mismísima Coral en vez de matar a sus dragonets.

Y si la animus era Morena, ya le habría ofrecido su poder a la reina mucho antes, para que lo usara como quisiera.

No, tenía que haber sido otro dragón de la familia real. Tsunami estaba segura.

Volvió a entrar en la habitación, dejando la puerta abierta. En ese momento recordó las palabras de Coral. «Mi primogénita era una escultora muy talentosa».

Tsunami se acomodó a la dragonet recién nacida alrededor del cuello y se encogió al notar una punzada de dolor en las agallas.

«Puede que Orca muriera hace años, pero dejó tras de sí un regalo mortífero».

Con cuidado, se acercó al nido y contempló la cara de la estatua. Vacía. Sin vida. Solo mármol.

Una estatua que Coral y ella harían añicos, con una gran sonrisa en el rostro, hasta convertirla en pequeñísimos trozos de piedra que se perderían en el océano.

El arma de Orca jamás asesinaría a otra dragonet ni aplastaría ningún otro huevo. Sus días de asesinatos habían terminado.

CAPÍTULO 24

La luz brillante de la mañana se colaba a través de las hojas de los árboles, iluminando de verde el Palacio de Verano. Tsunami abrió y cerró las alas, contenta de no tener que ir con Ampolla a la reunión del Consejo que estaba teniendo lugar en ese momento en los pisos superiores. Después de la pelea de la noche anterior en el nido, lo único que quería la dragonet era alejarse de las intrigas de las reinas dragonas y de sus planes de guerra, aunque solo fuera por poco tiempo.

La pequeña dragonet verde esmeralda jugueteaba en la playa, tirando arena por los aires y deteniéndose sorprendida cuando esta le caía sobre la nariz. Estornudó con tanta fuerza que cayó de espaldas en la arena, luego volvió a sentarse y le dedicó a Tsunami una mirada indignada.

—Pues ya sabes, deja de meterte arena en la nariz —le sugirió la Ala Marina.

Su hermana pequeña se sacudió un poco, vio a un cangrejo enano cavando en la arena y se abalanzó sobre él. El cangrejo desapareció en su agujero y la dragonet se miró las garras vacías, muy confundida.

—¿Cómo se llama? —preguntó Sol.

La Ala Arenosa se apoyó un momento en ella y Tsunami notó un gran alivio en el pecho. Sol la había perdonado o se había olvidado de que estaba enfadada con ella. Cualquiera de las dos opciones le valía.

—Estoy intentando encontrar el nombre perfecto —dijo la Ala Marina—. Madre me dijo que me encargara de ello.

La pequeña dragonet dejó un momento de escarbar y alzó la mirada. Tenía el hocico cubierto de arena, como si fuera un enorme bigote.

—Podrías llamarla Morsa —sugirió Gloria con una risita.

—¡No tiene pinta de Morsa! —contestó Tsunami—. ¡Es demasiado digna para eso!

La pequeña dragonet saltó para cazar un insecto, perdió el equilibrio y aterrizó de cara en la arena, con la cola bien tiesa hacia fuera. Movió las alas frenéticamente, hasta que Sol la liberó con delicadeza.

—Sí —soltó Gloria—. Muy digna.

—Es monísima —intervino Cieno—. Yo creo que ha sacado tu hocico, Tsunami.

Tsunami movió la cola, complacida. Echó un vistazo a su alrededor, orgullosa, y se dio cuenta de que Nocturno estaba sentado bastante lejos de ellos. No paraba de mirar hacia el pabellón con una mirada ansiosa, dejando caer montones de arena entre las garras.

Gloria siguió la dirección de su mirada. Se acercó al Ala Nocturna y lo golpeó con fuerza en las costillas.

—¿A ti qué te pasa? —le preguntó—. ¿Por qué no paras de arrastrarte y de lamerle las garras a Ampolla?

—¡Yo no hago eso! —protestó el Ala Nocturna.

—Sí que lo haces —la apoyó Tsunami.

Nocturno era incapaz de mirarla a los ojos.

—Es solo que creo que sería una buena reina —murmuró.

—No, claro que no lo crees —contraatacó Gloria—. Cuando estábamos bajo la montaña, dijiste claramente que era malvada y que probablemente tenía planes muy siniestros para el resto de Pirria.

—Ah, sí. Es verdad. Lo dijiste —dijo Cieno, mientras hacía un agujero en la arena para que la dragonet pudiera meterse en él y seguir jugando—. Lo recuerdo.

Nocturno le lanzó una mirada de enfado.

—¿En serio lo recuerdas?

—Entonces, ¿por qué la aaaaaaaaamas tanto de repente? —preguntó Tsunami, mientras su hermana pequeña se metía en el agujero y luego daba un salto para salir, batiendo las alas para quitarse toda la arena.

—Ampolla es inteligente —tartamudeó Nocturno—. Ella... esto... es mucho mejor que Brasas o Llamas.

—A mí no me gusta —dijo de pronto Sol, para sorpresa de Tsunami.

—¿De verdad? —preguntó Nocturno, que parecía alicaído.

Sol negó con la cabeza.

—Me llamó «encanto» como si eso fuera todo lo que la gente necesitaba saber de mí.

—Pero es que eres un encanto —le dijo Cieno dándole unos golpecitos en la cabeza.

—Es una palabra que te resume bastante bien —estuvo de acuerdo Tsunami. Sol los miró con el ceño fruncido, en un gesto que a Tsunami le pareció bastante mono—. Pero estoy de acuerdo en que a mí tampoco me gusta. Más que eso. No me fío de ella. Creo que necesitamos conocer a Llamas. Puede que todo eso de que no tiene cerebro sea una exageración.

—Lo dudo —murmuró Nocturno con aire melancólico.

—Entonces ¿ya podemos irnos? —le preguntó Gloria a Tsunami—. Para

buscar a Llamas. ¿Estás segura de que ya hemos terminado todo lo que teníamos que hacer aquí?

Incluso el bebé de dragona dejó de cavar para mirar a Tsunami. La Ala Marina sintió un aguijonazo de culpabilidad al ver las caras esperanzadas de sus amigos. No sabía que tuvieran tantas ganas de abandonar el Reino del Mar.

El sonido de un aleteo por encima de sus cabezas les impidió seguir con la conversación. Todos miraron hacia arriba y vieron a Coral, Anémona, Ampolla y Morena, que volaban en círculos alrededor del pabellón.

La dragonet verde se lanzó hacia Anémona en cuanto esta aterrizó en la arena y le cogió una garra. Anémona se rio y la ayudó a dar una voltereta. Su hermana pequeña gritó entusiasmada, volvió a erguirse e intentó trepar por la pierna de Anémona.

—¿Has elegido ya un nombre? —le preguntó Anémona a Tsunami.

—¿Qué te parece Mérgula?

—Es una especie de pájaro marino —explicó Nocturno con su voz de sabelotodo.

—Ah —soltó Cieno—. Guay. Es decir... ya lo sabía. Claro.

A Tsunami le gustó la expresión que vio en la cara de su madre mientras contemplaba a las dos hermanas juntas. Parecía orgullosa, protectora y feliz por ellas. No se había equivocado con ella: la reina Coral nunca mataría a sus hijas, ni siquiera si una de ellas intentaba algún día ocupar su lugar, cuando creciera. Se preocupaba por sus hijas, quizá demasiado, pero Tsunami creía que eso era mejor a que no se preocupara nada.

Se preguntó si Ampolla o Brasas tendrían alguna dragonet. Nocturno seguro que lo sabía. En algún pergamino tendría que ponerlo por algún lado. Tsunami tenía la sensación de que a Ampolla no le importaría matar a

sus propias hijas si lo consideraba necesario. Aquellos ojos negros brillantes ocultaban más secretos y planes de los que Tsunami quería saber.

—La estatua de Orca ha sido destruida —suspiró la reina—. Una pena... porque era tan hermosa. Mi hija tenía mucho talento. No puedo creer que me ocultara sus poderes de animus. Podría haberse entrenado también con Remolino.

—Vaya... Y se lo perdió —soltó Tsunami guiñándole un ojo a Anémona.

—Tendremos que examinar todas las estatuas que esculpió —reflexionó Coral—. Y asegurarnos de que no hay más encantamientos pululando por ahí.

—Entonces ¿ya estamos seguros de que fue Orca? —preguntó Tsunami —. ¿Nadie más del palacio podría ser un animus?

No pudo evitar mirar a Morena mientras lo decía. La Ala Marina se limitó a devolverle la mirada.

Coral negó con la cabeza.

—Antes de que la destruyéramos, Anémona reanimó a la estatua y la obligó a confesar quién la había encantado. Su respuesta fue clara como el agua: Orca —volvió a suspirar—. Orca esculpió esa estatua y la colocó en el nido poco antes de desafiarme. Supongo que esperaba ganarme, así que se aseguró de que existiera una manera de librarse de las otras herederas para que no pudieran desafiarla.

—Eso explica sus últimas palabras —siseó Morena.

—Sí —dijo Coral con tristeza—. Dijo: «Lo he hecho todo mal. Ahora reinarás para siempre, ¿verdad, madre? Deberías agradecérmelo. Ahora nadie podrá detenerte». —La reina bajó la mirada para contemplar a Anémona y a Mérgula, que seguían jugando con la arena. Acarició la cabeza de Anémona con una expresión de pena.

—Pero... —dijo Cieno, que seguía dudando—. Si Orca era la asesina,

entonces ¿quién atacó a Tsunami en el túnel?

La reina Coral se encogió de hombros.

—Ya lo encontraremos —dijo—. Así es como funcionan las historias.

Anémona le dedicó a Tsunami una mirada de frustración.

Tsunami seguía creyendo que su atacante tenía que ser Tiburón. Ya había abandonado las mazmorras y patrullaba el Palacio de Verano con una expresión de enfado en el hocico. Y, la verdad, no había sido demasiado amable ni la había apoyado cuando ella había salido del nido sangrando por las agallas, con la dragonet en brazos. Tsunami alzó un brazo y se tocó el vendaje de algas que llevaba alrededor del cuello. Le dolían las costillas cada vez que se movía, pero los curanderos le habían dicho que lo único que necesitaba era descansar y dejar que las fracturas se curaran solas.

«¡Descansar! ¡Los dragonets del destino no tienen tiempo para descansar!», pensó con tristeza.

—Ahora que hemos descubierto al verdadero asesino —le recordó Tsunami a su madre—, prometiste que liberarías a Abisal.

—Ya lo sé —le contestó la reina—, pero no estoy muy segura de qué hacer con él. Está claro que no puede quedarse en mi reino. Tendrá que volver arrastrándose a esos Garras de la Paz y ver si lo acogen.

—Quizá pueda venir con nosotros —se le escapó a Tsunami antes de cerrar la boca con fuerza.

Pero ya era demasiado tarde. Coral y Ampolla la miraban de una manera que la incomodaba muchísimo.

—¿Con vosotros? —dijo su madre lentamente—. ¿Os vais a algún sitio?

—Nosotros... yo... sí. Creo que sí. —Tsunami se dio cuenta de que sus amigos se estaban acercando unos a otros, tras ella—. Este no es mi lugar, madre. Quería que lo fuera, pero... no hago más que causar problemas y no estoy haciendo lo que se supone que debo hacer. No hablo acuático. No

entiendo al Consejo. Ahora tienes dos hijas que podrían ser unas reinas maravillosas algún día —señaló a Anémona—. Pero mi destino está en otro sitio. Tengo que parar esta guerra. Y necesito a mis amigos para eso.

—¿Y cómo piensas hacer eso? —le preguntó Ampolla en voz baja.

—No lo sé —le contestó la dragonet—. Ya lo averiguaremos.

—Pensamos que deberíamos ir a conocer a Llamas —sugirió Cieno—. Solo para ser justos.

«Ay, Cieno, cállate», pensó Tsunami con una mueca.

—Pero eso no cambiará lo que nosotros... Quiero decir, que seguimos creyendo que tú eres... —soltó Nocturno rápidamente, mirando a Ampolla.

Al ver la mirada amenazante de Tsunami, guardó silencio.

—No —estalló Ampolla. Los diamantes de la espalda le temblaron cuando se acercó a ellos—. Nadie se irá de aquí.

—No puedes decirnos lo que tenemos que hacer —le espetó Tsunami.

—Yo soy vuestra elección —siseó la Ala Arenosa—. Los Alas Noc... los Garras de la Paz me quieren a mí.

—¿Ah, sí? —le preguntó Gloria—. ¿Ya lo saben?

—¡De todas formas no es decisión suya! —exclamó Tsunami.

—Podría haceros la vida muy fácil de ahora en adelante —les dijo Ampolla—. Lo único que tenéis que hacer es decirle a todo el mundo que los dragonets del destino me han elegido a mí como la futura reina de los Alas Arenosas. Y eso lo podéis hacer desde aquí, donde yo os pueda vigilar.

—¿Dónde nos podáis retener como a prisioneros, queréis decir? —rugió Tsunami, enfadada—. Ya hemos sufrido suficiente, gracias. Madre, dile que jamás me harías algo así.

La reina Coral le dirigió a Ampolla una mirada nerviosa.

—Querida, estoy segura de que te seguirán eligiendo a ti después de conocer a Llamas. Nadie, jamás, la elegiría a ella ni en un millón de años.

—Quizá, pero antes tendrían que sobrevivir todo ese tiempo —siseó Ampolla dulcemente—. Tú, mejor que nadie, sabes lo peligroso que es el mundo ahí fuera, Coral. Acuérdate de lo que le pasó a Agallas. Si obligamos a los dragonets a que se queden aquí, los estaríamos protegiendo.

—¡Oh, eso sí que tiene sentido! —Coral parecía aliviada—. Ella tiene razón, Tsunami. Quedaos aquí y nosotros cuidaremos de vosotros.

Tsunami miró a sus amigos. Nocturno parecía hecho polvo, pero los otros... parecían esperanzados, como si confiaran en que ella podría sacarlos de allí.

—Este no es el lugar adecuado para mis amigos. Gloria quiere ir a casa... ¿verdad, Gloria? Y Sol debería poder encontrar a sus padres. No es justo que yo lo haya hecho y ellos no. Simplemente... —dijo, enderezando las alas—. Tenemos que irnos y si intentáis retenernos, no seréis mejores que los Garras de la Paz o que la reina Escarlata.

Ampolla miró a Nocturno.

—¿Y tú no tienes nada que decir sobre esto, Ala Nocturna?

Él se limitó a mirarse las garras sin responder.

Ampolla bufó.

—Menudo inútil. Todos tienen alguna tara, ¿verdad? Pero sois los dragonets que tengo y no os pienso dejar escapar —dijo Ampolla, volviéndose hacia Coral—. Enciérralos en tu prisión.

—Ella nunca haría algo así —repitió Tsunami—. ¿Verdad? ¿Madre? ¿A que no lo harías?

—Quizá te ayude a tomar una decisión —siseó Ampolla— saber quién mató a tu marido en la arena de los Alas Celestes.

Tsunami sintió que se le congelaban las escamas. Ahí estaba. El momento en el que sus secretos saldrían a la luz para obtener justo lo que se merecía.

Coral hinchó las agallas y abrió los ojos de par en par.

—¿Qué estás diciendo?

—Ya sabes que murió en la arena —continuó su aliada—, pero ¿sabes quién fue su oponente? ¿La dragona que le quitó la vida?

—Quizá también deberíais saber —soltó Nocturno de repente, dirigiéndose a Coral—, que Ampolla mató a Rapaz y que os ha estado mintiendo todo este tiempo. Que quiere que Membranas muera para satisfacer sus propios intereses y que no le importa nada relacionado con vuestras hijas.

Ampolla arqueó el cuello como una cobra y siseó al Ala Nocturna. Nocturno se cubrió la cabeza con las alas como si estuviera esperando que lo tumbara con un golpe de la cola, pero todo lo que dijo la Ala Arenosa fue:

—Te arrepentirás de esto, Ala Nocturna inútil.

Coral envolvió con las alas a Anémona y a Mérgula y retrocedió un paso hasta el agua. No paraba de desviar la mirada de Ampolla a Tsunami, como si no estuviera muy segura de en quién confiar.

—No los escuches, Coral —le dijo Ampolla—. Solo son unos simples dragonets. Y los dragonets nunca saben lo que es mejor para ellos.

—Creo que podemos estar bastante seguros de que, en la lista de cosas que nos convienen, una prisión no está en los primeros puestos —espetó Tsunami—. Y de ahora en adelante, Ampolla, mostrad algo de respeto y dirigíos a mi madre como reina Coral.

A Ampolla empezó a salirle humo del hocico. Tsunami se preguntó qué haría Coral si la Ala Arenosa decidiera atacar a los dragonets del destino justo delante de ella.

—No sé lo que está pasando —admitió Coral, al tiempo que hacía una señal con la cola. Un pelotón de guardias Alas Marinas salieron en ese

momento de una de las cuevas—. Pero por vuestra propia seguridad, Tsunami, por ahora os quedaréis aquí.

—¡Madre! —gritó Tsunami. Golpeó a un guardia en el hocico con la cola y le mostró los dientes a otro—. ¡Piensa por ti misma por una vez! ¡Déjanos ir!

Pero la reina Coral le dio la espalda, evitando también la mirada de Ampolla. Cogió a Mérgula con una de las garras y voló de vuelta al pabellón con sus hijas.

Tsunami luchó con los guardias, pero había demasiados, y tras la pelea de la noche anterior, aún notaba un fuerte dolor en las costillas. Uno a uno, consiguieron controlar a todos los dragonets y arrastrarlos a la misma cueva que hacía las veces de prisión, donde Abisal y Membranas habían desaparecido el día anterior.

Había Alas Marinas observando la escena desde todos los ángulos del pabellón. Tsunami nunca se había sentido tan humillada. Menudos dragonets del destino eran, tirados en un rincón como simples piezas de un tesoro que alguien debía recoger.

Habían ido al Reino del Mar en busca de protección y lo único que habían conseguido era volver a ser prisioneros.

CAPÍTULO 25

La cueva que los Alas Marinas utilizaban de prisión estaba en la parte alta del acantilado, no muy lejos de las hojas de los árboles. Desde allí se dominaba el pabellón que tenían más abajo. Tsunami no le había prestado mucha atención antes, excepto cuando habían encerrado a Abisal y a Membranas. Pero cuando los guardias los subieron volando hasta allí, se dio cuenta de que brillaba con una extraña luz azul y de que se oían unos curiosos chisporroteos procedentes del interior.

Varias lanzas la empujaron para que entrara, hasta que sintió la piedra húmeda bajo las garras. Mientras los ojos se le adaptaban a la escasa luz, vio un camino a través de la enorme cueva que se abría ante ellos.

Aquella no era la prisión bajo el agua a la que habían mandado a Laguna y a Tiburón. Allí era donde la reina Coral encerraba a las verdaderas amenazas. Incluyendo, como pudo advertir Tsunami mientras recorría el suelo de piedra, a varios prisioneros de guerra. Vio al menos a tres Alas Celestes, que lanzaron pequeñas llamaradas de fuego a sus captores. Un Ala Helada estaba tumbado con las alas abiertas, jadeando por el intenso calor, al que no estaba acostumbrado. Había dos Alas Arenosas encerrados juntos:

uno de ellos, que estaba hecho un ovillo, tenía los ojos cerrados con fuerza, mientras que el otro daba vueltas y murmuraba sin descanso.

Había incluso una gigantesca Ala Lodosa con cadenas alrededor de los tobillos, iguales a las que había llevado Cieno. La dragona inclinó la cabeza con curiosidad hacia Cieno cuando el dragonet pasó a su lado.

Pero lo más extraño sobre aquella prisión no eran ni sus prisioneros ni las asombrosas dimensiones de la cueva. No. Lo más extraño eran las celdas. No tenían ni barrotes ni puertas. En vez de eso, un canal de agua, de la anchura de dos dragones juntos, rodeaba a cada prisionero y lo dejaba atrapado en una isla de piedra. Algunas de esas islas eran lo suficientemente grandes para varios dragones, mientras otras apenas tenían espacio para uno solo. El agua fluía desde las grietas del techo y desembocaba en los canales, creando una cascada alrededor de las islas.

Todas las paredes de agua y todos los fosos emitían el mismo brillo azul y producían ese burbujeo y ese chisporroteo. Los prisioneros se alejaban de cualquier salpicadura que les cayera cerca y mantenían la cola cuidadosamente cerca, sobre la roca seca.

El camino cruzaba y rodeaba las islas como un puente muy largo. El techo estaba lleno de luciérnagas, que proyectaban una espeluznante luz sobre todas las celdas.

Tsunami se giró para mirar hacia los fosos. ¿De qué tenían tanto miedo los prisioneros?

Aquí y allá flotaban iridiscentes medusas moradas, cuyo brillo se sumaba al de los gusanos. Tsunami sabía que sus tentáculos podían hacer daño, pero seguro que no tanto como para mantener a los prisioneros dentro de sus celdas. Si ella estuviera prisionera (y no tardaría en estarlo), saltaría a través de la pared de agua, caería al foso y nadaría hasta salir de allí, sin importar cuántas medusas se interpusieran en su camino.

De repente, vio una sombra verde oscuro que nadaba en uno de los fosos. Era tan larga como un carroñero y tan gruesa como la cola de un dragón, sin piernas ni brazos ni alas. Mientras la miraba, otra sombra salió a la superficie, no muy lejos de allí: durante un segundo, Tsunami vio una cabeza plana con un par de ojos hundidos y mortíferos. Los agujeros de la nariz se dilataban al final de un hocico. Un instante después, volvió a hundirse en el agua. Unas burbujas aparecieron y explotaron en el lugar que había ocupado la criatura un momento antes.

Sol se pegó a Cieno, con los ojos abiertos de par en par y una mirada de terror. Tsunami miró a su alrededor y vio a Nocturno, que también se estaba fijando en las celdas. Quizás él consiguiera entender lo que estaba pasando.

La Ala Marina no vio por ningún lado a Abisal ni a Membranas, pero los obligaban a caminar muy rápido y el agua hacía que las formas de los dragones fueran borrosas, así que le era muy difícil distinguirlos entre los pocos prisioneros Alas Marinas que había.

Los guardias al fin se pararon ante una de las islas más grandes de la prisión. Tenía alrededor el mismo foso que todas las demás, pero allí no caía agua del techo. Tsunami tampoco veía ninguna sombra nadando en el foso.

—Saltad dentro —gruñó uno de los guardias—. Todos.

—¿Y si no lo hacemos? —preguntó Tsunami.

—Entonces os colocaremos en celdas distintas, en vez de compartir solo una —le respondió.

Cieno saltó el foso inmediatamente. Sus garras chocaron contra el duro suelo de piedra cuando aterrizó con un fuerte golpe. Se giró y sacó las patas para coger a Sol, al tiempo que ella saltaba tras él. Nocturno fue el siguiente y luego Gloria. Finalmente, y muy a su pesar, Tsunami abrió las alas y aterrizó al lado de sus amigos.

Una guardia tiró de una cadena que colgaba de la pared. Algo rechinó y rugió más allá de las piedras, mientras la guardia se iba enroscando la cadena a la garra. Tsunami se inclinó sobre el foso y vio una pequeña puerta que se abría bajo el agua, en la pared del canal. Tres criaturas verdes como las que había visto antes pasaron a través de ella y la observaron abiertamente con sus horripilantes ojos.

Un silbido se elevó sobre sus cabezas y unas garras tiraron de ella en el mismo momento en el que empezaba a caer agua del techo. Tsunami miró el techo de la cueva, luego a su alrededor y vio que había sido Nocturno el que había tirado de ella. La soltó y se giró para observar la cascada que ahora los rodeaba, sin parar de chocar nerviosamente las garras entre sí.

—¿Qué son esas cosas tan espeluznantes que hay en el agua? —le preguntó Tsunami.

—Creo... creo que son anguilas eléctricas —le dijo.

—Aaaargh —exclamó Gloria, sacudiéndose como si tuviera las alas cubiertas de bichos—. Los pergaminos que hablaban de ellas me provocaron pesadillas durante meses.

Sol enroscó la cola con una de las patas de Cieno, intentando acercarse aún más a él.

—¿Qué es una anguila eléctrica? —preguntó.

—Sueltan una especie de descarga —le explicó Nocturno.

Tras él, una chisporroteante luz azul brilló un momento en la cascada y luego desapareció. Todos dieron un salto, sorprendidos.

—Sería más o menos como si te golpeara un rayo —añadió Gloria.

—Y puede tener la suficiente potencia como para matar a un dragón —continuó Nocturno—. Especialmente en agua salada. Y si encima las anguilas son tan grandes como las que hay ahí abajo...

—Así que toda el agua que nos rodea... —comenzó a decir Tsunami.

—Podría estar electrificada en cualquier momento —terminó Nocturno por ella—. No siempre... no es una corriente constante. Pero si se enfadan o tienen hambre, seguramente sueltan descargas cada poco tiempo y si es así, solo con tocar el agua podrías electrocutarte. Incluso si solo te atonta un poco, dolería mucho.

Tsunami frunció el ceño mirando la cascada. A través de ella, podía ver los contornos borrosos de los guardias que se alejaban de allí. Era evidente que confiaban lo suficiente en su prisión como para saber que los dragonets no se moverían de allí.

—No me puedo creer que volvamos a ser prisioneros —suspiró Cieno—. ¿Por qué no para de pasarnos esto?

—¿A que sí? —lo apoyó Sol—. ¿Es que nadie confía en la profecía? Si creyeran en ella, ¿no podrían tener un poco de fe y hacer lo correcto?

—Todo el mundo intenta asegurarse de que la profecía se cumpla como ellos quieren que se cumpla —dijo Tsunami. Dio una vuelta sobre sí misma, pero no había suficiente espacio como para deambular sin meter las alas o la cola en el agua. Volvió a sentarse al tiempo que soltaba un gruñido—. Sería mucho más útil si la estúpida profecía hubiera sido un poco más clara sobre lo que se suponía que iba a pasar.

—¿Por qué no usaste tu veneno cuando nos cogieron? —le preguntó Nocturno a Gloria.

—Créeme, lo haré —le respondió la Ala Lluviosa, enfadada—. Solo estoy esperando el momento adecuado.

—Creo que fuiste muy inteligente —intervino Tsunami—. Incluso con el escupitajo mágico y mortal de Gloria, estoy segura de que no habríamos podido vencer a todos los dragones de palacio. Solo hubiéramos puesto al descubierto nuestra mejor arma secreta.

Gloria parecía sorprendida.

—Vaya, gracias. Aunque yo voto en contra de llamarlo «escupitajo mágico y mortal», por favor.

—Quizás esta noche —siguió Tsunami bajando la voz—, cuando todo el palacio esté dormido. Puede que entonces podamos luchar para salir de aquí.

—¿Y pasar por el agua con las descargas eléctricas que pueden matarnos? —preguntó Sol—. ¿Cómo podemos usar el escupitajo mágico y mortal contra las anguilas rayo?

—Anguilas eléctricas —la corrigió Nocturno.

—NO vamos a llamarlo ESCUPITAJO MÁGICO Y MORTAL —exclamó Gloria.

—O —dijo Tsunami, recordando en ese momento a los guardias que le habían dado la llave—, quizá podamos convencer a alguien de que nos deje salir.

—Me gusta ese plan —dijo Cieno, asintiendo con la cabeza.

—A mí me gusta el plan en el que le derretimos los ojos a todo el que se interponga entre nosotros y la salida —le espetó Gloria.

—Con tu escupitajo mágico y mortal —dijo Sol, que escondió la cabeza entre las alas de Cieno para tapar su risita cuando Gloria se volvió hacia ella.

—Benditas lunas, Gloria —añadió Tsunami—. Eso es realmente horrible.

—¿Quién eres tú? —le preguntó la Ala Lluviosa—. ¿Qué fue de la Ala Marina que no dudaría en luchar contra cualquiera para salir de aquí?

—Voy a luchar —le dijo Tsunami, pero la imagen de Agallas acudió a su mente y no pudo reprimir el escalofrío que la invadió—. Solo estoy diciendo que hay muchos guardias que están de nuestra parte. Creo que podremos encontrar a alguien que nos ayude.

Sol alzó el hocico.

—¿Habéis oído eso?

—¿El qué? —preguntó el Ala Nocturna.

La pequeña Ala Arenosa dudó.

—Es difícil oírlo por culpa de la cascada.

—Seguramente no sea nada —le dijo Tsunami—. Nada que sirva de mucho.

Sol la miró con el ceño fruncido.

—Viene alguien —anunció Gloria.

Aunque estuviera borrosa por culpa del agua, los dragonets podían ver una forma pálida que recorría el camino en dirección a ellos.

—¿Eso es lo que has oído? —le preguntó Nocturno a Sol.

Ella negó con la cabeza, sorprendida.

Mientras el dragón se acercaba, Tsunami creyó reconocer su color. Pero no podía ser...

—¿Anémona? —la llamó.

—¡Ahí estáis!

Anémona corrió hacia su celda, acercándose todo lo que pudo al foso y al agua burbujeante.

Tsunami deseó poder acercarse y abrazar a su hermana rodeándola con las alas.

—¡No llevas puesto el arnés! —gritó.

—Lo sé, ¿no es maravilloso? —dijo Anémona, al tiempo que sonreía y extendía al máximo las alas—. Es solo durante un rato —dijo, señalando las correas que aún le ceñían el pecho—. Volveré a estar atrapada más tarde, pero la reina Coral me dijo que podía salir a volar mientras llevaba a Mérgula a que le midieran y ajustaran el arnés. Siempre y cuando no salga del Palacio de Verano, soy libre. Este hubiera sido el día más feliz de mi vida si no estuviera tan preocupada por ti.

—¿Puedes liberarnos? —le preguntó Cieno esperanzado.

—Y luego puedes venir con nosotros —sugirió Tsunami—. Nunca te obligaremos a usar tus poderes, te lo prometo.

Anémona sacudió la cabeza.

—Ojalá pudiera, pero Coral y Ampolla ya estarán lo suficientemente furiosas cuando pierdan a sus dragonets del destino. Piénsalo... si también desaparece su arma secreta, os darán caza como los tiburones a sus presas.

—Bien pensado —concedió Nocturno, con su voz de «seamos sensatos por una vez».

—No me importa —insistió la Ala Marina—. No me importa si todos los dragones de Pirria nos están buscando. Vamos a mantenerte a salvo. Mucho más a salvo de lo que estás aquí.

Anémona batió las alas, nerviosa. Incluso a través del agua, Tsunami pudo ver la expresión triste de su rostro.

—Solo... Es solo que no creo que esté preparada para vivir mi vida tal y como hizo Membranas, sin la oportunidad de volver a casa algún día —dijo —. Echaría de menos a Mérgula y, además, creo que los Alas Marinas me necesitan aquí. Creo que madre me necesita aquí, para que pueda oír otra opinión que no sea la de Ampolla.

Tsunami sabía que lo que estaba diciendo Anémona tenía su lógica, pero aun así no le gustaba y el mero pensamiento de abandonar a su hermana cuando la acababa de conocer hacía que le dolieran las escamas.

—Está bien —intervino Cieno—. Aun así puedes liberarnos, ¿verdad?

—Sabrán que ha sido ella —señaló Gloria.

—Eso es verdad —le dio la razón Tsunami—. Es demasiado peligroso.

—Hay otra cosa que quería hacer por ti —dijo Anémona.

Levantó algo que tenía en las garras delanteras y Tsunami se dio cuenta

de que estaba sujetando la lanza de narval más blanca que había visto jamás.

—Lanza —dijo Anémona con solemnidad—, encuentra al dragón que atacó a Tsunami en la entrada del túnel y tráelo hasta nosotros.

La dragonet soltó la lanza y esta salió volando por la entrada de la cueva.

Los otros dragonets del destino la miraron asombrados.

—¿Eso ha sido de verdad? —preguntó Cieno—. ¿Funciona?

—Ahora lo veremos —le contesto Anémona, juntando las dos garras.

—No tenías por qué hacerlo —le dijo Tsunami, preocupada—. ¿Te sientes bien?

—Solo tengo un poco de frío —le contestó su hermana, restregando la cola entre las garras con un áspero roce.

Esperaron.

Esperaron un poco más.

Y finalmente vieron a alguien que recorría el camino hacia ellos. La lanza parecía brillar en la oscuridad mientras pinchaba al dragón en la espalda, las alas y la cola, dirigiéndolo hacia ellos.

—¡Ay! —resonó una voz entre las paredes de la cueva—. ¿Qué significa esto? ¿Por qué yo...? ¡Ay! ¿Qué? ¡Ay! ¡Para! ¡Ay! Se lo diré a... ¡Ay!

—Bueno, Coral no es —dijo Gloria.

—Ni tampoco Tiburón —contestó Tsunami.

La Ala Marina se rascó los cuernos, confundida. Estaba segura de que había sido Tiburón.

—Tampoco es Morena —dijo Anémona, que se puso en pie mientras el dragón se aproximaba.

La lanza condujo al dragón hasta situarlo al lado de Anémona, justo al borde del foso eléctrico.

Era Remolino.

CAPÍTULO 26

—¿Remolino? —susurró Tsunami, visiblemente sorprendida—. ¿Por qué ibas a querer matarme?

Tsunami siempre había creído que el dragón era demasiado aburrido como para considerarlo sospechoso de su intento de asesinato.

—Chorradas —le contestó el dragón con un gesto altanero—. Yo nunca... —empezó a decir, pero la lanza lo pinchó otra vez. Esta vez un poco más fuerte—. Ay. ¡Oh Dios mío! Anémona, no tenía ni la más remota idea de que poseías tanto poder. Debo de ser un profesor maravilloso. Claro que esa lanza me impresionaría mucho más si parara de pincharme... AY.

Anémona cambió el peso de lado, nerviosa.

—Nunca creí que fueras tú —le dijo.

—Deberíamos decirle a la reina Ampolla lo hábil que eres —dijo Remolino con su voz empalagosa—. Le complacerá horriblemente saberlo.

—¡Ni te atrevas! —le espetó Tsunami.

—¿De verdad crees que puedes amenazarme encerrada ahí? —le preguntó.

—Si se lo dices, le diré a madre que intentaste matarme —fue lo que le

dijo Tsunami—. ¿Cómo crees que le sentará eso?

Remolino se encogió de hombros, se llevó una garra a la oreja y jugueteó con el aro de oro.

—De hecho, puede que lo encuentre bastante admirable. Después de todo, solo intentaba asegurarme de que mi querida Anémona llegara a ser reina.

—¿Yo? —dijo Anémona enfurecida, al tiempo que abría y cerraba las alas—. Ni siquiera te caigo bien. ¿Por qué ibas a hacer nada por mí?

—Bueno —le contestó Remolino, señalando a Tsunami—, si te soy sincero, no quiero casarme con ella.

—¡Vaya! —exclamó Gloria, divertida—. Eso sí que está en mi lista de razones por las que alguien querría matarte.

—No te preocupes —la interrumpió Tsunami, dirigiéndose a Remolino —, preferiría ser descuartizada por tiburones tigre antes que casarme contigo.

—Quiero ser rey —dijo Remolino, al tiempo que estiraba las garras y las patas como si se las estuviera imaginando llenas de oro—. Así que pensé que si me deshacía de ti, aumentaría mis probabilidades de casarme con una hija más... agradable.

—¡Yo tampoco quiero casarme contigo! —gritó Anémona.

—No depende mucho de ti —prosiguió Remolino, dando un paso hacia la entrada de la cueva—. Una vez que les diga a la reina Coral y a la reina Ampolla lo que puedes hacer, me darán lo que les pida. Pero claro, tú estarás demasiado ocupada usando tus poderes para ganar esta guerra y es muy probable que no sobrevivas. Así que, en vez de a ti, debería pedir a Mérgula —concluyó, tras lo cual se dio unos golpecitos en el hocico con un dedo, como si estuviera divagando consigo mismo.

—¡No puedes decírselo! —gritó Tsunami.

Se suponía que tenía que proteger a Anémona de que la utilizaran así. Era lo único que le había pedido su hermana... En cambio, sería culpa suya que Ampolla la usara como a un simple peón.

Se lanzó hacia la cascada, pero Cieno saltó al mismo tiempo desde atrás y consiguió sujetarla. La luz azul brillaba ante sus ojos y bajo sus garras, mientras las anguilas se agrupaban amenazadoramente como un puñado de algas. Pero al mismo tiempo, al otro lado de la cascada, Anémona había tomado la iniciativa. La dragonet cogió la lanza que seguía en el aire, le dio la vuelta y golpeó a Remolino en la cabeza con la parte de abajo.

El dragón se tambaleó hacia atrás, luego se derrumbó sin emitir sonido alguno. Las alas le cayeron a los lados, lo cual le impidió mantener bien el equilibrio y, en un abrir y cerrar de ojos, con un movimiento inesperado, su cuerpo resbaló por el borde del suelo de piedra y cayó al foso de las anguilas eléctricas.

Anémona gritó aterrorizada y dejó caer su arma. Alargó las garras hacia el agua... pero ya era demasiado tarde.

Un destello azul cegador salió del agua. Tsunami saltó hacia atrás y los cinco dragonets permanecieron muy juntos en el centro de la isla. El agua del foso estaba revuelta y bullía alrededor del punto donde Remolino había desaparecido. Unas gruesas colas verdes se movían a través de las burbujas y saltaron varias chispas hacia todos lados, como si hubieran caído muchos rayos al mismo tiempo.

Sol se tapó los ojos y Cieno la envolvió con el ala. Tsunami deseó poder hacer lo mismo con Anémona, pues su hermana parecía estar paralizada por el miedo al otro lado del foso.

Lentamente, los chispazos fueron desapareciendo y solo algún que otro destello iluminó la cascada.

Entonces, terminó todo. La cascada estaba en silencio y el foso también.

Tsunami vio las anguilas, todavía reunidas alrededor de una gran sombra oscura en el fondo del foso. Pero el furor ya se había pasado y Tsunami se alegró de no poder ver qué estaban haciendo en ese momento.

—¡Anémona! —la llamó—. ¿Estás bien?

Anémona no contestó. Su figura borrosa estaba inmóvil, como si se tratara de una de las estatuas de Orca.

—No estoy seguro de si debería decirte esto —dijo Nocturno—, pero es posible que ahora sí puedas cruzar por el agua.

Tsunami se giró para mirarlo.

—¿En serio? ¿Por qué?

El dragonet señaló a las anguilas.

—Después de un estallido así, necesitarán un poco de tiempo para recargarse. Creo. Así que no podrán lanzar ninguna descarga en el próximo par de minutos. Espera... —añadió cuando Tsunami abrió las alas—. No estoy seguro. Esos pergaminos no los leí tantas veces como los que trataban sobre dragones. Lo siento —dijo Nocturno, mientras dejaba caer su negra cabeza—. Probablemente no merezca el riesgo. Si fuera tú, yo no me haría caso.

—Pero Nocturno, tú lo sabes todo —le dijo Sol—. Estoy segura de que tienes razón.

—Podría atravesar el foso y cortar el agua de la cascada —añadió Tsunami—. Así solo tendré que arriesgarme yo.

Nocturno parecía muy triste.

—Pero ha sido idea mía —dijo—. Y si me equivoco... ¿no debería ser yo el que...?

Pobre Nocturno. Tsunami enroscó la cola alrededor de la suya. Sabía que lo único que quería el dragonet era ser útil y valiente, pero correr esa clase de riesgos era típico de ella, no de él.

—No seas tonto —bromeó—. Este es mi reino. Aquí la que hace las locuras soy yo.

—¿Te acuerdas de lo que decían los pergaminos sobre las anguilas eléctricas? —le preguntó Cieno a Gloria.

La Ala Lluviosa levantó las alas ligeramente.

—No creo que fueran muy específicos —respondió—. Pueden quedarse sin carga durante cortos periodos de tiempo, pero no sé si ahora lo están ni cuánto durará.

«Piénsalo bien. Parécete más a Nocturno. No seas impulsiva» —pensó Tsunami.

Pero entonces... ¿y si aquella era su única oportunidad de escapar?

Miró a Anémona.

«Tengo que ayudarla».

«Pero y si muero... ¿qué les pasará a los otros?».

Apretó con fuerza las dos garras delanteras y se acordó de una de las reuniones del Consejo de su madre.

—Está bien —dijo—. Votemos.

—Benditas lunas —le espetó Gloria—. En serio, ¿qué has hecho con la auténtica Tsunami?

—Rápido —respondió la Ala Marina echándole un vistazo a las aguas en calma.

—Yo creo en Nocturno —dijo Sol—. Creo que podrás cruzarlo. Seguro.

—Yo no —dijo Nocturno, que parecía abatido—. Voto por que nadie lo intente. Así estaremos todos a salvo.

—Bueno, yo quiero salir de aquí —intervino Gloria—. Y estoy deseosa de arriesgar las mandonas escamas de Tsunami para lograrlo.

Le dedicó a Tsunami una sonrisa que dejó al descubierto todos los dientes.

Cieno negó con la cabeza lentamente.

—No lo sé. Eres demasiado importante para nosotros, Tsunami. No creo que debas hacerlo.

—Bueno, eso no ayuda demasiado —bufó Tsunami—. Ahora tendré que decidir yo sola. Menudo Consejo formáis, chicos.

Pero habían votado lo que ella había imaginado que votarían. Y ella los había escuchado a todos, aunque sabía perfectamente lo que quería hacer.

Respiró hondo, dio una vuelta y se lanzó hacia la pared de agua. Aquello fue igual que lanzarse contra una gélida granizada. Las gotas heladas se le metían por la nariz y la obligaban a cerrar los ojos, se le colaban en las agallas a través del vendaje de algas, le martilleaban las fracturadas costillas... Se preparó para la dolorosa descarga eléctrica, pero un momento después chocó con las garras contra la sólida roca.

Tsunami abrió los ojos mientras patinaba hasta que al fin se detuvo. Había conseguido llegar hasta el otro lado del foso con las escamas intactas.

Cogió a Anémona de los hombros y la zarandeó hasta que la pequeña y pálida dragona la miró a los ojos.

—Tienes que largarte de aquí —le dijo—. Vamos a escapar y no quiero que parezca que tú has tenido algo que ver. Ve, encuentra a madre y quédate a su lado para que ella pueda verte y te sirva de coartada. ¿Vale? ¿Me estás escuchando?

—Pero mira lo que he hecho —susurró Anémona, señalando al agua.

—No querías hacerlo —dijo Tsunami, que sabía exactamente cómo se sentía su hermana—. Anémona, ha sido un accidente... ¡tú no lo has empujado al foso! Y si esto no hubiera ocurrido, piensa en cuántos dragones tendrías que haber matado con tus poderes. Ahora puedes decirle a madre que, sin entrenador, tus poderes parecen hacerse más débiles. Equivócate

todo el tiempo. Asegúrate de que crea que no estás preparada y de que no lo estarás en mucho tiempo.

—Pero un día... —empezó Anémona.

—Un día, dentro de poco, esta guerra terminará. Nosotros vamos a lograrlo. Confía en mí. —Tsunami apretó las garras de Anémona con las suyas—. Ahora sal de aquí.

—Buena suerte —le susurró la dragonet.

Tsunami abrazó a su hermana con las alas.

—Mucha suerte a ti también.

Anémona salió volando por el camino hasta la entrada de la cueva. Sus alas pálidas revolotearon como polillas cuando desapareció al doblar la curva.

Tsunami se acercó corriendo a la cadena que colgaba de la pared. El guardia había tirado de ella... ¿podría ella empujarla hasta que volviera a su sitio? Intentó tirar de la cadena en sentido contrario y notó unas cuantas sacudidas cuando se le deslizó entre las garras. Oyó un chirrido metálico en el techo y paró un momento, mirando fijamente el camino por el que se habían ido los guardias. ¿Habría guardias en la entrada? ¿Y si la habían oído?

—Eh, chica —graznó una voz rasposa.

Tsunami dio un respingo, sorprendida, y miró a su alrededor.

Un Ala Arenosa flacucho estaba observándola desde su isla. Incluso a través de la cascada, Tsunami podía ver el brillo oscuro de sus ojos.

—Podrías hacer lo mismo por mí —siseó—. ¡Libérame!

Tsunami se giró hacia la cadena y siguió tirando. No tenía ni idea de quiénes eran los prisioneros de Coral, pero tampoco sabía por qué estaban allí ni si merecían estarlo.

Excepto dos de ellos.

En algún lugar de aquella cueva, Abisal y Membranas estaban atrapados, esperando posiblemente su propia ejecución. Tenía que encontrarlos.

Por encima de su cabeza resonó un estruendoso rugido metálico y, de repente, la cascada de agua alrededor de sus amigos desapareció. Hubo un momento de silencio mientras todos miraban al techo.

Sol fue la primera en saltar, moviendo las alas para pasar por encima del foso. Los otros no tardaron en seguirla. Tsunami se abrió paso entre ellos para liderar la marcha.

—¿Y yo qué? —gritó el prisionero Ala Arenosa.

—Tengo que encontrar a Abisal y a Membranas —les explicó Tsunami a sus amigos—. ¿Alguien los ha visto cuando entramos aquí?

—Yo sí —dijo Cieno—. Están juntos en una misma isla, no demasiado lejos de la entrada.

Los cinco corrieron en la dirección que les señalaba Cieno. Tsunami mantenía las alas recogidas, intentando no mirar hacia las brillantes cascadas de agua azul ni hacia las anguilas eléctricas.

Giraron la última esquina y, ante ellos, vieron la luz verdosa del Palacio de Verano. Tsunami fue la primera en descubrir a los guardias y empujó a sus amigos de vuelta a las sombras.

«Solo son tres», pensó.

Había tres guardias de pie en la puerta de la prisión, charlando y pasándose las lanzas de garra en garra. No parecían muy amenazadores y si habían dejado pasar a Anémona para ir a verlos, quizás estuvieran secretamente de parte de los dragonets.

La Ala Marina no quería tener que luchar con ellos si podía evitarlo. No quería volver a derramar sangre de un Ala Marina nunca más en su vida.

—Allí —le susurró Cieno al oído, señalando por encima de su hombro—. Aquella isla, justo en la puerta.

Tsunami vio dos bultos azules que se movían tras la cascada. También pudo ver una cadena junto a la pared de piedra, al lado de la isla. Si podía llegar hasta ella sin que los guardias la vieran y luego mover el mecanismo sin que la oyeran, Abisal y Membranas quedarían libres y podrían así escapar con los dragonets.

—Ahí está otra vez —susurró Sol—. ¿Es que vosotros no lo escucháis?

—¿Oír el qué? —le respondió Cieno también en un susurro.

—No lo sé. No paro de oírlo... creo que son muchas alas que se acercan.

—Hay muchos Alas Marinas revoloteando por el palacio —señaló Gloria.

—Lo sé —dijo Sol, aunque no parecía convencida—. Esto es más grande, vuelan muy por encima... No estoy segura.

—No te preocupes demasiado —le dijo Tsunami—. Estoy segura de que te lo estás imaginando.

Sol dio un pisotón y estiró el cuello en dirección a la salida.

—No, estoy muy segura —dijo con firmeza—. Oigo un montón de alas batiéndose por encima del follaje. Muchísimas alas.

—Sol... —empezó a decir Tsunami, pero Cieno levantó de inmediato la cabeza y Nocturno hizo lo mismo.

—Creo que tiene razón —dijo el Ala Lodosa.

Tsunami respiró hondo, dándose cuenta de lo que aquello significaba.

—No creeréis que...

Nocturno movió la cola.

—También huelo fuego.

Tsunami no tuvo tiempo de pensar ni de dar con una solución más lógica y segura. Salió corriendo de su escondite, en dirección a los guardias.

—¡Cuidado! —gritó—. ¡Avisad al palacio!

Los tres guardias saltaron hacia atrás por la sorpresa y dos de ellos

dejaron caer sus lanzas por el saliente de la cueva. Miraron a Tsunami como si tuviera los cuernos ardiendo.

—¡Moveos! —les gritó. Los echó a un lado, se asomó al saliente y gritó —. ¡Alas Marinas! ¡Madre! ¡Cuidado! ¡Nos están atacando!

En ese momento, la primera bomba incendiaria se abrió paso a través del follaje verde que ocultaba el Palacio de Verano.

CAPÍTULO 27

Pánico.

Gritos.

Para ser un palacio rodeado de agua, era sorprendente la velocidad a la que se incendiaba todo.

Trozos enormes del follaje cayeron del cielo, arrastrando consigo ramas, hojas y desechos en llamas, que se precipitaron hacia el Palacio de Verano. Tsunami vio a muchos dragones dirigiéndose directamente al lago con las alas prendidas, gritando de dolor.

Las bombas eran solo leños ardiendo, pero causaron un daño terrible al chocar contra el pabellón y derribar a varios Alas Marinas.

—Los Alas Celestes nos han encontrado —dijo uno de los guardias, mirando aterrorizado hacia el cielo.

Mientras el guardia hablaba, vieron a una tropa de dragones rojos y naranjas que volaban por encima de sus cabezas, tirando más bombas y prendiendo con su aliento las hojas que los tapaban.

—Pero ¿cómo? —preguntó el segundo guardia.

Tsunami pensó en el agujero que Ampolla había dejado en el follaje

cuando había apresado a Membranas. ¿Había sido eso suficiente para atraer a los Alas Celestes hasta allí? ¿Tan rápido? ¿Qué probabilidades había de que una patrulla hubiera visto el agujero, hubiera informado a su superior y hubiera reunido las fuerzas necesarias para atacar solo un día después?

No. Tenía que haber sido otra cosa.

Miró hacia abajo y vio cómo el agua del lago burbujeaba mientras un montón de dragones asustados intentaba salir de allí por el túnel. Una sola entrada significaba una sola salida y no era lo suficientemente grande para que todos pasaran a la vez. Se puso enferma solo de pensar en todos aquellos dragones allí atascados.

Había otra salida... pero salir volando por el follaje para caer directamente en las garras de los Alas Celestes podía ser una misión suicida.

Tsunami buscó en la masa de dragones a su madre, pero no vio por ningún lado collares de perlas ni alas del mismo color que las suyas. Al menos, Coral no era ninguno de los cuerpos que flotaban en el lago con las alas achicharradas.

Tampoco vio rastro de Ampolla por ninguna parte.

Tiburón pasó volando muy cerca, gritando órdenes. La mayoría de los dragones parecían demasiado asustados como para escucharlo, pero algunos dieron media vuelta y lo siguieron hacia el cielo. «Seguro que los ganan en número», pensó Tsunami. No iban a tener ninguna oportunidad.

Dio un paso adelante y notó que alguien la agarraba de la cola.

—No lo hagas —le dijo Cieno tirando de nuevo de ella—. Sé que quieres luchar, pero no podemos perderte así.

Tsunami frenó. Deseaba estar allí arriba con cada músculo de su cuerpo, arañando hocicos de Alas Celestes y derribándolos con la cola. «Eso es lo que te dictan tus impulsos», se dijo.

«O podrías escuchar a tus amigos».

Se giró hacia los guardias, que estaban temblando de miedo con la mirada fija en las hojas verdes del follaje.

—Id —les dijo—. Defender el palacio es mucho más importante que cuidar de los prisioneros.

—Pero... —comenzó a decir uno de ellos—. Pero no podemos dejar que tú...

—Tenéis que salvaros —les dijo Tsunami—. Y nosotros también. Confiad en mí, el destino quiere que nosotros sobrevivamos a esto.

Los guardias no se quedaron para discutir. Se lanzaron al aire y Tsunami vio a uno volar hacia abajo para unirse a los dragones que se apretujaban junto al túnel, pero los otros dos volaron hacia la pelea para reunirse con el comandante Tiburón.

La Ala Marina se giró y volvió corriendo a la isla en la que Membranas y Abisal estaban atrapados. Cieno ya estaba allí, tirando de la cadena de la pared. Tsunami le enseñó cómo tenía que hacerlo.

—¿Podéis oírme? —les gritó a Membranas y a Abisal—. Vamos a sacaros de aquí. Preparaos para alzar el vuelo.

—¿Tsunami? —dijo Abisal, aunque su voz se perdió entre los crujidos, el ruido metálico y el gran estruendo que venía del techo.

De repente, el agua dejó de fluir y Tsunami se encontró cara a cara con el dragón azul cielo. Él le sonrió.

—Eh, hola —le dijo ella—. Los dragonets del destino están especializados en rescates espectaculares, ya sabes. ¿Estás impresionado?

—Mucho —le contestó él, saltando sobre el foso y aterrizando a su lado.

Membranas lo siguió, aterrizando erráticamente tras él. No parecía muy buena señal que le cayera un hilillo de sangre de la oreja.

Otro par de fieros troncos cayeron en el exterior y se escucharon más

gritos provenientes de abajo. Abisal extendió las alas, con una expresión de asombro y horror en el rostro.

—El palacio está siendo atacado —le explicó Tsunami—. Eso hará que escapar sea más complicado, pero...

—Espera —le interrumpió Abisal, al tiempo que le cogía una garra—. Tsunami, tengo algo que decirte. Yo... trabajo para los Garras de la Paz.

Tsunami lo miró fijamente. ¿Su madre tenía razón respecto a Abisal? Trabajaba para los dragones que le habían arruinado la vida. Siempre había odiado a los Garras de la Paz. ¿Cómo podía haberse enamorado de uno de ellos?

—Por favor, escúchame. Me uní a ellos porque quería saber más cosas de mi padre, pero no me dijeron nada salvo que estaba bien —dijo, mirando hacia el suelo—. Llevo unos pocos años trabajando para ellos, pasándoles información de los Alas Marinas.

«A mí eso me suena a traición».

El problema era que Tsunami no sabía por quién le dolía más la traición, si por su tribu o por ella misma.

—Tienes la mala costumbre —le dijo— de no decirme las cosas de vital importancia.

—Lo sé. Lo siento. Acababa de reunirme con uno de sus agentes justo antes de conocerte. —Tsunami se acordó del dragón con las espirales negras en las escamas—. Me dijo que estuviera atento por si los dragonets del destino aparecían en el Reino del Mar.

Tsunami retiró la garra de Abisal de entre las suyas. Él se había hecho el sorprendido cuando le habían contado que los Garras existían de verdad. Había fingido no saber nada de los dragonets del destino.

Estaba claro que era un buen actor. Esconder un secreto así durante años

y seguir viviendo en la tribu no debía de ser fácil. Entonces ¿sería cierto algo de todo lo que le había contado?

Cuando Abisal se movió, le brotó sangre del tajo que tenía en el costado.

—Me mantuve cerca de ti para asegurarme de que los otros dragonets y tú estabais a salvo —dijo, al tiempo que abría las alas y acercaba las patas a Tsunami—. Lo siento. No podía decirte la verdad. Creía que no confiarías en mí si te lo contaba.

Sobre eso sí que tenía razón, pero tampoco es que ahora confiara demasiado en él.

Un golpe enorme resonó en el exterior cuando algo chocó contra el pabellón.

—Tenemos que irnos —dijo Gloria, que estaba detrás de Tsunami.

Por una vez, no añadió nada sarcástico y Tsunami se preguntó si habría escuchado la confesión de Abisal.

—Esto... —sonó la voz de Cieno tras ellos—. ¿Tsunami? ¿Membranas? ¿Conocemos a esta dragona?

Todos se giraron para mirar a la inmensa Ala Lodosa que los observaba desde la entrada de la cueva. Tenía las alas marrones cubiertas de hollín y una horrible cicatriz en un lado de la boca, que le contraía el rostro en una extraña mueca.

Membranas movió la cola sorprendido.

—Yo sí —dijo—. Está con los Garras de la Paz. Me salvó la vida. ¡Cocodrila! ¿Qué estás haciendo aquí?

La Ala Lodosa soltó una risilla.

—Pobre Membranas, tan equivocado en tantas cosas. —Dio un paso al interior de la cueva y les dedicó a los dragonets una mirada apreciativa—. ¿Estos son los mocosos con los que están tan obsesionados los Garras de la Paz? ¡Qué birrias! —exclamó, mientras movía la cola como si se tratara de

un látigo—. Aun así, los Alas Celestes os quieren de vuelta. Supongo que la próxima reina quiere jugar con vosotros.

—¿La reina Escarlata está muerta? —barbotó Gloria—. ¿Estás segura?

—¡Dime que no trabajas para los Alas Celestes! —gritó Membranas al mismo tiempo.

—Claro que sí —le respondió Cocodrila—. ¿Quién me iba a decir que ser una infiltrada en los Garras de la Paz iba a ser tan útil? Nunca pensé que tendría la oportunidad de seguir a un Ala Marina idiota de vuelta al palacio secreto que llevamos tanto tiempo buscando.

Membranas se puso pálido y dejó caer pesadamente las alas, como si una montaña de culpabilidad hubiera aterrizado directamente sobre sus hombros.

—Además, por si eso fuera poco, encuentro a los dragonets del destino —continuó Cocodrila—. Van a ascenderme.

—¿La reina Escarlata ha muerto de verdad? —volvió a preguntar Gloria.

—Nadie lo sabe —dijo Cocodrila encogiéndose de hombros—. Parece haber desaparecido. Ni siquiera hay dos dragones que cuenten la misma historia sobre lo que le sucedió.

—Bueno, hoy debe de ser tu día de suerte —le espetó Gloria—, porque estás a punto de averiguarlo.

La Ala Lluviosa abrió la boca y lanzó su veneno negro directo a los ojos de Cocodrila. La Ala Lodosa rugió de agonía y cayó hacia atrás, golpeando con las alas las paredes de la cueva. Se arañó el hocico, pero el ácido ya le estaba devorando las escamas. Con otro rugido de dolor, salió disparada de la cueva y se hundió en el lago.

—¡Vámonos! —gritó Tsunami, abriendo las alas.

Los cinco dragonets, Abisal y Membranas salieron de la cueva. Por debajo de ellos, los dragones seguían intentando abrirse paso por el túnel:

junto a la salida, la enorme masa de alas y escamas no parecía mucho más pequeña que minutos antes.

—No podemos salir por ahí —señaló Nocturno.

—Tendremos que salir por el follaje —dijo Tsunami.

Todos alzaron la mirada y vieron a tres dragones rojos que disparaban fuego por la boca.

—Tampoco es que me guste mucho ese plan —le dijo Nocturno en voz baja.

Tsunami vio al fin a su madre. La reina Coral estaba de pie en el piso de la biblioteca, lanzando una última mirada a sus pergaminos. Aún no se habían quemado, pero eran lo más inflamable de todo el palacio. Si empezaban a arder, el humo invadiría el pabellón y mataría aún a más dragones.

La dragonet recién nacida estaba pegada al pecho de su madre. Anémona, que no llevaba arnés, aguardaba de pie en el saliente del piso del pabellón.

Mientras las miraban, la reina Coral empezó a lanzar sus pergaminos al agua. Al cabo de un momento, Anémona se unió a ella y la reina interrumpió por un instante su misión para acariciarle la cabeza a su hija con cariño.

«Puede ser una buena madre —pensó Tsunami con tristeza—. Y una buena reina». Se preguntó si habría alguna versión de Pirria donde ella, Coral, Agallas, Anémona y Mérgula pudieran haber vivido como una familia. Normales y felices, sin nadie que intentara matarlos.

Ahora era demasiado tarde. Ya tenía a su otra familia, no demasiado normal, pero que la necesitaba más que nadie.

Subió volando hacia los restos maltrechos de follaje. Otro tronco en llamas pasó tan cerca de los dragonets que Tsunami tuvo que empujar a

Gloria para apartarla del camino. Se precipitó directamente al lago, tras rebotar en el pabellón y prenderle fuego a otro dragón durante su caída.

—Sol —gritó Tsunami—, Nocturno. Poneos debajo de las alas de Cieno.

El Ala Lodosa extendió las alas a prueba de fuego y los dos dragonets se colocaron debajo de ellas.

Tsunami salió la primera para poder comprobar cómo estaba el cielo al otro lado del follaje. Dejó atrás las hojas quemadas y casi chocó contra un Ala Celeste. El dragón sostenía un tronco entre las garras y estaba a punto de prenderle fuego con su aliento antes de dejarlo caer en el palacio. Tsunami lo empujó y cuando vio lo que sostenía, le golpeó un costado con la cola. El tronco se le escurrió de las garras y cayó al océano. El dragón se precipitó tras él.

Cinco Alas Celestes más volaban en formación, dispuestos a atacar. A su izquierda, Tsunami vio el ala de un enorme Ala Lodosa que traía más troncos. Los Alas Celestes se lanzaron a por ellos, cogieron uno cada uno y volaron directos al palacio para prenderles fuego.

Tsunami siseó de rabia. Aquel era un ataque brutal, y cuidadosamente planeado, a un palacio lleno de dragonets y civiles inocentes. No había nada de justo ni honorable en aquella pelea.

Tiburón y sus Alas Marinas estaban luchando con otro grupo de Alas Celestes justo delante de ella. El fuego volaba y las garras se hundían en las escamas de los oponentes. Quería poder unirse a ellos. Se moría de ganas de estar allí, destrozando, arañando y luchando contra los intrusos que se habían atrevido a atacar el palacio de su familia. Aquella era la clase de pelea de la que no se sentiría culpable después.

Pero los otros dragonets volaban junto a ella y no podía abandonarlos.

—Por allí —dijo, dirigiendo la cabeza hacia una zona despejada del cielo.

Por la dirección del sol, dedujo que estaba señalando hacia el sur... el sur, hacia el continente, que era justo adonde necesitaban ir.

Gloria voló de inmediato hacia donde Tsunami había dicho y, cuando salió a cielo abierto, las escamas se le volvieron azul pálido, blancas y doradas, para luego desaparecer. Tsunami ni siquiera pudo ver un ligero movimiento en el aire cuando la Ala Lluviosa se alejó volando.

Cieno fue el siguiente, con las alas abiertas para escudar a Sol y a Nocturno. En mitad de la pelea, una Ala Celeste los vio y salió volando tras ellos. Tsunami le cortó el paso, la agarró del hocico y le golpeó el estómago tan fuerte como pudo. La Ala Celeste respondió al ataque, provocando nuevas oleadas de dolor en las costillas fracturadas de Tsunami. La dragonet se soltó y la Ala Celeste lanzó una gran bocanada de fuego a la espalda de Cieno.

El Ala Lodosa tembló cuando el calor le lamió las escamas pero batió las alas y siguió adelante, con los otros dos dragonets perfectamente protegidos. La Ala Celeste parpadeó, sorprendida, mientras las alas de Cieno recuperaban su marrón original en vez de convertirse en un amasijo negro lleno de quemaduras.

—Sorpresa —le dijo Tsunami, golpeándola en el hocico.

La Ala Celeste trastabilló y cayó directa al océano, salpicándolo todo y desapareciendo al instante entre las olas.

Abisal pasó volando por el follaje, mirando hacia atrás para asegurarse de que Membranas lo seguía sin ningún problema. Tsunami se giró para volar hacia el sur y oyó que Abisal la llamaba.

—Tengo que ayudarlos —le dijo, señalando con la cola a los Alas Marinas que estaban luchando.

—Pero volverán a meterte en prisión —protestó Tsunami—. Te castigarán por nuestra culpa.

—Quizá —le contestó él—. Probablemente, pero tengo que ayudarlos. Este es mi hogar.

Tsunami sabía exactamente cómo se sentía.

—Tsunami... —el Ala Marina guardó silencio—. Lo siento de verdad. Espero que la próxima vez... bueno, espero que haya una próxima vez. Cuando las cosas mejoren para todos.

Ella también lo esperaba. No estaba segura de poder perdonarlo, pero quería tener la oportunidad de decidir. Quería que sobreviviera a la guerra y quería poder volver a encontrarse con él en un mundo sin Garras de la Paz ni destinos ni secretos de los que preocuparse.

Pero ahora no había tiempo para decir todo aquello. Tsunami iluminó las escamas para formar una de las expresiones que él le había enseñado. «Está bien». Luego añadió «cerebro de calamar» y Abisal le sonrió antes de girarse y salir volando hacia el corazón de la batalla.

Membranas y Tsunami volaron juntos hacia el sur, batiendo las alas al mismo ritmo.

Pero el sonido de otras alas, muy cerca de ellos, les llamó la atención. Tsunami se giró justo a tiempo de ver a Ampolla, que en ese momento salió del follaje y agarró a Membranas por la cola. La reina tiró de él y se dispuso a clavarle el aguijón venenoso en el corazón.

Con un grito, Tsunami se lanzó hacia ellos y apartó de un golpe a Ampolla. La Ala Arenosa cayó de nuevo hacia el palacio, siseando.

Tsunami agarró a Membranas de las garras delanteras y tiró de él.

Unos cuantos aleteos después, Membranas gruñó suavemente.

—¿Te ha dado? —le preguntó Tsunami.

—No me ha dado en el corazón —le contestó su guardián—, pero... —dijo, al tiempo que levantaba el ala y le mostraba una herida supurante cerca de la cola—. Aun así, sigue siendo venenosa.

—Lo solucionaremos. Encontraremos la manera —le aseguró Tsunami —. Vuela hasta que lleguemos a tierra.

Volvió a mirar hacia atrás y vio a Ampolla quieta en pleno vuelo, observándolos mientras se alejaban. Sus fríos ojos negros parecieron seguir a Tsunami hasta que la Ala Marina se perdió en el horizonte.

CAPÍTULO 28

Tsunami volvía a estar en la playa.

Estaba oscuro, pues ya hacía mucho que se había puesto el sol. En el firmamento brillaban pequeñas estrellas parecidas a las escamas plateadas que Nocturno tenía bajo las alas. Tsunami bajó la mirada y observó las olas que rompían a sus pies.

Se preguntó si volvería a ver a Abisal. O a Anémona. Incluso a Mérgula o a su madre.

—Sé que está oscuro —empezó a decir Nocturno, visiblemente incómodo tras ella—, pero...

Tsunami suspiró.

—Pero será mejor que nos escondamos bajo los árboles —dijo. Se irguió y lo siguió hasta el bosque, sacudiéndose la arena de las garras—. Intento ser un poco más como tú, ¿sabes? —le dijo al dragonet—. Estoy intentando pararme a pensar antes de hacer las cosas. Utilizar la cabeza y todas esas cosas de dragones inteligentes, pero a veces me vuelve un poco loca hacerlo.

Nocturno tropezó con la raíz de un árbol y se giró para mirarla.

—¿Ser un poco más como yo? —repitió—. ¿Por qué ibas a querer hacer algo así? ¡Ojalá yo fuera como tú! Sobre todo en lo referente a lo valiente que eres.

Tsunami le acarició las alas con las suyas.

—Estás bien como eres —le dijo—. Alguien tiene que ser el amable y cariñoso. Además, hiciste enfadar muchísimo a Ampolla... eso demuestra que tienes valor. No creo que este grupo pueda soportar a dos Tsunamis.

Bajo la luz de la luna, Tsunami vio una pequeña sonrisa dibujarse en el rostro de su amigo.

Membranas estaba tumbado en una cama de musgo, respirando trabajosamente de una manera un poco asquerosa. Sol estaba acurrucada a su lado para darle un poco de calor con las escamas. Cieno le estaba examinando el arañazo de la cola, que seguía supurando y se le estaba volviendo negro a los lados.

—Necesitamos ayuda —dijo—. No tengo ni idea de cómo curar esto.

Su expresión era de profunda tristeza.

—¿Quién puede saber cómo curar a alguien del veneno de una Ala Arenosa? —preguntó Sol—. Supongo que otros Alas Arenosas —se respondió a sí misma—, pero no sé dónde podríamos encontrar a uno en el que podamos confiar.

—¿Los Garras de la Paz? —sugirió Nocturno sin mucha seguridad.

—No puedo volver —dijo Membranas—. Y vosotros tampoco deberíais.

Tsunami inclinó la cabeza hacia él, curiosa. Después de todos aquellos años siendo un buen soldado de los Garras, obedeciendo cada orden, ¿de pronto había cambiado de opinión?

—Si Cocodrila era una infiltrada —le explicó, al percibir su mirada—, podría haber más. No sé en quién podéis confiar y en quién no.

—En serio, incluso los dragones «buenos» parecen tener planes para

nosotros —soltó Tsunami, acordándose de su madre.

—Dios, espero que Llamas sea mejor que las otras dos —dijo Sol, en tono vehemente.

Nocturno hizo una mueca de dolor, pero no le discutió.

—Seguramente la encontraremos con los Alas Heladas —dijo—, pero esta vez tendremos que ser muy, muy cuidadosos.

—Sí —lo apoyó Cieno—. Yo voto por no dejar que nos encierren otra vez.

—Quizá deberíamos intentar otra especie de acercamiento —sugirió Gloria—. Quizás esta vez no deberíamos entrar a empujones gritando «¡Somos los dragonets del destino! ¡Somos geniales y especiales! ¡Seríamos unos prisioneros maravillosos!». Aunque solo es una idea...

—¿Tú sabes lo que se supone que debemos hacer? —le preguntó Sol a Membranas, esperanzada—. ¿Los Garras tenían alguna idea sobre cómo deberíamos cumplir la profecía?

—Si la tenían —le dijo Membranas—, no me la dijeron.

—Genial —murmuró Gloria.

Tsunami la miró. Las escamas de la Ala Lluviosa eran de distintos tonos negros y verde oscuro, lo cual le permitía camuflarse en el bosque que los rodeaba. Se le ocurrió una idea.

—Sé quién podría ayudar a Membranas con el veneno —exclamó.

—¿Quién? —le preguntó Cieno.

—Los Alas Lluviosas —dijo. Gloria se giró para dedicarle una mirada enfadada—. Piénsalo —siguió la dragonet—. Ellos también tienen veneno, obviamente. Deben saber qué hacer cuando envenenas al dragón equivocado.

—Es cierto —dijo Nocturno—. Incluso si es un tipo de veneno diferente... es una buena idea.

—Y entonces podremos buscar a la familia de Gloria —añadió Tsunami —. Es lo justo.

En el rostro de Gloria no se apreciaba ninguna expresión, pero unas nubes rosas le habían teñido las escamas. Tsunami dio por hecho que aquello significaba que estaba contenta, ya que no era un color que vieran demasiado a menudo en ella.

—¿Estáis... estáis seguros? —preguntó—. ¿Eso es lo siguiente que deberíamos hacer?

—Absolutamente —le dijo Sol—. Claro que tendríamos que ir a buscar a tu familia, Gloria.

—Seguro que será muy bonito —le dijo Cieno con su voz dulce y sincera —. Y tu familia estará muy contenta de verte.

Membranas dejó escapar un pequeño gruñido, pero cuando se giraron para mirarlo, cerró los ojos como si se hubiera quedado dormido. Tsunami estaba segura de que estaba fingiendo, pero lo que hicieran a continuación no era decisión suya.

—Además, es la tribu que nos queda más cerca —añadió Nocturno—. Tenemos que cruzar las afueras del territorio de los Alas Lodosas, pero el bosque tropical debe de estar justo después, al suroeste de aquí.

—Ya lo sé —lo cortó Gloria, tajante—. No eres el único capaz de memorizar mapas, Nocturno.

—Perfecto —dijo Tsunami—. Entonces eso es lo que haremos.

—¿Después de descansar? —preguntó Sol, esperanzada.

Tsunami sabía que ella podía volar durante toda la noche si fuera necesario. Deseaba poner toda la distancia que pudiera entre ellos y Ampolla. Lo que quería era que todos los dragonets la siguieran al bosque tropical sin pausa. Pero contempló los ojos cansados de Sol y las alas fatigadas de Nocturno, y se sentó cerca de la cola de Membranas.

—Después de descansar —concedió.

Sol volvió a tumbarse con un suspiro de alivio. Unos momentos después, Tsunami vio cómo le subía y le bajaba la espalda al quedarse profundamente dormida.

Cieno se sentó al lado de Tsunami y enroscó la cola con la de ella.

—Siento lo de tu madre —le dijo—. Y lo del palacio. Y lo de Ampolla. Y lo de Remolino. Y lo de Abisal. Y...

—Está bien, lo pillo, Cieno. Gracias —le cortó, mientras le daba un ligero empujón.

—Espero que todos sobrevivan al ataque —le dijo en voz baja.

—Yo también, pero estarán a salvo en el Palacio de las Profundidades. Al menos tenían adónde ir. —Guardó silencio un momento, pensativa—. Y creo que Anémona será una buena reina algún día. Tiene las buenas cualidades de Coral, pero piensa por sí misma, y aún es muy joven. Se hará más fuerte y más independiente a medida que crezca.

—Si se parece en algo a ti, independiente será solo un eufemismo —intervino Gloria.

La Ala Lluviosa se tumbó al otro lado de Cieno y él la tapó con un ala. Nocturno se había acercado poco a poco a Sol y en ese momento también tenía los ojos cerrados.

—De todas formas, el Reino del Mar no era mi sitio —dijo Tsunami en voz alta, en parte para convencerse a sí misma.

—¿Y qué pasa con tu gran destino en la realeza? —se burló Gloria—. ¿Qué pasa con eso de que ibas a ser la mejor reina de todos los tiempos?

—Bueno... —Tsunami se encogió de hombros—. Supongo que tendré que conformarme con ser vuestra jefa, chicos.

—¡Ja! —soltó Gloria, pero sin su habitual tono sarcástico. Unas risueñas

burbujas amarillas le tiñeron las alas y se acercó para acariciar con el hocico a Tsunami—. Bueno, puedes seguir intentándolo.

«Lo haré —pensó Tsunami—, pero no porque crea que soy la más maravillosa ni que todo el mundo tiene que escucharme. Si me empeño en intentar lideraros, es porque es la única forma de asegurarme de que estáis a salvo. Y puede que haya veces en las que necesite escuchar vuestras opiniones, al igual que madre escucha a su Consejo. También habrá veces en las que no pueda hacer lo que quiera».

Pero incluso aunque estuviera enfadada con sus amigos, sabía que podía confiar en ellos. Y ella tenía que ser la clase de dragona en la que ellos también pudieran confiar.

Alzó la mirada hacia las lunas. Dos de ellas brillaban pálidas y de manera fantasmal tras los árboles.

Había cosas mucho más importantes que convertirse en reina.

Parar la guerra era una de ellas. Si los cinco eran los únicos que podían hacerlo... entonces, tal vez, fuera eso lo que tenían que hacer, creyera o no creyera Tsunami en el destino.

Se acurrucó aún más cerca de sus amigos. Todos ellos parecían profundamente dormidos.

«Así que, después de todo, el Reino del Mar no era mi hogar —pensó—. Me pregunto si lo encontraré alguna vez».

EPÍLOGO

—Bueno —dijo Oráculo—. Las cosas no han salido como las planeamos.

—Te olvidaste de mencionar unos cuantos detalles —le dijo Ampolla con calma—. Como el hecho de que tus cinco dragonets son bastante molestos.

La dragona enroscó su cola puntiaguda en las garras y echó las alas hacia atrás.

—Sí —le contestó el Ala Nocturna—. Es verdad. Pero, quizá, tendríais que haber intentado ser un poco menos siniestra con ellos.

El dragón bajó la mirada hacia las ruinas calcinadas del Palacio de Verano. Algunos pisos del pabellón seguían ardiendo. Ya habían pasado tres días desde la batalla y lo único que quedaba allí era humo y cadáveres.

—Al menos Membranas está muerto —dijo.

—Debería estarlo en estos momentos —le respondió la Ala Arenosa, moviendo la cola arriba y abajo.

—¿Sobrevivió la reina Coral?

—Y sus dos mocosas también —aclaró Ampolla—. No me convendría nada que hubiera muerto —dijo, enseñando los dientes y siseando en voz baja—. Claro que ahora se está escondiendo en el Palacio de las

Profundidades, donde no puedo ir a verla. Además, insiste en que mi arma secreta no será útil hasta dentro de varios años. Se ha vuelto muy quisquillosa con los poderes de los animus desde que descubrió lo que pasó con su primogénita. Es como si prefiriera malgastar los poderes de la pequeña antes de convertirla en una asesina homicida. —Ampolla suspiró, expulsando una pequeña llamarada de fuego—. No ha sido mi mejor semana desde que empezó esta guerra.

Con la cola, golpeó un montón de hojas humeantes.

—Así que, por tu bien, Ala Nocturna, espero que me traigas buenas noticias.

—Hay otra opción —le dijo Oráculo—, pero no creo que os guste demasiado.

El dragón abrió las alas y le hizo señas a una figura verde que volaba en círculos sobre sus cabezas.

Un Ala Marina aterrizó con cuidado a un lado del acantilado. Las enredaderas se convirtieron en cenizas bajo sus garras. El dragón miró hacia abajo, hacia el palacio, y se estremeció. Oráculo se dio cuenta de que se mantenía bien lejos de Ampolla. Quizás había oído... o había adivinado... lo que le había ocurrido a Rapaz.

—Este es Nautilo —le explicó Oráculo—. Uno de los líderes de los Garras de la Paz. Nautilo, cuéntale tu plan B a la reina.

—La posible futura reina —lo corrigió Nautilo. Luego saltó hacia atrás, nervioso, cuando Ampolla alzó su cola venenosa—. Esto... —añadió rápidamente—, tenemos... algunas alternativas.

En los ojos negros de Ampolla apareció un destello de interés.

—¿Alternativas? —dijo—. ¿En serio? Vaya... no tenía ni idea de que los Garras de la Paz pudieran ser tan retorcidos.

Nautilo frunció el entrecejo.

—Preferimos considerarlo un plan de reserva por si algo sale mal —dijo —. Tenemos que hacer lo que sea necesario para que la profecía se haga real.

—O más o menos real —intervino Oráculo.

—Por supuesto —le dijo Ampolla—. Los dragonets pueden ser muy impredecibles. Sois muy sabios.

—Bueno —continuó Nautilo, contento—, fue idea mía.

—Claro que sí —lo apoyó la dragona—. Muy inteligente. Estamos hablando de falsos dragonets, ¿verdad?

—Pero... —murmuró Oráculo.

—Sí —confirmó Nautilo, al tiempo que movía la cola, nervioso—. Pero no son... demasiado perfectos.

—Ya —murmuró Ampolla—. ¿Son peores que los originales? ¿Eso es posible?

—Bueno... diferentes. Si no, serían el plan A —dijo Nautilo—. Obviamente.

—Lo único que quiero saber es si harán lo que se les diga.

—Ejem —dijo Nautilo, mientras arrugaba el hocico y miraba hacia el cielo—. ¿Quizáááááááás?

—Eso no suena demasiado prometedor —le espetó Ampolla secamente —. Me muero por conocerlos.

—Quizá podamos coger a los mejores de cada grupo —dijo Oráculo—. Obviamente, mataremos a la Ala Lluviosa. Probablemente podamos usar al Ala Lodosa original.

—Tu Ala Nocturna es un inútil —le dijo Ampolla—. Es el peor traidor que he visto jamás.

Oráculo meneó la cabeza.

—Eso es muy decepcionante. No solemos matar a nuestros dragonets,

pero... —suspiró—. Si hay que hacerlo, lo haremos.

—Esto... —les dijo Nautilo—, quizá deberíais conocer primero a nuestras otras opciones. No es por meterme. Solo es una sugerencia.

—Y también mataremos a la Ala Marina —rugió Ampolla.

Nautilo batió las alas, alejándose con rapidez.

—A ti no —le dijo esta con impaciencia—. Al menos, por ahora.

—Creía que Tsunami tenía bastante potencial —murmuró Oráculo.

—Potencial para sacarme de mis casillas —gruñó la Ala Arenosa—. No. Definitivamente tendremos que deshacernos de ella.

—Mientras nosotros hablamos, hay dragones que se están ocupando del problema —le prometió Oráculo—. Reclutar asesinos es bastante fácil en medio de una guerra.

—Bien —dijo Ampolla, que seguía moviendo la cola amenazadoramente —. Esos dragonets tienen que saber que no son tan valiosos como creen. Cualquiera puede reemplazarlos —sonrió—. Después de todo... hay más de una forma de cumplir la profecía.

EL MUNDO DE

ALAS DE FUEGO

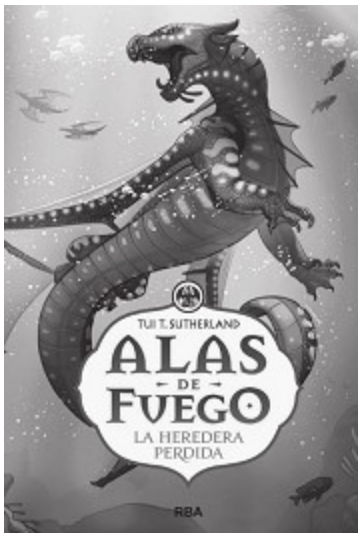
TUI T. SUTHERLAND

Nació en Venezuela y ha vivido en Paraguay, República Dominicana y Estados Unidos, donde estudió secundaria. Su nombre, Tui, viene de un extraño y ruidoso pájaro de Nueva Zelanda. Es escritora de libros infantiles y juveniles, y tiene varias series de libros de fantasía publicadas, algunas bajo el seudónimo de Erin Hunter. Actualmente vive en Boston con su marido, sus dos hijos y su perro.

Si quieres saber más sobre ella, visita la página web:
www.tuibooks.com

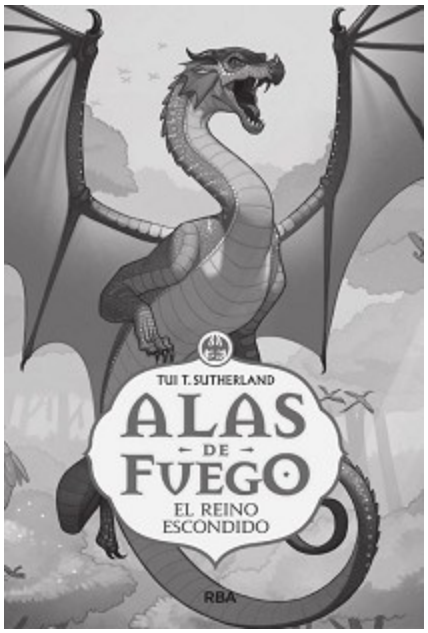
1. LA PROFECÍA

En un mundo habitado únicamente por dragones, una guerra cruel divide a las tribus desde hace generaciones, y la única esperanza recae en cinco jóvenes dragonets destinados a traer la paz. La profecía dice que los cinco elegidos deben permanecer ocultos, esperando el momento preciso para actuar. Pero ¿y si los dragonets hubieran decidido liberarse? ¿Y si se atrevieran a huir de la montaña y luchar por la paz... a su noble manera?



2. LA HEREDERA PERDIDA

Tras escapar de su encierro en la montaña, los dragonets del destino vuelan en libertad, dispuestos a devolver la paz a un mundo dividido. Pero la tierra está llena de amenazas y los elegidos deciden buscar la protección de los dragones del mar. No imaginan que el maravilloso océano esconde también sus propios secretos y peligros. Sobre todo si eres la heredera perdida de los Alas Marinas...



3. EL REINO ESCONDIDO

Cuando los dragonets del destino acuden al bosque tropical en busca de protección, esperan encontrar un refugio seguro y Gloria confía en aprender más cosas sobre su tribu, los Alas Lluviosas. Pero al llegar allí se encuentran un reino donde los dragones se pasan el día durmiendo y no saben nada del resto de Pirria.

Sin embargo, el peligro acecha, y pronto descubren que los Alas Lluviosas han estado desapareciendo en su hermoso bosque. Los dragonets están decididos a encontrar a los dragones desaparecidos, incluso aunque esto signifique arrastrar al pacífico reino de los Alas Lluviosas a un sitio donde nunca han querido estar... al corazón de la guerra.

En las profundidades del bosque tropical, el peligro aguarda...

SIGUE NUESTRO CATÁLOGO EN:

www.editorialmolino.com